

BULL MOUNTAIN

Brian Panowich



Durante generaciones, el clan Burroughs ha mantenido su asentamiento en Bull Mountain, al norte de Georgia, traficando con *whisky* casero, marihuana y metanfetamina sin que la ley repare en ello. Pero el día en que Clayton Burroughs, quien para distanciarse del reinado criminal de su familia se convirtió en *sheriff*, recibe la visita de un agente federal con un plan maestro para erradicar todas las actividades ilegales a lo largo y ancho de seis estados, las lealtades de una estirpe unida por la sangre pero separada por el deber se verán peligrosamente puestas a prueba...



Brian Panowich

Bull Mountain

ePub r1.0

Titivillus 03.09.17

Título original: *Bull Mountain*
Brian Panowich, 2015
Traducción: Rubén Martín Giráldez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Para Neicy
Para papá

LOS BURROUGHS



«El mundo nace y florece y muere, pero en los asuntos de los hombres no hay mengua; el mediodía de su expresión señala el inicio de la noche. Su espíritu cae rendido en el apogeo de sus logros. Su meridiano es a un tiempo su declive y la tarde de su día».

CORMAC MCCARTHY,
Meridiano de sangre

«Una vez desenvainada la espada, no dejes que ninguna noción de amor, piedad, ni siquiera la cara de tus padres, te conmueva».

JULIO CÉSAR

Capítulo 1

Western Ridge, desfiladero de Johnson Bull Mountain, Georgia 1949

1

—Familia —dijo el viejo hablando solo.

La palabra flotó en una nubecilla de aliento helado antes de disiparse en la niebla de la madrugada. Riley Burroughs empleaba aquella palabra igual que un carpintero emplea un martillo. A veces le daba un toquecito leve para inclinar a uno de sus parientes a convenir con él, y otras la usaba con la sutilidad de un mazo de cuatro kilos.

El viejo se balanceaba en una mecedora de madera que chirriaba lentamente adelante y atrás sobre los tablones de pino desgastados y hundidos del porche delantero de la cabaña. La cabaña era uno de los refugios de caza que su familia había construido por todo Bull Mountain a lo largo de los años. Esa la construyó el abuelo de Rye, Johnson Burroughs. Rye se imaginó al ilustre antepasado del clan Burroughs sentado en aquel mismo sitio cincuenta años antes y se preguntó si el tiempo lo habría demacrado tanto como a él. Estaba convencido de que sí.

Rye se sacó un montoncito de tabaco seco del chaquetón y se lio un cigarrillo en el regazo. Llevaba desde chaval saliendo allí a contemplar cómo cobraba vida el desfiladero de Johnson. A aquellas horas tan tempranas el cielo era un moratón violáceo. El coro inquieto de ranas y grillos comenzaba a dar paso al correteo de los roedores y al trino de los pájaros: un bosque en pleno cambio de guardia. En mañanas heladas como aquella la niebla se acumulaba alrededor de los tallos de las flores del *kudzu* como una manta de algodón, tan gruesa que uno no se veía los pies al caminar por encima. A Rye pensar que las nubes que los demás veían al levantar la mirada él las veía desde arriba siempre le hacía sonreír. Pensaba que así debía de sentirse Dios.

El sol ya había empezado a alzarse a sus espaldas, pero aquel desfiladero era el último lugar donde se notaba. La sombra proyectada desde la Western Ridge mantenía aquel sector de la montaña casi a diez grados menos de

temperatura que el resto. El sol no acabaría de secar el rocío que hacía destellar el bosque hasta bien entrada la tarde. Solo algunos leves rayos de luz penetraban el denso follaje de robles y pinos silvestres. De niño, Rye creía que aquellos rayos que le calentaban la piel eran los dedos de Dios, tendidos entre los árboles para bendecir aquel sitio, protegiendo su hogar. Pero de adulto terminó pensando otra cosa. Tal vez a los niños que corrían descalzos y a las mujeres les servía de algo aquella superstición absurda, pero Riley había llegado a la conclusión de que si existía algún Dios de catequesis vigilando a la gente de la montaña la tarea no siempre recaía sobre él.

El viejo seguía sentado, fumando.

2

Un ruido de neumáticos machacando la grava estropeó la mañana. Rye aplastó el cigarrillo y observó la llegada de la vieja camioneta Ford con plataforma de su hermano mayor. Cooper Burroughs se bajó de la camioneta y descolgó el rifle del gancho de la ventanilla trasera. Casi le doblaba la edad; Cooper había nacido casi dieciséis años después que Riley, pero era difícil apreciarlo a primera vista. Los dos tenían en común los rasgos marcados del padre, Thomas Burroughs, pero llevaban todo el peso de la vida en Bull Mountain en los carrillos, así que ambos parecían mucho más viejos de lo que eran. Cooper se caló el sombrero sobre las greñas pelirrojas y cogió una mochila del asiento de atrás. Rye vio bajarse a Gareth, el hijo de nueve años de su hermano, del asiento del copiloto y rodear la camioneta en dirección a su padre. Lo saludó con un movimiento de la cabeza y exhaló la última calada de humo frío.

«Típico de Cooper, lo de traerse refuerzos cuando hay posibilidad de un encontronazo. Sabe que delante de su chaval no lo voy a cascar. Lástima que no sea así de listo cuando conviene».

Rye salió del porche y extendió los brazos.

—Buenos días, hermano... y sobrino.

Cooper no respondió ni se molestó en disimular su desdén. Hizo una mueca y escupió un chorro de saliva de tabaco marrón a los pies del otro.

—Ahórratelo, Rye; enseguida nos ponemos con eso. Antes de tragarme tus mamonadas necesito meterme algo entre pecho y espalda.

Se limpió de la barba el resto pegajoso del escupitajo. Rye clavó los talones en la grava y apretó los puños. Que le diesen por saco al chaval allí parado; iba a tener que zanjar el asunto. Gareth se puso entre los dos hombres con la intención

de aplacar los ánimos.

—Ey, tío Rye.

Unos segundos más de malas miradas y Rye apartó los ojos de los de su hermano, se acuclilló y le hizo caso a su sobrino.

—¿Qué hay, hombrecito?

Se adelantó para abrazar al chico, pero Cooper empujó a su hijo y lo hizo subir los escalones de la cabaña. Rye se quedó parado, dejó caer los brazos y se embutió las manos en el chaquetón. Echó otro vistazo solemne a los robles y a los grupos de arces, y volvió a pensar en su padre. Se lo imaginó allí mismo plantado, haciendo lo mismo que él. Mirando aquellos mismos árboles. Con el mismo dolor de huesos. Iba a ser una mañana muy larga.

3

—Tienes que seguir removiendo los huevos —dijo Cooper, quitándole la cuchara de madera a su hijo. La clavó para arrancar un trozo de mantequilla y la echó en la amarilla mezcla burbujeante—. La sigues removiendo hasta que no quede nada crudo. Así. ¿Lo ves?

—Sí, señor.

Gareth volvió a coger la cuchara e hizo lo que le acababan de enseñar.

Cooper frió unos pedazos de tocino y beicon en una sartén de hierro colado y luego se lo sirvió a su hijo y a su hermano como si aquella pelea de gallitos de allí fuera no hubiese tenido lugar. Así se comportan los hermanos. Gareth fue el primero en hablar.

—Papá me ha contado que mataste un *grizzly* el otro día por esta ladera.

—Eso te contó, ¿eh?

Rye miró a su hermano, que estaba sentado empapuzándose cucharadas de huevos y carne frita.

—Bueno, pues tu papá se equivoca. No era un *grizzly*. Era un oso pardo.

—Papá dice que lo mataste de un solo disparo. Dice que eso no lo hace cualquiera.

—A ver, yo creo que no. Tú le podrías haber dado igual también.

—¿Cómo es que no tienes la cabeza colgada en la pared? Vaya si quedaría bien.

Rye esperó a que Cooper contestase, pero el otro no levantó la mirada del plato.

—Gareth, escucha bien lo que voy a decirte. Ese oso yo no quería matarlo.

No lo maté para que quedase bien en ningún sitio, ni para tener algo que contar. Lo maté para que pudiésemos pasar el invierno. Si matas algo en esta montaña, más te vale que tengas un buen motivo de verdad. Aquí arriba cazamos por necesidad. Los tontos cazan por deporte. Ese oso nos sirvió para arrojarnos y para comer durante meses. Todo eso le debo. ¿Me entiendes cuando te digo que se lo debo?

—Creo que sí.

—Quiero decir que habría sido un insulto a la vida que llevó si lo hubiese matado solo para colgar un trofeo en esa pared. No es nuestro estilo. Nosotros lo aprovechamos todo.

—¿Hasta la cabeza?

—Hasta la cabeza.

Cooper terció:

—¿Oyes lo que te está diciendo tu tío, chaval?

Gareth asintió.

—Sí, señor.

—Vale, porque es una lección que vale la pena aprenderse. Ahora basta de cháchara. Cómete el desayuno para que podamos ir con lo nuestro.

Se acabaron la comida en silencio. Mientras comían, Rye observó la cara de Gareth. Era completamente redonda, con los mofletes rubicundos hiciera frío o calor, salpicada de pecas. Tenía los ojos hundidos y pequeños como los de su padre. Para poder percibir el color tenía que abrirlos mucho. Eran los ojos de Cooper. Era la cara de Cooper, sin la barba tricolor y sin su determinación... ni su rabia. Rye se acordaba de cuando su hermano tenía aquella pinta. Se diría que hacía cien años.

Ya con el estómago lleno, los dos hombres agarraron sus rifles y estiraron los músculos fríos al aire libre matutino. Cooper se inclinó y le colocó bien la gorra a su hijo para que le tapase las orejas.

—No te desabrigues, y no te alejes —le dijo—. Como te pongas enfermo por mi culpa, tu madre me va a dar para el pelo.

El chico asintió, pero la emoción empezaba a hacerse notar y andaba con los ojos clavados en las alargadas armas. Su padre lo había dejado practicar con el calibre .22 para que se acostumbrara al retroceso y a la mira, pero tenía ganas de coger un arma para hombres.

—¿Me vais a dejar llevar un rifle, papá? —preguntó rascándose el gorro por donde su padre se lo había ajustado.

—A ver, no creo que puedas disparar a nada sin rifle —contestó Cooper, y descolgó un rifle de calibre .30 de encima de la repisa de la chimenea. No era nuevo, pero sí sólido y pesado. Gareth lo cogió y lo examinó tal y como su padre

le había enseñado. Lo hizo con ostentación, para demostrar que las enseñanzas no habían caído en saco roto.

—Vamos —dijo, y se encaminaron los tres hacia el bosque.

4

Tierra fría. A eso olían las mañanas en la montaña. El ambiente estaba tan saturado por la humedad de la tierra que a Gareth le costaba respirar por la nariz. Intentó hacerlo por la boca, pero a los pocos minutos ya estaba sacándose arenilla de entre los dientes con la lengua.

—Toma —le dijo Cooper a su hijo, y le tendió un pañuelo azul—. Átate para taparte la boca y respira a través.

Gareth lo cogió, hizo lo que le decían y siguieron caminando.

—No voy a dejar que lo hagas, Rye —dijo Cooper, desviando la atención de Gareth hacia su hermano—. Y antes de que te pongas erre que erre, ni te molestes en soltarme tu rollo de mierda sobre lo que es mejor para la familia. Mamá o cualquier chaval chungo de por aquí igual se traga esa chorrada, pero a mí no me vas a convencer ni de coña de que lo que pretendes está bien. No está bien ni por el forro.

Gareth no perdía detalle, pero se hacía el sordo.

Rye estaba listo e iba con todo bien ensayado; llevaba la mañana entera practicando, desde la mecedora chirriante, aquella sesión de *sparring* ante un público formado por árboles.

—Cualquier cosa que acabe con las preocupaciones de cómo poner un plato en la mesa está bien hecha, Coop. Es lo que más nos conviene...

—Ey, déjate de milongas; para el carro. Espero que tengas algo mejor que eso. Por aquí comemos perfectamente. En esta montaña nadie se muere de hambre. Tú el que menos, desde luego. —Cooper señaló con un gesto la barriga de Rye.

Gareth soltó una risilla y su padre le dio una colleja.

—Tú ocúpate de lo tuyo, chaval. —Gareth volvió a hacerse el sordo, y Cooper centró su atención en Rye de nuevo—. Los árboles de esta montaña se han portado bien con nuestra familia durante cincuenta años. Cincuenta años, Rye. Yo diría que respetarlos, protegerlos, es lo que más nos conviene. Pensar que has perdido eso de vista me revienta. ¿De verdad te crees que nos beneficia vender el derecho para explotar la madera de la tierra donde naciste a una panda de putos banqueros? Pues mira, me parte el corazón, Rye. ¿Qué coño te ha

pasado? Es que ni te reconozco.

—Es más dinero del que veremos en toda una vida —respondió Rye.

—Ahí lo tienes.

—Joder, Cooper, escúchame un momento. Déjate de santurronerías baratas y escúchame.

Cooper escupió.

—Esto le dará a nuestros hijos y a los hijos de nuestros hijos algo con lo que labrarse un futuro. ¿O te crees de verdad que vamos a sobrevivir otros cincuenta años vendiendo *whisky* de maíz a las Carolinas?

—Hasta ahora nos ha ido bien.

—Te falta perspectiva, Coop. Tendría que irnos mejor que bien. No debemos trabajar más duro, sino trabajar con más vista. Las destilerías ya no son rentables. El alcohol ya no es ilegal. No podemos sobrevivir con lo que sacamos de bares sin licencia y salas de billar. Se nos acaba el dinero. Sé que te has percatado. Ya no hay negocio en eso. La competencia está a la que salta y nosotros seguimos con lo mismo. Estamos sentenciados. El trato con Puckett va a ser el triple de lo que ganaríamos en diez años de destilar *whisky*. Es una oportunidad de que nuestros hijos...

—Alto ahí un segundo. Estás venga a repetir «hijos» cuando a ti ni te va ni te viene. Que yo sepa, este chaval de aquí es el único chico de esta montaña que se apellida Burroughs. ¿Me estás diciendo que quieres que nos metan un montón de máquinas y arrasen su montaña para que tenga un futuro mejor?

—Alguien tiene que preocuparse por él.

Cooper se paró.

—Papá —dijo Gareth, y le tiró a su padre de la manga—. Papá, mira.

Cooper miró lo que señalaba su hijo y se agachó para coger un puñado de barro negro. Se lo llevó a la nariz y luego a la del chico.

—¿Lo hueles?

—Ajá.

—Es fresca. Nos estamos acercando. Prepárate.

Siguieron caminando. Tras unos minutos, la conversación se reanudó, pero entre susurros.

—El dinero reforzará a la familia, Coop. Podemos cogerlo e invertirlo en negocios legales. Podemos dejar de vivir como criminales. Tienes que darte cuenta de la lógica del asunto. No podemos seguir viviendo así siempre.

—Tengo otros planes.

—¿Qué planes? ¿Plantar esa dichosa hierba tuya por la región del norte?

Si a Cooper le sorprendió que su hermano estuviese al tanto de sus intenciones, no lo demostró. Se limitó a encogerse de hombros.

—Pues sí —continuó Rye—. Ya me he enterado de eso. Sé todo lo que pasa en esta montaña. Es mi deber. También sé que tu ridícula idea nos hará ir para atrás. Si montas esa clase de negocio aquí arriba solo atraerás más pistolas, más polis y más forasteros... mucho peores que cualquier banquero. ¿Eso es lo que quieres? ¿Eso es lo que quieres para él? —Se acercó a Gareth—. Además, ¿qué diferencia hay entre despejar varios centenares de acres para cultivar esa mierda y dejar que lo haga Puckett por lo legal?

—Despierta, Rye. ¿En serio te crees que se conformarán con eso? ¿Tú de verdad te crees que nos los quitaremos de encima una vez pongan las zarpas en este sitio?

—Sí, y tanto. En eso hemos quedado.

Por un instante, toda la ira y la tensión desaparecieron del rostro de Cooper. Miró a su hermano y luego a su hijo.

—¿En eso habéis quedado? —preguntó con calma.

—Eso es.

—Así que ya te has reunido con ellos. Os habéis puesto de acuerdo en las condiciones. —Por supuesto.

5

Los siguientes cuatrocientos metros los hicieron caminando en silencio. Siguieron el sendero invadido por la fronda, parándose de vez en cuando para que Cooper le enseñase a su hijo el rastro del animal que acechaban; ramitas rotas, huellas de pezuñas en el barro, más bosta de ciervo desmenuzada. Casi habían llegado a la embocadura de Bear Creek cuando Cooper volvió a dirigirle la palabra a Rye. Habló en un susurro.

—Ya has cerrado el trato, ¿a que sí?

Más que avergonzado, Rye se sintió aliviado. Por fin estaba dicho.

—Sí —contestó—, está cerrado. Hoy van a enviar a uno con la documentación. Sé que ahora no lo ves, pero un día me darás las gracias. Te lo prometo. Ya lo verás.

Cooper se puso a andar de nuevo.

—Venga ya, hermanito, ¿cuánto tiempo vamos a tener que...?

—Ssssh —chistó Cooper llevándose un dedo a los labios.

Miraba, más allá de donde estaba su hermano, lo que Gareth había divisado. A menos de veinte metros de ellos, un enorme ciervo con una cornamenta de ocho puntas bebía del agua rugiente de Bear Creek. El ruido de los pequeños

rápidos disimuló el acecho de los hombres. Cooper hizo a su hermano una seña en silencio para que enfilase corriente arriba mientras preparaba a Gareth para disparar tras el tronco podrido de un pino. Rye obedeció. Se arrastró por el bosque con la mirada puesta en el ciervo. Cooper se agachó junto a su hijo, que ya apuntaba con el rifle al ciervo. Le puso una mano en el hombro y le recordó que respirase.

—Relájate, hijo. Pon las marcas de la mira en ese músculo abultado que tiene en la base del cuello. Donde el pelaje se vuelve blanco. ¿Ves lo que digo?

—Sí, señor. Lo veo.

El ciervo levantó la cabeza del agua como si los hubiese oído y miró hacia donde estaban. Rye se encontraba a unos diez metros a la izquierda de donde vigilaban apostados Cooper y Gareth. Ninguno volvió a respirar hasta que el animal bajó de nuevo la cabeza para beber.

—Cuando estés listo, chico. Tú dispara.

Cooper alzó su rifle por encima del pino caído, pegado a su hijo. Gareth permanecía inmóvil y preparado. Cuando el dedo del chaval apretaba el gatillo tal y como le había enseñado su padre, Cooper desvió su propio rifle hacia la izquierda. El eco de dos disparos rebotó por el bosque. Dos disparos que sonaron como uno. El enorme ciervo se tambaleó hacia atrás por el impacto, acto seguido brincó hacia delante en un intento por desafiar a su destino. Las patas traseras flojearon bajo su peso y el animal terminó cayendo.

Riley Burroughs no se tambaleó lo más mínimo cuando el proyectil de alto calibre de Cooper le atravesó el cuello. Su cuerpo cayó de inmediato con un tremendo golpe sordo y se desangró en el barro.

6

Cooper amartilló el rifle y recargó antes de acercarse con cautela al cuerpo de Rye. Le dio un patadón en el vientre. Fue como golpear un saco de arena. Una vez comprobado que estaba muerto, bajó el arma y miró a su hijo. Gareth ya había dejado caer su rifle en el suelo y estaba intentando digerir lo que acababa de pasar. Nada de lágrimas, no aún; solo confusión y adrenalina. Cooper miró la cara neutra de su hermano, que iba volviéndose gris, y le escupió un chorro marrón de saliva de tabaco.

Y punto.

Apoyó el rifle contra un árbol y se sentó en la hierba húmeda al lado de Gareth. El chico se planteó por un momento salir corriendo, pero se lo pensó.

Descartó la ocurrencia tal y como le vino. Lo que hizo fue sentarse y observar cómo su padre se sacaba el pegote de tabaco mascado de la boca y lo tiraba entre los matojos.

—Echa un vistazo a tu alrededor, chico.

Gareth siguió con la mirada clavada en su padre.

—Estoy diciéndote que hagas una cosa, Gareth. Más te vale atender. Ahora echa un vistazo a tu alrededor. No lo voy a repetir.

Gareth obedeció. Miró al ciervo que acababa de abatir en la orilla del río, y luego miró el sendero por el que habían llegado allí. Evitó a propósito el lugar donde estaba el cadáver de su tío. Cooper jugueteaba con un trozo de papel de aluminio del tabaco.

—¿Qué ves?

Gareth tenía la boca como cubierta de tiza. Carraspeó dos veces para poder hablar.

—Árboles, papá. Árboles y bosque.

—¿Nada más?

Gareth tenía miedo de equivocarse en la respuesta.

—Sí, señor.

—Entonces no estás viendo lo más importante. Los árboles y el bosque solo son una parte de ello.

Ahora empezaban a aparecer las lágrimas en los ojos del chico.

—Es el hogar —dijo Cooper—. Nuestro hogar. Hasta donde te alcanza la vista, todos estos kilómetros a la redonda son nuestros..., tuyos. No hay nada más importante que esto. No hay nada que no sea capaz de hacer para protegerlo. Aunque a veces no sea plato de buen gusto.

—¿No es también el hogar del tío Rye?

Gareth cerró los ojos con fuerza y se apartó para evitar un bofetón que no recibió.

—Ya no —dijo Cooper. Se estiró para ponerle bien el gorro a su hijo de nuevo, luego le limpió las lágrimas de la cara lozana y agrietada—. Te dejo que llores por esta vez, pero ya no pienso aguantarte ni una más. ¿Te enteras?

Gareth asintió.

—¿Seguro?

—Sí, señor.

—Vale. Entonces nos queda una cosa más por hacer antes de preparar y transportar ese ciervo que has matado.

Cooper aflojó el nudo marinero de su mochila y sacó una vieja pala plegable, excedente del ejército.

Se la tendió a Gareth.

Cooper Burroughs se sentó a mascar tabaco mientras observaba la espalda de su hijo de nueve años cavando su primera tumba. Había mucha más enseñanza en eso que en matar un ciervo con una cornamenta de ocho puntas.

Capítulo 2

Clayton Burroughs
Waymore Valley, Georgia
2015

1

«A ver, así es como acaba yéndose todo al carajo normalmente, ¿no? Te pasas la semana entera y buena parte del puñetero fin de semana o bien encerrado en un despacho trasteando papelajos o cumpliendo la lista de recados de la parienta para ver si consigues tener un par de horas a solas el domingo por la mañana, y entonces todo se va a tomar por culo cuando suena el teléfono. No tendría que haber descolgado».

Clayton maniobró para meter el Bronco en la plaza de aparcamiento con el letrero reservada al *sheriff* de mcfalls county. Bajó y se quedó plantado en el lugar vacío donde debería estar —y no estaba— el coche de su ayudante y agachó la cabeza hasta clavarse la barbilla en el pecho. El sol se colaba entre el motel y la oficina de Correos de la calle de enfrente; así no era como pretendía tomar el sol aquella mañana. A esas horas debería estar retozando en el río. Exhaló el aire con un silbido lento y desconcertado, se subió el cinto con las cartucheras y entró en su despacho.

—¡Buenos días, *sheriff*!

—Pues serán para usted, Cricket.

Cricket, la recepcionista de Clayton, era una veinteañera esmirriada de belleza un tanto esquiva. Dependiendo de cómo le diese la luz podía valer la pena mirarla dos veces, pero normalmente, con aquel pelo castaño desangelado recogido en una apretada coleta de bibliotecaria, tenía la camaleónica virtud de fundirse con el papel pintado de la pared. Se recolocó las gafas de pasta sobre el puente de la nariz y cerró lo que estuviese haciendo en el ordenador.

—Siento hacerlo venir en domingo, señor, pero hemos pensado que le gustaría encargarse de esto cuanto antes. —Se levantó tras su escritorio y le tendió una carpeta.

—No pasa nada, Cricket. No es culpa suya —dijo Clayton, hojeando el

dosier con la punta de un dedo—. Me he librado de ir a la iglesia con mis suegros, así que no me ha venido tan mal. Aunque pensaba salir a pescar un rato.

Cricket fue al grano, como de costumbre.

—Tenemos a nuestro invitado en la celda uno.

Se dirigió hacia un corto pasillo que conducía a los dos pequeños calabozos, un par de celdas con apenas espacio para un catre y un inodoro en cada una.

—¿Y dónde está Choctaw?

—Esperándolo en su despacho.

Clayton echó un vistazo al pasillo y luego a la puerta de su despacho, planteándose qué quebradero de cabeza prefería padecer primero. Escogió lo malo conocido.

2

—Vale —dijo el *sheriff*, y le dio un sorbo al café—. Empieza por el principio.

Choctaw estaba derrumbado en una silla frente al escritorio del *sheriff* y se echó hacia atrás el sombrero. El ayudante tenía esa delgadez que hace que la piel parezca pegada a los huesos, y se retorcía en el asiento como un estudiante de Secundaria al que mandan a ver al director.

—Muy bien —dijo—. Hace un par de noches andaba por ahí con mi colega Chester. ¿Se acuerda de Chester? Estuvimos juntos en Irak. Llegó de Tennessee hace unas semanas, después de volver a casa del último viaje. Lo traje por aquí la primera vez que vino.

El *sheriff* asintió.

—Ya, me acuerdo de él.

—Guay. Pues, bueno, tenemos una coña entre nosotros de cuando reparábamos Humvees en el desierto..., en plan chorra, ¿no? Pues nada, la semana pasada voy y compro una muñeca hinchable de esas...

El *sheriff* levantó una mano.

—Alto ahí: ¿te refieres a un juguete sexual?

—Eso, exacto. Una Sally Mete-Saca. Unos chismes nada baratos, por cierto.

—Está bien saberlo. ¿Dónde cojones la encontraste por aquí?

—Por internet, jefe. Hasta me hice una cuenta de PayPal de esas para comprarla.

—¿Una *pal* qué?

El ayudante pareció quedarse un poco pasmado.

—Una cuenta de PayPal...

La estática cruzó los ojos verdigrises del *sheriff*, que se atusaba la barba allí sentado.

—Mire, si eso da igual. Eso no es lo importante. Lo importante es que compré esa muñeca hinchable para quedarme con Chester. Tendría que haber comprado también una bomba, porque casi me provocho un aneurisma inflando aquel trasto.

—¿Qué tiene que ver todo esto con lo de anoche?

—A eso voy. Paciencia. Unos días después de comprarla, la dejé bien puestecita en el asiento del copiloto del coche de Chester justo antes de que saliese del Pair O’Jacks, ese tugurio que hay en la I-75 dirección Roswell, ¿sabe dónde digo?

El *sheriff* volvió a asentir.

—Ajá.

—Pues, bueno, resulta que cuando sale y se acerca al coche, esperando encontrarse conmigo, se topa de morros con Sally MeteSaca. Se cagó encima. Casi le da algo intentando escapar del coche.

El ayudante se quedó esperando que el *sheriff* se echase a reír, pero eso no sucedió. Permaneció mirando al joven con expresión neutra, como si tratase de sopesar su nivel de imbecilidad.

—¿Todo esto tiene algo que ver, aunque sea remotamente, con el porqué de que estemos aquí sentados en mi despacho un domingo a estas horas de la mañana cuando, claramente, deberíamos andar en cualquier otra parte?

Se echó el ala del sombrero unos centímetros hacia atrás, se recostó en la silla giratoria y cruzó los brazos.

—Fue divertido —insistió Choctaw—. Supongo que había que estar ahí para verlo.

—Supongo que sí.

—Da igual, el caso es que ahora la pelota estaba en el tejado de Chester, y eso nos lleva a lo de esta noche.

—Por fin.

Choctaw se quitó el sombrero, se echó hacia atrás el pelo negro y brillante, y se lo volvió a calar sobre la frente.

—Así que estoy con mi ronda y dejo que Chester me acompañe. —Alzó las dos manos abiertas para protegerse de otra cara larga—. Ya sé que no le gustan esas cosas, así que no se moleste en decírmelo.

El *sheriff* se mordió el labio inferior y suspiró por la nariz. Se quitó el sombrero a su vez, lo cual dejó al descubierto una maraña de pelo entre castaño

y rojizo, y lo puso en la mesa.

—Sigue —le dijo mientras se rascaba las sienes en el punto donde el sombrero le apretaba y donde empezaban a aparecer las primeras canas.

—Chester se pone a darme la murga con que me pare en una Texaco de la 56 para comprar chicles y no sé qué. —El ayudante se calló y pensó en lo que acababa de decir—. ¿Sabe una cosa, jefe? Tendría que haberme dado cuenta ahí. Normalmente le gusta ir hasta Pollard's Corner para pegarle un repaso a la hija del viejo Pollard en el mostrador. Acaba de cumplir los dieciocho, sí, pero le juro que parece mucho mayor. No sé ni cómo el viejo Pollard...

—Céntrate, Choctaw.

—Es verdad. Da lo mismo, tendría que haberme oído algo raro, pero se me pasó.

—El detective más hábil del mundo.

—Da igual. Pues me paro en la Texaco y Chester me da unos billetes y me dice que entre yo, como si fuese su recadero, pero en fin, como es un vago, no me extraño y me voy para adentro.

—¿Dónde estaba Chester?

—En el coche.

—¿Dejaste a tu amigo dentro de un vehículo propiedad del condado?

—Es un tío de confianza, jefe. —Choctaw tenía una capacidad espectacular para obviar lo importante—. Así que voy para adentro y dejo el motor encendido.

—¿Dejaste el motor del coche patrulla encendido con un civil dentro?

—Pues sí, jefe, como si usted no lo hubiese hecho nunca.

El *sheriff* se mesó la barba.

—Sigue.

—Pues lo que decía, entro y adivine: un yonqui de las pelotas con una pipa del calibre .22 atracando. Por poco no me cago vivo. Al primer vistazo ya supe que no era de por aquí. —Levantó una ceja para enfatizar ante el *sheriff* la imagen más sombría posible del agresor—. ¡Un hermano!, pillando algo de dinero fácil de camino a Atlanta, se ve.

«Porque es bien sabido que todos los hermanos vienen de Atlanta».

—Pero menudo gafe, oiga. Qué idiota. Da igual, el caso es que se pega un susto de muerte al ver a un policía entrando allí, así que me apunta con su pistolita de juguete. Y yo en plan: «Tío, ¿de qué vas? Soy poli. Deja ese chisme en el mostrador y ponte en la postura que te toca». Seguro que se la sabía, probablemente llevara toda la vida haciéndola.

—¿Sabes una cosa, Choctaw? Para pertenecer a una minoría étnica, juzgas a la gente un poco a la ligera.

—Solo tengo un cincuenta por ciento de indio americano, jefe. El cien por cien restante es de ciudadano paleta como Dios manda.

—Entonces el total es ciento cincuenta por ciento.

—Exacto.

El *sheriff* volvió a suspirar. Dudaba que Choctaw tuviese nada de indio americano. El color de su piel no era tan oscuro como para fijarse. Podría ser incluso mexicano, pero qué más daba.

—¿Lo encañonaste?

—No tuve tiempo. En cuanto le dije que dejase la pistola se puso como loco y empezó a pegar tiros al techo. Cayeron paneles y polvo por todas partes y no veía nada. Entonces saqué la pistola, pero no le disparé.

—¿Qué pasó entonces?

—En pleno caos, el cabrón se las pira. Antes de que me dé cuenta, pasa al lado de mí y sale a la calle. Luego resultó que iba a pie, el muy idiota, así que se mete de cabeza en el primer coche que pilla.

—¿Tu coche patrulla en marcha?

—Pues sí. Cuando corro tras él, ya sale del aparcamiento quemando neumático.

—¿Y tú amigo dónde está?

—¿Chester?

El *sheriff* respondió con la cabeza gacha.

—Sí, Chester.

—Chester ni se entera de lo que ha pasado dentro porque anda demasiado concentrado en su venganza por lo de la puñetera muñeca hinchable. —El ayudante se inclinó hacia delante—. Atento: Chester había escondido aquel día dos sacos de cacahuets detrás de la máquina de cubitos de la Texaco, y por eso tanto empeño en que parásemos allí. En cuanto entré en la gasolinera, el tío fue y los vació dentro del coche patrulla.

El silencio llenó el despacho del *sheriff* como si fuese agua de mar.

El *sheriff* se esforzó en entender.

—¿Cacahuets?

—Cacahuets de verdad, no: esas pelotitas blancas de poliestireno que se usan para embalar.

—Vale, cacahuets para embalaje. —Empezaba a dolerle la cabeza.

—Eso, sí. Pues el muy subnormal va y rellena un coche de policía con cacahuets para embalaje. El otro tío debe de tener el peor gafe de la historia. Recorrió sesenta kilómetros antes de que el Crown Vic pareciese una puta bola de nieve.

Al *sheriff* se le escapó una risa repentina contra su voluntad. No quería,

pero no pudo evitarlo. Choctaw se le unió.

—En serio, jefe. Cuando los cacahuets empezaron a saltar de aquí para allá, el tío este no veía un pijo y ¡bum!, de morros contra un poste telefónico en plena calle. Es que la historia se las trae; ni inventada. Y por eso en la celda uno tenemos a un chaval negro, y el coche tres está en el taller. Eso es lo que ha pasado, jefe. Con total sinceridad.

—¿Dónde está ahora tu amigo?

—¿Chester?

Esta vez el *sheriff* se limitó a esperar.

—Está en mi casa, muerto de miedo de que lo enchirone usted por obstrucción a la justicia o algo así. O, como mínimo, que le haga pagar los daños causados al coche.

—Bueno, le puedes decir que se relaje, que no tiene que preocuparse por los daños.

—Gracias, jefe, ya sabía yo que usted...

—Porque los vas a pagar tú.

Choctaw se desinfló como un globo con forma de animal. Entrecerró los ojos y miró con atención la cara barbuda del *sheriff* en busca de algún rastro de sarcasmo. Igual estaba de broma. Pero no.

—Venga ya, Clayton. Se dieron circunstancias que escaparon a mi control...

Al ayudante lo interrumpió un pitido del intercomunicador del *sheriff* y ambos escucharon la tímida voz de Cricket petardeando por el altavoz.

«*Sheriff* Burroughs, aquí hay un agente federal que quiere verlo».

3

El *sheriff* se miró el reloj.

—Son las ocho y media.

«Soy consciente, señor», petardeó la voz de Cricket por el intercomunicador.

—Y domingo.

«También lo sé, señor. ¿Quiere que le diga que vuelva mañana?».

El *sheriff* rumió y se preguntó si podría hacerse eso. A lo mejor podía saltar por la ventana y punto.

«¿Señor?».

—No, no. Hágalo pasar.

Se puso el sombrero y miró al ayudante, que se encogió de hombros. A los pocos segundos la puerta se abrió y entró un hombre atractivo entrado en los cuarenta, igual menos, de rasgos marcados, el pelo oscuro bien corto y unos tormentosos ojos grises. Cricket, que siempre llevaba el pelo recogido, se las había ingeniado para soltárselo e incluso quitarse las gafas para sonreír al agente antes de cerrar la puerta. A Clayton le pareció cómico. Choctaw se removió en la silla, incómodo.

El agente llevaba una americana azul marino, corbata a juego y una camisa blanca almidonada metida por dentro de unos tejanos azules. Llevar corbata con tejanos azules decía muchísimo de un hombre, pero Clayton le concedió el beneficio de la duda por intentar adaptarse al campo. La mayoría de los federales aquellos no se quitaban las gafas de sol de marca ni para entrar en la comisaría.

El agente le tendió una mano y le dirigió al *sheriff* una sonrisa nacarada de comercial. Clayton pensó que le hacía parecer un tiburón de dibujos animados de una de esas películas infantiles, pero se levantó de todas formas. Su ayudante no. Choctaw se limitó a clavarle la mirada al agente con la expresión de quien acaba de tragarse una cucharada de mierda.

—¿El *sheriff* Clayton Burroughs? —preguntó.

—Sí, a no ser que lleve la placa de otro.

El *sheriff* estrechó la mano del agente y reparó en la firmeza del saludo. Todo federal que aparecía por allí sentía la necesidad de celebrar una competición de pollas con apretones dignos de un torno. Aquel enviado del Gobierno no escapaba a la norma.

—¿Y usted es...? —dijo Clayton retirando la mano y considerándolo un empate.

—Soy el agente especial Simon Holly.

—¿Puede identificarse?

—Por supuesto. —Holly enseñó su placa y el *sheriff* asintió. Choctaw intentó echar una ojeada, pero el otro se la hurtó con toda la intención y se la guardó de nuevo en la americana.

—Gracias por recibirme a estas horas... y en domingo. —Le hizo un guiño al *sheriff* a fin de dar a entender que estaba al tanto de la conversación con Cricket a través del intercomunicador. Pues claro. El edificio solo tenía dos salas. Clayton pensó que el guiño no era muy normal, pero se sentó y le hizo una seña a Holly para que lo imitase.

—No hay problema, agente especial Simon Holly. No estaba haciendo nada importante. Mi ayudante se iba ya.

Choctaw despegó los ojos del agente lentamente, como si arrancase una tiritita, y pilló la indirecta.

—Claro, jefe. —Se dirigió a la puerta, se paró y dio media vuelta—. ¿Esto tiene que ver con ese chaval negro que tengo encerrado ahí atrás?

Clayton miró también a Holly a la espera de una respuesta.

—No, ayudante Frasier. Para nada.

La cara del ayudante palideció por completo. Se quedó en la puerta repasando mentalmente a toda velocidad cada circunstancia turbia que pudiese haber puesto al oficial sobre la pista de su nombre. Holly le dedicó aquella sonrisa suya de tiburón. El *sheriff* observó a su único ayudante debatiéndose como un chavalín al que acaban de pillar robando, con la esperanza de ser lo bastante listo como para averiguarlo por su cuenta. Sintió que se le empezaba a acumular un dolor por detrás de los ojos. Le dio otro sorbo al café. Frío. Empujó la taza encima de la mesa.

—En tu insignia pone «Ayudante Frasier» —le dijo a Choctaw, claramente abochornado de tener que indicárselo.

Holly asintió, hizo un mohín con los labios y tamborileó con los dedos en su regazo.

—Ahí en la camisa, agente.

—Claro —dijo Choctaw a duras penas, no del todo convencido pero listo para marcharse de todas formas. Incluyó el ala del sombrero hacia el *sheriff* y salió por la puerta como una sombra.

—El detective más sagaz del mundo —comentó Clayton.

—Supongo que es difícil encontrar ayuda de calidad por lo que se les paga.

—No es tan malo como parece.

Holly miró la puerta del despacho, luego al *sheriff*.

—Pues parece bastante malo.

—Ya, vaya; habría tanto que contar, pero me lo callo por lealtad. Aunque tiene razón: no hay mucho donde escoger.

—Me lo creeré por ser usted, *sheriff*.

—No tiene que creerse nada. De todas formas, poco me importa. Conozco a ese hombre desde que era un chaval. Es como de la familia, así que le agradecería que se abstenga de hacer juicios dentro de mi despacho.

—No pretendía ser irrespetuoso, *sheriff* Estoy seguro de que es un buen ayudante.

Clayton ahuyentó aquella charla banal como si fuese un mosquito que revoloteara alrededor de su cabeza y se arrellanó en la silla.

—¿Ha venido usted a evaluar a mi personal o desea contarme qué quiere el FBI de mi comisaría?

—Pertenezco a la ATF; Departamento de Alcohol, Tabaco, Armas de Fuego y Explosivos.

—Muy bien...

Holly se envaró un poco y le echó a Clayton una mirada de tipo duro bien ensayada. El *sheriff* como si nada.

—Ahórrese el numerito, agente. Le da un aspecto un poco ridículo. Sé por qué está aquí. Ojalá fuese por otra cosa, pero no. Nunca es así. Vaya al grano.

Las punzadas de los ojos estaban a punto de convertirse en una migraña en toda regla y ya veía que su domingo se iba directo al garete.

—Pues al grano. Se lo agradezco. En pocas palabras: estoy aquí para quitar de en medio a su hermano.

Clayton sorbió el café, olvidando que estaba frío, y lo escupió de nuevo en la taza.

—Ya me gustaría que funcionase como el golpe de efecto que usted desearía. O sea, aquí lo tengo: emocionadísimo de soltarme esto; no ha podido ni esperarse al lunes.

—No creo que mi intención fuese...

—Permítame que siga y lo interrumpa —atajó Clayton, y cogió un bote de aspirinas de encima del escritorio. Se metió en la boca dos pastillas terrosas y las masticó en seco mientras hablaba—. Cada dos o tres años un joven agente del FBI o de la ATF, más o menos como usted, viene a husmear a mi comisaría con los ojos brillantes y todo ufanos y con la intención de darle un mazazo a uno de mis hermanos. La única diferencia entre usted y los anteriores es que esta vez no necesito preguntarle qué hermano tiene en su punto de mira, puesto que su gente ya mató de un tiro a Buckle el año pasado. —Clayton dejó que lo dicho hiciese efecto—. Y, por cierto, ¿cuánto han cambiado las cosas desde entonces?

—Nosotros no tenemos nada que ver con eso, *sheriff*. Según tengo entendido, aquello fue un embrollo a nivel estatal. Creo que el Departamento de Investigación de Georgia fue la agencia implicada.

—Lo mismo da. FBI, GBI: a mí todos me parecen iguales.

La voz de Clayton sonó áspera como las manos de un obrero de la construcción.

—Lo acompaño en el sentimiento, sinceramente.

—Seguro que sí. Pero, como le he dicho, no consiguieron ustedes nada entonces, y no veo que esta vez tampoco vayan a conseguir otra cosa que llevarse por delante a alguna persona de bien en medio de un tiroteo.

—Sigue con lo de «ustedes».

—¿Y?

—Es usted *sheriff*. Juró proteger la ley, igual que yo. ¿No quiere decir eso que es usted también de los míos?

Clayton se levantó de la silla y fue hasta una cafeterita que había en una

encimera junto al fregadero. Vacío la taza, la llenó de nuevo sin ofrecerle al invitado, y pensó en lo agradable que sería añadirle un par de dedos de *bourbon*. No hacía mucho que aquella había sido su rutina diaria, y todavía podía olerlo en su taza. Dio un sorbo y volvió a su silla. Se inclinó hacia delante, consciente por primera vez en toda la mañana de lo cansado que estaba, y le echó con el piloto automático a Holly el sermón que ya le había soltado como mínimo a otros seis agentes.

—Mire, Holly, yo no soy de los suyos ni por el forro. No soy más que un tío que nació y se crio a menos de veinticuatro kilómetros de donde está usted sentado ahora mismo. No soy un superhombre de la ley que intente librar al mundo del «mal que hacen los hombres». —Su voz destilaba sarcasmo—. Lo que suceda en su mundo me importa bastante poco, agente Holly. Soy el *sheriff* paleta de un pueblecito y hago lo que buenamente puedo para proteger a la gente de este valle (a la buena gente de este valle) del río interminable de mierda que fluye montaña abajo y, además, de los pijos de gatillo fácil que creen que pueden plantarse aquí y demostrarnos a los cazurros lo chungos que son. En mi opinión, todos, policías y ladrones, suponen la misma amenaza para mi distrito, y eso es lo que hace que ustedes y yo no nos parezcamos ni en el forro.

Clayton se echó hacia atrás y sopló el café.

—*Sheriff* ¿acaso McFalls County no limita con Parsons County, al norte de Black Rock?

—En efecto.

—¿Y acaso su comisaría no es responsable de vigilar la totalidad de McFalls County?

—Estoy convencido de que ya sabe que así es.

—Entonces eso significa que Bull Mountain está bajo su jurisdicción; no solo el valle Waymore. También significa que lo que baja por esa montaña viene directo hacia usted. Iría en contra de mis principios si no me presentase aquí a hablar con usted primero. No como *sheriff* paleta, sino como colega del cuerpo policial. Muchísima gente considera que es usted una marioneta en manos de su familia, un instrumento para controlar esta comisaría, pero yo no. La gente de este condado le votó por algo, a pesar de sus hermanos, y eso quiere decir algo. Significa que lo quieren a usted aquí. Significa que confían en usted, y a mí con eso me basta. No vengo a limpiarme la mierda de los zapatos en el felpudo de la entrada.

—No puedo ayudarlo.

Era una frase que Clayton estaba harto de repetir.

—Lo comprendo, *sheriff* Siento haber hablado como un capullo por un momento. Es automático. Déjeme empezar de nuevo.

La aspirina no iba a atajar el dolor. Clayton jugueteó con el bote de plástico a prueba de niños preguntándose cuántas tendría que tomarse exactamente para librarse de aquel quebradero de cabeza que se le había colado en el despacho. Esperaba que Holly se pusiese en pie, lo señalase con un dedo y le espetase cualquier gilipollez mojigata sobre que «por sus vecinos» y «por el pueblo que amaba» debía detener a los malos... Blablablá. Era la rutina habitual con aquellos tipos, pero Holly permaneció sentado. Era respetuoso. Clayton pensó que por lo menos resultaba lo bastante listo como para ceñirse a las normas del *sheriff* hasta que acabara de decir lo que tenía que decir.

—No puedo ayudarlo —repitió.

—No le estoy pidiendo ayuda, *sheriff*.

—Entonces, ¿qué quiere, agente Holly?

—Llámeme Simon.

—Continúe; suelte su rollo, agente Holly.

—Muy bien, *sheriff*. Como digo, no estoy aquí para pedirle ayuda, pero igual puede ayudarse usted mismo y así los dos salimos ganando.

Clayton no dijo nada y se rascó la barba.

—A lo mejor, si comienzo por el principio, puedo darle a entender un poco mejor a qué me refiero.

—Buena idea.

—Llevo dos años en la ATF. En este tiempo, me he concentrado en un caso.

—Permita que lo adivine: Halford Burroughs.

—No, su hermano no me llamó la atención hasta hace poco. No, llevo dos años investigando a una organización radicada en Jacksonville, Florida, que ha estado proveyendo de armas a su hermano y a su gente... Muchas armas. Y durante los últimos años han sido también el canal a través del cual su hermano conseguía las materias primas para procesar metanfetamina.

Clayton notó que la presión en la cabeza disminuía. No demasiado, pero un poco.

—El que corta el bacalao es un caballero llamado Wilcombe. ¿Ha oído hablar de él?

—Pues no.

—Para transportar la mercancía se sirve de unos moteros del tres al cuarto que se hacen llamar los Chacales de Jacksonville. Son morralla, morralla astuta y leal, pero morralla a fin de cuentas. Llevan bastante tiempo en el negocio. Los tengo documentados en tratos con su familia desde los tiempos en que su padre trapicheaba con maría a principios de los setenta. ¿Sabe a quién me refiero?

—Pues no.

Clayton no resultó muy convincente con aquella respuesta.

—Bueno, tiene usted suerte. Esa gente es de lo peor. Andan metidos en fregados muy chungos. Droga, dinero, armas, lo que se le ocurra. Hace poco recabamos información que los vincula también con la trata de blancas, y a raíz de ello están creciendo en tamaño y en poder. Su hermano Halford los conoce bien. Tiene conocimiento directo de toda la operación y ellos confían en él de forma incondicional.

El resto de lo que Holly iba a decir encajó en su lugar antes de que le diese tiempo a decirlo.

—Quiere usted ganárselo. —A Clayton casi se le escapa la risa—. Quiere que Hal le entregue a esos tíos de Florida para poder cerrar el caso del tal Wilcombe.

—Sí —dijo Holly.

—¿A cambio de qué?

—Inmunidad condicional.

—¿Cuál es la condición?

—Dejar el tráfico de cristal.

—Imposible. Halford no es un traficante al uso. Eso va contra su enrevesado sentido del honor. Preferiría morirse antes que traicionar a quienes considera su familia. Si esos moteros llevan tanto tiempo conviviendo bajo el techo de los míos, como dice, dé por hecho que los considera familia. No les hará la púa. Jamás.

—Bueno, pues si su sentido del honor está trastocado, tendremos que apelar a su otro sentido.

—¿Y cuál es?

—El dinero.

—A Halford le da igual el dinero.

—No sea tan ingenuo, *sheriff*. El dinero es primordial. El dinero es lo único que importa.

Clayton negó con la cabeza.

—No, qué va, y por eso es por lo que su gente perderá siempre, agente Holly. Porque no entienden cómo funciona la cosa por aquí. Para mi hermano, el dinero no es el fin. Nunca lo ha sido. No es más que una consecuencia del estilo de vida en el que lo educó mi padre.

Se arrellanó en la silla, alzó las manos y entrelazó los dedos por detrás de la nuca. Se recreó en el estiramiento de la espalda y fue pensando en qué camino quería tomar con aquel federal. La mayoría de las veces, a aquellos tipos no les importaba cómo tratara de explicarles las cosas. Se limitaban a quedarse parapetados tras sus gafas de sol, fingiendo oírlo mientras esperaban a soltarle a bocajarro lo que estuviesen deseando decirle. Bajó los brazos y frotó con un

dedo el polvo del marco de una pequeña fotografía que tenía en la mesa. Era una foto de Kate y él que les hizo un desconocido en su luna de miel en Tybee Island. Fue la primera y única vez que pisaron una playa. No es que él fuese la alegría de la huerta, pero aquel fue un buen día. Sonrió y decidió tomar el camino más largo.

—¿Está usted casado, agente Holly?

—Lo estuve. No cuajó.

—¿Tiene novia?

—De momento sí. A ver cuánto dura —contestó Holly recostándose también en su asiento, adaptándose a aquel aire de charla convencional.

—Novia; bien, eso está bien. —Clayton se inclinó y cogió la fotografía con Kate—. ¿Alguna vez ha hecho las maletas, con ella o con su ex, cuando estaban juntos o lo que fuese, para salir de la ciudad unos días? ¿Alejarse de la rutina diaria y largarse por ahí a buscar un lugar fuera del mapa para relajarse, y disfrutar el uno del otro? —Le hablaba más a la foto de Kate que a Holly.

—No tanto como ellas querrían, seguramente, pero claro, intento salir un par de veces al año.

—Vale, bien. Nos entendemos. Ahora intente imaginarse la sensación que tuvo la última vez que se tomó un par de días libres y metió a su chica y sus cosas en el coche, con unas cuantas cervezas y una cámara, igual, y se largó a un lugar perdido en las montañas o junto a un estanque o un lago tranquilo, donde fuese. ¿Me sigue?

Holly asintió, esperando el remate.

—Para la mayoría de gente, en eso consiste descansar del peso y de las presiones vitales derivadas de las responsabilidades con las que cargamos el resto del tiempo. ¿Está de acuerdo conmigo?

—Claro, *sheriff*. Todos necesitamos unas vacaciones de vez en cuando. ¿Qué es lo que...?

—Atienda, agente Holly. Ahora imagínese la misma circunstancia, esa bonita estampa que tiene en mente, imagínese que eso es la base de su día a día. Imagínese que esos son los cimientos de su trabajo, su familia, sus relaciones, su sabiduría, su dolor, de todo. Cambia la perspectiva. Para esa gente no se trata de un descanso. Es su vida, y el ansia de protegerla y aferrarse a ella puede ser brutal.

Holly empezó a decir algo, pero Clayton prosiguió.

—Entre estas tierras y la gente que se refiere a ellas como «bogar» se establece una sutil simbiosis que parece que los tipos como usted nunca acaban de captar por más informes que lean o hipótesis que ensayen. No es culpa suya; es que no son de aquí. La cosa va más allá de una cuestión de simple orgullo y

honor. El orgullo es una moto roja flamante o un empleo mejor pagado. Aquí arriba las cosas son distintas. Lo maman desde niños. No es algo que se ganen o que consigan a base de luchar. Nacen con ello. Así que cuando alguien amenaza con arrebatárselo es cuando se inicia la lucha. Es parte integral de lo que son..., de lo que somos. —Clayton se limpió el polvo del dedo en los pantalones, desvió la mirada de la fotografía y la fijó de nuevo en Holly—. A lo que voy es a que el dinero no importa lo más mínimo. Y no es que yo sea ingenuo; es que le digo las cosas como son. Nadie es capaz de decirles lo que pueden o no pueden hacer en sus propias tierras. Nadie les va a quitar lo que Dios les dio. No en su montaña. Y créame: Hal está convencido de que esta es su montaña. Antes que renunciar a su hogar o a su gente preferiría quemar todo su dinero. Su plan cojea. No va a traicionar a los suyos.

—¿Ni siquiera a usted? —le preguntó Holly.

Clayton no tenía respuesta a eso.

—Permítame entonces que se lo plantee de otra manera —dijo Holly—. El Gobierno de los Estados Unidos está organizando un cuerpo multiagencia consistente en algo más de un centenar de efectivos que van desde el FBI, la ATF y la DEA hasta la policía estatal. Incluso Seguridad Nacional anda metida en esto. Están informados, entrenados y listos para hacer arder Bull Mountain de arriba abajo. No es una amenaza, *sheriff*. Es un hecho. Conocemos la ubicación de los dieciséis laboratorios y estamos al tanto de las rutas que conducen a Florida, Alabama, las dos Carolinas y Tennessee. El dedo está en el gatillo: lo van a dejar a usted fuera de esto de forma deliberada y va a morir un montón de gente. Es un cambio total en las reglas de juego. La normativa post 11-S nos ha dado carta blanca, prácticamente. Esta operación ya estaba prevista. Se lleva desarrollando desde que murió su hermano Buckley y quedó patente la relación entre Halford y Wilcombe. Los altos cargos ansían de tal manera los ingresos que genera esta montaña que la quemarán entera antes que permitir que su hermano campe por ella un solo día más.

—¿Y por qué no lo han hecho ya?

—Por mí. —Reapareció la sonrisa de tiburón de Holly—. Por mí. —Dejó que lo dicho causase su efecto antes de echarle el cebo—. Tengo un plan mejor, y por eso estoy aquí, *sheriff*.

—Siga —dijo Clayton.

—Nada como un buen pico de dinero para que las fuerzas federales de la ley de los Estados Unidos se pongan a babear. Nada excepto, claro está, un pico aún mayor. Eso es lo que he encontrado en Florida: un pico aún mayor. Si acabamos con ese, este de aquí se quedará en nada.

—¿Es que Hal no puede buscarse otros proveedores?

—Claro que sí, pero ¿querrá? Usted mismo lo ha dicho: desde que nació anda metido en el ajo con estos tíos de Florida. No se vio obligado a liarse con derramamientos de sangre y reyertas como la mayoría de los emprendedores de ese pelaje. Construir esta clase de colaboración lleva mucho tiempo, y su padre se lo dio todo hecho. ¿Cree usted que está por la labor de meterse en algo así a su edad? Los cincuenta y tres años no son un buen momento para empezar desde cero. Que sepamos, no tiene hijos. Que sepamos, no hay jóvenes sucesores esperando a ocupar su lugar, y la línea familiar acaba con él. —Se calló y se corrigió—: Bueno, aparte de usted, claro.

Clayton asintió y trazó círculos en el aire con un dedo para que el otro continuase.

Holly dijo:

—Ahí arriba está aislado de la civilización, prácticamente. Si sacamos a Wilcombe de la ecuación, a Halford Burroughs no le quedaría otra que jubilarse. Recoger sus ganancias y fuera.

Clayton vaciló unos segundos antes de hablar.

—¿Y me está diciendo que lo dejaría en paz?

—Sí —respondió Holly sin asomo de duda.

—¿Y eso lo puede respaldar con documentación?

—Sí —dijo Holly. Cruzó los brazos y dejó que continuase el interrogatorio.

Los ojos de Clayton se transformaron en unas rendijas escépticas que estudiaban a Simon Holly. Ese hombre mostraba una falta de pretensiones que le resultaba admirable. Aquello no era solo una oportunidad de colgarse una medalla; por lo menos no se lo parecía. Era la oportunidad de hacerle un auténtico bien a la montaña. Eso si no era una patraña, pero normalmente él se olía una patraña a un condado de distancia. Le dio la impresión de que aquella reunión era más importante para el caso de Holly de lo que daba a entender. El agente aparentaba estar bien, aunque inquieto. Hacía oscilar la rodilla levemente, de modo que Clayton detectaba una pizca de nerviosismo. «Este caso podría suponer un vuelco en su carrera», pensó.

—¿Y a usted qué le importa? Si tiene información suficiente para pillarlo, ¿por qué no va y se lo trae con usted? ¿Qué le importa lo que le pase a la gente de aquí?

Holly pareció un poco sorprendido y luego sinceramente ofendido.

—¿Cómo no iba a importarme? Usted no tiene el monopolio sobre la seguridad de la gente, *sheriff*. Antes ha dicho que no es como yo ni por asomo, pero tenemos la posibilidad de cerrarle de golpe el grifo a uno de los flujos de armas y drogas más grandes de la historia de la Costa Este... Un flujo que recorre seis estados. No le voy a mentir, no estará mal que me reconozcan por ser uno de los hombres que lo logró, pero, si es usted quien yo creo que es, el hecho de vivir a la sombra del legado familiar hace que para usted sea todavía más importante. El motivo por el que hago esto es la cantidad de vidas que salvaríamos, muchas de las cuales pertenecen a su población. Yo diría que somos más parecidos de lo que usted se piensa.

Clayton se rascó una zona rojiza de la barba tricolor sin acordarse casi de la migraña, que iba remitiendo.

—¿Y Hal se va de rositas?

—Que se vaya donde quiera.

—Si lo convenzo de que joda a los otros.

—Mire, *sheriff* le acabo de explicar por qué ando metido en esto, pero, para ser completamente francos, la verdad es que a nadie le importa este sitio. No se ofenda, pero esto no es más que un pedazo de roca en medio del estado más caluroso y sofocante del país. De la gente con la que trabajo, no conozco a uno solo que ni de coña fuese a venir a empantanarse por gusto aquí si no fuese porque su hermano está infringiendo la ley, infringiéndola por todo lo alto, además. Si para, nosotros paramos. Punto.

Clayton abrió el último cajón del escritorio, el sitio que solía reservar para lo bueno cuando bebía, y sacó una latita de tabaco de mascar de hebra larga. Cogió un pegote y se lo colocó entre el labio inferior y las encías, acto seguido escupió en un vaso vacío de porexpán.

—Bonito discurso.

—Gracias. Llevo todo el camino ensayándolo.

—¿Así que se ha puesto el traje de los domingos para venir hasta aquí a contarle al hermano del gran malhechor todos sus planes para acabar con él y aun me va a decir que le parece una idea genial?

—Sí, *sheriff* eso es más o menos, pero, con toda franqueza, mi madre no me habría dejado ponerme tejanos para ir a la iglesia un domingo y, si le soy sincero, no pensaba encontrarlo aquí hoy. Yo había previsto pedirle una reunión para mañana.

Clayton sonrió.

—Bueno, Holly, con toda franqueza, tampoco es que tenga una agenda muy llena.

Holly se rio.

—Lo sé.

El *sheriff* se puso en pie, se acercó a la percha y cogió su chaqueta.

—Vamos, puede contarme más mientras almorzamos. Me muero de hambre. A estas horas de la mañana podemos pillar sitio en Lucky's antes de que los parroquianos de la iglesia la tomen al asalto.

—Suenan bien, *sheriff*.

—Llámeme Clayton.

—Muy bien: Clayton, entonces. Usted primero.

Clayton abrió la puerta que daba a la recepción, donde a Cricket y Choctaw poco les había faltado para ponerse a escucharlos con un vaso pegado a la pared.

—Cricket, ¿podría decirle a Kate que no voy a ir a casa de su madre?

—No le va a hacer gracia.

—Lo sé. Por eso quiero que se lo diga usted. Choctaw, llama a Darby para que se pase a vigilar a tu prisionero. Ya que estamos todos aquí en domingo, que venga él también. Luego llama a Lucky's para que le preparen algo de desayuno a nuestro invitado, que yo os lo hago llegar.

—Sí, señor.

—Y, ya que estáis, pide algo para vosotros. Lo que os venga en gana. Daos un buen atracón.

—¿Se ha levantado generoso hoy, jefe?

—Yo no —Clayton le guiñó un ojo a Holly—, pero el gobierno federal sí.

Capítulo 3

Clayton Burroughs 2015

Clayton miró el techo. Treinta y cinco vigas macizas de madera hechas con el mismo pino blanco que crecía a menos de seis metros de la ventana de su dormitorio. Su padre y él construyeron la casa como regalo para Kate antes de la boda. Por entonces el padre tenía casi setenta años y trabajaba como un hombre de veintitantos. Hacía más de una década de aquello, y esa cubierta de correas no había dejado filtrarse una gota de lluvia ni una sola vez... Ni una sola vez. En una ocasión, Clayton se hospedó en la última planta de un hotel caro de Atlanta y se fijó en las manchas de humedad y decoloración que se extendían por los vértices de aquel techo estucado. No pudo pensar en otra cosa. Doscientos dólares por noche en una torre de acero y cristal y no eran capaces de hacer bien lo que su padre y él habían hecho con un par de martillos y unos cuantos clavos. Era un ejemplo sin importancia, pero siempre reverberó en todo lo que le había enseñado, en todas las lecciones que Gareth Burroughs trató de inculcarle a lo largo de su vida.

—Chico, vas a necesitar una casa de verdad —le dijo su padre—. Si vas a coger a esa mujer y vas a intentar ser un hombre de verdad, vas a necesitar una casa como Dios manda.

«Un hombre de verdad».

Replegó el labio en una mueca al recordarlo. Siempre fue así. Cada cosa buena que Gareth Burroughs hizo por el menor de sus hijos siempre estuvo contaminada por lo que en realidad pensaba de él. Que no daba la talla. Que no les llegaba ni a la suela del zapato a sus hermanos Hal y Buck. Nunca llegó a decirlo directamente, pero no hacía falta. Se le veía en los ojos, llenos de nubarrones grises de decepción.

Kate siempre consideró aquel lugar como lo más bonito que su suegro hizo por ellos, pero no sabía que la habían construido en silencio. Un padre que se afanaba en su obligación de proporcionar cobijo a su vástago por más rana que le hubiese salido. Aquellas traviesas que se unían en los vértices para sonreírle por

encima de su cama, lo último que veía antes de cerrar los ojos por la noche, eran su penitencia por darle la espalda a la familia. También eran una manera de mantener a Clayton justo donde Gareth lo quería: arraigado en Bull Mountain.

Clayton desvió su atención de las marcas que el padre había dejado en el techo con el hacha y se concentró en la visión, mucho más agradable, de Kate, su mujer, que se secaba en el cuarto de baño enmarcada por el arco de cedro de la puerta abierta. Tenía su rutina. Se envolvía entera en una toalla antes de apartar la cortina de la ducha y con otra se liaba en la cabeza esa especie de turbante que solo saben hacer las mujeres. A continuación, se sentaba en el borde de la bañera y se frotaba aceite de citronela en las piernas recién depiladas. Esta parte duraba un poco más si era consciente de que Clayton la miraba. Entonces, como en el último acto de un mago, las dos toallas caían al suelo y una de las camisetas del departamento del *sheriff* de mcfalls county de su marido las sustituía. El movimiento era de tal fluidez que, si parpadeaba, Clayton corría el riesgo de perderse la décima de segundo en que le quedaba el culo al aire y unos mechones rizados se le apelmazaban en el pecho como chocolate fundido.

Kate nunca dormía con bragas. Esta idea continuaba activándolo después de once años de matrimonio. Le echaba una pierna por encima y le pegaba una mejilla al pecho. Era su comprobadísima postura para dormir, y esperaba a que las manos de él empezasen a acariciarla. Pero esta vez no.

—Te hemos echado de menos en casa de mamá —le dijo.

—Ya, lo siento. Es que ese chico me va a llevar a la tumba.

—¿Choctaw?

—Sí.

—Es buen chico; un poco atolondrado, nada más.

—Atolondrado. —Clayton masculó la palabra—. Por no decir otra cosa.

Kate cambió de tema.

—Te acuerdas de que tengo cita el martes, ¿no?

—¿Eh?

—Mi cita —repitió ella.

—Ah, vale. Claro. —Suavizó un poco su tono en un intento de rebajar la actitud cínica que le provocaba la «cita». No sería la primera vez en lo que iba de década que se ilusionaran para acabar luego decepcionados. El caso es que no estaban destinados a ser padres, por lo visto, y ya iban mal de tiempo.

Kate alzó la cabeza para mirarlo.

—¿Dónde andas, Clayton?

—Aquí estoy, cariño.

—Qué va. Estás aquí en cuerpo, pero tienes la mente en otra parte. Llevas casi una hora mirando esas traviesas como si hubiera que repararlas antes de que

se nos desplomen encima.

—Es que igual se nos desploman, Kate.

Kate miró las traviesas también.

—¿Quieres hablarlo?

—Sí, pero no tengo claro que te apetezca oírlo.

—Venga.

Clayton le pasó los dedos por el pelo húmedo y le posó la mano en el cuello. Su piel siempre estaba a la temperatura de la fiebre y suave como algodón hilado.

—Hoy ha venido a verme un federal para hablar de Halford. Van a intentar cargarse la montaña.

—¿Otra vez? —Hablaban en voz baja y cautelosa. Siempre hacía eso cuando surgía una conversación sobre la familia de Clayton.

—Pues sí, otra vez.

—¿Y quieren tu ayuda?

—Más o menos. Este tío, Holly, no quiere información. Por lo visto ya saben todo lo que necesitan saber. Según él, ni siquiera quieren a Hal.

—Entonces, ¿de qué va la cosa?

—Quieren a su socio. Un tío de Jacksonville.

—¿De Florida?

—Pues sí, dirige no sé qué pandilla de moteros. Los federales creen que si trincan a estos de Jacksonville acabarán de rebote con el tráfico de cristal de la montaña.

—Entonces, ¿para qué vienen aquí a hablar contigo? ¿No deberían estar en Florida, llevando a cabo la operación?

Antes de que a Clayton le diese tiempo a responder, Kate cayó en la cuenta.

—Quieren que tu hermano los traicione.

—Eso es. Creen que pueden convencerlo de que entregue al tipo en cuestión. Si lo entrega, lo dejan suelto. Así de sencillo.

—¿Y tú te crees de verdad que van a hacerlo?

—No. No lo creo.

—¿Pero quieren que intentes convencerlo, de todas formas?

—Ahí está la cosa, sí.

Kate se apartó de Clayton, le dejó el pecho frío y húmedo, y se quedó tumbada bocarriba.

—No es la primera vez que pasamos por esto, Clayton. No hay manera de convencer de nada a ese hombre. Está loco, lo sabes.

—Tienes razón, a no ser que...

—¿A no ser que qué?

—A no ser que piense que eso puede beneficiarlo. —Clayton se incorporó y la miró—. Escucha, dinero no le falta. Coño, nunca le ha faltado. Es probable que tenga millones enterrados en latas de café por toda la montaña. Si le digo que podría dejar de andar todo el día guardándose las espaldas, lo mismo se lo piensa.

—Un momento. —Kate también se incorporó—. No te lo estarás planteando en serio, ¿verdad? —Se retiró un poco de él para calibrar su expresión.

—Bueno, pues sí. Igual sí. Podría ser mi oportunidad de salvarlo.

—Por favor, Clayton, tu hermano es asesino y traficante. No necesita que lo salven: no tiene salvación.

—No es culpa suya.

—No empieces con tu rollo de que si es por cómo lo criaron y tal. Pensaba que estábamos de acuerdo: a ti te crio la misma persona y no te dedicas a venderle veneno a los niños.

—Eres tú quien me ha pedido que lo hablásemos, ¿recuerdas?

—Bueno, pues creo que he cambiado de opinión.

—Mira, Kate. Las pocas veces que lo he visto desde que mataron a Buck parecía, no sé, cambiado. Más viejo. Cansado. Creo. Tal vez la muerte de Buck lo ha cambiado de alguna manera.

—En el funeral de Buckley te amenazó con matarte.

—Estaba en pleno duelo.

—Tú estabas de duelo. Mike estaba también de duelo. Big Val estaba de duelo. Él solo estaba borracho y de mala uva.

—La gente lleva el luto de distintas maneras. Él se encuentra ahí arriba solo, dirigiendo las cosas por su cuenta.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque conozco a mi hermano. No confía en nadie.

—¿Y tú crees que en ti va a confiar?

—Soy su hermano.

—¿Y te crees que eso le importa?

—Creo que es consciente de que soy el último pariente que le queda y, a la hora de la verdad, eso es lo único que le importa. Sigue cargando con la culpa de la muerte de papá. Igual lo convengo de que se retire. Puede dedicarse a vivir ahí arriba, cazar, beberse su *whisky* casero y colgar los hábitos de bandolero de una vez. Ahora mismo ni se le pasa por la cabeza que eso sea una opción. Si lo viese posible, a lo mejor la lógica del plan lo iluminaba. Se acabó andar todo el día cubriéndose las espaldas de un posible asalto federal. Se acabó el peligro de que lo asesinen los *colgaos* que se mueren por desvalijarlo.

Kate se recogió el pelo en una coleta improvisada.

—Vale, pongamos que Halford se traga ese cuento de hadas, que va a ser que no, pero pongamos que sí. Si entrega a esos matones de Florida, ¿no se verá metido en otro embrollo? ¿No va así la cosa? Una represalia lleva a otra, y así sin parar.

—Cariño, los Burroughs se las han arreglado para librarse de las fuerzas federales durante más de un siglo. Creo que podemos enfrentarnos a un puñado de moteros zumbados.

—¿Podemos? —preguntó Kate.

—Ya me entiendes.

—No, creo que no te entiendo, Clayton. Lo que sí tengo claro, en cambio, es que te estás planteando la posibilidad de ir de la mano de los mismos federales que mataron a uno de tus hermanos para intentar convencer al otro, al autoproclamado padrino montuno de Bull Mountain, de que deje de lado la empresa criminal que constituye su vida, y ¿qué?, ¿que se vaya a pescar?

Clayton se desplomó sobre la almohada y se frotó las sienes. Pensó en la botella de *whisky* que tenían en el armario de encima de la nevera. Llevaba pensando mucho en ella todo el día. La idea de beber siempre sonaba mejor de lo que luego resultaba el trago en sí. Había dejado la bebida para poder tener conversaciones como aquella con su mujer sin acabar en el sofá pensando en cómo disculparse por ser un gilipollas, pero, aun así, era tentador. Kate se inclinó sobre él como un terrier.

—Esos cabrones se volverán al agujero del que vinieran y tú acabarás aquí, arreglando el desastre en que hayan convertido nuestras vidas. Eso ya lo sabes, Clayton. Ya lo sufrimos cuando murió Buckley. —Kate hablaba prácticamente a gritos—. Sé que quieres que las cosas cambien. Yo también, sobre todo ahora, pero ¿qué te hace pensar que esta vez será distinta de las anteriores?

—El agente que he conocido esta mañana. El tal Holly. Tiene algo diferente. No es de esos superpolicías adrenalínicos que vienen aquí pensando que pueden intimidar a una pandilla de paletos por sacar buenas notas en la academia. Es, yo qué sé, Kate... —Titubeó buscando la palabra adecuada y terminó diciendo—: Es franco.

—Franco —repitió Kate con frialdad.

—Sí, tengo un pálpito. Viene con los deberes hechos y ha dado con la mejor manera de llevar su plan a cabo. Creo que me fío de él. Da lo mismo: es que creo que quiero fiarme de él. Si lo que dice es verdad, es una oportunidad para hacer el bien. Por lo menos debería intentarlo, ¿no?

Silencio.

—Además, lo van a hacer conmigo o sin mí, así que tiene sentido que lo

intente, ¿no?

Era la segunda vez que lo preguntaba y la segunda vez que no le respondían.

—¿Cómo lo ves, Kate?

Kate sacó las piernas del edredón y se quedó sentada en el borde de la cama, dándole la espalda a su marido. Clayton alargó el brazo para tocarla, pero terminó desistiendo.

Al final, Kate dijo sin girarse:

—Te quiero, Clayton, lo sabes. Sabía lo que era tu familia cuando te conocí y los detestaba, pero te quise a ti de todas maneras. No podía evitarlo. No quise evitarlo. Hasta la última célula de mi cuerpo me gritaba que hiciese las maletas y saliese pitando de aquí lo más lejos, lejos de ti, que me fuese posible. Pero no fui capaz. El corazón no me lo permitía. Mi madre me dijo que no me casase contigo por venir de donde venías. De quien venías. Le dije que se equivocaba. Sabía que me la jugaba, y no me avergüenza admitir que a una parte de mí incluso le excitaban tus orígenes. ¿Acaso hay alguna mujer que no desee ser raptada por un proscrito? Así que me quedé y me casé contigo. Querías hacer algo diferente con tu vida. Algo honesto. Ha sido el mayor salto de fe de toda mi vida, y me dio un miedo tremendo, pero lo hice.

—Lo sé, cariño.

—Vale. Lo sabes. Pero lo que no sabes es que todavía me da un miedo tremendo. Sí, once años después todavía me da miedo que cualquier noche llegues y me digas que has decidido seguir los pasos de tu padre o, peor aún, que ni vuelvas a casa. Luego tendré que adivinar si andas enterrado en un hoyo junto a cualquier otro desgraciado con el que tu familia no estuviese de acuerdo. Gente con placas como la tuya mató a Buckley, así que lo pillo: te sientes obligado a evitar que le suceda lo mismo a Halford, pero no está en tu mano salvar a nadie.

—Cariño...

—Déjame acabar. —Se volvió a mirarlo—. Soy tu esposa. Juré que estaría contigo para lo bueno y para lo malo y no me tomo ese voto a la ligera, y créeme: cualquier cosa que nos haga entrar en contacto con el lunático de tu hermano es la definición perfecta de «malo». Dicho esto, haz lo que tengas que hacer. Pero escúchame una cosa, Clayton Burroughs: no pienso dejar que ningún poli, por más franco que sea, haga que te metas en un atolladero por ayudar a un hombre que ni merece ni quiere tu ayuda.

—Es mi hermano, Kate.

—Está como una puta cabra; eso es lo que hay.

—No por eso es menos hermano mío, ni menos familia.

—Ahora tu familia soy yo. Yo voy antes. Eso es lo que me prometiste

cuando me pusiste el anillo en el dedo, y no te vas a librar. Jamás. ¿Te enteras, *sheriff*?

—Recibido, muchacha.

Clayton la agarró de la camiseta y la atrajo hacia sí. Le encantaba que lo llamase *sheriff*. La puso bocarriba y se deslizó sobre ella. Así no tendría que ver las traviesas.

Capítulo 4

Kate Burroughs
2015

El reloj digital de la mesilla de Clayton marcaba las 2:15. El resplandor de los números bañaba el cuarto en un suave tono anaranjado y se filtraba a través de los párpados inquietos de Kate. Clayton acostumbraba a tapar el reloj con una camiseta o algo, pero no aquella noche, así que el puñetero chisme no la dejaba dormir. De todas formas, tenía un sueño muy ligero; tampoco es que pensase dormir. Después de la bomba que acababa de soltar Clayton, no, desde luego. Que lo amaba estaba fuera de toda duda, pero jamás había dicho que lo comprendiese. ¿En qué momento de la vida aceptamos que uno es quien es y dejamos de darle vueltas? Cada vez que su marido levantaba una mano para ayudar a alguien de aquella montaña se la retiraban de un palmetazo, pero él nunca dejaba de aprovechar cualquier ocasión para intentarlo. A ella le recordaba a esa tira de *Snoopy* en la que Lucy sostiene un balón de *rugby* en el suelo para que Charlie Brown lo chute. Todos sabemos que en el último momento se lo apartará y el pobre Charlie se caerá de culo; hasta él lo sabe, pero lo intenta aun así por pura fe en la bondad del mundo. Una vez oyó que la definición de locura es repetir la misma acción una y otra vez esperando resultados diferentes. Si esto era cierto, entonces su marido estaba loco. Joder, igual hasta ella lo estaba. A fin de cuentas, todo aquello de hacerse policía fue idea suya.

Fue uno de esos instantes de la vida que surgen de repente sin previo aviso y sin buscarlos y que te cambian la existencia para siempre. Llevaban saliendo juntos poco más de un año y él estaba decidido a demostrarle, a ella y a todo el mundo, que no era como su padre. No obstante, parecía perdido. Eso debió de ser lo que le atrajo de él desde un principio. Por cómo cambiaba de tema al hablar de su infancia o por cómo se desviaba de la conversación al salir a relucir el asunto, estaba claro que había visto, o hecho incluso, cosas de las que no se enorgullecía, y que eso lo había cambiado, le habían escamoteado la posibilidad de disfrutar enamorándose de una chica en la mesa de un restaurante. Se comportaba como si no se mereciese las cosas buenas que otros daban por

hecho. Estaba estropeado, y a ella le gustaba arreglar cosas estropeadas. No lo sabía por entonces, pero ahora sí; cuando llegase a los cuarenta a lo mejor hasta lo admitía. También sabía que Clayton habría hecho lo que fuese por ella entonces. Lo que fuese. Y esa clase de poder sobre un hombre en manos de una chica de veintiséis años podía ser peligroso. Eso también le gustaba.

Estuvieron en Lucky's después de la misa (eso significaba algo, por aquellos parajes). Clayton Burroughs jamás había pisado una iglesia hasta entonces, pero ahí estaba, repeinado y con la camisa metida por dentro del pantalón, fingiendo encontrarse cómodo (comiéndose entre los dos un plato enorme de bizcochitos, melocotón en almíbar y mantequilla). Kate se lo podía permitir, en esa época. Aquel recuerdo la hizo meter las manos bajo el edredón, pellizcarse los michelines y agarrarse la grasa de la barriga con las dos manos.

El cotilleo de aquella mañana en el restaurante era que el *sheriff* Flowers se retiraba. Sam Flowers había representado a la ley en McFalls County desde que ella era niña, pero, por un tiro mal dado, una borrachera o no se sabe qué, lo obligaban a jubilarse, y los chismosos estaban que echaban humo. Kate se acordaba como si hubiese sido ayer de cómo formuló distraídamente las palabras que cambiarían sus vidas. Al principio lo dijo en plan chiste, pero al ver la expresión de Clayton, como si acabase de resolver todos los problemas del mundo con una sola frase, pensó que ojalá pudiese detener el tiempo y borrar aquello de su memoria.

—Tendrías que presentarte, Clayton. Serías un *sheriff* genial —le dijo, y después ya no hubo manera de pararlo.

Al llegar noviembre, ambos añadieron unos accesorios brillantes a sus mesillas de noche: un modesto anillo de diamantes de prometida ella y una placa de *sheriff* de plata él. Se postuló en solitario y lo consideró un golpe de suerte, aunque las murmuraciones que bordeaban todas las conversaciones durante la elección indicaban que nadie se atrevía a competir contra un Burroughs (aunque fuese el Burroughs bueno). La década siguiente consistió en una serie de noches sin pegar ojo para la esposa del policía. Un policía cuyo objetivo primordial era recuperar el alma de una familia que había crecido acostumbrada a carecer de ella. Y era culpa de Kate.

Salió de la cama, cruzó el cuarto y echó la toalla que había tirada en el suelo encima del resplandor ajado del despertador. Se fue al baño y bajó sin hacer ruido la tapa del váter con cierto fastidio. Se sentó y apoyó la cabeza entre las manos. «¿Después del fiasco en el funeral de Buckley? ¿Está tarado?», pensó. Buckley había sido un psicópata redomado, por lo que Kate sabía. Le daba mucho más miedo que Halford. Si Clayton era el bueno y Halford el malo, Buckley era el feo de marras. Que se lo cargase la policía en un tiroteo no le

sorprendió ni a ella ni a nadie. Con Buckley valía más la pena disparar primero y preguntar después, y era más que seguro que se lo tenía bien merecido, pero no dejaba de ser hermano de Clayton. Eran familia, así que Clayton tenía derecho a presentarle sus respetos, independientemente de lo que pensasen Halford o los demás.

Kate apoyó la idea de que Clayton asistiese al funeral; incluso insistió en acompañarlo, pero hasta ella intentó convencerlo de que no fuese de uniforme. Soltó un gruñido, se pasó las manos de la frente a la nuca y apretó el tenso músculo contracturado. Lo recordó plantado delante del espejo del cuarto de baño, enfundado en poliéster almidonado, la raya militar y los metales pulidos, peleándose con una corbata quizá por primera vez en su vida. Aquel sombrero raído suyo había sido sustituido por uno de ala rígida de *sheriff* que Kate ni sabía que tenía. Mientras lo observaba así vestido en el marco de la puerta no podía pensar sino que aquello (aquella mala decisión) haría que lo matasen. Él insistió con serenidad en que era la mejor manera de honrar a su hermano y que en absoluto podía interpretarse como un tremendo «jódete» a Halford y sus secuaces, y a lo mejor en parte era verdad, a fin de cuentas, pero ella no las tenía todas consigo. Aquello era menosprecio, desprecio y ego del apellido Burroughs, pero él no era consciente. Ninguno de ellos lo había sido nunca. Ninguno de ellos se planteó jamás la posibilidad de estar equivocados. También detectó el aliento a *whisky* por más que se hubiese lavado con enjuague bucal para disimularlo. Sabía que si rebuscaba en armarios y cajones encontraría como mínimo una botella, si no más, de *bourbon* barato vacía. Lo dejó pasar. Siempre lo dejaba pasar.

Fueron los últimos en llegar al funeral, por llamarlo de alguna manera. Desde fuera parecía más bien un montón de gente reunida para una pelea de gallos. Una panda de hombres desaseados plantados en círculo con la ropa de trabajo raída y sus botas, el frasco de *whisky* de maíz en la mano, fumando y a lo suyo. Las pocas mujeres a las que se había permitido asistir estaban sentadas en silencio, unidas en una expresión de profunda tristeza que para nada inspiraba el fallecido. Parecían todas mucho más viejas de lo que eran, cansadas y descoloridas, del color de las balas de heno al sol del verano. Kate sintió una mezcla de compasión y rencor hacia todas ellas, pero también se descubrió tratando de bajarse unos centímetros la falda para taparse las piernas sin medias. Tampoco era cuestión de restregárselas por las narices.

Halford no iba a permitir que el cuerpo de su hermano entrase en una iglesia, ni que estuviese presente un sacerdote, de modo que la presencia de los hombres se resumía en estar allí en los bancos del estanque de Burnt Hickory, contando sus historias y derramando *whisky* por el suelo. Enseguida se limitarían

a echar en un agujero el cadáver de Buckley, al lado del padre ya enterrado allí.

El abuelo de Clayton, Cooper, había sido enterrado en un campo cerca del desfiladero de Johnson, que se suponía debía ser el panteón de los Burroughs, pero su hijo, Gareth, el padre de Clayton, quiso que lo enterraran allí, en el estanque de Burnt Hickory. Nadie sabía por qué. Las lápidas echaban a perder recuerdos de aquel lugar cuando era niña. Columpiándose en el viejo neumático colgado con los demás adolescentes estúpidos que se golpeaban el pecho pueril, gritones y jóvenes. Aquel sitio era el símbolo de su infancia, del verano, de algo querido. Ahora era el camposanto de asesinos y ladrones. La sorprendió que la hierba frondosa y el musgo verde que rodeaban el estanque no estuviesen podridos y marrones, teniendo en cuenta la cantidad de mala sangre que allí se guardaba.

En cuanto Clayton aparcó la camioneta junto a la hilera de furgones y coches, se clavaron en ellos todas las miradas. Primero en ella, en su vestido negro poco recatado, acto seguido en él, vestido con un uniforme que provocaba la forma más pura de asco y rabia que aquella gente era capaz de experimentar. La muchedumbre les abrió paso y vieron a Halford Burroughs inclinado sobre una caja sencilla de madera de pino al lado de un agujero recién cavado. Dentro de la caja había un hombre asesinado a tiros por hombres vestidos como su marido. Halford tenía los ojos rojos e hinchados por el llanto y a lo mejor era la primera vez desde que conoció a la familia de Clayton que Kate veía a aquel hombretón mostrar cualquier clase de emoción que no estuviese motivada por el desprecio y la amargura, pero su expresión se disolvió en el bloque de frío granito habitual al posar la mirada sobre su hermano pequeño. Justo entonces, en aquel instante, Clayton murmuró algo entre dientes, pero ella no lo entendió. Tal vez admitió que después de todo aquello no era buena idea, pero no estaba segura. Al acabar el día le preguntó qué había dicho, pero él contestó que no se acordaba. Fue la primera vez, que ella supiese, que Clayton le mintió.

La muchedumbre se callaba o susurraba y los señalaba mientras ellos se unían al grupo, pero fue Halford quien verbalizó el sentir general con solo tres palabras: «Cómo te atreves». Se metió la mano en el pantalón para sacar la pistola y Kate pensó que iban a freírlos allí mismo. Sintió un cosquilleo en la punta de los dedos y unas negras explosiones estrelladas le emborronaron la visión. Fue la vez que estuvo más aterrada en su vida adulta. Por suerte, los hombres de Halford lo agarraron y lo contuvieron. Aquel les rugió una sarta de obscenidades y forcejeó para llegar hasta Clayton, pero, gracias a Dios, su gente logró mantenerlo a raya. Clayton ni se inmutó. No intentó sacar su arma de la cartuchera del costado, se limitó a poner a Kate a su espalda empujándola por la cintura con una mano. Kate recordaba lo sexi que le pareció en aquel momento,

pese al pánico.

—También era mi hermano, y tengo derecho a estar aquí —dijo Clayton.

Halford les escupió, pero casi todo el salivazo cayó sobre el ataúd de pino. Uno de los hombres que Kate consideraba bueno, al menos superficialmente, un hombre al que Clayton llamaba Mike el Costras, les gritó mientras intentaba arrebatarse el arma a Halford: «Bueno, pues date prisa, Clayton, o al final vamos a tener que enterrar a dos Burroughs en vez de a uno». Kate se lo creyó, así que instó a Clayton a que se adelantase. En el lapso que le llevó a su marido decir lo suyo junto a aquella sencilla caja de pino y volver con ella a la camioneta cupo una eternidad. No recordaba ni cuándo volvió a tomar aire. Pero terminaron regresando y se marcharon conduciendo más lentamente de lo que hubiera deseado. Miró atrás y vio que los hombres se arremolinaban en torno a Halford. Se tropezó y lo ayudaron a levantarse. Vio que se echaba a llorar de nuevo. A lo mejor aquello demostraba la existencia de un alma en el interior de aquel hombre, pero no pensaba quedarse a comprobarlo. Solo quería volver a casa. Le puso una mano a Clayton en la pierna y fue a decir algo, pero también él estaba llorando.

Capítulo 5

Halford y Clayton Burroughs 1985

—¿Te ha picado alguna vez un avispon? —le preguntó Hal sin venir a cuento. No miró a su hermano pequeño al hablar. Era noche cerrada, de modo que mantenía los ojos fijos en la carretera que se extendía delante de ellos. Una mano le colgaba perezosamente sobre el volante y la otra agarraba una lata de Stroh's (la tercera desde que habían salido de casa).

—Y tanto. Pican un huevo —respondió Clayton.

Hal entrecerró los ojos y observó la cara de su hermano. Era una cara de chaval.

—Vaya, pues me parece que entonces no te ha picado, Clayton, porque si te hubiese picado no dirías que «pican un huevo». Con eso no se hace uno una idea. Esos hijoputas hacen un daño que ni te imaginas. Un dolor imposible de olvidar. Te pica un bicho cabrón de estos y se te saltan las lágrimas. Dios no quiera que te pique un enjambre entero... —Se calló para encontrar la fórmula adecuada. Expelió un trompetazo de aire y sacudió la cabeza—. Colega, como te pique un enjambre la palmas.

—No, en serio —insistió Clayton—. Me picó uno una vez. Solo uno, lo maté de un pisotón, pero pensé que se me iba a poner el pie como una sandía.

Hal apuró su cerveza y dejó caer la lata en el suelo del coche, bajo los pies de Clayton.

—¿Sabes que los avispones atacan sin motivo? No como las avispas o como el abejorro que pisaste.

Clayton no replicó.

—Las abejas van a lo suyo si no las molestas, pero ¿los putos avispones? A lo mejor pasas por delante de un avispero y los muy cabronazos salen disparados a por ti. ¿Lo sabías?

—Ah ah —dijo Clayton, negando con la cabeza.

No tenía ni idea de por qué su hermano le hablaba de avispones, pero tampoco es que le importase demasiado. Lo cierto es que Hal nunca se dirigía a

Clayton, así que el crío estaba disfrutando de que le prestasen un poco de atención. Se llevaban diez años de diferencia, Buckley estaba en el medio, así que no tenían mucho en común. Además, Hal solía estar demasiado ocupado con las cosechas en lo alto de la montaña como para andar perdiendo el tiempo con el pequeño. Clayton lo comprendía. Los negocios primero. Pero desde que Clayton cumplió los doce y papá empezó a dejarle ayudar en los trapicheos, Hal no le hacía ni caso. Aquella conversación era probablemente la más larga que habían tenido. Clayton quiso pensar que igual eso significaba que empezaba a verlo como a un hombre..., como a un hermano. No cabía en sí de gozo.

Hal salió con la camioneta por una trocha que a cualquiera que no fuese de por allí le habría pasado inadvertida. Más que una carretera eran dos regueros de tierra formados por neumáticos de coches como aquel en medio de la broza y los matojos. Clayton subió la ventanilla para evitar que los matorrales frondosos y las ramas de los árboles lo golpearan en la cara, y Hal apagó los faros y dejó los pilotos naranjas de estacionamiento. Clayton apenas distinguía el camino a la luz de la luna, pero no le pidió a su hermano que frenase. Este atravesaba la oscuridad a toda velocidad, como si lo hubiese hecho un centenar de veces.

—¿Te acuerdas de Big Merle? —le preguntó Hal.

—Claro —respondió Clayton con las manos crispadas en el reposabrazos—. Aquel chaval gordo que iba a que le diese clases la señorita Adele cuando estaba viva.

—Eso, aunque ya ves para qué, a ese capullo no le servían de nada las clases. Era más tonto que Abundio. —Hal arrancó otra cerveza del *pack* de seis que tenía en el asiento de en medio y tiró de la lengüeta con los dientes—. Es igual. El caso es que, aunque fuese un mastuerzo, era colega. Un buen colega. El amigo hacía cualquier cosa que le mandases sin una puta queja. —Le tendió la cerveza abierta a Clayton, que la cogió radiante y ansioso con las dos manos. Hal sonrió levemente antes de abrir otra para él—. Es igual. Cuando éramos niños, salíamos unos pocos por ahí por la cresta sur a disparar a las ardillas: Buckley, Mike el Costras, Big Merle y yo. Ya era un gordo seboso por entonces. Fue el año que papá me compró aquel rifle cutre del calibre .22. Creo que ahora lo tienes tú.

Clayton dijo que sí. No le contó que era su posesión más preciada por haber pertenecido a Hal. En lugar de eso le dio un trago a la cerveza tibia y se esforzó cuanto pudo por contener una arcada. Sabía a agua de pantano.

—Nos lo estábamos pasando de coña haciendo el mono cuando Big Merle dice que tiene que mear, así que se mete por el bosque. Si llego a ser yo me la saco allí mismo, pero a Merle se le cortaba en público. Un pichacorta, supongo. En fin, al poco sale disparado de entre los árboles subiéndose los pantalones

como buenamente puede y chillando como una zorra. Berreando como no había oído a nadie en mi vida.

Hal se calló y dio un sorbo a la cerveza. Clayton observó a su hermano recordando lo que parecía una anécdota feliz.

—¿Avispones? —dijo.

—Sí, amigo. Avispones. Un puto enjambre. Consiguió apartarse unos metros del bosque antes de caer de morros. Se le echaron encima como un centenar.

—¿Y qué hicisteis?

Hal miró a Clayton como si le acabasen de hacer la pregunta más tonta del mundo.

—Salimos por patas, hombre. Yo me metí tanta caña que pensé que me explotaba el corazón, y no paré hasta que me colé dentro del refugio de caza del desfiladero de Johnson.

—Coño —comentó Clayton—. Bien lejos.

—¿Eh que sí?

—¿Qué le pasó a Merle?

—Se las arregló para largarse de allí y llegar a casa de sus padres, pero hecho un cristo. Tuvieron que ingresarlo en el hospital de Waymore como dos puñeteras semanas. El pobre mamón casi la palma. No pudimos verlo hasta mucho después, y para entonces todavía iba con tubos colgando y demás hostias para sacarle la pus, y no era capaz de abrir los ojos de lo hinchados que los tenía. No volvió a hablar bien nunca más. Nos supo mal salir corriendo y tal, pero, joder, ¿qué íbamos a hacer?

—Qué putada —dijo Clayton.

—Ya, bueno, nos ocupamos de aquello al día siguiente. En cuanto nos enteramos de que Merle estaba en el hospital nos fuimos para la cresta sur a cargarnos a aquellos bichos. A ver, es que era nuestro territorio. Andábamos siempre por allí. Un puñado de avispones no podía hacerse un nido ahí y picar a nuestros colegas. Estábamos antes. ¿Te enteras de lo que digo?

Hal le lanzó una mirada sostenida a su hermano pequeño para subrayar la pregunta, y entonces la revelación se derramó sobre Clayton como un cubo de agua helada. Asintió. No estaban hablando solo de avispones.

—Nos metimos en el bosque pachín pachán y por nuestros cojones que dimos con el nido en un pino hueco, donde Big Merle debía de haber intentado mear. Llevábamos una lata de gasolina para quemarlo, pero estaba demasiado alto para nosotros, así que el descerebrado de Buckley se pone a empapar el puto árbol entero. Podríamos haber incendiado toda la montaña, menudos capullos, pero no se nos ocurrió otra cosa. Mike el Costras le prendió fuego a aquella

porquería y echó a arder a toda hostia.

—¿El árbol entero?

—El árbol entero. Nos sentamos y nos quedamos a mirar cómo se quemaba. Cuando el fuego alcanzó el nido de los avispones te juro que los oí chillar. Silbaban como fuegos artificiales. Nos encantó oírlos arder.

—¿Y qué pasó entonces?

—Papá vio el humo desde casa y vino echando leches con Jimbo Cartwright. Hicimos un cortafuegos y nos las apañamos para impedir que se propagasen las llamas.

—¿Se cabreó? —Clayton se arrepintió al instante de hacer aquella pregunta.

—Joder, coño, Clayton, ¿a ti qué te parece? Hostia si se cabreó. Me llevé la somanta de mi vida aquella noche. Y Buckley lo mismo. —Se calló de nuevo; enseguida volvió a alzar la voz—. Pero tengo que decirte que valió la pena, hermanito mío. Valió la pena oír a aquellos putos bichejos chillando.

Clayton se tragó como buenamente pudo el resto de la cerveza y tiró la lata en el suelo del coche como había hecho antes su hermano. Hal frenó la camioneta y apagó las luces de estacionamiento. Abrió la última cerveza y se la bebió de tres tragos. Soltó un eructo profundo, tremendo y largo. Clayton pensó que ojalá pudiese eructar él así.

—Ahora tenemos que caminar —dijo Hal.

Cogió su escopeta, la amartilló y se bajó del coche en silencio. Clayton hizo lo propio. Pensó que tal vez había estado allí antes con su padre, pero no era capaz de asegurarlo con esa oscuridad. Aquella zona de la montaña estaba plagada de alambiques, muchos de ellos estropeados. Desde que las cosechas se habían trasladado a la cara norte, aquel territorio estaba cada vez más descuidado. No es que lo hubiesen abandonado; es que no era prioritario.

Se adentraron como cuatrocientos metros en el bosque antes de distinguir la luz débil de una hoguera entre los árboles.

—Eh, Hal —dijo Clayton—. ¿Qué pasó con Big Merle? Hace mucho que no lo veo por aquí. ¿Su familia se mudó fuera de la montaña?

—Está muerto —contestó Hal—. Buckley lo mató a golpes con un trozo de leña y lo tiró en un agujero. El gordo de los huevos no estaba contento con lo que le tocaba en el reparto... Se volvió avaricioso. Ahora cállate, que tenemos cosas que hacer.

Hal se deslizó en silencio entre los árboles hacia el resplandor del fuego y Clayton imitó todos sus movimientos. Cuanto más se acercaban, con más silencio se movía, hasta que incluso él dejó de oírlo cuando estuvieron a pocos metros. A aquella distancia, Clayton vio que se trataba de uno de los alambiques

de su padre, uno que se suponía debía estar desmantelado. Se pararon bajo unos pinos y observaron a un hombre rubio con la barba desigual que atizaba el fuego debajo de un enorme caldero de cobre. El calor que desprendían los barriles le resultó agradable a Clayton, que tenía la cara helada después de aquella excursión por el bosque. Le tiró de la manga de la camisa a Hal para llamarle la atención, y este se inclinó hacia él.

—Solo hay uno —le susurró Clayton—. Eso es bueno, ¿no?

—Es bueno, pero no es el que buscamos.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—¿Qué es lo que haces cuando no alcanzas el nido de avispones?

A Clayton no le costó mucho dar con la respuesta que su hermano esperaba.

—Le prendes fuego al árbol.

—Muy bien, chavalín. —Le alborotó el pelo rojizo al pequeño—. Creo que papi no te tiene bien calado. Ahora espérate aquí.

Hal se llevó un dedo a los labios y se esfumó en la oscuridad. Reapareció menos de un minuto después justo detrás del rubiales, que estaba echando una cagada mientras hojeaba una revista guarra junto a una fogata, con el rifle apoyado contra un árbol a su izquierda. Hal cogió impulso y le pegó un golpe con la culata de su Mossberg en la sien. El rubiales no supo de dónde le venían las hostias. Cayó a plomo de cara en el suelo. Era lo más guay que Clayton había visto en su vida. Su hermano era la leche.

—Clayton —dijo Hal, y el chaval reaccionó—, vente para acá y ata a este mamón a ese abeto.

Clayton se abrió paso entre los matorrales a toda prisa. Siempre se le habían dado bien los nudos. Estaba claro que Hal lo sabía. Hal se sacó de la chaqueta un trozo de cuerda de nailon, se lo lanzó y Clayton ató al hombre en un momento. Hal volcó de una patada el caldero, el corazón del viejo alambique, y las brasas se desparramaron por el pequeño claro. En cuanto la hierba seca empezó a arder, Hal la avivó con el aguardiente de alta graduación del barril y empapó el lugar entero. Casi al instante, aquel pedazo de bosque se transformó en un infierno en llamas.

—¡La hostia puta, Hal! ¿Cómo vamos a apagar esto?

—No lo vamos a apagar. Lo apagarán ellos. —Señaló al hombre atado al árbol.

Clayton se quedó pasmado.

Hal se explicó.

—El tío a por quien nos ha mandado papá verá este fuego y te aseguro que se presentará aquí en un rato. Cuando él y los suyos anden bregando para apagarlo, los iremos cazando como si nada. Va a ser divertido. Venga, vamos a

buscar un sitio desde donde vigilar.

—¿Y este? —Clayton señaló al rubio, que empezaba a recuperar la consciencia a raíz del intenso calor.

—Que se joda. Vamos.

—Pero se va a quemar vivo.

—¿Y? —replicó Hal empezando a perder la paciencia—. Levanta el culo o te dejo aquí para que te quemes vivo con él.

Clayton era incapaz de moverse.

El hombre que había atado se despertó por completo cuando las llamas comenzaron a acercarse a sus piernas. Sacudió la cabeza atrás y adelante, con los ojos desorbitados y frenético, comprendiendo lo que le estaba pasando. Forcejeó para soltarse, replegó las rodillas contra la barbilla. Le pidió ayuda a Clayton a gritos. Le suplicó. Clayton se quedó mirándolo... horrorizado. Hal lo agarró con fuerza por el antebrazo y a punto estuvo de arrancárselo mientras lo arrastraba por el mismo camino por donde habían llegado.

Desde una distancia prudencial, Clayton observó a su hermano, que se ponía cómodo contra un tocón y cerraba los ojos. Parecía descansado y satisfecho mientras los chillidos del hombre que se quemaba iban convirtiéndose en otra cosa. En algo antinatural. Clayton jamás olvidaría aquel sonido. Se preguntó si Hal lo oiría siquiera o si no oía más que avispones.

Capítulo 6

Simon Holly
2015

1

El agente Holly metió la llave en la cerradura e intentó recordar cuándo había sido la última vez, si es que hubo alguna, que había estado en una habitación de motel que siguiese usando llaves. No aquellas finas tarjetas de plástico con banda magnética, sino llaves de verdad, de metal fraguado. En cuanto abrió la puerta de la habitación 6 del Waymore Valley Motor Inn, el olor a ambientador barato y humo de tabaco rancio le abofeteó la cara. Fue extrañamente reconfortante. Igual que las paredes color blanco madreperla y la tenue luz amarillo eléctrico. Era de esa clase de cosas a las que estaba acostumbrado. El aire fresco de las montañas y los espacios abiertos le resultaban ajenos e intimidantes. Estar allí, en plena naturaleza, lo hacía sentirse como si de un momento a otro pudiese perder pie y precipitarse fuera del planeta. El espacio cerrado le sentaba mejor. Más controlado.

Abrió la cremallera de su bolsa negra del departamento y sacó el móvil. Lo había dejado adrede allí antes de reunirse con Clayton Burroughs. Nada de distracciones. El teléfono tenía varias llamadas perdidas de los mismos tres números en el espacio de cuatro horas. Uno era el de su novia, Clare; otro llevaba el prefijo del gobierno; y el tercero, del norte de Georgia. Llamar a cualquiera de ellos iba a ser como clavarse un picahielos en el ojo izquierdo. Soltó el aparato en una mesa y cogió un frasco de pastillas con receta de la bolsa, un cóctel especial de diez miligramos de hidrocodona con veinte de diazepam. Sacó unas cuantas y se las tragó con agua del grifo del lavabo. Todavía le temblaban un poco las manos. Se había esforzado al máximo para disimularlo mientras hablaba con el *sheriff*, pero aquel era un día que esperaba hacía mucho y, francamente, le sorprendía haberlo llevado con tanta serenidad. Estaba bastante convencido de que le había vendido bien el plan al *sheriff* a pesar de haberse visto obligado a engullir una ración monumental de grasas y carbohidratos en aquella tasca ridícula.

«¿Cómo es capaz la gente de comer esa bazofia a diario?», se preguntó. Necesitaba un gimnasio y una ducha, pero se conformó con tres dedos de *bourbon* de una botellita de viaje de plástico para que las pastillas le pegasen un buen subidón. La quemazón del *whisky* le sentó bien. Se derrumbó en una silla junto a la cama y esperó a que el fármaco obrase su magia. Era lo único que hacía soportable el siguiente paso. Era hora de remangarse y ponerse a devolver llamadas.

Cogió el teléfono y pulsó un número. En la mesa había una biblia forrada en imitación de cuero con ribetes dorados. La manoseó mientras escuchaba los tonos. Cuando la persona que había al otro lado descolgó, se inclinó y tiró el libro a la papelera.

2

—Aquí Jessup —dijo una voz.

—Henry, soy Simon.

—Simon, ¿dónde coño estás? Te has largado sin avisar y les tienes a todos mosqueados. No me gusta esta gente cuando anda mosqueada, ya lo sabes.

—Estoy en Georgia.

—¿Y por qué cojones estás en Georgia?

—Estoy trabajando en un caso.

—Se supone que tendrías que estar trabajando en un caso en Jacksonville, Florida.

—Es el mismo caso.

El silencio al otro lado le indicó a Holly que su compañero, Henry Jessup, intentaba deducir la relación antes de preguntar una estupidez. Se decidió, de todas formas.

—¿Cuándo me vas a informar de cómo encaja lo que sea que estés haciendo en el estado del melocotón con Wilcombe? ¿Qué le digo a Jennings?

Las pastillas empezaban a hacer efecto. Sintió que se le distendían el cuello y los hombros.

—Dile lo que quieras, Henry. Soy el agente al frente de este caso y, que yo sepa, la ATF es un departamento federal, de modo que puedo seguir una pista en cualquier punto del continente norteamericano. Estoy rastreando a un gran proveedor de droga en las montañas de Georgia vinculado directamente con el tráfico de armas en Florida, con el dinero... y con Wilcombe.

—Eres el agente al frente de esto, pero trabajas en colaboración conmigo y

con el gobierno federal. Existen unas reglas que tienes que seguir. Esta no es una operación local cualquiera en un pueblo perdido del sur de Alabama. El asunto este de Wilcombe en el que andas tan metido es la única razón por la que Jennings permitió que participases, y ya te has puesto a jugar a los pistoleros. Es el tipo de cosas que está esperando para darte puerta y quedarse con el caso.

—Que le den. Es un chupatintas. No tiene ni idea de cómo funcionan las cosas por aquí.

—Es tu jefe. Y no confía en ti. Te estás extralimitando y te va a hacer volver para ponerte a patrullar como un novato. Y puede que a mí también.

—¿Qué quieres que te diga, Henry? Hago mi trabajo; nada más.

—Bueno, pues entonces hazlo según el reglamento. Jennings y los demás van a querer que los informes, Simon. Empieza a contestar la radio y deja de ir de lobo solitario por la vida. No deberías estar solo ahí; yo debería haberte acompañado.

—Henry, te preocupas demasiado.

—Tú no te preocupas lo suficiente.

—Dame solo un par de días. Deja que vea dónde me lleva esto y te informo de qué va cuando lo haya averiguado.

—¿Has llamado a Clare?

—Aún no.

—Me ha telefoneado preocupada por ti. Dice que tampoco respondes a sus llamadas. Se cree que estás en Florida.

—Dios mío, Henry, ¿acaso eres mi madre? La llamo en cuanto pueda.

—No me gusta mentir por ti, Simon. Está convirtiéndose en una costumbre.

—Mira, Henry: estoy siguiendo una pista, confía en mí y punto.

—Lo que digas, colega. Pero no me dejes con el culo al aire. En cuanto sepas algo me lo haces saber, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Gracias.

—Muy bien, tío. Ten cuidado con esos paletos y llama a tu chica.

—Vale.

—En serio, Simon. Ten cuidado.

Holly colgó. Se sirvió otro vaso de *bourbon* y pulsó el botón de rellamada en el número local. Una voz masculina respondió al primer tono.

—Me cago en la hostia, Holly, ¡estoy que me subo por las paredes!

—Te dije que no me llamasas a este teléfono.

—No te preocupes, jefe, llamo desde uno de prepago. Te llamaba solo para contarte que tengo un equipo listo para lo nuestro. Vamos a...

—Calla —interrumpió Holly—. No sigas. Te dije que no me llamasas a este teléfono y me has llamado. Eso significa que eres incapaz de seguir órdenes

sencillas. Si no eres capaz de seguir órdenes, no me sirves. Si no me sirves, tendré que prescindir de ti. ¿Me estás escuchando?

—Ya, te escucho, pero...

—No, cállate. Preséntate donde te indiqué y haz lo que te dije que hicieras. Si no estás conforme, lo damos por zanjado.

—Recibido, jefe. Lo pillo.

—¿Seguro? ¿Lo pillas? Porque, si no es así, me buscaré a otro que sí lo pille, y a ti... A ti te encontrarán atado, con los brazos rotos y flotando bocabajo en el río. ¿Te queda claro?

—Clarísimo.

—Bien.

Holly cerró de un golpe el teléfono y apuró el *bourbon* de un trago. ¿Qué era lo que había dicho el *sheriff* un rato antes?

«No hay mucho donde escoger».

Y tanto.

Dos llamadas menos y un buen trago. Se planteó llamar a Clare, pero decidió que no. Tiró de nuevo el teléfono sobre la mesa y cogió la cartera. Detrás de dos billetes de veinte pulcramente plegados y la tarjeta de crédito del Tío Sam llevaba una fotografía de una mujer de pelo castaño, a duras penas veinteañera, sentada en la hierba con un niño de poco más de un año en brazos. Alzó la foto con cuidado por los bordes desgastados y la dejó donde había estado la biblia. No pasaba un día en que Holly no contemplase a la mujer y al niño de aquella foto.

La mujer que no era Clare.

Capítulo 7

Cooper Burroughs
1950

1

—Ata las que quedan y cárgalas en la camioneta. —Cooper se enjugó el sudor de la frente con el antebrazo—. Tómame unos minutos, si te hace falta, pero no tengo intención de quedarme aquí todo el día.

Cortar y hacer fardos de marihuana era una tarea agotadora, y el proceso llevaba la mayor parte de la temporada húmeda y tórrida de verano, pero Cooper sabía que pagaba bien, y sus hombres sabían que no se les pedía nada que el jefe no fuese capaz de hacer con sus propias manos. Aun así, la canícula georgiana bien podía partirle el espinazo y freírle el cerebro a cualquiera. Delray y Ernest llevaban bregando desde el amanecer y parecía que no habían hecho más que empezar.

—Joder, Cooper, no vamos a acabar nunca. Aquí hace más calor que en las pelotas del diablo, y ya no me queda ni una gota de líquido que sudar. Nos vendría bien un descanso.

—Tú lo único que estás sudando es el alcohol de anoche, Delray. Así que es tu problema. Si pretendes cobrar, tendrás que recoger y empaquetar el resto de los cogollos antes de que caiga el sol.

—No me importa trabajar, Coop, pero coño, tío, tómatelo con calma.

Cooper dejó caer el hato bien ceñido de plantas verdes y pegajosas al suelo y se volvió a enjugar el sudor de la frente.

—¿Cuánto dinero ganaste el año pasado tomándotelo con calma?

—El año pasado llevaba los alambiques de la zona sur.

—No te he preguntado qué hacías, Delray. Te he preguntado cuánto ganaste.

—Tengo que reconocer que Rye y tú siempre me habéis pagado más que bien.

Cooper sacó un fino tallo del hato a sus pies y se lo metió en la boca. La alusión de pasada a su hermano muerto no cayó en saco roto. Sacudió la cabeza.

—Bueno, yo diría que ganaste en medio año la mitad de lo que te he pagado los últimos tres meses.

Delray hizo una mueca hacia un lado mientras se lo pensaba.

—Mira, no intentes calcularlo —le dijo Cooper—, no vaya a ser que se te fría el cerebro más todavía antes de que tengamos la camioneta cargada. Coge un poco de agua y déjate de quejas antes de que haga venir a un par de mujeres del campo para que te enseñen lo que es bueno. —Levantó la mirada hacia la camioneta y llamó a su hijo—. ¿Gareth?

El chaval de Cooper miró desde la plataforma, donde estaba recolocando los fardos que le iban lanzando.

—¿Sí, papá?

—Sube a casa y tráele a estas nenazas una jarra de té. Con mucho hielo.

—Sí, señor.

Gareth saltó de la camioneta y se metió en la casa.

Delray apretó el cordel que tenía entre las manos. Ernest lo ató, cogió el fardo y se lo lanzó a Cooper con algo más de fuerza de lo debido. Este lo advirtió y lo echó en la plataforma de la camioneta.

—Si tienes algo que decirme, me lo dices, Ernest.

Por lo visto, Ernest tenía mucho que decir, pero no le dio tiempo. Divisó algo a lo lejos por encima del hombro de Cooper, que se dio la vuelta para mirar. Un jinete. Cabalgando. El único que montaba a caballo en plan salvaje Oeste en aquella montaña era un tío llamado Horace Williams, uno de los habitantes de toda la vida del desfiladero de Johnson. Los tres hombres se quedaron mirando cómo se acercaba en medio de la calima.

—¿Qué haces por aquí, Horace? —Cooper ayudó al viejo a desmontar del caballo.

—Igual tenemos un problema en el desfiladero.

—¿Qué problema?

—Bueno, mi Melvin y yo pasamos a caballo por allí hace unos días y vimos que uno de los viejos alambiques estaba en funcionamiento.

—¿Cuál?

—El grande que está bastante más allá del paso. El que usaba Rye para el melocotón que mandábamos a Tennessee.

Cooper se quitó el sombrero y lo usó para limpiarse el sudor de la frente.

—Ese lo cerré.

—Sí, señor. Lo sabemos. Por eso he venido a decírselo.

—¿Hace falta que pregunte quién lo tenía en marcha? —preguntó como si supiese la respuesta de antemano. Delray y Ernest eran todo oídos.

Horace le dirigió una sonrisa desdentada.

—Era Valentine. El tío ese de color que hacía tan buenas migas con Rye. Él y unos cuantos de los suyos. Parecía que andaban empaquetando una remesa para reabrir el antiguo tráfico de Rye.

Ahora a Cooper le cuadraba un poco más el motivo por el que aquel viejo veterano cabalgaba hasta allí en plena canícula para chivarse de un vecino. Los amigos negros de Rye nunca habían sido muy populares allí y, desde que este no estaba para oponerse, los veteranos como Horace se morían de ganas de verlos largarse.

—¿No le habíais dicho ya que no podía hacer eso? —le preguntó Horace.

Cooper se lo había dicho. La repentina desaparición de Rye había acabado con el problema de la industria maderera, pero había suscitado un montón de nuevos inconvenientes sobre cómo pasar de la destilación de alcohol a la marihuana. Rye siempre fue el enlace entre la familia y los habitantes de la montaña. Sabía hablar con la gente. Cooper prefería no hablar de nada con nadie, pero ahora estaba al frente de todo, así que no le quedaba otra. Albert Valentine era uno de aquellos inconvenientes. Rye le había prometido una parte del negocio de la destilación una vez lo de las maderas estuviese acordado. Eso no entraba en los planes de Cooper.

—Le dije a ese puto vejestorio que ningún negro iba a encargarse del licor Georgia Peache de mi padre en esta montaña. Ni aunque fuese un negro amiguete de mi hermano.

—Bueno, Coop —dijo Horace, claramente satisfecho de ser el mensajero —, se ve que piensa que puede hacer lo que le venga en gana, porque ya te digo que está destilando a espuestas.

Cooper se rascó a conciencia la barba y se sacó el tallo masticado de la boca. Tras unos instantes, señaló a Delray y a Ernest.

—Os vais con Horace los dos al desfiladero y me traéis a Valentine. — Delray soltó las plantas y se envainó el cuchillo. Ernest acabó de atar el fardo y se lo lanzó a Cooper como hacía un momento. Esta vez Cooper lo dejó caer al suelo. Se volvió a quitar el sombrero y se plantó a pocos centímetros de la cara del otro. Ernest era un hombre alto con casi cuarenta y cinco kilos más que el jefe, pero se encogió—. ¿Algún problema, Ernest? Es tu oportunidad de soltarlo, pero no pienso aguantar más tu puto comportamiento.

Ernest miró a Cooper a los ojos.

—¿Por qué no se lo das y punto?

—¿Que le dé qué a quién?

—Dale el alambique al Viejo Val. Entrégale el tráfico. Todo.

—¿Por qué coño voy a hacer eso?

—Porque así lo quería Rye.

Cooper notó que algo malo le escalaba en espasmos por la espalda y se le endureció el lado izquierdo de la cara.

—Rye está muerto —dijo en un murmullo grave.

—Como si no lo supiésemos.

Cooper se apartó de Ernest y se fue hacia la camioneta. Notaba el calor bajo la piel, así que cogió aire por la nariz. Delray se esforzaba por ver si se le ocurría algo para distender el ambiente, pero no daba con nada y se quedó callado.

—Rye trataba con respeto a los suyos. No nos hacía trabajar como bestias en pleno calor, y no nos llamaba nenazas cuando pedíamos descansar un momento.

—Cállate la puta boca, Ernest —le dijo Delray.

Cooper no dijo nada. Siguió dándoles la espalda a los hombres con la mirada fija en la casa.

—¿Y si no me callo, Delray? ¿Se supone que debo tenerle miedo solo porque es el jefe? A Rye nadie le tenía miedo.

—Y mira cómo acabó —replicó Delray, y se arrepintió de inmediato. Se le había escapado. Cooper se dio la vuelta.

—¿Qué quieres decir, Delray? —le preguntó.

—Coño, Coop, no quiero decir nada.

Cooper dio unos pasos hacia ellos. Delray reculó y Ernest dio un paso a un lado.

—No sé muy bien qué insinúas. —Miró a Delray con tal intensidad que podría haberlo dejado tieso allí mismo.

—No insinúo nada, Coop, o sea, venga, todos sabemos lo que pasó.

Ernest se apartó todavía más de Delray. Iba a conseguir que los matasen a los dos. Una cosa era encararse con el jefe por un trato justo, pero acusarlo de asesinar a su hermano era pasarse de la raya. Rye había muerto en un accidente de caza. Aquella era la historia oficial y, lo creyesen o no, nadie lo ponía en duda. Por lo menos no delante de él. Aquel día, Cooper y su hijo intentaron salvarle la vida a Rye por todos los medios. Guardaron luto durante meses. Cooper confiaba en que aquella verdad fuese la única verdad.

Gareth salió de la casa con la jarra de té y unos cuantos vasos de papel y se los tendió a su padre. Este cogió la jarra y la sostuvo en una mano como si fuese un martillo. Delray intentó decir una última cosa antes de que Cooper le estampase la jarra en la cabeza. El cristal se resquebrajó y Delray cayó de rodillas. Un buen pedazo de vidrio quedó incrustado en su cráneo, y otros más pequeños, brillantes y destellantes a la luz del sol, clavados por las mejillas y el labio inferior. Parecía que también se le había roto la mandíbula, porque le colgaba suelta, desligada del resto de la cara. Cooper le plantó una bota en la

espalda para derribarlo en el suelo y se sacó un Colt Python plateado del cinto. No lo amartilló ni apuntó a nadie. Se limitó a sacarlo.

—Y eso... es todo —dijo—. Ernest: que Horace te ayude a llevarte este saco de mierda de mi montaña y que no vuelva a verlo.

Esta vez, Ernest no intentó sostenerle la mirada. No se atrevía ni a mirarlo. Agarró a Delray por los hombros, teniendo cuidado con la mandíbula destrozada, y lo arrastró hasta su camioneta aparcada junto a la hilera de árboles; dejó un rastro de barro rojo, té helado, sangre y cristales rotos. Gareth lo ayudó sin necesidad de que se lo pidiesen. Antes de llegar a los árboles, oyeron la voz de Cooper.

—Ernest.

Ernest se volvió y miró hacia la parte trasera de la camioneta, donde Cooper ya estaba de nuevo liado con otro fardo.

—¿Sí, jefe?

—Después de traerme a Valentine, tómate el resto del día libre. Pero mañana vente con un amigo. Tendremos que recuperar el tiempo.

—Sí, señor.

2

Gareth volvió a la casa sucio y cansado, con las manos cubiertas de sangre seca y polvo de vidrio. Cooper le preparó un baño caliente para que se lavase y salió de nuevo para tapar con una lona la carga de la camioneta. Estaba oscureciendo y la madre de Gareth pronto tendría lista la cena. Venado a la brasa, judías blancas y coles recién cogidas del huerto eran una distracción apetecible tras los sucesos de la jornada, pero cualquier idea de cenar se desvaneció como el vapor de una tetera cuando se oyeron los motores de unas camionetas que llegaban por Western Ridge. Cooper estiró la lona por encima de los fardos de cogollos de marihuana y la ató. Gareth apareció en el porche secándose las manos con una toalla, pensando que ojalá no tuviese que ensuciárselas otra vez.

—Hasta aquí hemos llegado —comentó Cooper, y sacó un hacha con mango de nogal que guardaba bajo el asiento de la camioneta.

El primer vehículo se detuvo y Ernest se bajó con Horace, Albert Valentine y varios hombres que Cooper tenía trabajando en las cosechas. En una segunda camioneta que los seguía de cerca iban la mujer de Valentine, Mammie, y el hijo pequeño, Albert Junior. Gareth y Albert Junior tenían casi la misma edad y se habían pasado prácticamente todos los veranos nadando y pescando juntos en

Bear Creek, o recogiendo moras o birlándole las nueces de las tartas a Albert Senior. El viejo hacía unas tartas tremendas. A Cooper le encantaban las tartas del viejo.

—¡Val! —gritó Gareth desde el porche, contento de ver al chico e ignorante del embrollo en el que se había metido el padre. Albert Junior corrió al porche. Mammie lo siguió con los ojos fijos en Cooper. Cooper observó a los chicos un momento antes de concentrarse en el viejo.

—¿Qué te dije, Albert?

Valentine sostenía el sombrero contra el pecho con las dos manos.

—Sé lo que me dijo, señor Cooper..., pero, a ver, es que no es justo, ya está.

—¿Qué es lo que no es justo? ¿Que destiles y vendas en esta montaña con los alambiques de mi familia contra mi voluntad? ¿Eso es lo injusto?

Ernest, Horace y los chicos se quedaron alrededor de Cooper y Valentine como una bandada de mirlos.

—Es lo que ya te dije. Rye me dio para quedarme el alambique. Y también me dio esa zona. Pregúntale a cualquiera. Pregúntales a los dueños de las tabernas por Tennessee a quién le han estado comprando. Me esperan a mí. Rye les dijo que me comprasen a mí.

Cooper arqueó una ceja, sorprendido.

—¿Ya has estado vendiendo?

—Sí, señor, y esto es para usted.

Hizo un gesto hacia el único hombre negro del grupo, que se sacó una bolsa marrón de papel del bolsillo del pantalón y se la tendió a Cooper. Cooper ya conocía el tacto de un buen fajo de billetes, así que ni se molestó en abrirlo.

—¿Esto qué es?

—El veinte por ciento de la primera remesa —dijo Valentine—. Yo lo veo justo.

—¿Lo ves justo? —le preguntó el otro por lo bajo.

—Sí, señor.

—¿Tú ves justo robarme a mí y a mi familia y venir aquí a tirarme cuatro perras a la cara como si así estuviésemos en paz? Eso es que te pasaste mucho tiempo con mi hermano.

—Pero, señor, Rye...

—Rye está muerto, y que tú te hayas puesto a vender en nuestra montaña después de que te lo prohibiese es una falta de respeto a su recuerdo y una puñetera bofetada en mi cara.

Valentine estrujó el sombrero y miró el suelo.

—Sí, señor.

—Bueno, según lo veo, tengo dos opciones. O bien te mato aquí mismo y acabamos con esto, o bien, dado que eras amigo de mi hermano. —Cooper se calló y miró el mango de nogal que tenía entre las manos—. Te llevas una paliza y te vuelves a casa. En cualquier caso, despídete del negocio del alcohol.

—Por favor, señor Burroughs, no le haga daño, por favor —dijo Mammie desde el porche.

Gareth y Albert Junior estaban inmóviles con los ojos como platos detrás de ella. Gareth sabía que su padre no le haría nada al padre de Val. Estaba cabreado, nada más. Cooper no respondió.

—Cierra el pico, mujer —le dijo Valentine, y se irguió un poco. Aquellos hombros fornidos eran casi el doble de grandes que los de Cooper—. Hágame lo que quiera, señor. Sé que no puedo pararlo. Pero sé lo que me dio Rye, y sé que lo que está bien está bien.

Valentine no dijo nada más. Cooper no vaciló. Le soltó un trompazo con el mango del hacha en la mandíbula. El grupo exclamó sorprendido y Mammie gritó. El viejo casi dio una vuelta entera antes de caer al suelo. Levantó los brazos para taparse la cara, pero Cooper dejó caer el palo una y otra vez y le quebró los huesos de las manos y los dedos como si fueran ramas para una fogata. El aire pegajoso de la noche se llenó de interjecciones y risas de la mayoría de los presentes mientras Valentine recibía los golpes. Mammie no dejó de chillar e intentó agarrar a Cooper por un brazo. Este la apartó sin miramientos y los demás le impidieron acercarse de nuevo. El hijo de Valentine se abalanzó sobre su padre para que parase, pero Cooper lo cogió y lo lanzó a un lado como si fuese una bala de heno. Levantó el mango para descargar un último golpe. Valentine ya no podía abrir los ojos hinchados, brillantes y violáceos.

—¡Para, papá! —dijo Gareth interponiéndose entre su padre y el viejo apaleado. Cooper no soltó el palo chorreante de sangre.

—Aparta, muchacho.

—No, papá, no lo mates. Es buen hombre. No volverá a hacer nada malo. ¡No volverá a hacer nada malo!

Cooper siguió con el mango de nogal en alto, trazando lentamente círculos en el aire como un jugador de béisbol. Contempló las caras que lo rodeaban, entre ávidas y aterrorizadas. Las manos de Gareth temblaron mientras las levantaba para impedir que su padre volviese a pegarle al viejo.

—Por favor, papá, para, por favor.

Cooper bajó el palo.

—Lléváoslo de aquí.

Mammie y Albert Junior corrieron a ayudar al viejo. Cooper miró a su hijo con expresión confundida, entre impresionado y fastidiado.

—Coge esa bolsa y sube a la camioneta.

Gareth buscó con la mirada por el suelo y vio la bolsa de papel llena de dinero. Se la metió debajo del brazo y se subió al asiento delantero de la camioneta de su padre. Albert Junior esperó a que su amigo lo mirase, y entonces asintió. Gareth asintió a su vez.

—Ernest —dijo Cooper mientras limpiaba el mango del hacha contra la lona que colgaba de la camioneta—, quiero que sigas a esta gente a su casa, que recojas el resto de lo que han sacado y me lo traigas mañana.

—Sí, señor —respondió Ernest, y ayudó a Mammie a poner en pie a Valentine.

Capítulo 8

Gareth Burroughs
1958

Gareth estaba en el asiento del copiloto del viejo Ford de su padre agarrando de la cintura a Annette Henson, sentada encima de él. Era una noche sin estrellas, de oscuridad total. Intentó contar las luciérnagas que parpadeaban aquí y allá desde la ventana del vehículo para aplacar la libido de sus dieciocho años, pero fue el pájaro lo que consiguió distraerlo.

—¿Oyes eso? —le susurró a Annette al oído.

—¿El qué?

—Ese pájaro. ¿Qué es?

Annette paró de restregarse contra él un momento y lo miró con extrañeza.

—No oigo ningún pájaro, Gareth.

—Hace un segundo. Nunca había oído un pájaro como ese.

Annette le cogió una mano y se la puso en un pecho.

—Tienes que prestarme atención a mí, y no a los pájaros.

—En serio, Nett. No creo que fuese un pájaro.

Annette ladeó la cabeza, algo más que irritada por el hecho de que no estuviese pendiente de ella en absoluto.

—Estás paranoico, Gareth.

Pues claro que estaba paranoico. Era el hijo de Cooper Burroughs. Lo criaron para ser un paranoico. Para ser observador. Para estar al quite. El pájaro de ahí fuera no le había sonado normal. Se había pasado casi todas las noches de su vida oyendo cantar a los pájaros por su ventana y aquel trino no era de allí. No le cuadraba. Apartó la cara de Annette suavemente con las dos manos y limpió el vaho del cristal de la ventanilla.

—En serio, Gareth, ¿qué te ha dado? —le dijo ella en un susurro ronco, los ojos medio cerrados.

—Sssssh —replicó él, pero ella intentó morderle los labios de todas formas.

Esta vez la apartó con algo más de fuerza y le puso un dedo en la boca para que se callase. Estuvo a punto de protestar. No le hacía gracia que la

pospusiesen. Se suponía que el carmín de Rubíes que le había cogido prestado a su hermana era imposable. Por puro instinto, buscó su bolso con la mirada para pintarse un poco.

—Otra vez. ¿Lo has oído? —susurró Gareth, e intentó concentrarse en la negrura del otro lado de la ventanilla.

—Lo único que oigo es el latido de tu corazón, nene.

Gareth ya no estaba para chorradas adolescentes. Le pasó las manos por el cuerpo y la levantó de su regazo. La expresión desilusionada de la cara redonda de Annette sería algo que recordaría y comentaría en los años siguientes. La puso tras el volante.

—Agacha la cabeza y no te bajes de la camioneta pase lo que pase.

—Gareth, yo...

—Lo digo en serio. No te bajes de la camioneta. Vuelvo enseguida.

Abrió sin hacer ruido la guantera y sacó la pistola del calibre .44 de su padre.

—Dios mío, Gareth. ¿Qué vas a hacer con eso?

Él no contestó. Se estiró, apagó la luz del techo, y abrió lentamente la portezuela. Esperó unos segundos entre un movimiento y otro y se deslizó fuera con cuidado. De inmediato le pareció vislumbrar por el raballo del ojo unas sombras que se movían. De repente, los brazos y las piernas le pesaban como si estuviese sumergido en una piscina de melaza. Por más rápido que intentase arrastrarse hasta la casa de su padre, solo se movía a cámara lenta. Le sudaban a mares las manos; a cada pocos pasos tenía que secárselas en los tejanos y cambiarse de mano el pistolón por miedo a que se le cayese. El camino desde la camioneta al porche que rodeaba toda la casa no estaba iluminado, pero era capaz de cruzar el jardín con los ojos cerrados si hacía falta. Debió de ser más rápido de lo que creía porque, cuando llegó al pequeño matorral de la parte trasera del porche, las sombras que había visto junto a la camioneta se habían convertido en dos siluetas nítidas vestidas de camuflaje que se encaminaban hacia esa parte de la casa. Subieron los peldaños con pasos medidos, cuidándose de provocar crujidos. A Gareth el corazón le latía con fuerza. Oía la sangre percutir en sus oídos de tal manera que se preguntó cómo era posible que aquellos dos hombres no lo oyesen. Observó al más bajito, que se sacaba algo de la chaqueta (un cuchillo pequeño). Se agachó delante de la puerta de entrada y empezó a trastear con la cerradura muy, pero que muy silenciosamente. El más alto lo cubría con lo que parecía ser una especie de rifle militar de asalto. Gareth solo había visto algo así en las revistas o en la tele. Cerró los ojos, pero solo un instante, y respiró por la nariz como le había enseñado su padre. Levantó la pistola, exhaló y disparó al tío alto del rifle. El futuro asesino recibió el tiro de

llo, salió despedido hacia atrás y cayó en el porche como media ternera abierta en canal. El bajito se estremeció junto a la puerta, pero no trató de incorporarse. Ni siquiera se dio la vuelta. Se quedó cabizbajo y acoquinado.

—Por favor, deja que te explique —dijo.

—Más os hubiera valido imitar bien a los pájaros —le dijo Gareth justo antes de meterle tres balazos en la espalda e insertar dos más en la puerta de roble.

Si los hombres que intentaban irrumpir en su casa formaban parte de una tropa de asalto mayor, los integrantes se largaron en cuanto los cadáveres de su avanzadilla cayeron en el porche. Unos focos iluminaron los pastos. Cooper apareció en el porche desnudo por completo, precedido por el cañón de una escopeta. Vio a los dos muertos tirados. La iluminación repentina del porche permitió que Gareth viese toda aquella sangre y al instante se puso a vomitar en los matorrales, por encima de la baranda. Desde niño, Cooper sabía que andar cerca de la muerte y ser el ejecutor eran cosas totalmente distintas. Era una lección que llevaba mucho tiempo esperando que aprendiese su hijo. El cabeza de familia apenas dedicó una mirada a los cadáveres del porche. No importaba quiénes fuesen. Los consideraba un problema solventado..., un problema que había solventado su hijo. Pasó por encima de ellos y de la sangre que se filtraba entre los tablones y despegó a su hijo de la baranda. Apoyó la escopeta contra el poste de madera y abrazó a Gareth contra su pecho. Era la primera vez que el chico mataba a alguien, que él supiese. También fue la primera vez que este vio llorar a su padre. Lloraron juntos, como padre e hijo, envueltos en humo, sangre y vómito.

Annette Henson también estuvo a punto de llorar. Había optado por desoír las órdenes de Gareth antes de que matase a aquellos dos hombres. En cuanto el chico se bajó de la camioneta, lo siguió y vio cómo se desarrollaba toda la escena desde los matorrales a pocos metros. Había mojado las bragas. En aquel instante decidió que estaba destinada a convertirse en la esposa de Gareth Burroughs.

Capítulo 9

Annette Henson Burroughs
1961

1

—Ahí es donde mi chaval se cargó a esos hijos de puta —le gritó Cooper al cura.

La multitud de invitados a la boda lo vitoreó y se echó a reír. Gareth sonrió. Annette también, pero se la vio forzada. Echó una ojeada a través del velo blanco a la mancha de sangre en el porche, más por reflejo que por orgullo. Había visto aquella cosa fea más de un centenar de veces. Uno de los hombres que mató Gareth aquella noche era Cody McCullin, el hijo de Delray McCullin, que buscaba venganza por algo que Cooper le había hecho a su padre. Tres veranos después, ahí estaban ellos, casándose en las mismas escaleras. El cura miró a Cooper para que le diese permiso para continuar y el viejo alzó su vaso.

—Adelante. Prosiga.

2

Halford Jefferson Burroughs nació en la primavera del año siguiente. Annette había oído contar a otras madres de la montaña lo maravilloso y emocionante que era sentir que una criatura crece en tu interior, pero aquello no tenía nada de maravilloso. Se pasaba el día cansada. La grácil y preciosa figura que envidiaban el resto de mujeres de Bull Mountain empezó a deformarse y retorcerse hasta quedar convertida en algo que no soportaba ver reflejado en el espejo. Y el pelo, el pelo pasó de ser sedoso y brillante como un diamante negro a asemejarse a un montón de paja cubierta de estiércol en el suelo de un remolque para caballos. Cuando el bebé daba pataditas, aquello no tenía nada de emotivo ni de reconfortante; no creaba ningún vínculo entre madre e hijo. Le dolía, punto. Dolor, ya está. A veces era tan doloroso que la dejaba postrada en cama durante días. Cuando se encontraba lo bastante bien como para salir de casa no podía ir a ninguna parte, ni siquiera al mercado, sin que un tropel de viejas arpías quisiese

toquetearle la barriga, posar las manos sobre aquella bendición. La mayor parte del tiempo no quería más que gritar, y eso es lo que hacía. El parto fue un tormento para el que Annette no estaba preparada. Pensó en un libro de ilustraciones que había visto una vez en la biblioteca de Waymore. Estaba lleno de fotografías de Alaska. Fotos y más fotos de cimas sin fin cubiertas de nieve y remolinos de luz en los cielos que le parecían más bonitos que los fuegos artificiales que llevaba vistos hasta entonces. Mientras Halford se afanaba en perforarla por dentro, Annette surcaba mentalmente el aire entre aquellas montañas. En algunos momentos se preguntaba si iba a regresar algún día.

La totalidad del clan Burroughs y prácticamente casi todas las familias que habitaban Bull Mountain rodeaban a Annette a la espera de una oportunidad de ver al recién nacido, mientras Gareth estrechaba manos por cortesía y se emborrachaba. La mayoría estaba allí solo para que Cooper los viese. Para presentar sus respetos lo llamaban a eso. Para lamerle el culo, más bien, pensaba Annette. Su familia no era la excepción.

—Es un niño bien guapo —dijo el padre de Annette, acariciando con un dedo ganchudo la mejilla del bebé. Su madre, Jeanine, cogió al bebé como si fuese de porcelana.

—Gracias —respondió Annette. «Que te den por culo», dijo para sus adentros.

—¿Y dónde está el orgulloso padre? —preguntó Jeanine.

«Como si te importase. Tú solo quieres que el viejo te vea sosteniendo a su nieto para que el día que necesites pedirle dinero o un favor se sienta más inclinado a concedértelo», pensó Annette. Se preguntó cuándo se había vuelto una amargada. Ella era una persona alegre. Si no era capaz de sentir alegría en ese momento, ¿cuándo?

Miró a Gareth, que paseaba los ojos por la habitación abarrotada.

—A ver si lo encuentro —decía. Atravesó la casa estrechando manos y mirando por encima de varios hombros hasta que vio a Cooper por la ventana de la cocina. Caminaba por los pastos.

—¡Papá! —le gritó, pero este no respondió. Hablaba con alguien, pero Gareth no veía a nadie más allí fuera. Se acercó a su padre y lo cogió del brazo —. ¿Papá?

—¡La hostia, chaval! —le espetó Cooper, y se soltó de un tirón.

—¿Qué haces aquí fuera, papá? Ven a ver a Annette. Ven a ver al bebé.

—A mí todas esas chorradas me dan igual. Tenemos que zanjar este tema ahora mismo.

—¿Qué tema? ¿De qué hablas?

Cooper pegó un buen trago de la petaca de metal que llevaba en la mano.

—Díselo —dijo señalando con la petaca hacia el bosque—. Díselo a este pedazo de cabezón de las pelotas.

Gareth escudriñó la oscuridad.

—¿Que le diga qué a quién?

—A Rye. Díselo al cabezón de mierda de tu tío. Dile que no tuvimos opción. Dile que estoy hartos de oír sus lloriqueos.

Gareth se quedó observando a su padre unos instantes y volvió a mirar la oscuridad, esta vez a sabiendas de que no había nada. Le puso una mano en el hombro al viejo. Cooper intentó sacudírsela de encima, pero el hijo la mantuvo ahí.

—Aquí fuera no hay nadie, papá. Solo nosotros.

—Dile que tuvimos que hacerlo. Díselo. —Agitaba la petaca hacia el bosque derramando *whisky* por el suelo—. Venga a hablar y hablar y hablar sin nada que decir. No soy capaz de hacerlo callar, chico. Tenemos que hacerlo callar.

—No hay nadie ahí, papá. El tío Rye está muerto. Estás aturdido, nada más. Vamos dentro. —No era la primera vez que Gareth veía a su padre hablando consigo mismo, diciendo cosas absurdas, pero hasta entonces no le había dado nombre a su alucinación. El tío Rye había muerto allí en el bosque cuando él tenía nueve años. Se esforzaba por contenerse, pero Cooper no se había recuperado por completo de la pérdida de su hermano en aquel accidente. A medida que envejecía, aquello se filtraba más por las grietas de su coraza. Gareth apenas recordaba a su tío—. Vamos dentro, papá. Luego nos ocupamos de esto.

Cooper le dio un sorbo a la petaca y dejó que su hijo lo condujera hacia la casa. Annette olió la peste a *whisky* de ambos al tender el recién nacido al padre y al abuelo. De haber podido levantarse y largarse corriendo de allí, igual lo habría hecho. Cerró los ojos y vio Alaska.

3

Annette siempre había oído que en Bull Mountain se derramaba sangre a borbotones. Joder, algo había presenciado, incluso, pero también sabía por experiencia que a veces se derramaba gota a gota. No dejó a Gareth la primera vez que le pegó. Estaba borracha de amor por él desde aquella puñetera noche en casa de su padre, de modo que el bofetón le cayó más como una sorpresa que como una agresión. Ni siquiera recordaba qué lo había irritado. Daba igual. Acabaría comprendiendo que era imposible detectar qué iba a irritarlo una vez se

cogía una cogorza. Cargaba con el peso del liderazgo, y a veces perdía la cabeza. Ella lo entendía. No volvería a hacerlo. Pero lo hizo. La segunda vez que le pegó fue delante de sus dos hijos, Halford y Buckley. Estaba embarazada de ocho meses. Él iba borracho de *whisky* casero, pero no se le veía distinto de cualquier otra noche. Cuando eran jóvenes la excitaba olerle el aliento a *whisky*. Aquello terminaba siempre en sexo violento y sucio. Le entraban ansias y se estremecía solo de pensarlo. Ahora la peste a alcohol únicamente precedía a otra clase de oscuridad. A una violencia que ella rezaba por que le pasase por encima como un nubarrón. Unas veces era así y otras no. Nunca pegó a los niños, pero le veía la intención agolpándosele en los ojos. Si hubiesen nacido mujeres no habrían disfrutado de la misma consideración. Trató de convencerse de que Gareth siempre la vería como cuando llevaba aquel carmín de Rubíes y no pesaba ni cuarenta y cinco kilos, pero se engañaba. Con cada hijo que le daba, ella iba siendo una carga mayor para Cooper, como si parte del amor y del respeto que le tenía se transfiriese al recién nacido hasta agotársele. Este pensamiento la despertaba por las noches, empapada en sudor y con el corazón martilleándole en el pecho.

La noche que Gareth la abofeteó en la mesa durante la cena delante de los niños a Halford se le escapó una risita que contuvo tapándose la boca con las dos manos. A Annette le dieron ganas de vomitar. Se limpió la gota de sangre que le cayó de la nariz con una servilleta y miró cómo se empapaba. Se extendía por la tela como un cáncer. Vio la totalidad de su vida en aquella mancha púrpura que se iba agrandando, y en un instante de lucidez absoluta supo que cuando el bebé que llevaba en el vientre hubiese nacido habría servido a su propósito. Estaría gastada. Los tiempos de apasionados encuentros en la cama y de planear el futuro con su peligroso marido y una manada de hijos leales eran un recuerdo lejano y turbio. Su vida como compañera y confidente de un hombre excitante y poderoso se había acabado. Se la consideraría poco más que un ama de casa latosa en aquella familia de hombres. Él enseñaría a sus hijos a verla de esta manera. Los chicos se criarían a su imagen y semejanza. No había forma de evitarlo. Se pasaría el resto de la vida atemorizada, presenciando cómo se envenenaba a sus hijos, hasta que una noche se pasaría o no llegaría a lo que se esperase de ella. Entonces Gareth la mataría. Estaba convencida.

del padre de Annette. Un pequeño detalle al que condescendió Gareth. La familia montó una de las mayores celebraciones de toda la historia de la montaña.

Cuando Annette se recobrase del trauma del parto se marcharía, sin decir una palabra ni dejar una nota. Se esfumaría en la noche como si jamás hubiese estado ahí. A fin de cuentas, aquel iba a ser su destino, pero por lo menos así lo escogía ella. A lo mejor se marchaba a Alaska. Jamás irían a buscarla. De eso estaba segura. Se referirían a ella simplemente como «aquella zorra inútil que se largó dejando tirados a un buen hombre y a tres niños adorables».

«¿Cómo ha podido hacerlo?», se preguntaría todo el mundo.

«¿Cómo no hacerlo?», sería su respuesta.

Capítulo 10

Gareth Burroughs
1973

1

Gareth se sacó la tarjeta del bolsillo delantero de la chaqueta y la echó sobre la mesa.

—Cuéntales lo que me has contado —dijo.

Jimbo Cartwright cogió la tarjeta y se arrellanó en la silla. Paseó la mirada entre los que rodeaban la mesa: Ernest Pruitt, Albert Valentine Junior (Big Val, para los amigos) y el viejo. Cooper ya no aportaba gran cosa a aquellas reuniones, pero Gareth insistía en que estuviese presente, por una cuestión de respeto.

—Pues tenemos un problema, colegas —dijo Jimbo—. ¿Y este? —Levantó la tarjeta entre dos dedos—. Este tío es la solución. Una situación como la de ayer no puede repetirse. Tuvimos suerte, y todos lo sabéis. Que nos sirva de aviso. No podemos permitirnos quedarnos atrás ni lo más mínimo. Si Arnie el Friskies o los muchachos de Hall averiguan que andamos escasos de armas para proteger las cosechas nos van a apretar las tuercas todavía más que ayer y nos vamos a ir por el sumidero.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Ernest.

—Vamos a comprarle un arsenal decente a este tío. —Jimbo lanzó la tarjeta de nuevo sobre la mesa. Ernest se inclinó para cogerla, pero Val se le adelantó.

—¿Wilcombe Exportaciones? —dijo leyendo en voz alta.

—Necesitamos armas —explicó Jimbo—. Y el tal Jimbo tiene armas.

—¿Cómo es que lo conoces? —le preguntó Ernest. Val le tendió la tarjeta.

—El año pasado, cuando Jenny y yo no estábamos muy finos, me dediqué a recorrerme Florida. Antes de volver y asociarme con Gareth.

—¿Te la recorriste? —preguntó Ernest.

—Pues sí, me la recorrí.

—¿Cómo que te la recorriste?

—En Harley. ¿Cómo coño si no?

—Tranqui. No sabía que te iban esas cosas.

—Y tanto que me van. Me iban. Me hice con una Electra Glide Classic nueva flamante. En colores clásicos. Jenny me hizo venderla.

Val soltó una risilla.

—¿Le has pedido permiso a Jenny para venir?

—Besa este culo blanco, Val.

—Al grano, Jimbo —dijo Gareth.

—Vale. El caso es que me topé con una pandilla de Jacksonville que se ganaba la pasta trabajando para un tío llamado Bracken Leek. Un tío legal. Buena gente. Un tío enorme también, Val. Más o menos de tu tamaño.

Val se encogió de hombros.

—Da igual. Nos estuvimos sacando nuestra pasta, pasta gansa, de modo que confío en él. Este y el tal Wilcombe son uña y carne, y lo suyo son las armas... Armas de verdad.

—¿De dónde las sacan? —le preguntó Val—. Gareth se ha dejado las pelotas para que los federales no se fijen en nosotros. No podemos arriesgarnos a perder esa tranquilidad.

—Y no lo haremos —replicó Jimbo.

—Eso es lo que pasaría —prosiguió Val— si, por ejemplo, una remesa grande de armas identificable, robada al ejército, pusiese al Gobierno de los Estados Unidos sobre nuestra pista.

—No son robadas.

—Entonces, ¿de dónde vienen? —insistió Ernest.

—Esa también fue mi primera preocupación —intervino Gareth—. Cuéntales, Jimbo.

—Las hacen ellos. Wilcombe Exports tiene fábricas por todo el Panhandle, el centro de Florida y Alabama. Sobre todo fabrican piezas de moto personalizadas para tiendas y para los aficionados a las motocicletas de todo el mundo, pero algunas de sus instalaciones más grandes están habilitadas para otras cosas.

—Otras cosas —repitió Val.

—Sí, otras cosas.

—¿Y cómo sabes todo esto? —le preguntó Ernest.

—Porque lo he visto. Bracken me las enseñó. Te digo una cosa: esta gente es de fiar. Esto soluciona nuestros problemas. No estoy hablando de comprar cuatro pistolas de segunda mano con los números de serie limados por unos estafadores de color de las calles de Atlanta... Sin ánimo de ofender, Val.

Val le lanzó un beso a Jimbo y le enseñó un dedo.

—Estoy hablando de cincuenta o cien rifles de asalto semiautomáticos

imposibles de rastrear para armar a todos y cada uno de los hombres que trabajan en las cosechas, con la posibilidad de hacerse con un centenar más cuando nos dé la gana. Y munición también.

—¿Eso es lo que quieres, Gareth? —le preguntó Ernest.

Gareth se atusó los bigotes y miró a su padre.

—¿A ti qué te parece, papá?

Todos se volvieron hacia Cooper.

—¿Eh? —dijo el viejo, basculando en la silla.

—¿Qué opinas de esto de las armas?

—Ya sabes lo que opino, chico.

—Bueno, ¿por qué no nos lo dices, igualmente?

El viejo se sacó de la nariz el tubito transparente que le suministraba oxígeno y se lo dejó colgando alrededor del cuello. Dio un golpecito con un dedo en la mesa haciendo chascar la uña contra la madera.

—Os lo diré, pero ya sé que va a dar lo mismo. Vas a hacer lo que te apetezca.

—Papá, lo que intento...

—Esta familia no necesita nada de nadie.

—Cooper —dijo Ernest—, esta vez es distinto.

Cooper miró fijamente y por un largo rato a Ernest. Una mirada fría y de auténtica confusión.

—¿Tú quién coño eres? —terminó diciendo—. ¿Y qué hace este en mi casa?

Gareth y Val observaron preocupados al viejo y luego se miraron entre sí.

—Es Ernest —contestó Gareth—. Y esta es mi casa, papá, no la tuya.

Cooper miró a su hijo.

—Siempre tienes una respuesta para todo, ¿no, Rye? No pienso decirte nada. No sé ni para qué me preguntas.

Intentó volver a ponerse el tubo en la nariz, pero no atinaba. Le habían empezado a temblar demasiado las manos. Cuando se ponía nervioso le pasaba. De modo que siempre andaba con las manos temblequeando.

—Jimbo, ayúdale a ponérselo y hazme un favor: llévatelo a casa.

—Claro, Gareth —dijo este, y se levantó para ponerle el oxígeno a Cooper—. ¿Cómo quedamos entonces?

Gareth miró primero a Val, y el hombre alto asintió. Ernest también.

Se retrepó en la silla y se metió un pedazo de tabaco en la boca.

—Dejadme un minuto a solas.

Cuando la habitación se vació, Gareth cogió la tarjeta y le dio vueltas y vueltas entre los dedos, pasando el pulgar por las letras repujadas. Su padre estaba enfermo (y eso era peligroso), pero él estaba a punto de poner a la familia a salvo de los forasteros. Se quedó allí sentado doblando, desdoblado y volviendo a doblar la tarjetita color crema entre los dedos callosos. Unas letras sencillas de imprenta, wilcombe exportaciones, y debajo un número de teléfono con el prefijo 904. Se fijó en que el chisme apenas se había arrugado. «Esto está hecho de plástico del espacio o yo qué sé». Se preguntó cuánto costaría una cosa así. Se preguntó qué clase de gilipollas pagaría por una cosa así.

La misma clase de gilipollas que podía abastecerlo de lo que necesitaba.

La misma clase de gilipollas que Cooper había tratado de mantener al margen de la familia hasta perder la cordura.

Se guardó de nuevo la tarjeta en el bolsillo, se acercó al teléfono y marcó. Sonó dos veces y una voz femenina grave respondió. No era para nada la voz que esperaba de un gilipollas. Era más bien la de una de esas mujeres fatales metidas a DJ que pinchan discos malísimos.

—Wilcombe Exportaciones, ¿en qué puedo ayudarlo?

La voz de la mujer destilaba tanta cordialidad que Gareth estuvo a punto de pedir cita con ella en lugar de con su jefe. Se centró y soltó un salivazo de tabaco en la escupidera.

—Quiero hablar con el señor Wilcombe.

—¿Puedo saber de parte de quién?

—Venga.

Se hizo un largo silencio y la mujer terminó diciendo:

—¿Disculpe?

Gareth escupió de nuevo.

—Mira, bonita, me llamo Gareth Burroughs. Un tío que se llama James Cartwright me ha dado esta tarjeta. Tú lo conocerás por Jimbo, o igual no. ¿Por qué no me pasas ya con tu jefe?

—No cuelgue, por favor, señor Burroughs —respondió la mujer sin perder ni un ápice de su entonación de locutora.

Gareth escuchó unos segundos del «Starman» de David Bowie y se quedó mirando el teléfono como si se le acabase de transformar en un pescado. Supuso que aquello sería lo que para gente como Wilcombe pasaría por música en el soleado estado de Florida. Sostuvo el aparato a unos centímetros de la oreja hasta que contestaron.

—¿Señor Burroughs?

—Eso es.

—Soy Oscar Wilcombe. —Tenía una voz nasal y monótona. Esa era la voz que Gareth esperaba. Débil. Pija. Pretenciosa. Ya echaba de menos la de la chica —. El señor Cartwright me dijo que quizá llamara.

—Sí, ¿no?

—¿En qué puedo ayudarlo, señor Burroughs?

A Gareth también le sonó extranjera aquella voz, pero estaba claro que llevaba en el país el tiempo suficiente como para que apenas se le notase el acento. «Cubano, igual. Florida está a reventar de cubanos», pensó.

—Quería avisarle de que iré a verlo en unos días. Tengo la intención de proponerle un negocio.

—Sí. Sí, por supuesto.

Se oyó cómo tapaban el aparato y a Gareth le pareció oír otra voz además de la de Wilcombe... Una voz de hombre. Aunque Jimbo ya se lo había llevado, le dio la sensación de que la mirada de su padre lo taladraba desde el otro lado de la mesa y de que oía el golpeteo de la uña en la madera.

«Esta familia no necesita nada de nadie».

Desterró el pensamiento. No tenían un plan mejor, y él no era su padre.

—¿Sigue ahí, Wilcombe?

—Sí, sí, señor Burroughs. En tres días me va bien. Doy por hecho que traerá algo para que el viaje nos sea rentable a ambas partes.

—Si se refiere a la cuota que me ha señalado Cartwright, entonces creo que hace bien en darlo por hecho.

—De maravilla. Cuando llegue a Jacksonville llame a este número y Julie lo organizará todo.

—Julie, muy bien.

Igual Wilcombe iba a añadir algo, pero Gareth colgó.

3

Tres días después, Gareth, Val y Jimbo se presentaron en un motel de carretera en la interestatal de Jacksonville. Gareth llamó al número de la tarjeta desde el teléfono de la habitación y Julie le comunicó la dirección del encuentro. Jimbo metió debajo de una de las camas dobles del cuarto una bolsa de camuflaje con treinta de los grandes y se sentó.

—Jimbo, tú te quedas —ordenó Gareth—. No pierdas de vista el dinero ni un segundo, y pégale un tiro al primero que intente entrar. Aunque lo conozcas.

Jimbo le dio un golpecito a la pistola que llevaba bajo la camisa.

—Yo me encargo, hermano.

Una hora más tarde Val y Gareth detuvieron la camioneta delante de un bar con tres Harleys muy sobrias aparcadas en la entrada. Eran todas negras, sin alforjas ribeteadas en plata en los asientos ni dibujos llamativos en el carenado; solo tres monstruos de patrulla como caballos atados al poste de una cantina. El mismo edificio era un bloque de una planta sin nada que indicase que fuese un bar salvo un neón parpadeante que decía la hora de miller, colocado en una de las ventanas rectangulares que recorrían la parte superior de la fachada. En la puerta de cristal había un letrero de abierto corroído por el sol, pegado con una ventosa. Gareth se esperaba más. Se esperaba que el sitio se pareciese a una escena de Sturgis o de *Easy Rider* pero, aparte de las motazas de fuera, más bien parecía la oficina de un contable. Teniendo en cuenta el acento pijo de Wilcombe, los moteros recaderos y la secretaria de la voz cachondona, aquello era poco más que un tugurio cutre.

Tras intercambiar unas miradas de decepción, Gareth y Val se bajaron de la camioneta y se dirigieron hacia la puerta. El primero apoyó una mano en el cristal, pero se detuvo antes de empujar.

—Te digo una cosa, Val, esto no me acaba de convencer. No estoy en mi elemento.

—Pues ya somos dos.

—Si la cosa se pone fea...

—Que no. Eres Gareth Burroughs. Eres invencible, coño.

Sonrieron los dos, pero solo un instante. Gareth cogió aire y empujó la puerta.

4

Esperaron a que se les acostumbrase la vista a la vaporosa luz azul eléctrico y tomaron nota rápidamente de los parroquianos y del espacio. A su izquierda, dos moteros jugaban al billar bajo una lámpara con el logo de Pabst Blue Ribbon, y tras la barra había un camarero delgado con un bigotazo de estilo Wyatt Earp. El mostacho le daba un aire de morsa. Los tres llevaban parches con la inscripción chacales de jacksonville en la ropa. Uno de los del billar parecía capaz de montar gresca él solo (alto, con un rosario de músculos bajo la chaqueta tejana). Su compañero, en cambio, daba la impresión de no haberse saltado una comida en cincuenta y tantos años. Era fofo y rollizo, y llevaba una larga coleta cerdosa

llena de canas. El recuento era tranquilizador. Tres hombres en una sala abierta y tres motos aparcadas fuera. Eso no indicaba qué podía haber en la trastienda, ni en el baño de la derecha o tras la puerta en la otra punta del bar. Gareth supuso que daba a una cocina o a un trastero. Podía servir como lugar para tender una emboscada o como vía de escape, pero tuvo claro que, si la cosa se torcía, visto lo visto, tenía tantas posibilidades de salir de aquel agujero como de quedarse. Respiró más tranquilo, pero no demasiado. Peores cosas había visto en casa.

Se quedaron en la entrada mientras todas las miradas se clavaban en ellos.

Era comprensible. Gareth no debía de parecer gran cosa con aquel sombrero de paja de vaquero y su chaqueta de tela (un pelirrojo paliducho de setenta kilos como mucho), pero Val era otra historia. Val era un chaval del campo de no menos de ciento treinta y cinco kilos. Además era negro como una noche sin estrellas. Parecía una montaña de carbón de Kentucky con camisa de franela.

Atravesaron lentamente la sala y Gareth se sentó en la barra. Val se quedó tras él con los brazos cruzados, echando miradas aviesas al Gordo y el Flaco, en el billar. Por los bultos que percibía bajo las chaquetas, Val contó una pistola por persona como mínimo.

—¿Puedo ayudaros en algo, chicos? —le dijo la morsa a Gareth.

—Qué va, pero tomaremos un par de cervezas. Da igual la marca.

—¿Tienes intención de tomarte las dos?

Gareth sostuvo una mirada neutra al camarero.

—¿Tienes algún problema?

—Contigo no. Me parece que te esperábamos. Pero tu chico va a tener que quedarse en la calle.

—¿Mi chico? Ah, te refieres a Val. —Gareth señaló con un pulgar por encima del hombro—. Este tío se llama Albert Valentine. Lleva el nombre de su padre. Algunos lo llaman Albert, pero no muchos. La mayoría lo llaman Val, de Valentine.

—Me importa un huevo cómo se llame el chico.

—Ya veo. Porque si te importase te darías cuenta de lo tremendamente descortés que es llamarlo «chico». Nadie lo llama «chico», y tú acabas de hacerlo dos veces. Mi consejo es que no vayas a por una tercera.

En la máquina de discos sonó «Tuesday Gone» y rellenó el espacio de silencio mientras el camarero calibraba cómo debía tomarse a Gareth.

«Well, when this train ends, I'll try again / But I'm leaving my woman at home...».

Gareth observó con atención la puerta que tenía el otro detrás por si detectaba movimiento o sombras. No vio nada. Llevaban dos minutos allí y ya habían empezado con mal pie con aquellos tíos. Le sudaban las palmas de las

manos. Tenía que seguir hablando con suficiente bravuconería como para mantenerlos a raya, pero sin pasarse de bocazas.

—Entonces, ¿qué?, ¿nos vas a servir un par de cervezas o me las tengo que poner yo?

El camarero lo miró mal, se inclinó hacia él y apoyó los codos en la barra.

—Como ya te he dicho, si eres el tío sobre el que me han avisado, entonces estaba esperándote. Me encantaría ponerte un trago, pero este es mi local, y me reservo el derecho a servir o no servir a quien me dé la puta gana. Así que, tanto si eres amigo del jefe como si no, voy a tener que pedirte que tu gorila se espere en la calle o ya os podéis volver al pantano de Misisipi del que hayáis salido.

—Somos de Georgia.

—De verdad, míster, me la pela de dónde seas. Estas son las normas.

Val, que hasta el momento había permanecido en silencio como si la conversación que se desarrollaba a sus espaldas le fuese ajena, se dio la vuelta y se sentó en el taburete de al lado de Gareth. Sin decir palabra, rebuscó en el bolsillo de su camisa de franela y se sacó un rollo de billetes del tamaño de un puño. Extrajo uno de cien y lo dejó en la barra. Esperó a que aquella sabandija de tabernero lo guipase y observó cómo su expresión pasaba de furibunda exaltación a exaltación curiosa.

—Míster —dijo Val, guardándose el resto de la pasta en el bolsillo—, entiendo que este es tu local y que tienes derecho a dirigirlo como mejor te parezca.

—Exacto —contestó el camarero sin despegar los ojos del premio de la barra.

—También me queda claro que tampoco es que te encanten los negros, y ahí también estás en tu derecho, pero tengo que decirte que ese comentario del gorila ha sido un golpe bajo y punto. No soy ningún gorila, soy un ser humano. Y, para serte del todo franco, me ha dolido un poco.

El camarero no contestó, pero desvió la mirada del dinero para sostenérsela a Val.

—Lo superaré —continuó Val—; soy mayorcito. No ofende el que quiere, sino el que puede. Pero el caso es que aquí mi amigo se supone que ha de reunirse con alguien para quien tú trabajas, por lo visto, y aquí es donde han acordado verse. Así que no nos queda otra.

—No es problema mío.

—No, caballero no es su problema. Pero lo único que pide mi amigo es que nos pongas unas cervezas mientras esperamos. No andamos buscando problemas. Una cerveza para cada uno, nada más.

El camarero miró a Gareth, luego volvió a mirar el billete de cien dólares.

—No tengo tanto cambio a estas horas de la mañana.

—Quédate con el cambio —le contestó Val.

El camarero soltó un suspiró sonoro bajo el bigotón.

—Muy bien. Una cerveza cada uno y, si Oscar no está cuando os las hayáis acabado, os vais a esperar al coche.

—Trato hecho —respondió Val.

El camarero hizo desaparecer el dinero de la barra y se lo metió en el bolsillo de la camisa. Sacó dos copas heladas del congelador y las alzó un instante como si acabase de ocurrírsele algo. Devolvió una a su sitio y rebuscó bajo la barra. Sacó un vaso rojo de plástico de una estantería, miró a Val con una risita contenida y llenó ambos recipientes con cerveza de barril. Le puso la copa a Gareth y el vaso de plástico a Val.

—No vale la pena ensuciar una copa de cristal —comentó con una sonrisilla.

Val observó el vaso y notó que se le tensaba la mandíbula. Gareth también lo notó, porque le puso una mano en el hombro para calmarlo.

—Gracias —dijo Gareth.

El camarero se limitó a sonreír y se apartó de ellos. Gareth cogió la copa, le dio un sorbo y se limpió la espuma de la barba. Val vaciló, pero terminó bebiendo también de su vaso. Uno de los moteros de la mesa de billar, el fornido, se acercó a un extremo de la barra.

—¿Todo bien por aquí, Pinky?

—Todo bien, Rodd.

—¿Es este? —preguntó Rodd, señalando con la cabeza hacia Gareth.

—Sí, es este.

Rodd tamborileó con los dedos sobre la barra y se volvió al billar.

—¿Pinky? —le susurró Gareth a Val. Val se encogió de hombros y los dos se dedicaron a sus cervezas. Gareth le dio unos sorbos, pero Val le pegó dos tragos largos y se la terminó. Gareth dejó caer la cabeza y suspiró.

Pinky le recogió el vaso y lo tiró al cubo de la basura.

—Bueno, pues supongo que mejor que vayas tirando —dijo.

Val se limitó a mirar fijamente el lugar donde estaba el vaso con gesto torvo.

Gareth se limpió más espuma de la barba y cogió una servilleta de un servilletero de plástico.

—Pues claro, Pinky —dijo alzando una mano para desviar la atención de Val—. Pero ¿puedo hacerte una pregunta primero?

—Mientras este se largue...

—Dime, por Dios, qué es este ruido infernal que nos estás haciendo

escuchar.

Pinky se quedó pasmado con aquella salida.

—¿El qué, la música?

—¿Música, dices? —replicó Gareth.

Pinky se paró a escuchar un momento para confirmar su respuesta. Ronnie Van Zant suplicaba tres pasos de ventaja^[1].

—Es Lynyrd Skynyrd —replicó Pinky, indignado—. Son el orgullo de Jacksonville. El mejor grupo de *rock* sureño del mundo.

Gareth resopló con sorna y le dio un codazo a Val, que seguía con la mirada fija en la barra.

—Eso no se parece a la música sureña ni de coña. ¿Dónde está el banjo, o el violín? Más bien suena a una panda de retrasados intentando follarse una cerradura.

—A lo mejor no es para ti, Gareth —le dijo Val sin levantar la mirada—. Igual solo es para putos cerdos moñas al estilo de Pinky.

—¿Qué cojones? —exclamó Pinky, y se le puso la cara roja como si lo hubiesen abofeteado—. ¿Qué acabas de decir, chico?

—Y con esa... van tres —dijo Gareth.

Pinky se agachó bajo la barra y reapareció con un bate de béisbol de madera, pero Val se movía como una cobra para lo grande que era. Agarró el bate con Pinky colgando de un extremo y se lo estrelló sin esfuerzo en la cabeza. Gareth se estremeció al oír el crujido de la nariz partida del camarero. Pinky soltó el Azotador de Louisville y se tambaleó de espaldas contra una hilera de botellas. Unas cuantas se cayeron y se hicieron añicos por el suelo. Gareth se dio la vuelta en el taburete con la pistola lista y encañonando a los dos moteros, pero estos ya habían sacado las suyas.

—Joder, qué cagada —masculló.

Pinky se agarró la nariz sanguinolenta y se metió vacilante tras la barra, tratando de recomponerse. Intentó hablar, pero solo le salió un gruñido encharcado.

—¿No te gustan los negros? —le preguntó Val—. Y que un negro te rompa las narices ¿te gusta? Ahora tienes un buen motivo para que no te gustemos. —Dio media vuelta y observó a los dos moteros que los apuntaban. Seguía con el bate en la mano.

—Baja la pistola —dijo el grandullón, el tal Rodd.

—Ni de coña. Tu colega se lo ha ganado a pulso. Bajad las pistolas vosotros para que podamos charlar.

—Lo siento, tío —le dijo Val en voz baja a Gareth. Este le lanzó una mirada tensa pero no contestó.

—Somos dos contra uno —dijo Rodd—. Suelta la pistola o te vuelo los sesos.

—No creo —respondió Gareth—. Me apuesto lo que quieras a que como mínimo me llevo a uno por delante. Estas mierdas son mi día a día, muchachos. ¿Estáis seguros de que me vais a dar desde ahí? No os veo muy convencidos. Yo sí que lo estoy.

—Ni falta que les hace —replicó Pinky, y los encañonó con una escopeta por la espalda. Val tomó una bocanada de aire y Gareth no tuvo otra opción que resignarse y bajar la pistola. Entonces fue cuando la puerta se abrió y dos hombres se unieron a la concurrencia.

—¿Qué coño pasa aquí? —dijo Oscar Wilcombe.

5

Wilcombe era un hombre bajito, flaco y achaparrado, con el pelo ralo y pajizo. Llevaba un traje oscuro y gafas de montura metálica. También cargaba con un maletín de metal reforzado. El que lo seguía no podía ser más distinto. Un armario empotrado de más de metro ochenta de estatura, con una calva brillante y los ojos de un gris azulado. Vestía tejanos azules desgastados y una chaqueta también tejana con las mangas recortadas. Tenía unos brazos fornidos y fibrosos, cubiertos de arriba abajo de tatuajes enrevesados, de los que se tarda una eternidad en dar por acabados. En el dorso de la chaqueta también llevaba la enseña de los Chacales, además de un parche en el bolsillo delantero que decía presidente.

—Chacales, bajad las pistolas ahora mismo —ordenó Wilcombe.

Pinky se limpió algo de sangre que le chorreaba desde el enorme bigote por el hombro, pero no dejó de apuntar con su escopeta.

—Oscar, estos hijos de...

—Te he dicho que la bajas, Pinkerton.

Pinky vaciló pero bajó el arma. Los otros dos moteros miraron al gigante de detrás de Wilcombe. Este asintió y bajaron también las armas. Gareth no pasó por alto el gesto. El calvo debía de ser el jefe de la manada de Wilcombe. La orden venía de Wilcombe, pero los hombres necesitaban la aprobación de aquella mole para obedecer. Estaba bien saberlo.

—El señor Burroughs, imagino —dijo Wilcombe.

—Eso es —respondió Gareth.

Wilcombe dio unos pasos hacia el centro de la sala.

—¿Podemos guardarnos todos las armas? —insistió.

Gareth bajó la mirada hacia su Colt.

—Claro —dijo, y se lo guardó en los pantalones.

Val dejó caer el bate al suelo mientras se medía en silencio con el acompañante de Wilcombe, Parecían igualados. Eso no hizo sino incomodar más aún a Gareth. Se había traído a Val para intimidarlos. El presidente suponía un empate.

—Pensaba que habíamos quedado a las nueve en punto —comentó Wilcombe.

—Sí. Hemos llegado con tiempo —contestó Gareth.

Wilcombe dejó el maletín en el suelo junto a una de las mesas, se presentó y les tendió la mano primero a Gareth y luego a Val. Ambos se la estrecharon, pero Val no despegó los ojos del presidente.

—Soy Oscar Wilcombe, y este es mi socio, Bracken Leek.

El calvo no se molestó en ofrecerles la mano, se limitó a darse la vuelta y echar el cerrojo de la puerta.

—Un placer —dijo Gareth.

—¿Qué ha pasado, Pinky? —dijo Bracken.

Val respondió.

—Tu colega ha sido un maleducado.

—Que te follen, mono —rebufó Pinky por debajo de una bayeta empapada en sangre que se apretaba contra la nariz.

Val miró a Bracken.

—¿Ves?

—¿Y tú te has encargado de meterlo en vereda? ¿Eso es lo que ha pasado? —Bracken se paseó por el bar repasando los desperfectos—. ¿Tú cuando entras en la casa de alguien acostumbras a partirle la cara?

—Si es un puto racista de mierda, sí —replicó Val.

—Igual tendrías que probar conmigo.

Bracken avanzó hacia Val, pero Gareth se interpuso entre ambos.

—Se acabó —dijo, y se volvió hacia Wilcombe—. ¿Vamos a tener un problema?

—Señor Burroughs, voy a necesitar que le explique a mi socio lo que ha sucedido aquí para poder pasar página.

—Me parece bien. Aquí, tu hombre, Pinky, no estaba muy contento de que mi amigo entrase en su bar. Lo ha llamado gorila. Lo ha llamado chico. Tres veces, si no recuerdo mal. A Val esas mamonadas no le gustan. Ni a mí. Le he dado la oportunidad de ser cortés, pero él se ha puesto en plan Ty Cobb y se ha lanzado con un bate a por mi amigo. —Gareth señaló el Louisville Slugger, en el

suelo—. Mi amigo se ha dado por aludido.

Bracken y Val estaban lo suficientemente cerca como para besarse.

—Bueno, entonces no, señor Burroughs; no vamos a tener problemas. Rodd, ¿podrías Jeremy y tú ayudar a Pinkerton a recolocarse la nariz? Lavadlo y arreglad el estropicio de detrás de la barra.

Nuevamente, los hombres esperaron la aprobación de Bracken. Este se apartó de la cara de Val y recogió el bate, se lo tiró a Pinky y los tres moteros desaparecieron por la puerta de atrás. Bracken se sirvió un *whisky*.

—Discúlpeme, señor Burroughs. De haber sabido que traía a un caballero de color les habría avisado.

—Pero como vio que veníamos de Georgia dio por hecho que solo andamos con blanquitos, ¿no?

Wilcombe sonrió levemente y alzó las manos con indolencia; acto seguido se dirigió a los asientos que tenía detrás.

—¿Nos sentamos?

—Venga —dijo Gareth.

Val volvió a irse a la barra.

El hombrecillo se sentó y se recolocó las gafas sobre el puente de la nariz.

—Bueno, entonces, ¿qué puedo hacer por usted?

6

—Necesito proteger los intereses de mi familia. Entiendo que usted puede echarme una mano en eso.

—Y cuando dice «intereses», ¿se refiere a la marihuana que su familia cultiva? —lo dijo sin darle importancia, como si hablasen del tiempo.

Gareth observó la cara del hombrecillo.

—Supongo que Jimbo ha largado más de la cuenta.

—El señor Cartwright me puso al corriente de los negocios de su familia, sí.

—Si por «negocio» se refiere usted a mil doscientas hectáreas de la mejor maría del sudeste, pues entonces sí, más o menos se hace una idea de qué hacemos por allí arriba.

—No nos costaría nada conseguirla aquí mismo en Florida, si quisiéramos —dijo Wilcombe. Habla en voz queda..., indiferente y poco impresionado.

—No he venido a vender —replicó Gareth—. Pero, si pretendiese vender, nadie de por aquí podría competir con nosotros. Ni en precio, ni en eficiencia.

Apuesto a que los cubanos de aquí andan todo el día corriendo para esconder la merca y el transporte de los federales. ¿O no? Pregúnteme cómo hemos conseguido cultivar durante más de dos décadas sin la intromisión de un solo federal.

—Muy bien, voy a morder el anzuelo. ¿Cómo se las han arreglado ustedes para evitar a los federales? Es un pedazo de terreno considerable para ocultárselo a los helicópteros de la DEA.

—Geografía —dijo Gareth, y sonrió de oreja a oreja.

—Geografía —repitió Wilcombe.

—Eso es. Mire, mi padre fundamentó toda la fortuna familiar en su habilidad para esconder cosas en el bosque. En otros tiempos necesitábamos tener los alambiques a pleno rendimiento a todas horas y todos los días de la semana para generar el alcohol suficiente como para competir con los grandes. No podíamos permitir que localizasen ni uno solo. Ni uno. Y no lo lograron. Para eso es esencial conocerse el terreno. Mi padre perfeccionó la técnica una barbaridad. Tanto como para superar a esos hijos de puta de Virginia sin despeinarnos.

—Pero mil doscientas hectáreas son un poquitín más complicadas de esconder que un alambique corriente, ¿me equivoco?

—Sí, y tanto, pero mi padre, el muy espabilado, el muy hijoputa, se dio cuenta de que la cara norte de nuestra montaña gozaba de una ubicación geográfica única. Despejó en hileras la floresta de manera que desde las alturas apareciesen puntos ciegos. Podemos trabajar esos campos a plena luz del día y saludar a los federales con la mano cuando nos sobrevuelan. Esos cacho zopencos ni se lo imaginan.

Wilcombe pareció sinceramente sorprendido.

—La verdad es que es como para estar orgulloso. ¿Cómo explicaron lo que pretendían a los contratistas? ¿Cómo consiguieron los permisos?

Gareth se rascó la barba y se echó hacia atrás en el reservado.

—¿Contratistas? No teníamos contratistas. Teníamos seis hombres, contándome a mí. Y, cojones; no era más que un chaval. Despejamos la zona, la preparamos y la plantamos siguiendo los planos que mi padre dibujo con un lápiz y una regla de cálculo.

—Es impresionante, señor Burroughs.

—Lo sé.

—¿Y el procesamiento del producto en cuestión?

—Todo se hace en casa y por medio de hombres que conozco de toda la vida. La cultivamos, la curamos, la secamos, la separamos y la empaquetamos nosotros mismos. Sin ayuda externa.

—Y, sin embargo, aquí está usted, buscando ayuda externa.

—Exacto. Aquí estoy.

Wilcombe se ajustó las gafas sobre la nariz de nuevo.

—Bueno, no estoy seguro de qué le contó nuestro amigo en común pero, si lo que busca es distribución en Florida, me sabe mal que haya hecho usted el viaje para que ahora le diga que no nos dedicamos a eso.

Gareth se rascó de nuevo la barba.

—A mí también me sabría mal. Por suerte para mí, ya le digo: no vengo a vender. Vengo a comprar. Queremos armas.

Wilcombe sonrió.

—Creo que en eso sí podemos ayudarlo. —Se agachó y puso el maletín encima de la mesa. Metió la combinación en los pequeños diales con los pulgares y los cierres saltaron. Abrió la tapa y lo giró para que Gareth pudiese inspeccionar el contenido.

Gareth se inclinó sobre el estuche ergonómico y sacó las piezas desmontables de un rifle de asalto AR-15. Le dio vueltas entre las manos y encajó la culata con un clic.

—Bueno, si puede hacerme unas cuantas más como esta, creo que, desde luego, puede ayudarme.

—Tantas como pueda usted permitirse, amigo mío. Pero no son baratas.

Gareth sonrió.

—Bracken, tráenos dos dedos de Jameson.

Al grandullón no pareció que le hiciese mucha gracia, pero cogió la botella de *whisky* escocés de la estantería. Sirvió, cogió los vasos y los llevó a la mesa.

«El jefe de la manada no deja de ser un perro, a fin de cuentas», pensó Gareth, y apartó el vaso.

—El mío que sea Evan Williams, señor presidente, y no olvide incluir a mi compañero en la ronda.

Bracken miró a Wilcombe, que asintió, y se volvió a la barra. Regresó y puso un vaso y una botella de Evan en la mesa.

—Sírrete tú mismo.

—Gracias, Brack-en —dijo Gareth recalcando las sílabas del nombre. Se sirvió tres dedos de *bourbon* y se lo bebió.

Val, que hasta entonces había estado sentado en silencio, miró a su amigo y carraspeó de manera audible para todos.

—Estoy bien, Val —dijo Gareth.

Wilcombe y Bracken intercambiaron miradas de curiosidad mientras Gareth se servía otro *whisky* y se lo bebía como si fuese zumo de manzana. Llenó por tercera vez el vaso y lo dejó quieto. Bracken se sentó al lado de Wilcombe.

—Brack-en —repitió Gareth—. Pero ¿qué coño de nombre es ese? —El grandullón no respondió. Gareth metió el rifle en el maletín sin molestarse en desmontarlo y lo empujó hacia Wilcombe—. Entonces, ¿las fabrica usted? —dijo haciendo un gesto significativo.

—Supongo que nuestro amigo en común ha estado largando..., ¿cómo ha dicho antes?: más de la cuenta. Basta con que sepa que las tengo —respondió el hombrecillo.

—Bueno, a mí también me gusta que mi gente me mantenga informado y tal. De modo que... ¿las fabrica usted?

—Las fabrico yo.

—¿No las roba?

—No son robadas.

Wilcombe pareció ofendido. Ofreció al instante el maletín a Bracken, que cogió el arma, la desmontó y volvió a colocar las piezas en los huecos de gomaespuma. Cerró el maletín y lo dejó en el suelo.

—Piezas de moto, ¿eh? —comentó Gareth, dándole vueltas—. ¿Así es como conoció a los ángeles del infierno?

Bracken se revolvió en el asiento y empezó a decir algo, pero Wilcombe le puso una mano en el antebrazo para recordarle a quién atañía la conversación.

—Señor Burroughs, estoy convencido de que comprende usted como nadie la noción de respeto, tal y como su compañero ha demostrado al señor Pinkerton hace un momento en la barra. Lo he respaldado entonces porque he creído que usted y su socio obraban de buena fe, pero ahora bordea la falta de respeto hacia mí y hacia la gente que considero mi familia. ¿Para usted es importante la familia?

Gareth no dijo nada, pero Wilcombe tampoco esperaba una respuesta.

—Mi padre, que Dios lo tenga en su Gloria, y aquí el señor Leek fundaron este club en 1965, y desde entonces los Chacales de Jacksonville han sido parte primordial a la hora de crear y sostener el mismísimo negocio que le trae a usted a nuestra puerta. Son hombres de honor y merecen ser tratados como tales. ¿Estamos de acuerdo?

Gareth se acabó el *bourbon* del vaso, se lo paseó por la boca y tragó.

—Me parece justo. Quiero doscientas, de momento.

—Perfecto. Necesito veinticinco mil por adelantado y otros veinticinco con la entrega.

—Perfecto.

—¿Debo dar por hecho que trae el dinero?

Gareth sonrió.

—Lo tengo cerca. Cuando lo necesite, lo sacaré.

Bracken se rebuscó en la chaqueta. Val se dio cuenta, se tensó y se preparó.

—Relájate —dijo el otro y se sacó lentamente un paquete arrugado de Lucky Strike. Lo agitó para sacar un cigarrillo y lo dejó en la mesa. Gareth cogió uno y esperó a que Bracken se lo encendiese. Este no lo hizo.

—En la autopista hay un almacén que uso para esta clase de transacciones. El señor Cartwright sabe dónde es. ¿Han venido con el señor Cartwright?

—Por aquí anda —contestó Gareth.

—Vayan allí por la mañana a darle al señor Leek el dinero y sus problemas en casa estarán prácticamente solucionados.

Bracken se puso en pie, y Wilcombe se salió del reservado. Dirigió a Gareth y Val una inclinación de cabeza, se alisó las arrugas del traje y se marchó, dejando el maletín encima de la mesa.

—A las ocho treinta clavadas —dijo Bracken.

—Allí estaremos.

Gareth hizo un gesto a Val y salieron por la misma puerta que Wilcombe.

Capítulo 11

Gareth Burroughs
1973

1

La habitación del motel era un cuchitril frío y mugriento. Gareth se había quedado una vez en otro parecido antes de ocuparse de unos asuntos en Huntsville y tenía la misma pinta. Imaginaba que, aparte de los barrotes en las puertas, una habitación como aquella y la celda de una cárcel no debían de ser demasiado distintas. Se quedó plantado desnudo frente al espejo de cuerpo entero, que ocupaba la pared al lado del tocador, con una botella de *whisky* en la mano mirando su reflejo: mirando con atención, escudriñándose. Raras veces se paraba a pensar hasta qué punto le estaba pasando factura la vida que llevaba. Tenía un cuerpo breve y fibroso, como el de un boxeador, una máquina de tendones y músculos bronceados al sol del campo durante años de trabajo duro. Un trabajo del que se enorgullecía. No la clase de trabajo que termina en cajas de cartón, como aquel cuarto, sino del que termina en imperios. La clase de trabajo que su padre le había enseñado a desempeñar. Le dio un trago a la botella, prácticamente vacía, y contempló fijamente la serie de cicatrices producidas por varias heridas y ocurrencias estúpidas. Peleas provocadas tanto por la cólera como por diversión. La ocurrencia más estúpida fue la de tatuarse el nombre de *Annette* en letras cursivas por encima del pezón izquierdo (donde se suponía que estaba el corazón). Resopló con sorna. Fue idea suya. Jimbo conocía a un tío que tatuaba en la trasera de su remolque con un aparatejo casero hecho con una batería de coche y una bobina de hilo de cobre. Se lo hizo para el primer aniversario de bodas. Se suponía que se lo harían los dos y así se demostrarían el amor que sentían el uno por el otro, pero Annette se rajó una vez sentada en la silla. Apechugar nunca fue su fuerte. No era la primera promesa que rompía... ni la última. Igual era mejor que no se lo hubiese hecho. Menos explicaciones tendría que dar al próximo pobre diablo que tuviese que cargar con ella. Frotó con el pulgar el relieve de tinta y con el resto de la mano se masajeó el músculo tirante del cuello.

Llevaba encima un montón de cicatrices, pero en general se las arreglaba para mantenerse sano y en buena forma. La cara, en cambio, era como si perteneciese a otra persona, y es que quizá así era. La tenía demacrada y curtida como una silla de montar. Los ojos se le iban hundiendo cada año más y más, perdiéndose entre las patas de gallo que le crecían a los lados de las cuencas, y se le habían hecho bolsas de piel caída y seca. Era la cara de un viejo.

La cara de su viejo.

No entendía del todo por qué, pero estaba empezando a odiarlo. Su padre había sido el no va más en todo. Ahora no era más que un viejo chocho, loco y débil que no inspiraba más que vergüenza ajena. Gareth se preguntaba cuánto le quedaría antes de seguirlo por el mismo camino.

La chica se despezó a su espalda en la cama de matrimonio. Era un regalo de su nuevo socio. De repente apareció en la puerta con una botella de *whisky* (de la marca que se había pimplado en el bar de Wilcombe). No era de los que ponían los cuernos, pero Annette se había largado, de modo que no contaba. Estaba borracho y furioso, así que tirarse a aquella chavala le venía de perlas. Ahora, sin embargo, lo que le venía bien era que se marchase. Ni se había molestado en limpiarse el flujo pringoso de ella. Se limitó a quitarse de encima, dejar un par de billetes de veinte en la mesilla y ponerse a beber de nuevo. Esperaba que tomase el dinero y el silencio como una indirecta para recoger sus cosas y marcharse. Pero no. Eso lo cabreó, pero, vamos, a él todo lo cabreaba. El cabreo era lo único que lo movía, últimamente. Debería estar entusiasmado por haberse ocupado de un problema tremendo mediante aquel trato con Wilcombe y las armas. Debería estar relajado tras encamarse con aquella jamelga, pero qué va. Estaba cabreado, y notaba que se le cocía la piel a fuego lento. Con cada trago de *whisky*, el calor era más palpable.

—Venga, papi —le dijo la chica—. Déjame que te dé un masaje a ver si te destensas un poco. Se me da bien, según dicen. Hice un cursillo cuando vivía en Mobile. Me planteé dedicarme a ello a jornada completa pero, ya sabes, cosas que pasan.

Gareth le dio otro tiento a la botella y se frotó el tatuaje.

—¿Cosas como hacerse puta, te refieres?

—A ver, ahora no te me pongas chulito con eso, papito. —Se tapó el culo con la áspera colcha de algodón del motel y dio una palmadita a su lado—. Ven, siéntate aquí.

Gareth se imaginó sacándola a rastras de la cama por el pelo.

Se hacía llamar Angel, pero Gareth sabía que era su nombre de batalla. Le pegaba más Betsy, o Ruth Ann..., algún nombre tremendamente común. La miró en el espejo estrujando una de las almohadas, hundiendo la melena rubia teñida

en el algodón almidonado. Resopló hastiado e hizo una mueca de asco. Quería que se largase. Ya estaba harto. Pero ahí seguía, retozando entre las sábanas como si fuese domingo por la mañana y él estuviese a punto de hacerle unas tortitas con beicon para desayunar. Cogió los cigarrillos del tocador. Angel se le acercó por la espalda y empezó a frotarle el cuello. Tenía la piel blanca como la leche: pálida, sin marcas, perfecta. Nada ensanchado ni estropeado por haber dado a luz, como Annette. Una boca pequeña y redonda; Gareth recordó que la había besado pocos minutos antes. Sabía a caramelo. Como los que su abuela ponía en platitos por toda la casa, pegajosos y blanduchos. Ni por asomo como Annette, que sabía limpia... como a lluvia.

—Eh, cari, ¿sigues ahí? —le dijo Angel, y meneó una mano por delante de su cara inexpresiva.

Gareth la vio en el espejo apretarse contra él, y ella le dirigió una sonrisa falsa con los labios torcidos hacia la izquierda. Empezó a masajearle los hombros. Era como tratar de ablandar granito. Le frotaba aquellos pezones de frambuesa contra la espalda, pero él ya estaba harto y solo logró irritarlo aun más.

—Estás supertenso, cariño, y eso que juraría que acabas de follarte a una chica preciosa como un animal. Te he puesto cachondísimo. Lo sé. Normalmente no dejo que se me corran dentro, pero estabas tan entregado... Yo, desde luego, sí. Eso debe de ser que eres especial, no como el resto de chicos de por aquí.

—Cállate —le espetó Gareth, y le dio un trago a la botella.

—Estás empezando a herir mis sentimientos.

—Y tú estás empezando a ponerme de mala leche con tanto boquear.

Angel deslizó los dedos espalda abajo y subió con las uñas esmaltadas de rosa resiguiendo sus músculos.

—Sé que no es mi cometido y tal, pero si quieres que hablemos no hay problema. Va incluido en el precio.

Gareth le pegó otro buche a la botella, la remató y la dejó en el tocador. Angel se fijó en el tatuaje que llevaba en el pecho y se inclinó sobre su hombro para verlo mejor.

—¿Quién es Annette? ¿La chica que te espera en casa?

Gareth se sacudió aquellas manos de encima con fuerza suficiente como para que la chica cayese en la cama de espaldas.

—No es de tu incumbencia —dijo. Cogió de nuevo la botella, olvidando que estaba vacía, y la soltó de nuevo en el tocador con tanta fuerza que la reventó. Se cortó la mano con el cristal. Se llevó la herida sanguinolenta a la boca y Angel refuló. Se enrolló a toda prisa en la sábana.

—Perdóname, papaíto. Lo preguntaba sin mala intención.

Gareth clavó la mirada en el reflejo de sus propios ojos. Veía a su padre. Oía a su esposa. Saboreaba su propia sangre. El súbito llanto que empezó a correrle por las mejillas lo sorprendió tanto como a ella.

—Ay, papi, no llores. Deja que te consuele. —Se le acercó por la espalda—. Si quieres puedo ser Annette.

Gareth se envaró y se quedó frío. Las lágrimas desaparecieron visto y no visto. Se frotó el tatuaje con el pulgar otra vez.

—¿Quieres ser Annette? —le dijo, y se llevó el cuello de la botella rota al pecho. Se pasó el cristal afilado por encima de las letras grabadas en la piel. Empezó a chorrearle sangre por el pecho y Angel dio un salto hacia atrás.

—Dios mío, estás loco —dijo, y escudriñó el cuarto en busca de su ropa.

—¿Quieres ser Annette? —volvió a preguntarle volviéndose hacia ella.

Angel cogió su vestido, sus bragas y sus zapatos del suelo y alzó todo entre ambos.

—Alto ahí, señor. No lo he dicho con mala intención. He venido simplemente a pasar un buen rato. Ya me voy, ¿vale? Me voy enseguida.

—Annette es una zorra inútil que se piensa que puede encontrar a alguien mejor que yo. Se piensa que puede decir y hacer lo que le venga en gana y marcharse cuando le apetezca.

—Lo siento mucho, señor. Suena fatal, pero... pero yo no soy Annette.

Gareth agarró una toalla de lavabo de una anilla plateada en la pared y se limpió la sangre del pecho.

—Ya, pero quieres ser Annette.

Angel cogió su bolso de la mesilla y se apresuró hacia la puerta, pero Gareth, pese a estar borracho y sangrando, era mucho más rápido que ella. Se adelantó y agarró una greña rubio platino. A ella se le cayó el bolso y por la moqueta se desparramaron cigarrillos, maquillajes y varios condones sin usar.

—¡Au! Por favor, papaíto, no lo decía...

—Con mala intención... Lo sé. Y yo no soy tu puto papaíto.

De un tirón, lanzó a la delgada muchacha a la cama. Ella se defendió y pataleó, amontonando las sábanas, tratando de alejarse de la botella rota, pero una vez Gareth se le echó encima ya no pudo moverse. Se le sentó a horcajadas con todo su peso sobre el pecho, le apresó los brazos y la dejó sin aire.

Angel gritó. Él la soltó del pelo y le tapó la boca con la mano chorreando sangre. Se inclinó sobre ella para hablarle. La peste a *whisky* y sudor le cubrió la cara como una película. Le entraron ganas de vomitar.

—Bueno, Annette, estaba pensando en la última vez que te me pusiste respondona. ¿Te acuerdas?

Angel se le quedó mirando con los ojos como platos, incapaz de responder

ni de respirar.

—La última que tuve que cuadrarme. Te di aquí justo. —Gareth llevó el borde de la botella rota a un lado de la nariz de Angel—. ¿Te acuerdas, Annette?

Angel forcejeó para apartar la cabeza de la botella hundiéndola en la almohada, pero Gareth se la acercó aún más. Ella cerró los ojos al sentir el cristal hendiéndole la piel. Gritó contra la mano de Gareth, pero nadie la oía. La sangre se desparramaba por ambos lados de su cara, formando alas de Rorschach en el algodón a medida que el cristal le sajava la carne.

Cuando acabó, se quitó de encima de la chica y tiró la botella al suelo. Regresó al espejo y se miró los brazos y el pecho embadurnados en sangre. Abrió el grifo y puso las manos bajo el chorro hasta que el agua salió hirviendo.

Angel se arrastró hasta el suelo y cruzó lentamente la moqueta en dirección a la puerta.

—Uf, ¿y ahora adónde vas? —le dijo Gareth, y ella se quedó inmóvil de golpe—. ¿Ya no quieres ser mi amiga? —Se acuclilló y la observó con la curiosidad de un cazador que examina un animal herido—. No te puedes ir hasta que no cobres. Es decir, a fin de cuentas eres una puta, ¿no?

Cogió los dos billetes de veinte que había dejado antes en la mesilla, los estrujó en la mano y se los embutió a la chica en la boca. Le dieron arcadas. Gareth la levantó, abrió la puerta y lanzó aquel cuerpecillo desmadejado contra la barandilla del segundo piso justo al lado de donde Val vigilaba.

—¿Qué coño es esto, Gareth?

—Llévate a esta zorra de aquí —respondió el otro, y cerró la puerta.

A los pocos minutos estaba dormido.

2

Val volvió al rellano con una toalla de baño, un paño húmedo y mil dólares en efectivo.

—Ey, ¿me oyes?

Angel se encogió al oír su voz y se protegió de aquella nueva amenaza llevándose a la cara los zapatos y la ropa.

—No te asustes, muchacha. No voy a hacerte daño, quiero ayudarte, ¿vale? Quiero ayudarte.

Le tendió la toalla. Ella vaciló, pero terminó bajando los zapatos, le arrebató la toalla de las manos y se tapó como buenamente pudo. Le ardía el lado izquierdo de la cara y le hacía daño respirar. Le parecía que tenía las costillas

rotas.

—Tú eres... su... amigo —dijo entre jadeos entrecortados y breves.

—Sí, señorita.

—Me ha cortado... la cara.

Val hizo un amago de tocarle la mejilla, pero ella se estremeció y se apartó.

—Me duele.

—Sí, señorita. Tenga, póngase esto. —Le tendió el paño húmedo—.

Apriéteselo, así. —Le cogió una mano y le apretó el trapo contra la herida.

—Duele muchísimo.

—Sí, señorita.

—¿Me ayuda? ¿Puede llamar a la policía, o a una ambulancia o algo?

Val revisó el aparcamiento de abajo; acto seguido se puso las manos alrededor de la boca y susurró:

—No, señorita. Puedo ayudarla, pero no puedo hacer eso.

—¿Me deja usar su teléfono o algo entonces, por favor? No me puedo quedar así en plena calle. Por favor. Ha dicho que quería ayudarme.

—Y quiero, pero no puedo dejarle mi teléfono. Si llama a la policía o envían una ambulancia tendrá que dar explicaciones, y entonces alguien acabará muerto.

—Es que hay alguien que merece morir.

Angel se incorporó apoyándose en la barandilla y se enjugó con el borde de la toalla la nariz sanguinolenta. Val se llevó un dedo a los labios.

—Baje la voz y escúcheme. No voy a llamar a la policía ni a una ambulancia, pero avisaré a un taxi. Vaya vistiéndose y espere ahí en la calle. Le diré dónde han de recogerla.

Angel buscó por el suelo hasta ver los billetes que había escupido encima de una rejilla de acero a su lado.

—No se preocupe por el dinero —le dijo Val—. Yo me encargo. Usted espere el taxi y que la lleve a un hospital.

Angel forcejeó bajo la toalla para subirse las bragas con la mano libre. Val desvió la mirada. Se metió la mano en el bolsillo de la camisa, sacó mil dólares en billetes de cien y se los puso delante de la cara para que los viese.

—¿Se ve capaz? ¿Se ve capaz de bajar a la calle y buscarse ayuda?

Angel asintió.

—Lo digo en serio. Como envíe a la policía o a quien sea a por el tío de esa habitación, la cosa no habrá acabado aquí para usted. Ni para mí. ¿Lo entiende?

Ella asintió de nuevo.

—Repita lo que acabo de decir.

—Me iré a un hospital y no llamaré a la policía.

—Ni a nadie.

—Ni a nadie.

—Prométamelo.

—Se lo prometo. Déjeme solamente que me acabe de vestir antes de que todo el mundo me vea así.

—Por supuesto —respondió Val.

La ayudó a ponerse en pie intentando tajarla con la toalla para que conservase la poca dignidad que pudiera quedarle, pero fue inútil. Ella desistió de subirse las bragas, se deshizo de ellas sacudiendo la pierna e intentó enfundarse el vestido negro en el que tan guapa se veía pocas horas antes. Se echó a llorar.

—¿Me ayuda?

—Sí, señorita.

Val la ayudó a subirse el vestido y los tirantes y quedó envuelta como en una sombra. Se volvió y se levantó el pelo; Val le abrochó los corchetes detrás del cuello. Cuando se dio la vuelta, lo miró de frente y se quitó el trapo de la cara.

—¿Estoy muy mal?

Val le limpió las lágrimas del lado bueno de la cara.

—Es usted una chica muy guapa —le dijo, y le puso el fajo de billetes en la mano.

Ella bajó la mirada y volvió a apretarse el paño contra la cara.

—No se le da demasiado bien mentir —le respondió. Y con los zapatos todavía en la mano bajó cojeando las escaleras. Era consciente de que jamás volvería a ser guapa.

Capítulo 12

Bracken Leek
2015

1

—¿Te puedo buitrear un cigarrillo?

—¿Me puedo cepillar a tu mujer?

Moe rumió un instante y se tiró de la pelambre que se dejaba bajo el labio inferior.

—¿Si te digo que sí me dejas buitrear un cigarrillo?

Tilmon rebuscó entre el batiburrillo de cosas que guardaba bajo el volante, cogió su cajetilla de Camel Lights y la sacudió para sacarle uno a su compañero. Moe lo encendió y volvió a examinar la ruta en un mapa con las dobleces marcadas. El GPS de mierda nunca funcionaba en aquella zona tan profunda del bosque. Tilmore miró por el rabillo del ojo a Moe, que fumaba, y le preguntó:

—¿Cuánto tiempo llevamos ya?

Moe levantó la vista del mapa, dio una calada y tiró la ceniza al suelo.

—¿Cuánto llevamos de qué? ¿De recorrido por la autopista 27? —Consultó el reloj—. Como dos horas.

—No, me refiero a cuánto tiempo llevamos haciendo juntos este trayecto.

Moe volvió a consultar su reloj como si hubiese puesto el cronómetro al comenzar su relación laboral.

—Coño, tío, no sé. Casi dos años, creo.

—Casi dos años.

—Pues sí, más o menos. ¿Por qué?

—Por curiosidad.

Moe apuró el cigarrillo hasta el filtro y lanzó la colilla por la ventana. Recorrieron otro medio kilómetro de interestatal antes de que se picase.

—¿Curiosidad de qué?, ¿de que mire el mapa? Me gusta mirar el mapa.

—Mira el mapa lo que te dé la gana. No me molesta.

—Entonces, ¿de qué va este interrogatorio tan críptico?

—¿Qué interrogatorio? Era una pregunta de nada.

Moe empezó a sulfurarse.

—De verdad te lo digo, ¿por qué?

Tilmon se subió las gafas de sol y se limpió la grasa de la nariz con el pulgar y el índice.

—Vale, te lo voy a decir. Llevamos dos años haciendo este trayecto juntos y en todo este tiempo no recuerdo ni una sola vez que te trajeses suficiente tabaco para el viaje.

Moe se le quedó mirando con expresión neutra.

—¿Me lo dices en serio?

—Pues sí, te lo digo en serio. ¿Tú me puedes decir una sola vez en dos años que no me hayas tenido que gorronear durante el viaje? Dime una sola vez.

—Que te den por culo, Tilmon.

—No me vengas con esas. Ahora no te me pongas de malas. Solo estoy señalando un hecho. Entramos los dos casi al mismo tiempo, así que sé que debemos de ganar la misma pasta, pero en realidad no, porque a mí me toca hacerme cargo de tu vicio y del mío. Estas mierdas se van acumulando, tío. Si te paras a pensarlo, hacerle esto a un compañero de dos años está un poco feo.

—¿Cuánto, Tilmon? ¿Cuánto quieres? —Moe despegó el trasero del asiento y se sacó la cartera del bolsillo de atrás del pantalón—. Tengo setenta..., setenta y tres dólares. ¿Es suficiente?

—Guárdate la pasta, Moe. Solo intento que te quede claro. Mira..., estamos perdiendo a Romeo.

Moe miró por la ventanilla el enorme retrovisor y vio que la Harley Shovelhead negra del sesenta y seis que llevaba siguiéndolos todo el tiempo se desviaba por la salida 118 al Camping Broadwater. Se embutió la cartera en los pantalones de nuevo y cogió el radiotransmisor.

—Romeo, ¿qué pasa ahí atrás, colega?

Estática.

—Tengo que echar un meo. Vosotros seguid, que ya os alcanzaré.

—Recibido. ¿Has oído, Bracken?

Les llegó la voz de Bracken Leek, que iba en la Heritage Classic delante del camión de Tilmon y Moe.

—Sí, recibido. Haz lo que tengas que hacer y vuelve cagando leches, Romeo.

—Es lo que hay —respondió Romeo.

Tilmon se inclinó para coger un cigarrillo.

—¿Colega?

—¿Eh?

—Acabas de llamar «colega» a Romeo. Y no lo soportas.

—Ya, bueno, por lo menos no se la guarda dos años a uno por unos putos cigarrillos.

Tilmon puso los ojos en blanco.

—Dios mío, perdona por decirte nada. —Le ofreció la cajetilla.

—Métetelos por el culo, Tilmon.

—Atentos, chicos. —La voz de Bracken petardeó en la radio—. No me gusta andar con un hombre de menos. Estaos alerta.

Los hombres intercambiaron una mirada de curiosidad. El pez gordo que iban a ver era prácticamente el dueño de la policía del distrito. Llevaban usando aquella vía años sin interrupción. Bracken se estaba haciendo viejo. Todo lo ponía paranoico.

—¿Recibido, Moe?

Moe cogió el transmisor.

—Recibido, jefe. Vamos bien.

—Limítate a confirmar que me has oído y estaos alerta.

—Recibido. —Devolvió el aparato al gancho—. ¿De qué coño va este?

—Ni idea —contestó Tilmon.

—Parece que llevéis una semana sin cagar, este y tú.

Tilmon soltó una bocanada de humo.

—Déjalo ya, tío. Si sabes que estaba de coña. *Mi Camel es tu Camel*^[2].

Ten.

Levantó de nuevo la cajetilla. Moe se inclinó para coger uno, pero el repentino frenazo lo lanzó contra la puerta.

—¿Qué cojones haces, Tilmon?

—Mierda, ¿no ves eso?

Tilmon señaló la Heritage de Bracken, que se tambaleó antes de volcar y deslizarse por la autopista de dos carriles en un remolino de chispas y polvo. Bracken se protegió la cara con las manos y dio volteretas por el asfalto hasta caer entre los matorrales. Tilmon deceleró, pero no lo suficiente como para evitar una hilera de púas que alguien había tendido de punta a punta de la vía pintadas de negro. Las cuatro ruedas reventaron como cuatro disparos y el camión patinó en zigzag por la carretera. Hizo saltar a Moe, que iba sin cinturón de seguridad, por toda la cabina. Estrelló la frente contra la luna delantera, que se partió en una telaraña de grietas, y, acto seguido, chocó de espaldas contra la parte trasera de aluminio tras los asientos. El vehículo fue a incrustarse en una cuneta entre la tierra y los matorrales. Tilmon se quedó clavado con las manos pegadas al volante. Moe, que había terminado casi por los suelos, se agarraba la cabeza con una mano y se limpiaba la sangre de los ojos con la otra.

Uno de los cuatro hombres vestidos con camisetas de franela y máscaras de payaso sacó de un tirón a Moe y lo lanzó contra los matorrales de la cuneta. Otro arrancó a Tilmon del asiento del conductor y lo obligó a arrodillarse junto a su socio.

—Hijos de puta, os habéis equivocado con...

Una ráfaga de dolor candente estalló en la mandíbula de Moe cuando uno de los secuestradores le soltó un golpe de lleno con la culata del rifle. Cayó de espaldas entre la tierra y la mala hierba y se pasó la lengua por el diente que acababan de dejarle suelto.

—Hasta que no te pregunte, te callas la puta boca —le dijo aquel, y miró a Tilmon—. ¿Tú tienes algo que decir?

Tilmon tenía mucho que decir, pero apreciaba sus dientes, de modo que se quedó callado.

—Buen chico.

Otros dos payasos enfranelados rodearon el camión y tiraron delante de ellos a un Bracken Leek bien revolcado por la carretera. Tenía la pierna derecha hecha polvo y gruñó al caer en la hierba. Desprendía un olor metálico a sangre, pero aparte de la pierna era difícil decir dónde más estaba herido, porque iba de cuero de la cabeza a los pies. Seguramente eso le había salvado la vida. Dos de los asaltantes los cachearon, les quitaron las pistolas y se las guardaron en sus cintos. Les ataron las manos a la espalda a Moe y a Tilmon con unas bridas mientras el de la camiseta de franela azul, que parecía estar al frente, se agachaba ante Bracken. Franela Roja se quedó tras el jefe con el rifle preparado mientras los demás registraban el camión.

—¿Tú eres el que manda? —preguntó Franela Azul.

Bracken se incorporó a duras penas, asintió y escupió un salivazo sanguinolento en la hierba.

—Ya decía yo. El trato es sencillo. Me lo entregas y te vuelves al antro de moteros de mierda del que hayas salido, con la ropa un poco arrugada, pero vivo. O me vienes con cuentos y dejo que aquí mi chico te pegue un tiro en la cara y nos lo llevamos de todas formas. Tú eliges.

El de la camiseta roja lo saludó con la mano.

—¿Sabes a quién le estáis robando, hijo? —dijo Bracken.

—Pues, por lo que veo, a los putos Village People.

—O al Tarado —dijo Franela Roja. Todos se le quedaron mirando—. El de *Pulp Fiction*, digo. El de la escena donde están a punto de darle por culo a Bruce Willis.

Todos desviaron la mirada de él.

Franela Azul negó con la cabeza y soltó un hondo suspiro a través de una máscara de Bozo.

—Payasos —comentó Bracken—. Buena elección.

Franela Azul levantó el rifle y le puso el cañón en la frente.

—Te lo voy a repetir, vejete. No me hagas perder veinte minutos desmontando este camión a pleno sol. Esta máscara da un calor de cojones, y estoy convencido de que aquí todos estamos deseando librarnos del calor y marcharnos cada uno por su lado.

Bracken escupió más sangre en la hierba y se restregó la boca.

—No está en el camión. Está en la moto. En las alforjas.

Franela Azul silbó a los otros dos asaltantes. Estos se bajaron del camión al instante y Franela Azul les indicó la moto estrellada.

—Mirad en la moto.

—Recibido. —Al minuto, sin quitarle ojo a Bracken y a los moteros reducidos, les gritó—. ¿Vamos bien?

—Vamos bien, jefe. —Los dos hombres le quitaron las alforjas a la moto y las pusieron en la trasera de la camioneta. Franela Azul se levantó y se echó el rifle al hombro.

—Una idea bien ingeniosa, abuelito. Un camión para despistar. Así, el capullo que os asalte va a ir a por el objetivo más evidente y tú sigues trayecto hacia la puesta de sol con tu botín intacto.

—Esa es la idea.

—Lástima que no seamos unos capullos —soltó Franela Roja.

—Eso es discutible —replicó Bracken.

Franela Roja estaba punto de decir algo cuando unos disparos provenientes de entre los pinos rebotaron contra el camión a unos centímetros de su cabeza. Franela Roja y Franela Azul respondieron disparando a ciegas a su vez hacia el bosque mientras Bracken y sus chicos se estiraban en la hierba y mordían el polvo.

—¡Nuestro cacharro está detrás! —gritó uno de los asaltantes, y disparó a los árboles.

Salieron todos disparados hacia su camioneta, pero Franela Azul recibió dos tiros en la espalda y cayó tambaleándose en el asfalto. Unas manchas de color púrpura embebieron la tela azul y el rifle se le cayó en medio de la autopista. Su compañero se paró un instante y vació el cargador contra los pinos antes de meterse de un salto en la trasera de la camioneta ya en marcha y desaparecer en medio del calor de la tarde.

Romeo apareció tras la hilera de árboles con una SIG Sauer en cada mano.

—La hostia puta, Bracken. ¿Estáis bien, tíos? —El joven motero latino contempló el largo tramo de autopista desierta antes de guardarse las pistolas. Se sacó un cuchillo de la bota y cortó las bridas.

—¿Dónde coño has estado? —dijo Tilmon, frotándose las muñecas.

—Echando un meo, tío. Cuando os he alcanzado me he visto el percal, he tirado hacia el bosque y cagando leches para acá.

—Menuda meada larga —comentó Moe.

—Cojones, ¿y si me dais las gracias? Si no me llego a parar allí, a saber qué os habrían hecho estas putas.

—Basta —interrumpió Bracken—. Romeo, llama a alguno de los nuestros y que nos saquen de aquí.

—Ya lo he hecho, jefe.

—Entonces que alguien vaya a averiguar quién es el paleta muerto.

Capítulo 13

Clayton Burroughs
2015

1

Clayton cogió un lápiz del escritorio y se pasó casi una hora acariciándose la barba tricolor hasta que lo partió por la mitad y usó el extremo de la goma para marcar el teléfono del cuartel general del Departamento de Investigación de Georgia, en Decatur. Miró inexpresivamente el indicador intermitente y soportó tres niveles de secretarias y subalternos hasta que lo pasaron con la persona indicada. Oyó ruido al otro lado; acto seguido una voz grave y modulada por el *whisky* escocés.

—Finnegan.

—Charles, soy Clayton Burroughs.

—¡Anda la hostia!, ¿cómo está mi poli campestre preferido?

—No me puedo quejar. Tampoco me serviría de nada.

—Tienes más razón que un santo. ¿Qué puedo hacer por ti, *sheriff*?

—Bueno, Charles, pues verás, el domingo pasado vino a verme un federal con la intención de hablar sobre Halford.

Oyó que Finnegan soltaba una risita.

—¿Otra vez?

—Pues sí, pero este tío era distinto. Tenía cosas interesantes que contar, y algunas sonaban bastante decentes. Tenía la esperanza de averiguar un poco sobre él para ver si lo que me ha dicho está fundamentado, pero no hay nada que hacer. Esos colegas de Atlanta solo me dan un nombre, un rango y un número de serie, y ando algo corto de contactos de confianza fuera de mi distrito. De hecho, tú eres el mejor que tengo.

—Bueno, *sheriff* si yo soy tu mejor contacto lo llevas bastante crudo.

—No me lo creo para nada, Charles.

—¿Cómo se llama el agente?

—Holly. Es de la ATF.

—¿Simon Holly?

—Eso, ¿lo conoces? —Clayton se inclinó hacia adelante en su silla, se quitó el sombrero y lo dejó en la mesa.

—No en persona, pero sé de él. Fue uno de los niños mimados de por aquí antes de que lo llamasen para irse con los grandes. Un puto superpolicía, según tengo entendido.

—¿De verdad?

—Pues sí. —Finnegan carraspeó y Clayton se imaginó al robusto agente arrellanándose en la silla abatible de su despacho, estirando las piernas por debajo de la mesa, preparándose para participarle un cotilleo—. Por lo que he oído, era un poli machaca de Mobile, Alabama. Investigó cuatro cosas que se salían de sus atribuciones y terminó haciéndoles el trabajo a los investigadores locales de antidrogas. Se colgó una buena medalla. Un pez gordo de por allí, llamado Fisher..., ¿has oído hablar de él?

—Pues no.

—Bueno, ya sabes que estas cosas se van idealizando hasta convertirse en leyendas, pero por lo visto el muchacho que te ocupa infringió varias normas, ignoró a varias personas importantes, y consiguió que Dauphin Street fuese de nuevo un lugar decente donde llevarte a la familia. ¿Has estado alguna vez ahí?

—Qué va.

—Antes era una cloaca, ahora está bastante bonito. Como la Bourbon Street de Nueva Orleans, pero limpia y con menos *jazz* cutrón.

—Suenan estupendo.

—Vale. El caso es que los jefes de Holly se quedaron allí disfrutando y haciéndose fotos para los periódicos y demás, pero el agente no hizo amigos entre los policías locales, a los que había dejado como unos incompetentes. De no ganarse la medalla, lo mismo se lo encuentran por ahí en una zanja. Pero es igual, se la ganó, así que destacó por encima de los del distrito y dio el salto al Departamento de Alabama. Allí dio por saco a un montón de gente, pero fue cumpliendo, de modo que los ojeadores federales llegaron y lo destinaron a cosas mejores y de mayor responsabilidad, y así abandonó el ámbito estatal.

—Has dicho que era un niño mimado por allí. ¿También pertenecía al Departamento de Investigación de Georgia?

—Qué va, tuvimos alguna operación interdepartamental y se vino a trabajar a nuestras oficinas, pero que yo sepa nunca fue de los nuestros. Mira, Clayton, si este tío está interesado en Halford y en lo que se cuece en esa montaña tuya, yo te diría que vale la pena escucharlo aunque sea solo para ver qué dice. Es un poco impredecible, pero parece un poli astuto.

Clayton se rascó la barba.

—¿Es buena gente? —le preguntó.

—No sé si llama a su madre los domingos, si te refieres a eso, pero sí puedo decirte que es un tío que conviene tener cerca en medio de un atolladero. El tío cumple.

—Bueno, supongo que eso es lo que quería saber. Gracias por tu ayuda, Charles.

—No te preocupes de nada, *sheriff*. ¿Hay algo más que esta sección deba saber sobre lo que está cociéndose ahí arriba?

—Según Holly, su sección será la primera en ser informada si las cosas se ponen feas.

Finnegan suspiró con fuerza a través del teléfono.

—Generalmente es así, pero tenme al corriente de todas formas. No nos vendría mal algún triunfo. Nuestro queridísimo director nos tiene destapando peleas de perros organizadas por la flor y nata del estado.

—¿Peleas de perros?

—Es una historia muy larga. Seguro que te lo explican todo en los telediarios.

—De eso no cabe duda, Charles.

—¿Cuándo me vas a traer un poco de ese famoso whiskito tuyo? Cuando tenía aquel frasco de Georgia Peach en el escritorio era el hombre más popular del edificio.

Clayton miró su taza de café vacía.

—Llevo un año sin probar ni una gota.

—¿En serio?

—Kate dice que no le está haciendo ningún favor a nuestro matrimonio. Tiendo a coincidir con ella.

—Eso he oído. Una esposa feliz es una vida feliz.

—Brindo por eso.

—Muy bien, entonces llámame si necesitas algún efectivo de más.

—Cuenta con ello. Cuídate por ahí.

—Lo mismo digo, *sheriff*.

Clayton colgó el teléfono y consultó el reloj. Las dos. Anda que no faltaba para la hora de salida, o para la hora de Miller, por decir algo. Cómo echaba de menos la hora de Miller. Todos los días, hacia las cinco y cuarto, como un clavo, estaba calentando taburete en Lucky's y calentándose el gaznate con el *bourbon* de la hora feliz. Había empezado a salivar en cuanto Finnegan hizo alusión al frasco de *whisky* de su mesa. Se levantó y se puso agua fría en un vaso de papel de un dispensador de plástico que tenían en la entrada. Observó cómo reventaba la burbuja de la garrafa y le dio un poco la risa al pensar en que los alcohólicos solo recuerdan los buenos tiempos. Era cierto que había disfrutado en Lucky's

cuando era un cliente habitual de las cinco en punto, pero el resto de circunstancias no eran como para enorgullecerse. Llegaba a casa hacia las nueve o nueve y media en noches de poco desfase y se encontraba con una cena fría envuelta en film encima de la mesa y una Kate más fría aún envuelta en una manta en el sofá. Se enzarzaban un par de veces en el juego de a ver quién la dice más gorda, luego ella se iba a la cama y él dormía en el sofá del salón (a veces en el suelo). Se pasaban la mañana siguiente cruzándose sin hablarse, ella a la espera de una disculpa, y él tomándose un tiempo precioso hasta darse cuenta de que le tocaba hacerlo. No era estúpido. Sabía que la bebida lo volvía más malo que la quina, pero nunca le pegó ni la amenazó con marcharse, como si eso fuesen atenuantes, de modo que siempre daba por hecho que la siguiente borrachera terminaría de otra manera. No llegó a entender cómo el alcohol que lo hacía feliz en el bar se transformaba en mal humor y acritud al llegar a casa. Así era siempre. En las películas siempre hay una escena de borrachera tras cualquier suceso traumático. No siempre sucede así en la vida real. El hábito de Clayton no era un fuego vivo que transformase su vida en un infierno bestial, era una fina capa de óxido que iba corroyendo y disolviendo poco a poco su matrimonio. Ella no le pidió jamás que dejase de beber. No era necesario. Él era consciente de que Kate se largaría antes de oxidarse por completo. Hay cosas por las que merece la pena luchar, de modo que lo dejó y no volvió a mirar atrás. Bueno, no con tanta frecuencia, por lo menos.

Se llenó el vaso de papel de nuevo, se lo bebió de un trago y lo tiró en una cestita de mimbre para la basura. Salió a la recepción, donde encontró a Cricket sentada tras su escritorio con Darby Ellis, el segundo ayudante de Waymore Valley solo a media jornada. Charlaban en susurros. Atajaron la conversación al entrar Clayton, como chavales de instituto que se ponen firmes al pasar el profesor. Cricket tenía los codos sobre la mesa y apoyaba la barbilla en los dedos entrelazados. Parecía molesta, como si hubiese estado llorando. Darby estaba sentado en el borde del escritorio con el sombrero vaquero haciendo equilibrios en la rodilla. Cricket se enderezó y se puso a ordenar torpemente unos papeles. Darby se puso en pie y se llevó el sombrero al pecho.

—Buenas tardes, *sheriff*.

—Darby —dijo Clayton, y se quedó delante del escritorio de Cricket. Alzó lentamente la barbilla de ella hasta que cruzó su mirada con aquellos ojos rojos e hinchados.

—¿Está bien? —le preguntó.

—Estoy bien, *sheriff*.

—¿Hay algo que yo pueda hacer?

—No, señor. De verdad que estoy bien.

Clayton miró a Darby, que se encogió de hombros. O no lo sabía o no quería contárselo, y por el *sheriff* perfecto: no estaba de humor para dramitas de oficina.

—¿Dónde está Choctaw?

—Buena pregunta —respondió Cricket un poco más bruscamente de lo que sería normal, como si Clayton hubiese puesto el dedo en la llaga—. No ha aparecido por aquí en toda la mañana.

—¿Ha probado a llamarlo al móvil?

—Sí. He dejado varios mensajes. ¿Lo intento de nuevo?

—No... Dígale que me llame cuando llegue y ya está.

—A la orden.

—Ehmm, *sheriff* —dijo Darby, interponiéndose entre Clayton y la puerta delantera, todavía con el sombrero contra el pecho, acariciando el borde con un dedo—. Esta mañana ha venido un agente de Cobb County y se ha llevado al prisionero.

—Lo sé, Darby. Estaba yo aquí.

—Claro. Mmm. Lo digo porque no tengo nada entre manos, por si me necesita para lo que sea. Mmm, como el ayudante Frasier no está y eso.

Darby Ellis era buen chaval. Clayton lo había admitido como voluntario al salir del instituto solo porque le admiraba su entusiasmo por el oficio. Creó un puesto de media jornada el año anterior porque pensó que, si el chico se iba a pasar todas las horas del día allí, al menos que le pagasen algo. Clavó el examen de ayudante y se defendía bastante bien en el campo de tiro, pero el chico no es que las cazase al vuelo, que digamos. Desde luego Choctaw no le sacaba mucha ventaja tampoco. Clayton se mordisqueó el labio inferior y se rascó la barba.

—Muy bien, Darby. Pues vente.

Darby le dedicó una franca sonrisa de chaval de campo.

—¿Adónde vamos, jefe?

—A ver a mi hermano.

La soltura de sus andares se desvaneció y frenó en seco.

Clayton descolgó el Colt Python de la pared, hizo girar el tambor para comprobar que estuviese cargado y con una sacudida lo cerró de nuevo.

—¿Vienes o qué?

Darby comprobó que llevaba el arma reglamentaria en la cartuchera y se puso el sombrero.

—Sí, señor.

Las ramas de los árboles que azotaban el techo y las ventanillas del Bronco de Clayton lo transportaron a otra época. Aunque se consideraba que Waymore Valley era una pequeña comunidad montañera, aquel lugar más allá de la civilización era un mundo completamente distinto. La casa de Kate y Clayton estaba al pie de la montaña, a un tiro de piedra de las carreteras asfaltadas y los alumbrados, pero allí arriba Halford se había instalado en la casa en la que vivieron de niños: la casa de su padre. Hacía años que no se adentraba tanto en la montaña. Clayton no había cruzado la línea invisible trazada por su hermano en el barro ni siquiera cuando murió Buckley ni después de lo que le había pasado a su padre. Los neumáticos del Bronco se hundían en las dos trochas de tierra roja mientras él sorteaba el terreno accidentado de su infancia. Giraba el volante con la cara interior del antebrazo, virando sin pensar, previendo baches y socavones que había evitado cientos de veces con sus hermanos. Aquel sitio era su hogar, por más desagradable que hubiese sido su trato con el mismo. Clayton sabía que siempre sería bienvenido, pero allí la placa no valía nada. Si algo existía ahí arriba era porque encajaba. Y, como no encajase, los de allí se asegurarían de que durase lo justo. Clayton se había pasado desde que tenía uso de razón intentando decidir qué lado de la valla era el suyo. Aquel lugar le traía tristeza y orgullo casi a partes iguales. A veces pensaba que sería capaz de cualquier cosa con tal de verse sentado en un bote destartado en el estanque de Burnt Hickory, contemplando a sus hermanos que fingían pescar mientras bebían cervezas tibias con las camisas desabotonadas y el pecho al aire. Hacían como si fuese una carga llevárselo con ellos, pero siempre tenían unas botellas de Sun Drop o de Peach Nehi para él. Él no pasaba por alto esos gestos. Dudaba que ese día a Halford le apeteciese salir de pesca.

Metió una marcha más corta, se salió de golpe de la vía de servicio y viró por un carril abierto entre dos preciosos arcos rojos. El sol estaba en lo alto de la cresta, iluminaba las hojas, coloreaba todo con tonos anaranjados y violáceos. Siempre le sorprendía lo hermoso que era aquello, pero no le extrañó lo más mínimo ver a los dos hombres delante de la densa sombra de la arboleda con las AK-47 en ristre. Darby no se lo tomó nada bien. El chico se puso alerta y le quitó el seguro a su cartuchera. Clayton soltó el embrague y detuvo la camioneta.

—Abróchate eso otra vez, ayudante. No va a haber problemas.

—No sé, jefe. ¿Está usted seguro de que es buena idea?

—No, pero no vas a tener problemas. Te lo prometo.

Clayton accionó las luces azules pero las volvió a apagar tras ver las caras

de los de la carretera.

—Igual deberíamos dar media vuelta —dijo Darby.

—Estate callado y punto. No te habría traído si pensase que te puede pasar algo. Yo me crie con esta gente; si acaso soy yo quien estaría en peligro.

—¿Cómo que en peligro?

—Deja de preocuparte ya.

—Es un poco difícil, señor, cuando esos dos pedazos de bestias con rifles de asalto vienen hacia aquí. —Darby forzó la vista para ver mejor al comité de bienvenida que se acercaba—. Ay, Dios mío, jefe. El de la izquierda parece que está como quemado.

Volvió a llevarse la mano a la pistola. Clayton desvió la mirada de los hombres y los clavó en Darby.

—Escúchame, ayudante.

—¿Sí, señor?

—¿Me estas escuchando?

—Sí, señor.

—Esos hombres no te van a hacer nada. Te lo prometo. Eres un ayudante del *sheriff* de Waymore Valley, y esta gente no tiene intención de convertirse en asesinos de policías. Algo así lanzaría mierda en proporciones apocalípticas sobre este sitio, y eso no les interesa. ¿Entiendes lo que digo?

Darby asintió rápida y claramente, y se recolocó el sombrero con un extraño aspaviento.

—Así que relájate. Si sospecho por un segundo siquiera que las cosas se salen de madre, las reconduciré y haré que nos larguemos de aquí al momento. ¿Vale?

—Vale, jefe. Confío en usted.

—Bien. Ahora, silencio.

El *sheriff* bajó la ventanilla y apagó el motor rugiente cuando los dos hombres se acercaban a la camioneta. Uno de ellos se quedó rezagado en la hilera de árboles mientras el que a Darby le había parecido quemado apoyaba los brazos en la ventana del conductor y se inclinaba un poco para comprobar cuántos ocupantes había en el vehículo. Cuando Mike el Costras y Clayton cruzaron las miradas, el primero sonrió y le hizo una seña a su compañero para que bajase el rifle.

Mike el Costras se las había arreglado para convertirse en un viejo a lo largo de aquel año, desde la última vez que Clayton lo vio, pero no había duda de que era él. De niño había sufrido un caso grave de sarampión que le dejó aquellas horribles marcas en el ochenta por ciento de la cara y del cuerpo. Allí en las montañas a veces las cosas salían así, debido a la escasez de servicios

médicos adecuados. La enfermedad le dejó la piel de un color rosáceo remezclado con una textura de asfalto desconchado, y la barba le crecía a trozos y solo en el lado derecho de la cara.

«A veces hay que tragar con estas putadas», le comentó a Clayton una vez cuando eran niños. «Yo doy gracias a Dios de que no me saliese en la picha». Aquel recuerdo siempre lo hacía sonreír.

Aquello ponía más difícil a los desconocidos como Darby el sostenerle la mirada, pero Clayton no era un desconocido y la cara de Mike le resultaba más que agradable. Lo consideraba un amigo. Tal vez el único que había dejado en la montaña.

—Cuando me dijeron que una patrulla subía la montaña pensé que ojalá fueses tú. No me apetecía demasiado matar polis de verdad.

—Vaya, entonces supongo que debería sentirme afortunado.

—Afortunado de que sea yo quien está aquí diciendo que te des media vuelta. Porque, si sigues avanzando por esta carretera, tu fortuna va a cambiar.

—Tengo que hablar con mi hermano.

—Hal no habla con polis, ya lo sabes. —Le lanzó una mirada elocuente a Darby, que desvió la vista de inmediato.

—Pensaba que habías dicho que yo no era un poli de verdad.

—Tampoco habla con polis de pega.

—Mira, Mike, no es que esté aquí en calidad de agente. He venido como hermano.

Mike el Costras se apoyó en el marco de la ventanilla del Bronco y se echó el sombrero hacia atrás para escrutar el interior de la camioneta.

—Entonces, ¿qué hace aquí el ayudante como sellame?

—Está aquí en calidad de testigo, nada más.

—Aquí arriba tampoco nos gustan los testigos —replicó Mike, y escupió un salivazo de tabaco al suelo. Darby siguió concentrado en la moqueta del coche.

—Dile a tus chicos del bosque que salgan y hazle saber al interesado que vamos para allá.

Mike sonrió de oreja a oreja, mostrando una boca con una dentadura recta pero amarilla.

—Tu hermano sabe que vienes desde hace veinte minutos.

Escupió de nuevo, acto seguido se enderezó y silbó: dos trinos agudos. Como mínimo una docena de hombres armados con rifles de asalto, escopetas y de todo lo imaginable aparecieron de entre los árboles como hormigas de un hormiguero que uno acabase de pisar. Darby se hundió aún más en el asiento y se aferró al reposabrazos con tanta fuerza que los nudillos se le quedaron sin sangre.

Mike se echó a reír con ganas.

—Dile a tu valeroso ayudante que no esté tan nervioso. Si Hal lo quisiese muerto ya lo estaría a estas alturas.

—Se repondrá —dijo Clayton.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo, Clayton? Últimamente no te tiene reservado mucho afecto.

—Nunca me ha tenido demasiado afecto.

—Bueno, ahora un poco menos, desde lo del funeral y demás.

—Hal tiene que comprender que yo también perdí a un hermano.

—Yo creo que el uniforme es lo que lo sacó de sus casillas.

Clayton negó con la cabeza.

—Ponerse a beber y a comportarse como un gilipollas fue mucho más irrespetuoso que presentarme de uniforme.

—Él no lo ve así.

—Me importa una mierda cómo lo vea.

—Pues con más razón te lo pregunto, Clayton: ¿estás seguro de que quieres subir?

—No te preocupes, Mike.

Mike entrecerró los ojos como si intentase leer algo escrito en la frente del *sheriff*, luego se apartó de la camioneta.

—Dejadlos pasar —gritó a la cuadrilla de hombres armados de la carretera. Le abrieron paso a Clayton y este metió la marcha. Miró de nuevo a Mike y lo saludó tocándose el ala del sombrero.

—Me alegro de verte, Mike.

—Claro. Claro.

Cuando el *sheriff* y su ayudante dejaron atrás la multitud de malas miradas, caras ceñudas y armas cargadas, Darby cerró los ojos y reanudó su relación con el Señor.

3

—La Virgen, *sheriff*. Esto pinta mal. Lo sé y punto. Esta gente son su familia, pero yo les importo un comino. Su hermano es capaz de matarme solo por ir vestido así. —Le dio un tironcito a la estrella de ayudante prendida en el pecho.

—Aquí no van a matar a nadie, Darby. No está tan loco como dice todo el mundo. Eso es lo que quiere él que crean. Así es como hace que lo obedezcan. Mi padre era igual. Además, estará demasiado ocupado conmigo como para

hacerte caso. Tú quédate en el coche y no tendrás problemas.

—Lo que usted diga, *sheriff* pero yo no las tengo todas conmigo.

La carretera se abría en una vasta extensión de tierra roja y gravilla. Clayton contó otros diez hombres armados, como mínimo, vigilando mientras se acercaban, pero con los rifles apuntando al suelo. Otros, demasiado nerviosos y demacrados como para serles de utilidad, deambulaban por el descampado y se quedaron tras una esquina de la casa, junto al barril para la lluvia. Clayton dio por hecho que eran yonquis del lugar con intención de pillar. Hubo una época en la que Halford no habría permitido que escoria como aquella se acercase siquiera a la casa. O se estaba volviendo blando o descuidado. Una u otra razón lo llevaban a pensar que tal vez fuese receptivo a una conversación como la que Clayton le iba a proponer.

El hombre que estaba más cerca de la desembocadura de la carretera hablaba por un *walkie-talkie* atado a la correa del rifle con un trozo de cuerda de nailon. A Clayton no le cabía duda de quién escuchaba al otro lado, y esperó que eso también explicase por qué todas las armas estaban en reposo. Halford estaba siendo cordial..., buena señal. Clayton maniobró con el Bronco para atravesar la camarilla y aparcó junto a unas cuantas camionetas tuneadas con ruedas enormes y pintadas con colores de camuflaje, unas nuevas y otras tan viejas como él. Le pareció reconocer la vieja Ford F-100 de su padre. Halford se las había arreglado para mantener al menos algo en pie. En medio del descampado se alzaba una cabaña sencilla de cedro y pino. Se le antojó congelada en el tiempo. Si había algo distinto al recuerdo que él conservaba, no era capaz de distinguirlo. La ventana de su antiguo dormitorio daba al este, y allí estaban las mismas cortinas azules que recordaba de su infancia. En el porche había dos viejos a los que no reconoció. Uno tenía cogida una guitarra, pero no tocaba. Dos niños de unos nueve o diez años sentados allí balanceaban las piernas fuera; ni uno ni otro llevaban zapatos. Las plantas renegridas de sus pies le hicieron preguntarse a Clayton si habrían llevado alguna vez calzado. Uno tenía un vagón de tren tallado en madera. El otro clavaba un cuchillo en un tablón suelto del suelo. No lo miraron cuando salió de la camioneta y se acercó a las escaleras de la entrada.

—Ya estás suficientemente cerca, *sheriff* —bramó una voz grave desde detrás de la puerta mosquitera.

El mismísimo Halford Burroughs, en el apogeo de su metro ochenta y pico, ocupaba por completo la puerta a lo largo y a lo ancho. Tenía el grosor de una secuoya, pero era anguloso y sólido como una tapia de ladrillos. Clayton y Buckley habían terminado pareciéndose a su padre, de natural delgado: bajos, fibrosos, pelirrojos y pálidos de piel (de los que se queman al sol). Pero Halford había heredado los rasgos de su madre. Tenía la piel aceitunada; el pelo era una

mata castaña, oscura y rizada que hacía juego con unos ojos marrones curvados sobre las mejillas. De niños, las chicas de la montaña lo llamaban «ojos tristes», pero Clayton jamás había visto ni una pizca de tristeza en ellos. Poseía una barba poblada y descuidada, tachonada de gris y plata. Siguió plantado tras la puerta mosquitera, desarmado, con una servilleta de papel remetida por el cuello de la camiseta interior.

Empujó la puerta, salió al porche y dejó que se cerrase de golpe tras él. Entornó los ojos mientras se le acostumbraban a la luz del sol y se arrancó la servilleta del cuello. Se limpió lo que parecía ser grasa de carne de las comisuras de la boca y de la barba, a continuación hizo una pelota con la servilleta y la tiró al suelo. El niño del tren de juguete se apresuró a cogerla y desapareció con ella en el interior de la casa. La puerta mosquitera se cerró de nuevo de un golpe.

—Cuánto tiempo, Hal.

—No el suficiente. No sé qué se te pasa por la cabeza para presentarte aquí, pero más te valdría tirar y largarte. —Dio un paso y el porche crujió bajo su peso.

—Si de verdad quisieses que me largara, no me habrías dejado subir siquiera. Tenemos que hablar.

—Yo no hablo con polis. Ni siquiera con polis «quiero y no puedo» como tú.

—No vengo como representante de la ley, Hal. Vengo como hermano tuyo.

Hal soltó una risotada fría y desprovista de humor. Una comitiva de lameculos se agolpó a su alrededor y Clayton empezó a sentirse incómodo al echarles un vistazo. Halford dio otro paso hacia la luz.

—Para empezar, aquí arriba tú no eres la ley. Cojones, a duras penas lo eres ahí abajo en el valle, según he oído. Pero más importante aún: a mi único hermano lo mataron unos amigos tuyos hace poco más de un año.

—Yo no tengo nada que ver con eso, y lo sabes.

—Pero qué fraternidad más estrecha la nuestra, ¿eh?

Por primera vez, Clayton notó el calor. Le chorreaba sudor por los omoplatos y los riñones. Tenía la camisa pegada a la espalda y le estaba dando un tirón en el cuello de mirar a Halford en lo alto de la escalera. De repente, le entraron unas ganas tremendas de tomarse un té helado (regado con unos dedos de *bourbon*).

—Hal, no he subido hasta aquí en coche confiando en que tuviésemos oportunidad de arreglar nada. No soy tan tonto como para esperar algo así, pero de todas formas tengo que contarte cosas que te interesan. ¿No quieres oírlas? Perfecto. Me doy media vuelta. Pero pregúntate esto: ¿no crees que si he hecho todo este trayecto después de tanto tiempo y he dejado que estos gilipollas me

pongan una pistola en la cara, delante de la casa de mi padre, es porque se trata de un asunto importante?

Hal rumió un momento. Observó a Clayton, luego echó una mirada torva a Darby, que se estaba derritiendo dentro del Bronco. El suelo del coche se había convertido en la cosa más interesante que el ayudante hubiera visto en su vida.

—Venga, Hal. Aquí fuera hace calor.

—Vale. Habla, pero que sea desde ahí. Ni de coña vas a entrar en esta casa. Hace mucho que perdiste ese derecho.

Clayton suspiró y se quitó el sombrero. Se enjugó el sudor de la frente con el antebrazo y volvió a ponérselo. Echó otro vistazo a los hombres de Halford congregados en el patio, cuyos rostros se mostraban a cual más ávido ante lo que Clayton fuese a decir.

—No creo que te convenga que esta gente se entere de lo que tengo que contarte.

—¿Por qué no, *sheriff*? —Halford abrió los brazos—. Aquí somos todos familia, ¿no?

Clayton dio un paso hacia el porche y bajó la voz.

—Creo que he encontrado una manera de... ayudar a nuestra familia.

Hal no contestó. Se quedó mirando a Clayton como si fuese un completo desconocido. Este dio otro paso cauteloso hacia su hermano y bajó aún más la voz.

—Una manera de librarnos, me refiero a librarnos para siempre. Es una oportunidad para que dejes... todo esto... —Alzó los brazos como un espantapájaros y con un gesto le indicó la multitud—. Tengo garantías —dijo, ya casi en un susurro— de que conservarías todo lo que posees. El dinero. Lo que sea. Basta con que dejes de traficar. —Miró a los *colgaos* que se rascaban con nerviosismo junto al barril—. Adiós a andar siempre vigilando tu espalda. Adiós a los hombres armados delante de tu puerta. Tú y estos parajes de Dios, nada más.

Hal seguía sin decir nada. Clayton tenía que darle más. Se acercó para susurrarle casi en la oreja y el otro se lo permitió.

—Tienen pillado a tu socio de Florida... Wilcombe. —Esperó a ver si aquello abría alguna fisura en el rostro de Hal, pero nada, ni un parpadeo—. También han localizado los dieciséis laboratorios de cristal. Se conocen vuestras rutas y adónde va todo. Tienen horarios, calendarios, nombres, todo. Si no me haces caso, van a arrasarlo esta montaña de una forma como ni tú ni yo hemos visto en la vida. No puedo pararlo. Y, si eso sucede, van a matar a un montón de gente (un montón de los tuyos). —Clayton pensó en lo que Holly había dicho en su despacho sobre apelar a la otra sensibilidad de Hal: eso acerca de que el

dinero era primordial. Él no lo creía, pero lo subrayó de todas maneras—. Piensa en el dinero, Hal. Lo perderás todo. En un abrir y cerrar de ojos, te arrebatarán todo aquello por lo que has trabajado.

Hal escupió en el porche y a Clayton le pareció que había advertido un leve cambio en su expresión.

—Nada como un buen pico de dinero para que las fuerzas federales de la ley de los Estados Unidos se pongan a babear —dijo Clayton repitiendo la fórmula del agente Holly palabra por palabra—. Y vienen a por el tuyo. Pero no tiene por qué ser así, Hal. Tienes la posibilidad de conservarlo todo y ponerle fin a esto.

Le pareció que Halford sopesaba lo que estaba contándole. También le pareció oír el trino de un chotacabras en medio del silencio mortal que repentinamente cubrió la casa paterna, pero tal vez era cosa suya.

—¿Tienes garantías? —terminó preguntando Halford.

—Sí.

—Yo y estos parajes de Dios, nada más, ¿eh?

—Eso es.

Hal se metió una mano en el bolsillo de los pantalones y sacó una moneda que, por el tamaño, bien podía ser un dólar de plata. Sin mirar a su hermano, se acercó al chaval que seguía en el porche y este se precipitó dejando el tren en el suelo de madera. Le tendió la moneda y le revolvió el pelo.

—Vete dentro y recoge la mesa. He perdido el apetito. —El chico obedeció, se apresuró hacia el interior y en un segundo la puerta mosquitera dio un nuevo portazo, pero, una vez dentro, el niño se dio la vuelta y le enseñó un dedo a Clayton antes de desaparecer. Los dos viejos de las mecedoras recogieron sus cosas y se fueron del porche como si se acabasen de dar cuenta de que se avecinaba una tormenta y buscasen cobijo. Los viejos son así de intuitivos. Halford bajó los escalones, pisando fuerte, y se quedó a unos centímetros de la cara de Clayton. El *sheriff* no reculó. Hal habló en voz baja y serena—. ¿Sabes cuál es tu problema?

A Clayton le llegó el aliento a guiso de cerdo de su hermano.

—Hal, piensa en...

—¿Lo sabes?

Clayton soltó otro suspiro.

—¿Qué, Hal? ¿Cuál es mi problema?

—Que nunca lo has pillado. Estos no son los parajes de Dios. Son mis parajes. Míos. Siempre lo han sido y siempre lo serán. Aquí arriba, la opinión de Dios no cuenta. Tú podrías haber formado parte de esto, pero te nos volviste en contra, contra tu propia familia, contra papá. Esa fue tu decisión.

—Hal, no tenemos por qué remover eso.

Halford lo ignoró.

—Pero tampoco es que no lo viésemos venir. Desde niño andabas por ahí pensando que eras mejor que nosotros, y ahora mírate: paseándote con esa estrella en la camisa, intentando demostrar todavía lo superior que eres. Si papá estuviese aquí ahora mismo le daría asco ver en qué te has convertido.

Clayton notó que un tic de rabia le contraía una parte de la cara e imitó el tono quedo de su hermano.

—¿Quieres que hablemos de papá, Hal? ¿Por qué no hablamos de por qué no está aquí? ¿Por qué no me cuentas cómo fue el incendio realmente?

—Yo no tengo por qué contarte una mierda.

—Es verdad. No tienes por qué. Vi el granero. No me pareció que se incendiase por culpa del queroseno. Yo creo que explotó. ¿Qué pasó, que intentasteis cocinar esa porquería a base de prueba y error y papá pagó el pato?

Hal replegó el labio superior en una mueca.

—Lárgate de mi montaña antes de que pierda la paciencia y te mate de una paliza aquí mismo.

—¿Qué hacía allí el viejo, Hal? Hablé con el jefe de bomberos y me contó una historia muy distinta de las patrañas que intentasteis que se tragasen. ¿No te parece triste? Controló esta montaña durante setenta años sin sufrir apenas un rasguño y cuando tú te pones a tomar decisiones va y la palma.

Ambos siguieron con los pies bien plantados en el suelo, alerta, a la espera de que el otro moviese ficha.

—Último aviso —dijo Hal—. Date media vuelta, súbete en el coche y vuélvete a tu vida o te juro, Clayton, que te tiro por el barranco para que te coman los mapaches.

Clayton no hizo demasiado caso a la amenaza, puesto que estaba tratando de recordar la última vez que Halford lo había llamado por su nombre. Desde niños, nunca. Le sostuvo la mirada y no vio en los ojos de su hermano más que una rabia hueca que se cernía como la serie de nubarrones que los viejos del porche debían de haber presentado. Había tenido la esperanza de que la edad lo hubiese cambiado para mejor, que lo hiciese más sabio, pero no. Había tenido la esperanza de que la muerte inútil de Buckley le hubiese brindado algo de lógica, pero no. Hal seguía siendo el mismo hombre capaz de sentarse y tararear una tonadilla mientras sus enemigos se achicharraban vivos atados a un árbol a menos de seis metros de distancia. Clayton casi estaba dispuesto a creer que sería capaz de matarlo a él.

Casi.

—Muy bien, Hal, vale.

Se apartó de su hermano, se colocó bien el sombrero y se encaminó hacia el Bronco, donde su ayudante ya lo único que podía hacer era respirar. Darby apretó el botón del reposabrazos para desbloquear el cierre de las puertas.

—Una agradable visita, *sheriff* —dijo Hal, y se puso a subir los escalones. Le temblaban las manos.

A Clayton lo sorprendió. Abrió la portezuela de la camioneta, se quitó el sombrero, lo echó en el asiento del conductor y empezó a desabrocharse la cartuchera.

—¿Qué hace, *sheriff*? —Darby puso unos ojos como platos—. ¿Está loco? Hemos estado a punto de fastidiarla. Vámonos de aquí.

Clayton echó el cinturón y la pistola en el asiento y cerró de un portazo.

—¿Quieres amenazarme, Halford? Me he pasado toda la vida oyendo lo chungo que eres, pero nunca te he visto hacer otra puta cosa que dar órdenes a la gente. ¿Y si ponemos a prueba tanta palabrería, pedazo de gordo?

Darby enterró la cara entre las manos.

Clayton se arremangó la camisa, se quitó la estrellita de hojalata del uniforme y la depositó en el capó del Bronco. Una nueva expresión sustituyó la cólera del semblante de Halford, una que su gente raramente veía: sonrió.

—¿Tú sabes dónde estás, chaval?

—Sé exactamente dónde estoy. Estoy en el extremo norte de McFalls County, que queda dentro de la jurisdicción del distrito del *sheriff* de Waymore Valley.

Halford soltó una carcajada tan fuerte que la barriga le tembló.

—¿En serio?

—Y tanto que en serio.

—Aquí arriba a nadie le importa una mierda tu jurisdicción, Clayton. Eres el hazmerreír del lugar, das vergüenza ajena.

—Ya, lo pillo, y ya tengo asumida tu manera de verme, pero eso no cambia los hechos.

Varios hombres del patio encañonaron al *sheriff* con sus armas, pero Halford les indicó con un gesto de la mano que las bajaran.

—Que nadie hiera a este hombre. Bajad las armas.

Los rifles descendieron. Hal se crujió los nudillos y retorció la cabeza a un lado y a otro para chascar los huesos del cuello. Entonces bajó del porche.

Clayton fue el primero en golpear, pero Hal se apartó a un lado y le soltó un trompazo seco en las costillas. Fue como un mazazo que hizo caer al *sheriff* de rodillas.

—Levanta —vociferó—. Arriba, chaval. No te me caigas al primer puñetazo. Me avergüenzas.

Se inclinó sobre el *sheriff* con una sonrisa mientras este recuperaba el aliento. No tardó mucho en lanzarse de nuevo contra Hal. El grandullón trató de girar y echarse a un lado como antes, pero esta vez el otro se le adelantó y le plantó el segundo puñetazo en plena mandíbula. Le pareció como si le hubiesen explotado los nudillos. Hal se sacudió, agarró a su hermano por la camisa parda del uniforme y le dio un cabezazo. Otra explosión de dolor seguida de un fognazo de luz blanca con puntos negros.

«No te desmayes. No te desmayes. No te desmayes», se repitió mentalmente. Antes de que se le aclarase la visión, le descargó en los costados los dos puños como si fuesen péndulos. Ahí le hizo daño. Hal lo soltó y Clayton le descerrajó una serie de veloces puñetazos en los riñones. Cuando el alto se tambaleó hacia adelante, le estampó un rodillazo en toda la cara. Le dio en la mejilla y lo dejó tendido bocarriba. Sonó como un roble que cae en medio del bosque. Clayton se adelantó para golpear, pero se dio cuenta de que todos los rifles lo encañonaban. Aquellos hombres no estaban acostumbrados a ver a su jefe por los suelos. Levantó las manos y retrocedió.

—He dicho que bajéis las putas armas —dijo Hal agarrándose la cara. Se puso en pie y escupió un poco de sangre en la gravilla—. Al primero que le dispare a este lo mato al instante. —Se sacudió la tierra de la pechera de la camisa y de los pantalones y clavó los ojos en los de Clayton—. ¿Estás seguro de que esta es la clase de pelea que quieres?

Clayton bajó las manos, pero solo lo suficiente para apretar los puños y cubrirse la cara.

—¿Se puede pelear de otra forma?

Hal se abalanzó entre la multitud como un jabalí salvaje y levantó del suelo a Clayton al llevárselo por delante. Se estamparon contra el lateral de una de las camionetas de caza, Clayton con la cabeza y el hombro. Antes de que le diese tiempo a coger aire, Halford le aporreó la cara y la garganta. Clayton intentó contraatacar y protegerse, pero el otro le apartó los puños de un manotazo como si fuesen moscas zumbándole alrededor. Cuando por fin cayó al suelo, Halford se le sentó a horcajadas con las rodillas sobre los brazos. Se cernió sobre él y le aplastó la tráquea con un enorme antebrazo. El *sheriff* arañó el suelo, clavó los dedos, pero le quedaban fuerzas para poco más que eso. La sangre del labio partido de Hal, que se le empezaba a poner del color de una berenjena, le

goteaba a Clayton en la cara. Cuanto más se debatía, más lo aplastaba Hal. Sin respiros. Sin piedad.

Se oyó un disparo aislado. Hal se giró, todavía fuera de sí, examinando cuál de sus hombres lo había desobedecido. Pero lo que vio fue al ayudante Darby Ellis apuntándole tembloroso con el revólver reglamentario. Se las había arreglado para abrirse paso entre la turba de patanes apelotonados alrededor de la pelea y acercarse tanto como para representar una auténtica amenaza. Darby había disparado al aire para llamarle la atención, como si fuera una campana que avisa del final del asalto. Tenía la esperanza de no verse obligado a hacer nada más.

—Deje que se levante —le dijo, y añadió—. Señor Burroughs, por favor.

Hal se volvió hacia el ayudante, pero no levantó el brazo de la garganta de Clayton.

—¿Y si no qué, ayudante? ¿Me vas a disparar?

—No quiero hacerlo..., señor.

—Echa un vistazo a tu alrededor, chico. ¿Ves todos estos deditos muertos de ganas de que les dé la orden para volarte los sesos?

Darby observó nervioso la hilera de cañones que ahora apuntaban a su cabeza.

—Sí, señor, los veo.

—Entonces deja caer la pistola al suelo.

—No puedo, señor. —Le temblaban tanto las rodillas que apenas se tenía en pie—. Señor Burroughs, no puedo dejar que lo mate. No estaría bien.

Hal no dijo nada más. No necesitaba decir nada más.

—Te ha dicho que dejes caer la pistola —dijo una voz a su espalda, y cuando Mike el Costras le puso el cañón en la nuca, la pistola del ayudante cayó al suelo.

—Creo que se va a echar a llorar, Mike —dijo Hal.

—Pues sí, yo creo que sí.

—No me mate, por favor. Yo ni siquiera quería subir aquí. Le he suplicado que nos volviésemos. Le he dicho que estaba loco.

Hal levantó el brazo de la garganta de Clayton, y el *sheriff* se apartó rodando hacia un lado, agarrándose el cuello y boqueando para coger aire. Hal apenas si respiraba con algo más de dificultad de lo normal.

—Muy bien, chavalín. Ven aquí a recoger a tu jefe y llévatelo de vuelta a Waymore. Si os vuelvo a ver a ti o a él por aquí, os prometo que la cosa acabará de manera muy distinta.

—Entendido —respondió Darby, y se apresuró a ayudar a Clayton a ponerse en pie—. Nos vamos.

Hal recogió el revólver del chico y se lo metió en el cinturón. Miró si Darby se le encaraba.

—¿Algún problema con esto, ayudante?

—No, señor. Es suyo.

Mike el Costras se acercó a Hal con el cinturón de Clayton echado al hombro. Debía de haberlo cogido de la camioneta cuando Darby decidió hacerse el héroe. Hal cogió la pistola, vació la recámara en el suelo y le tiró el chisme a Clayton. Mike también le tendió la placa que el *sheriff* había dejado en el capó, pero Hal tampoco la quería.

—Bah, que se la quede. Se ve que eso lo ha ayudado a echarle agallas.

Mike volvió sobre sus pasos y le metió la estrella de hojalata a Darby en el bolsillo de la camisa.

—Asegúrate de dársela cuando se encuentre mejor.

—Entendido, se la daré.

5

Clayton llevaba el labio partido por la mitad y debajo del ojo izquierdo se le estaba formando una hinchazón amarilla, pero no tenía nada roto y podía caminar con algo de ayuda. Darby prácticamente lo lanzó dentro de la camioneta y se deslizó tras el volante. A los tres segundos, el joven ayudante salía de allí cagando leches. Miró entre la polvareda por el retrovisor mientras aquella multitud de pistoleros patanes se reía y gesticulaba.

—Bueno, jefe, pues no ha ido demasiado bien.

—No, Darby. Yo diría que no.

Clayton sacó un pañuelo para la cabeza de la guantera y se lo llevó al labio. Al hablar le dolía todo. Tenía el cuerpo entero machacado. No era la primera vez que le daban una buena paliza, pero su ego jamás lo había llevado tan mal. Todos aquellos habitantes de la montaña que considerasen que el *sheriff* era el hazmerreír del lugar habían visto confirmada su impresión. Ahora igual hasta incluían al ayudante de Clayton.

—Darby...

—No hace falta que diga nada, jefe. Ya está hecho y los dos estamos vivos. Con eso me basta. No me puedo creer que se lanzase usted así a por ese, jefe. Ya sé que es su hermano y tal, pero podría haberlo matado.

Clayton giró el espejuelo del parasol hacia sí y se examinó la piel magullada que se hinchaba por debajo del ojo.

—La hostia —dijo—. Salte a la izquierda en esta bifurcación.

Darby hizo un visaje con las cejas y le echó una mirada de preocupación.

—¿Hemos venido por ahí? Porque eso no parece el lugar por donde hemos venido.

—Tenemos que parar en otro sitio.

—¿Me lo dice en serio? Lo que tenemos que hacer es largarnos de esta montaña. Eso es lo que nos ha ordenado ese tío. Eso es lo que le he dicho a ese tío que haríamos. Nos largamos de la montaña, *sheriff*.

—Giramos a la izquierda. Ese tío puede besarme el culo.

—No tengo pistola, jefe. Sabe que se ha quedado con mi pistola, ¿no?

—No la necesitas.

—Vaya, pues tengo algo que objetar sobre eso.

—Tomo nota. Gira a la izquierda.

Darby notó que se le contraía el estómago al girar el volante en la dirección contraria a la que su cerebro estaba gritándole que siguiese, y puso el coche rumbo a Western Ridge.

—¿Por qué no se quedó con la suya?

—¿Mi qué?

—Su pistola. Se quedó la mía, pero la suya se la devolvió. ¿Por qué?

Clayton alzó el Colt plateado del asiento de en medio y pasó un dedo por las iniciales de su padre grabadas en la culata.

—No sé, Darby.

Capítulo 14

Gareth Burroughs
1973

1

Gareth rompió el precinto del frasco de *whisky* del norte de Georgia y se sentó en los escalones. Hacía dos días que había vuelto de Florida con la solución a un problema cuando todo lo demás se vino abajo. Una vez que Annette se largó, la responsabilidad de criar a aquellos chavales recaía exclusivamente sobre él. Ya sabía que al volver a casa ella ya no estaría, pero saberlo no le escoció menos al cruzar la puerta. Oyó al bebé llorando, así que cogió el frasco y se fue hacia la arboleda. Daba igual lo que se alejase, aquel sonido lo seguiría hasta los confines de la tierra y lo sabía. Se tragó un cuarto del contenido del frasco y observó las estrellas. La noche era clara, aunque debía de ser lo único claro. Era consciente de que tenía que entrar en casa y decirles a aquellos chavales que su madre no iba a volver. Se las apañarían. Se las apañaría. No le quedaba otra. Tenía mucho que perder, en caso contrario. Miró a su hijo mayor, Halford, que bajaba el porche y buscaba a su padre.

—¿Papá?

—Aquí estoy.

Halford escrutó la oscuridad en dirección a Gareth.

—No consigo que Clayton deje de llorar.

—Voy en un momento. Id lavándoos tu hermano y tú para cenar.

—¿Mamá viene esta noche? Ella puede hacer parar a Clayton.

Gareth se encendió un cigarrillo y se fijó en el resplandor de faros que venía del camino de entrada. Halford también lo vio.

—¿Es ella, papá? ¿Es mamá?

—Métete en casa y haz lo que te he dicho, chico.

Halford abrió la puerta mosquitera y se esfumó, dubitativo, en la casa.

2

Jimbo aparcó la camioneta junto a la de Gareth y se bajó.

—Gareth, tenemos un problema.

—¿Con las armas? —preguntó el otro, y dio una calada al cigarrillo.

—No, tío; Val se ha ocupado de eso. Todo el mundo está listo con las armas.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Jimbo se sacó el tabaco y se encendió un cigarro. Se frotaba los nudillos. Era un tic nervioso. Significaba que traía malas noticias y no tenía ninguna gana de dárselas al hombre al que acababa de fugársele la mujer dejándole dos chavales y un recién nacido. Fumaron en silencio durante casi un minuto, y Gareth pensó que Jimbo iba a despellejarse los nudillos por completo. Tiró el cigarrillo y lo aplastó con una bota.

—Desembucha de una vez, Jimbo.

—Cooper se ha vuelto a escapar.

—¿Y? Ya volverá. Siempre vuelve.

—No sé, tío. Esta vez es distinto. Va de mal en peor. Ernest lo estaba vigilando mientras nosotros andábamos fuera y el viejo ha estado largando toda clase de burradas.

—Eso no es ninguna novedad.

—No, pero desde que volvimos ha estado comportándose peor de lo habitual. Ernest me ha dicho que ayer se encerró en su cuarto durante veinticuatro puñeteras horas, venga a pegar porrazos a diestro y siniestro, sin dejar que entrase nadie. Esta mañana sale con toda la cara y los brazos magullados, como si se hubiese dado una paliza a sí mismo.

—¿Por qué no me ha llamado nadie?

Jimbo miró hacia la casa. El bebé seguía llorando.

—Coño, tío, sabemos la que te ha caído; no queremos cargarte con más marrones.

Gareth le dio un trago al frasco y se lo pasó a Jimbo. Este le pegó otro buen trago.

—Caray, es bueno.

—¿Cuánto hace que se fue?

—No lo sé, jefe. Ernest me llamó hace una hora y me contó que se había largado de casa diciendo que iba a arreglar las cosas con Rye. Dice que se llevó un rifle.

—¿Y no se te ocurrió preguntarle cuánto hace que se marchó?

—Lo siento, jefe, me he venido pitando para aquí.

Gareth suspiró y le puso el tapón al *whisky*. Se lo tendió a Jimbo.

—Sé dónde está.

—Bueno, dime dónde y voy a buscarlo.
—No. Es problema mío. Yo voy a buscarlo. ¿Te importa quedarte aquí y cuidarme a los críos hasta que vuelva? No creo que tarde mucho.
—Cuenta con ello, tío.
—Todavía no les he contado lo de su madre. Piensan que está fuera, visitando a una amiga de Waymore.
—No diré una palabra.
—Muy bien.
Gareth abrió la puerta de su camioneta.
—¿Gareth?
—¿Sí?
—Hay otra cosa.
—¿Qué?
—Cuando me llamó Ernest, me dijo que Cooper iba desnudo, que se marchó sin nada más que unos calzoncillos y las botas.
—Dios mío. Ernest debería haberme llamado esta mañana.
—Eso pienso yo, jefe.
—Dile que lo hablaremos cuando vuelva.

3

Gareth detuvo la camioneta en la cabaña del desfiladero de Johnson y apagó el motor. La puerta delantera estaba abierta y supo que se encontraría dentro a su padre, durmiendo la mona en el suelo. Seguramente se habría meado encima y a él le iba a tocar limpiar todo antes de meterlo en el coche para volverse a casa. No sería la primera vez que se lo encontraba allí, pero empezaba a ser algo difícil de digerir. Cooper había levantado aquella familia, pero esa clase de cosas no beneficiaban a nadie. Salió de la camioneta y subió los escalones. Cogió el candil de la mesa del porche y lo encendió.

—Venga, viejo, vámonos a casa.

Iluminó el interior con la lámpara, pero no había nadie. La cabaña consistía solamente en una habitación amplia, de modo que la luz llenó hasta el último rincón. Acercó la mano a la estufa de leña y la notó caliente. La puerta de atrás también estaba abierta, así que Gareth salió.

—¡Papá! —lo llamó en la oscuridad—. Venga, Cooper, que he venido para llevarte a casa.

Se volvió para entrar de nuevo en la cabaña cuando oyó el disparo. No

había sido muy lejos.

—¡Papá! —gritó de nuevo, y echó a correr hacia el bosque. Conocía el camino. Ya había estado antes por allí. Por aquellos bosques mató su primer ciervo—. ¡Papá! —siguió gritando.

Nada. Entonces lo vio. Algo blanco en el suelo a unos diez metros delante de él. Corrió y se tropezó con una raíz que sobresalía del suelo. Cayó de rodillas de forma aparatosa y se rascó las manos.

—Joder —dijo poniéndose en pie con lentitud.

Se le había caído la lámpara, así que avanzó con cautela a la luz de la luna hacia la cosa blanca de la lejanía, hasta que esta empezó a cobrar forma de viejo... De su viejo. Vio el cuerpo de Cooper lo suficientemente bien como para saber que era él, pero frenó en seco antes de advertir lo que se acababa de hacer. Tenía el rifle al lado. Su pálido cuerpo desnudo aparecía luminoso a la luz de la luna, y la sangre parecía de un negro lustroso. Gareth se arrodilló.

—Ay, papá, ¿qué has hecho? ¿Qué has hecho?

Gareth sabía lo que había hecho Cooper. De repente, fue muy consciente de todo lo que su padre había hecho en aquel bosque. Siguió arrodillado, recordándolo. Pensó en su tío aquel día. Pensó en el agujero que Cooper le hizo cavar. No lloró. Se sentó en la hierba fría y se rebuscó el tabaco en los bolsillos. Encendió un cigarrillo y se imaginó a su tío tumbado a poco más de un kilómetro de donde estaba ahora su padre. Pensó en Annette. Al rato se puso en pie y observó el desnudo y frágil cuerpo muerto de su padre. Cooper solía decir que ni en la muerte ni en el nacimiento había dignidad. Que entrabas en el mundo desamparado, desnudo y solo, y que lo más probable es que así mismo lo abandonases. No es que Gareth tuviese que estar de acuerdo con eso, pero en aquellos bosques no escaseaba el resentimiento.

—Bueno, viejo. Pues supongo que se acabó.

Capítulo 15

Clayton Burroughs
2015

1

Darby detuvo el Bronco delante de una pequeña casa de campo. Era una cabaña modesta, de no más de dos, quizá tres habitaciones, con una dependencia anexa y un tractor John Deere herrumbroso pero todavía utilizable. El porche estaba cubierto de macetas con plantas, y un tropel de violetas y gerberas rojas jalonaban el camino de piedras que conducía a la puerta de entrada. Aquel lugar se parecía más bien a los albergues que los turistas alquilaban en Helen, Georgia, o cerca de los viñedos de Dahnolega. Contrastaba por completo con la edificación descolorida por el sol de la que acababan de marcharse. A la luz de las últimas horas de la tarde tenía unos colores vivos y, por un instante, Darby fabuló con la idea de que se tratase de la vivienda de una amante secreta de Clayton. Como mínimo tenía un toque femenino. La idea se desvaneció al aparecer en el porche un hombre negro de dos metros y pico con una escopeta.

—¿Quién anda ahí? —dijo.

Parecía rondar la sesentena bien entrada, quizá más. Un aro de cabellos gris plateado le nimbaba los lados de la calva, y una pelusa del mismo color le sobresalía por el pecho. Era ancho de hombros, aunque los llevaba caídos por el peso de la edad, y la barriga se le escapaba por encima de un bóxer rojo. No conservaba el tono muscular de sus buenos tiempos, pero seguía siendo una mole de tío.

—Baja el arma, Val. Soy Clayton.

Clayton se bajó de la camioneta y levantó las manos. Darby paró el motor.

—¿Clayton Burroughs? ¿Qué coño haces aquí, chico? —Val le echó una mirada menos afable a su compañero—. ¿Y qué te ha pasado en la cara?

—Bueno, si me cedes una parte de tu porche y me das un trozo de venado del congelador te lo cuento de mil amores.

Val bajó la escopeta.

—Sube entonces. Voy a ponerme unos pantalones.

—Te lo agradezco.

—Y no me piséis el jardín.

Val entró en la casa y Clayton y Darby se acomodaron en el porche. Este se relajó por primera vez desde que habían salido de la comisaría por la tarde.

—¿Cree usted que tendrá algo para echar un trago?

Clayton se echó a reír.

—Lo mejor de toda la montaña.

Val salió de nuevo vestido con un peto desgastado y con un pedazo de carne cruda para el ojo de Clayton y una gran jarra de cerámica. Le tendió la carne a Clayton y le puso una mano enorme y callosa en el hombro. Ni abrazos ni charletas sentimentales, un simple gesto con la mano y un asentimiento respetuoso dejaba claro a cualquiera que los viese que eran familia. No les hacía falta ponerse al día. Estaban agradecidos de verse en aquel momento y punto. El viejo cogió un paquete de vasos de plástico limpios de una cesta colocada entre dos mecedoras de madera de pino y se sentó. Clayton se sentó en la otra mecedora y se puso la carne congelada en el ojo. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—¿Quién te ha hecho esto, hijo?

—Halford.

—¿Tu hermano?

—Pues sí, no ha sido mi mejor pelea.

—¿Para qué te enzarzas con ese? Podría haberte matado. ¿Cómo se te ocurre?

—Eso es lo que le he dicho yo —terció Darby desde los escalones y saludó a Val tocándose el sombrero.

—No me iba a matar. Es mi hermano. Además, tenía a Darby para sacarme de ahí cuando la cosa se pusiese fea. —Inclinó la cabeza hacia delante y miró a su ayudante—. Gracias por lo que has hecho. En serio. Gracias.

Darby respondió también con el sombrero a Clayton. Val puso los vasos de plástico bocarriba en el suelo y le pasó la jarra al ayudante.

—Clayton, ¿qué haces perdiendo el tiempo con tu hermano? Yo pensaba que limitabas tu radio de acción al valle.

—Eso es lo que hago normalmente.

—¿Es que Halford ha ido a incordiarte?

—No.

—Entonces, ¿qué? ¿Venías de camino a visitarme y se te ha ocurrido que mejor te dejabas dar una zurra por si las moscas?

Clayton soltó una carcajada, acto seguido gruñó:

—No.

—Ya, no me cuadraba. Ni el uno ni el otro tenéis tiempo para visitar a un viejo.

—He subido para hacerle a Halford una oferta que no podía rechazar —dijo el *sheriff*, y se quedó con la mirada fija en las vigas de madera y el toldo metálico que cubrían el porche.

—Pues para mí que la ha rechazado.

—La ha rechazado rotunda y repetidamente —dijo Darby. Le dio un trago a su vaso y al instante un ardor le bajó por la garganta y le despejó las narices. Le lagrimearon los ojos y sonrió—. ¡Anda que no!

—Es la receta de mi padre.

Clayton le echó un vistazo a la jarra.

—Sírreme un poco.

Darby puso mala cara.

—¿Es buena idea, señor?

—¿Es que vas a cuestionar todo lo que diga hoy, ayudante?

—Perdón, señor.

Darby sirvió otro vaso y lo alzó. Val lo detuvo con una mano.

—Si has dejado de beber, igual es mejor que sigas así, Clayton.

—Que yo sepa ya soy mayorcito, Val.

Val no retiró la mano al momento y pensó cuántas veces había oído decir lo mismo a Gareth antes de hacer alguna burrada que solo uno de ellos terminaba lamentando. Pero Clayton tenía razón, ya era mayorcito.

—Pero ¿te importa contarme a qué viene que aparezcas ahora en mi porche? En Waymore también te podrían haber curado el ojo.

Clayton se quitó el frío trozo de venado de la cara y lo dejó sobre el papel parafinado en el que venía envuelto.

—¿Quieres saberlo, Val? Tenía la esperanza de conseguirme un aliado para este asunto con Halford.

—Pues vete olvidando —replicó Val sin dudarle siquiera.

Clayton se incorporó en la mecedora.

—¿No quieres que te cuente lo que ando pensando?

—Qué va. Ya te digo que no.

Clayton se quedó pasmado, como un niño al que le impiden salirse con la suya.

—Val, no lo entiendes.

—Clayton, mira: te digo que no. Si quieres desahogarte un poco, adelante. Echa unos tragos y yo encantado de arreglarte esas magulladuras, pero esas ideas estrafalarias te las puedes guardar, ¿me oyes? Yo solo quiero plantar mis flores y envejecer en paz. Tu hermano mantiene las distancias, y yo hago lo mismo con

él. No me apetece cambiarlo.

—Yo creía que te importaba.

—A mí me importaba tu padre. Y Halford no es tu padre.

—Lo dices como si papá hubiese sido un buen hombre.

—No, no lo era. Gareth no era buen hombre. Pero durante mucho tiempo tampoco yo lo fui. Nos criamos juntos y rodeados de todo esto. —Abrió los brazos e hizo un gesto—. Nos cubríamos las espaldas el uno al otro. Hoy en día esta manera de pensar ni siquiera se contempla, y yo no quiero tener nada que ver con lo que sucede por aquí arriba.

Darby apuró su vaso, aguantó la quemazón y se sirvió otro. Val cogió la jarra y le pegó un trago. Ni se inmutó, como si bebiese agua.

—Esa mierda que hacen aquí no es solo droga. Es el mal en estado puro. Tu padre era el hijoputa más bruto que he conocido, pero tan pronto como tu hermano trajo esa mierda aquí, se lo cargó.

—No se lo cargaron las drogas, Val.

—Los cojones que no.

—Cricket me contó que su padre había muerto en un incendio —dijo Darby.

Clayton se rascó la barba.

—Eso es lo que Halford hizo que todos creyesen, pero lo que sucedió fue que mi padre saltó por los aires aprendiendo a cocinar esa porquería. Uno pensaría que el rey todopoderoso de Bull Mountain no iba a palmarla como un yonqui cutre cualquiera, pero al final eso es exactamente lo que pasó.

—Deberías ser más respetuoso, pequeño Burroughs. Era tu padre, a pesar de sus defectos; se limitó a hacer lo mismo que su padre había hecho. Si quieres echarle la culpa a alguien, échasela a tu abuelo. Ahí fue cuando se torció esta familia. Nadie merece morir como murió tu padre. Murió chillando. ¿Has visto alguna vez a alguien quemarse vivo?

Lo cierto era que sí.

—Fue tu abuelo quien abrió la caja de Pandora en esta montaña, y no hay quien la cierre. Ni entonces ni ahora.

—Wilcombe tuvo parte de culpa.

Clayton puso sobre la mesa aquel nombre de nuevo para observar la reacción que provocaba. Esta vez la obtuvo. Val apoyó la jarra.

—¿Cómo sabes ese nombre?

—Eso es lo que intento contarte. Lo sé todo sobre los chanchullos de Hal en Florida. Sé que mi padre se asoció con esa gente y que Hal sigue con ellos. Los federales están listos para arrasar esta montaña de arriba abajo junto con sus habitantes..., gente que no me gustaría que se viese atrapada en medio, no sé si

me entiendes. He venido para hacer un control de daños, con la esperanza de salvar algunas vidas, y aquí nadie escucha porque no le sale de los huevos.

—A mí no me hables así, chico.

—Perdona, Val. Es que es frustrante. No soy capaz de olvidarme de este sitio y punto. Kate no hace más que decirme que es una batalla perdida, Hal me quiere partir las piernas y ahora tú ni siquiera te dignas a escuchar cómo podríamos acabar con esto pacíficamente.

Val adelantó dos manos enormes y detuvo la mecedora de Clayton.

—Escúchame, chico. Vuélvete a casa con esa mujercita tuya y atiende lo que te dice. Vive tu vida en ese valle velando por gente honrada. Aquí arriba nada va a acabar pacíficamente. Yo ya lo tengo asumido, y cualquiera que funde aquí su hogar, lo mismo. Mantente alejado de esto y siéntete afortunado de que lo que tu abuelo le hizo a tu padre y a tus hermanos no caló en ti. Ese es el final pacífico que buscas: sobrevivir a este despropósito. Envejecer con Kate y tener un niño, si Dios quiere. Ese el mejor de los finales que se me ocurre. Si ha llegado la hora de que Bull Mountain pague por sus pecados por medio de esos federales, pues que así sea. Tú mantente al margen. Ya es hora, y créeme lo que te digo, de que esta panda de hijos de puta que somos recibamos nuestro merecido.

Aquello último, Val lo dijo bajando la voz, medio arrepintiéndose y casi para sí mismo. Clayton desvió la mirada hacia la espesura que rodeaba la casa de Val. Tras unos minutos de oír el rumor de los árboles en medio del viento tibio, Darby rompió el silencio.

—Si los federales están al tanto de todo, de los sitios y de las personas clave, ¿por qué no envían una especie de equipo sigiloso para trincarlos a todos sin armar barullo?

—Porque las cosas no funcionan así —respondió Clayton—. No puedes acabar de tapadillo con alguien que se ha pasado la vida actuando de tapadillo aquí en el bosque. Ya lo han intentado otras veces. La gente muere y no cambia nada.

—Pues entonces vete, chico —dijo Val, como si lo que acababa de afirmar Clayton validase su postura—. Vete a casa y déjate de tonterías. Deja de pensar que puedes arreglar algo que nació torcido.

Clayton jugueteó con el vaso de plástico entre las manos y soltó una risa seca y apática. Alzó el vaso en un brindis.

—Por los que nacemos torcidos —dijo, y lo vació de un trago sin esperar respuesta. Le escoció en el labio partido, pero le sentó bien a su garganta.

—Déjame en Lucky's.

—Pero si este es su vehículo, señor.

Clayton no contestó, y Darby estaba harto de discutir.

—Pues vamos a Lucky's.

Lucky's era de esos sitios que cambian de color dependiendo de la posición del sol respecto a la tierra. Durante el día, un anciano gruñón llamado Hollis *Lucky* Peterman, y Harvey, un hermano suyo igual de cascarrabias, servían almuerzos potentes y las mejores tortas de harina de maíz del estado a los cazadores de ciervos y a los trabajadores de Waymore Valley. Pero por las noches, Nicole, la hija de Harvey, servía cócteles de *bourbon* y jarras de Bud Light tras la barra. Lucky's contaba con una parroquia bien nutrida, principalmente porque Lucky's era el único bar del valle. Clayton se bajó del Bronco medio tambaleándose bajo los efectos del *whisky* casero de Val. Se agarró a la puerta del vehículo, recuperó el equilibrio y la cerró de un golpe.

«Y así es como pasan las cosas. Un día de perros, y un año de sobriedad a tomar por saco como si nada», pensó. Estaba convencido de que cuando acabase la noche también volvería a ser fumador, pero aquellas revelaciones no bastaron para impedirle entrar en el bar. Echó a un lado de su mente embotada aquellos pensamientos y se encaminó hacia la puerta. El sitio estaba abarrotado. Desde la máquina de discos, el adalid de la vieja escuela Hank Williams Jr. cantaba a grito pelado «... and I get whiskey bent and hell bound»^[3]. El tono de la noche quedaba establecido con aquel apropiado himno. Nicole se le antojó tan guapa como siempre sirviendo tragos tras la barra. La mayoría de las mujeres de Waymore vestía ropa que sacaban ellas mismas de patrones o adquirida en las tiendas de baratillo que abundaban por la zona, pero Nicole era distinta. Llevaba tacones y tejanos azules. Compraba en los centros comerciales de liquidaciones de Buford y Commerce. Esa noche lucía un brillante top negro de lentejuelas que destellaba a la luz del bar y unos tejanos azul oscuro capaces de obligar a que un hombre de la edad de Clayton no bajase la mirada para no sentirse un viejo verde. Localizó un asiento vacío al final de la barra y se deslizó hasta allí, apenas consciente del mal humor o la pena con las que cargaba. Se sentó en el taburete y se tragó una bocanada de humo de tabaco de la concurrencia. Olía mal y bien. Se quitó el sombrero y, al dejarlo en la barra, le dio un golpe en el brazo a un hombre muy alto sentado a su izquierda.

—Ey, colega, ten cuidado... —Antes de terminar la frase, una expresión de reconocimiento se hizo patente en la cara de Joe Dooley—. Perdón, *sheriff*, no lo había visto. Culpa mía.

Todo el mundo sabía que Joe era un poco pendenciero. Tanto Clayton como Choctaw lo habían encerrado más de una vez en el calabozo a dormir la mona antes de mandarlo a casa con su mujer y sus hijos, pero por lo demás el gigantón era relativamente inofensivo.

—Pasa nada, Joe.

Clayton hizo una seña a Nicole, que dejó de inmediato lo que estaba haciendo, le dedicó una sonrisa compuesta de una ristra de perlas y le sirvió al *sheriff* un *ginger ale* de una botellita verde y gruesa que tenía bajo la barra. Lo que venía tomando en los últimos tiempos. Colocó una servilleta de papel y le puso el vaso delante, entonces se fijó en el ojo hinchado y el labio partido. Su preciosa sonrisa se truncó en una preciosa mueca.

—Au. La leche, *sheriff* ¿Qué pinta le ha quedado a su oponente?

—Mucho mejor que la que yo traigo, me temo.

—¿Quiere que le prepare hielo para ponérselo?

—No te preocupes, Nicole.

—No es molestia. Tengo trapos limpios ahí atrás. Así lo curo.

—Qué va, solo es un arañazo. No pasa nada. Una noche ajetreada, ¿eh?

—Todas las noches son ajetreadas, *sheriff*.

Nicole apoyó los codos en la barra y dejó a la vista por completo, tal vez no del todo deliberadamente, el canalillo pecoso a causa del sol. Clayton se esforzó en no mirar. Ella no se lo puso fácil. Aquellos ojazos verdes eran capaces de parar el tráfico incluso sin el maquillaje en el que los enterraba, pero a esa edad las chicas no se lo creen. Era un bellezón, aunque buena chica. A Clayton le caía bien. Joe el Gigante no intentó desviar su mirada patidifusa e inclinó su tremenda figura hacia ellos para inmiscuirse en la conversación.

—¿Me puedes poner una cerveza o tengo que llevar una estrellita de plata en la camisa?

—Un segundo, Joe —contestó Nicole sin mirarlo.

Joe frunció un ceño exagerado de beodo.

—Llevo casi diez minutos esperando, chiquilla.

Esta vez sí lo miró.

—Echa un vistazo a tu alrededor, Joe. Vamos de culo. Enseguida estoy contigo.

Joe le lanzó una mirada furtiva a Clayton, acto seguido masculló alguna impertinencia en su vaso vacío. Clayton dio por hecho que, de no estar él allí sentado, lo habría dicho en voz mucho más alta. Lo ignoró y le dio un sorbo al *ginger-ale*. Aquello no iba a servirle de nada.

—Vuelvo en un momentito, *sheriff* ¿Tiene hambre? Al tío Holli le ha sobrado algo de filete del servicio del mediodía.

—No, gracias, Nicole, pero... —Hizo una pausa. Nicole alzó una ceja—. Podrías ponerme dos dedos de Knob Creek. Sin hielo.

Cogida por sorpresa, Nicole entrecerró los ojos.

—Mmm..., vale —dijo, y se volvió para coger la botella de la estantería con espejo que tenía detrás. Joe Dooley el Gigante le clavó un codo rechoncho a Clayton en las costillas recién vapuleadas y este dio un respingo de dolor, pero el otro ni se percató. Señaló a Nicole, subida en un taburete estirando la mano para coger el *bourbon*. Los colores brillantes del tatuaje floral que le cubría los riñones se entreveían por una franja de carne que le quedaba al descubierto.

—Toma, eso sí que es un culo, ¿o no, *sheriff*?

Clayton no respondió y volvió a evitar mirar aquel culo ofrecido de veinte años menos de edad que él.

—Yo me quedaría gustoso toda la vida aquí sentado esperando que me traigan una cerveza con tal de poder ver ese pandero meneándose toda la noche —comentó Joe.

Aquello le disparó un tic en el ojo a Clayton.

—Calla la puta boca, Joe.

Joe el Gigante arrugó la nariz como si le acabase de venir una vaharada de peste a mierda de perro y se devanó los sesos sinceramente preguntándose cómo otro hombre podía ofenderse por un comentario así.

Nicole se bajó del taburete sin enterarse de nada y le sirvió el *whisky* en un vaso limpio. Clayton asintió un «gracias» y ella le guiñó un «de nada». Un hombrecillo enjuto, que parecía grabado en cuero, agitó un billete de veinte dólares hacia la camarera desde la otra punta de la barra. Ella le hizo al *sheriff* un gesto con un dedo para que la excusase y serpenteó en busca de su propina. Clayton cerró los ojos y se llevó el vaso a la nariz. Olía a roble, vainilla y malas decisiones. El instante se vio interrumpido bruscamente por otro codazo en las costillas que le estropeó el primer sorbo. Le resbaló *bourbon* por la barba y se derramó en la barra. Bajó el vaso.

—Es una pena que se marche, pero me encanta que se aleje —dijo Joe inclinándose sobre la barra con los ojos clavados en el trasero de Nicole.

Clayton limpió la bebida derramada con la servilleta y notó que le subía la temperatura.

—¿No te he dicho que cerrases el pico, Joe? De hecho —se dio la vuelta y miró de frente al hombre—, ¿por qué no te largas a sentarte lo más lejos posible de mí y de la chica? —Levantó la voz más de lo que pretendía, pero eso era lo que pasaba cuando se emborrachaba. Unas pocas cabezas se volvieron. Unas pocas conversaciones se interrumpieron. La confusión se extendió por el semblante de Joe el Gigante como un sarpullido.

—Cojones, Clayton, estaba de coña.

—Espabila, Joe. Largo. —Se irguió un poco en el taburete y sacó pecho. No servía de mucho, pero a la mayoría les resultaba más grande de lo que era con aquella estrella prendida. Nicole regresó y le puso delante a Joe una cerveza. Parecía tan turbada como el otro. Joe cogió la jarra helada y le echó a Clayton una mirada medio beoda mientras se las arreglaba para derramarse cerveza encima.

—A sus órdenes, *sheriff*.

Y se largó poniéndolo todo perdido.

—¿De qué va la cosa? —le preguntó la chica.

—Hay gente que no es capaz de vivir con una pizca de clase —respondió Clayton, le pegó un buen trago al *bourbon* de cien grados y lo paladeó. Nicole limpió la cerveza derramada.

—Bueno, no se preocupe, *sheriff* es inofensivo.

—Es un gilipollas.

Nicole se inclinó sobre Clayton y le dijo al oído:

—Coño, *sheriff* dígame qué borracho no lo es.

3

Clayton iba por la tercera cuando el agente especial Simon Holly ocupó el asiento que Joe el Gigante había dejado vacío. Se limitó a quedarse allí sentado, con aquella sonrisa de oreja a oreja suya, hasta que el *sheriff* levantó la mirada de los cubitos de su vaso y advirtió su presencia. Lo escrutó con atención, ya fuese para enfocar la mirada o para cerciorarse de que no se lo estaba imaginando. Quizá por los dos motivos.

—Buenas noches, *sheriff*.

—¿Qué hace aquí, Holly? —dijo Clayton volviendo a concentrarse en su vaso.

—Mi agencia de viajes me contó que este sitio es una de las principales atracciones a la hora de visitar el paraíso montañoso de Waymore Valley, Georgia.

Clayton se lo quedó mirando inexpresivo mientras los ojos le desaparecían lentamente en la cara. No estaba para sarcasmos dicharacheros.

—Lo siento, *sheriff* ya veo que no está de humor. Duermo en el motel de enfrente. Hace un rato he visto que su ayudante lo dejaba aquí y he pensado que podíamos charlar. ¿Una noche dura?

—¿Por qué?

—Tiene la cara hecha cisco.

—Ya, bueno, igual es un poco culpa suya.

A Holly se le borró la sonrisa.

—¿Ha hablado con su hermano?

—Bueno, hablar no hablamos mucho.

—Doy por hecho que no fue bien.

—Es una manera de verlo. Cosas de hermanos. Creo que no va a atender a razones.

—No me cabe duda de que encontrará la manera. —Holly le hizo una seña a Nicole, que le dedicó una sonrisa incluso más amplia que la que le había dedicado a Clayton.

—Vaya vaya, hola. ¿Y quién es usted?

Holly se limitó a sonreír, se echó hacia atrás en el taburete y dejó que el *sheriff* hiciese las presentaciones.

—Nicole, este es Holly. Es un agente federal que han enviado para complicarme la vida. Tráenos dos de esto. —Le dio unos golpecitos al vaso vacío.

Holly alzó una mano.

—Prefiero Simon. Y a él póngale agua.

Nicole cogió una mano del agente entre las suyas y se inclinó hacia él asegurándose de que tenía una buena perspectiva del mismo canalillo laureado que antes le había enseñado a Clayton. Le dijo en un susurro:

—Estaba a punto de llamar a su mujer para que se lo llevase.

—Yo me encargo —le respondió Holly, y le guiñó un ojo.

—Guay —repuso ella, y se alejó flotando hacia la otra punta de la barra. Holly se inclinó hacia delante y la miró mientras se alejaba. Esta vez, Clayton también la miró.

—¿Su día ha sido mejor que el mío?

—Hemos tenido un incidente en la 27, cerca de un sitio llamado Broadwater. Como estaba cerca, me han metido.

—¿Un incidente?

—Pues sí; parece un secuestro frustrado. Tenemos un cadáver.

—¿Quién se ha ido a criar malvas, el secuestrador o el secuestrado?

—El secuestrador, deducimos, a menos que el tío estuviese haciendo *footing* por la autopista con un rifle de asalto y una máscara de payaso. Habían limpiado la escena del crimen antes de que llegasen los estatales, pero hemos incautado un camión de mudanzas vacío, y creemos que hay motos de por medio. Encontramos un retrovisor de Harley roto y las marcas de derrape

encajan con las de una caída.

—Motos. ¿Tiene que ver con nuestro asunto?

—No estoy cien por cien seguro, pero mis informantes de Florida me cuentan que se está moviendo una buena cantidad de pasta por aquí. Encaja con el calendario que llevan. Pero ahora mismo no hay nada sólido. Los estatales evitan darme más información.

—Eso es porque Halford tiene en el bolsillo a la mitad de las patrullas estatales. Toda el área que rodea a Broadwater es zona muerta. ¿Han identificado el cadáver?

—Pues sí. No llevaba carné, pero hemos metido sus huellas dactilares en IAFIS... Mmmm... IAFIS es una base de datos nacional...

Clayton extendió una mano.

—Ya sé lo que es IAFIS.

—Claro. En fin, hemos obtenido una coincidencia. El tío se llama Allen Bankey. ¿Le suena de algo?

Clayton se paró a pensarlo.

—Pues no.

Apareció Nicole y puso dos vasos de agua en la barra y un *bourbon* para Holly. Este sonrió y asintió educadamente. Una vez Nicole se hubo alejado contoneándose, continuó:

—Es un exmilitar. Creemos que formaba parte de un grupo que lo dejó atrás al caer. Para nuestra sorpresa, su expediente está bastante limpio salvo por una acusación de estupro leve hace unos años.

—¿Una acusación de estupro leve? —repitió Clayton mirando el agua como si fuese algún tipo de artefacto alienígena.

—La chica tenía dieciséis años, pero por la pinta nadie lo diría. Fue sexo consensuado. Los padres lo dejaron correr, conscientes de que su hija tampoco era una santa, pero el estado lo registró y en un abrir y cerrar de ojos, ¡bum!: el menda es un acosador sexual para los restos. Cada dos por tres, lo mismo.

—Y ahora está muerto.

—Como Elvis. ¿Seguro que no lo conoce?

—En mi vida he oído ese nombre, Allen Bankey. —Se bebió el agua de dos tragos—. Pero tráigame el expediente a la comisaría mañana y le echo un vistazo.

—Hecho —replicó Holly, y se tragó medio vaso.

—Ey, tetitas —bramó una voz desde la otra punta de la barra.

Clayton miró hacia allí y sacudió la cabeza. Joe el Gigante estaba de vuelta e intentaba que le llenasen la jarra mientras le lanzaba besos a Nicole. El *sheriff* apartó el taburete y se puso el sombrero.

—Vuelvo enseguida.

Holly observó cómo se recomponía del aturdimiento alcohólico, pero no trató de ayudarlo. Lo contempló con curiosidad mientras cruzaba el antro y agarraba a Joe Dooley por las greñas que le colgaban sobre el cuello fornido y sudoroso. Antes de que al hombretón le diese tiempo a reaccionar, Clayton le estampó la frente contra la barra de hierro cromado. El crujido del hueso contra el metal reverberó por toda la sala y se llevó por delante varios vasos a un lado y a otro. La gente se movilizó y se quitó de en medio haciendo sitio para que cayese el grandullón, pero Clayton no lo soltó. Mantuvo la cara de Joe contra la barra para recuperar el equilibrio hasta que pudo retorcerle un brazo por detrás de la espalda. Holly sonrió. Lo había impresionado que el *sheriff* fuese capaz de valerse de aquella manera con lo bebido que estaba. Aprovechó el momento para coger un Percocet del bolsillo y tragárselo con lo que le quedaba de *bourbon*.

—¿No te he dicho que tengas cuidado con lo que decías? —preguntó Clayton.

Joe respondió como buenamente pudo en aquella postura.

—No, lo que me ha... dicho... es que me largase... Me he largado.

—Te he dicho que dejases en paz a Nicole.

Clayton apretó aún más y aplastó el lado izquierdo de la cara de Joe contra el frío metal. Nicole refuló con los ojos como platos y tapándose la boca con las dos manos. A Holly casi se le escapa una risotada.

—Bueno, cojones, *sheriff* —dijo Joe por el lado de la boca que no estaba aplastado contra la barra—. ¿Cómo se supone que pido un trago entonces? Es la única que trabaja aquí.

—Ese no es mi problema.

—Gilipolleces. No he hecho nada malo.

—Igual lo que no me gusta es cómo les hablas a las mujeres, Joe.

—Igual no me importa lo que usted piense.

Joe empezaba a superar el miedo a la placa y temía más ser abochornado delante de todo el pueblo. Clayton notó que se rebelaba. Se inclinó.

—Pide perdón.

—Que te jodan.

Entonces fue cuando Holly vio cómo la luz abandonaba la cara de Clayton. Había visto aquella expresión en las caras de muchos hombres a los que había tenido que reducir. El *sheriff* se sumió en la oscuridad. Holly lo veía venir. Clayton agarró bien a Joe por el cuello y le dio una patada en las piernas. Joe cayó a plomo en el suelo. Unos taburetes cedieron, entrechocando contra la concurrencia que seguía allí, que se apresuró hacia la salida. Clayton apuntaló la pierna en la espalda de Joe con una bota campera del número cuarenta y dos que,

a continuación, descargó sobre la cara del borracho.

—¿Que me qué?

Holly le dio un sorbo al agua y se puso en pie. Lo alucinaba lo rápido que había sucedido. Acababa de dar a Clayton por borracho perdido. Nunca se lo habría imaginado de él, pero se equivocaba. Ni siquiera se dio cuenta de cuán equivocado estaba hasta que vio la pistola del *sheriff* encañonando la cabeza de Joe. Ni lo había visto desenfundar.

—¡Ep, *sheriff*! —dijo Holly, interponiéndose en la refriega—. Ya basta. Baje eso. Deje que se levante.

—Discúlpate —repitió Clayton sin permitir que el hombre se moviese.

—Lo siento, *sheriff*, lo siento.

Clayton amartilló la pistola.

—A la chica, culo gordo. Pídele disculpas a la chica.

Una oscura mancha de orina empezó a teñir los pantalones de Joe el Gigante por la parte de la entrepierna.

—Lo siento, Nicole. Dios mío, no pretendía ofender a nadie con eso. Lo siento. ¡Lo siento!

Holly alzó las dos manos frente a Clayton como para expresar la sumisión del hombre tirado en el suelo.

—Baje el arma, *sheriff* Baje el arma y deje que se levante.

Clayton paseó una mirada colérica entre Joe el Gigante y el agente Holly, que seguía con las manos levantadas y repetía:

—Baje... el... arma.

Terminó obedeciendo. Se metió el Colt en la cartuchera y retiró el pie de la cara de Joe. El hombretón se escabulló por el suelo hacia la puerta. Al llegar a la calle, unos pocos lo ayudaron a ponerse en pie. Por un momento pareció que iba a decir algo, pero Holly lo detuvo con solo tres palabras. Desde la puerta, señaló con un dedo a Joe el Gigante y dijo:

—No. Largo. Fuera.

Joe el Gigante siguió su consejo.

Holly volvió a centrarse en Clayton, que no se había movido. Con la mirada fija en el suelo como si Joe siguiese allí tirado.

—Creo que ya es hora de marcharse, *sheriff* —Le posó una mano cauta en el hombro—. Deje que lo lleve a casa.

La expresión de Clayton era la de alguien que acabara de sufrir una operación quirúrgica y necesitara un anestésico potente.

—Vale.

Holly se volvió hacia Nicole, que no se había movido demasiado tampoco, salvo para calcular los desperfectos ocasionados al local de su padre. Se despidió

con un gesto de la cabeza y cargó con Clayton hasta el coche.

4

Kate salió al porche con un calibre .30 antes de que a Holly le diese tiempo a abrir la puerta de su Crown Vic del lado de Clayton. Conocía la existencia de Kate. Sabía por fotos que era guapa, pero al verla allí plantada con aquel rifle y nada más encima que una camisa varias tallas más grandes, entró en su lista de las diez mujeres más sexis que había visto en la vida. La luz del porche recortaba la silueta de sus piernas a través de la fina tela, así que subió al puesto número cinco directamente. Kate veía a alguien en el coche, pero no distinguía de quién se trataba.

—¿Quién es usted y qué quiere?

—¿Señora Burroughs?

—Mi nombre ya lo sé. Le he preguntado quién es usted.

Holly sonrió.

—En serio. Mi marido es el *sheriff*.

—Trabajo con su marido. Viene en el coche conmigo.

—¿Quién coño es usted?

Holly levantó las manos un poco por encima de los hombros.

—Me llamo Simon Holly. Soy agente federal y, de verdad, señora, Clayton viene conmigo en el coche.

Kate se adelantó un paso para ver un poco mejor al hombre del coche a oscuras. Holly bajó una mano y abrió la portezuela del copiloto. El interior del Crown Vic se iluminó y Kate vio a su marido. Bajó el rifle y hasta que no dio dos pasos más no se percató de la cara que traía, entonces apuntó de nuevo el arma hacia Simon y le quitó el seguro.

—Ah, no. Esto es un malentendido. No he sido yo. Yo me lo he encontrado así. Lo he traído a casa, simplemente.

—Es un amigo, Katie. Aparta eso. —Clayton alzó una mano insegura para indicarle que bajase el rifle, y acto seguido intentó en vano salir del coche.

Simon se adelantó de un salto y lo agarró de un codo para evitar que se cayese. Kate apoyó el rifle contra el lateral del coche y le cogió la cara con las dos manos. Olió el *whisky* al instante y se echó hacia atrás.

—¿Clayton? ¿Estás...? ¿Es que has...?

—Estoy bien.

—No estás bien. Estás borracho y te han dado una paliza. ¿Qué coño está

pasando aquí? —Le examinó el ojo hinchado, pero con mucha menos compasión de la que habría demostrado de estar sobrio. Miró a Holly en busca de una explicación—. ¿Qué ha pasado?

—Supongo que tendrá que preguntárselo a él, señora.

—Se lo pregunto a usted.

—Creo que igual se lo quiere contar él.

—Basta —dijo Clayton, agarró el rifle y se encaminó hacia el porche—. Holly, por la mañana lléveme el expediente del asaltante muerto a mi despacho. Gracias por traerme.

Subió con cuidado los escalones y abrió la puerta mosquitera.

—¡Clayton! —exclamó Kate sorprendida, confundida, asqueada.

—Entra de una vez, mujer. No llevas bragas.

Las mejillas de Kate se ruborizaron intensamente, pero Holly tuvo claro que no era por vergüenza, sino por la ira. El agente se miró los zapatos e infló los carrillos en un mohín. Siguió con las manos metidas en los bolsillos.

—Lo lamento, señora.

Kate giró la cabeza a tal velocidad que Holly pensó que se la partía.

—¿Que lo lamenta? ¿Qué es lo que lamenta? —No esperó respuesta—. ¿Lamenta que Halford no lo haya matado? Sé que eso es lo que ha pasado. Sé que ha subido ahí con no sé qué idea estúpida que usted le ha metido en la cabeza. Sé que ha mandado al carajo un año de sobriedad por esta gilipollez.

—Un segundo, Kate. Esto va mucho más allá.

—No me llame por mi nombre. No me conoce. Súbase a su coche y váyase de aquí. Le diría que no se nos acerque, pero ya sabemos que no va a poder ser, ¿verdad?

—No puedo.

—Largo de mi propiedad.

—Muy bien, señora Burroughs. —Se dirigió hacia el asiento del conductor y puso una mano en la puerta—. Mire, la chica de Lucky's quería llamarla para que fuese a buscarlo. He pensado que no le apetecería pasar el mal trago.

—¿Qué quiere, que le dé las gracias?

—Bueno, pues sí —replicó él. Eso quería, más o menos.

Kate se plantó echando una cadera hacia un lado por puro instinto. El gesto todavía le marcó más las curvas y Holly se esforzó por mantener su atención concentrada en los ojos de la mujer. Esta agarró el rifle de donde Clayton lo había apoyado y se retiró el pelo de la cara.

—Quiero que me escuche bien, agente Holly. ¿Puede? Me refiero a escuchar de verdad.

—Claro.

—Bien, porque no tengo intención de volver a hablarle nunca más. Mi marido es un buen hombre...

—Señora Burroughs...

—Me ha dicho que era capaz de escuchar.

—Sí, señora.

—Bueno, pues es un buen hombre y un buen *sheriff*..., casi sin tacha. Es capaz de manejarse y de tomar sus propias decisiones, pero eso no significa que no sea susceptible de tragarse lo que usted le cuele. No crea ni por un segundo que no voy a hacerlo responsable a usted si algo como esto vuelve a suceder.

—Mi intención es llevarlo todo de forma pacífica.

—Eso dice el hombre al que no le han machacado la cara hoy. Sus intenciones no me importan. Lo único que quiero yo es que mi marido vuelva conmigo a casa cada noche, entero. Por esta noche, pase. Pero en adelante, como vuelvan a hacerle daño, como le suceda lo más mínimo a mi marido por actuar en nombre de usted, me da igual quién sea ni cuáles sean sus intenciones: va a tener que rendir cuentas ante alguien más que el Señor. ¿Queda claro, agente especial Holly?

Holly contempló aquella determinación, menuda mujer. Acababa de amenazar a un agente federal y no hablaba en broma. Asintió, más por admiración que por conformidad. Abrió la portezuela.

—Una cosa más, Holly.

—¿Qué, señora Burroughs?

—Otra cosa sobre Clayton. Una vez se le mete algo en la cabeza, ya no hay manera de pararlo hasta que lo lleva a cabo. Hasta que acaba. Así que yo de usted tendría mucho cuidado con qué le pido exactamente.

—Sí, señora.

Kate observó cómo se desvanecían las dos luces rojas traseras en la negrura antes de darle a sus manos permiso para temblar.

5

—Lo siento, cariño. Ha sido una cosa puntual. No volverá a pasar.

Clayton apenas si estaba consciente, se debatía en la cama mientras hablaba. Kate lo tapó con el edredón y le revolvió la cabellera rojiza. No valía la pena intentar hablar en ese momento. Que se despertase al día siguiente con una resaca monstruosa y la ropa sucia y las botas puestas debería bastar como castigo. Más tarde se encargaría de lo demás.

—Está bien, Clayton. Descansa un poco.

A los pocos segundos estaba dormido y comenzaba a roncar. Solo roncaba cuando bebía. Kate se quedó allí, sentada en la cama, pasándose los dedos por el pelo unos minutos más antes de levantarse a colocar el rifle en el armero. Entró en la cocina y, con el pie, empujó un pequeño taburete de madera de la despensa hasta ponerlo delante del frigorífico. Se subió, apartó unos frascos de vitaminas y abrió el armario. Sacó la botella de *bourbon*. La botella que supuestamente no sabía que existía. Se bajó, abrió otro armario y cogió un vaso. Waterford Crystal. Caro. Un regalo de bodas de algún amigo con el que había perdido el contacto hacía años. Salió con el *whisky* y el vaso fuera, con cuidado de no hacer crujir la puerta mosquitera y despertar a Clayton. Como si eso fuese posible. En aquel momento sería capaz de dormir en medio de un huracán. Se sentó en el columpio del porche y alzó la botella a la luz de la luna. Estaba un poco por debajo de la mitad. Tres o cuatro centímetros por debajo de la fina marca que había hecho con lápiz en la etiqueta negra. La última vez que lo comprobó estaba a tres centímetros. Cerró los ojos y se quedó allí, balanceándose, escuchando la fauna de la montaña competir por cantarle una nana. Se sirvió un trago y dejó la botella a su lado. Sostuvo el vaso un largo rato, lo observó, le dio vueltas entre las palmas y al final lo derramó en el porche y se echó a llorar.

Capítulo 16

Angel
1973

1

Angel apoyó la frente contra el frío vidrio de la ventanilla del autobús. La hilera de árboles pasaba zumbando en un borrón de verdes, marrones y rojos. De vez en cuando intentaba concentrarse en un punto de interés aislado y movía la cabeza para interrumpir el emborronamiento, pero no había nada que ver que no hubiese visto ya un centenar de veces. Había recorrido cada palmo de aquella carretera haciendo autoestop a lo largo de los últimos cinco años en plena tentativa de escapar de su vida, pero siempre acababa tomando de nuevo el mismo rumbo. Se había gastado en el billete de bus el dinero que le dio el hombretón negro. De haber hecho lo que le dijo e irse directa a un hospital, tal vez todavía le quedaría algo, pero no le hizo caso. Se fue a ver a Pepé, su chulo. Es cierto eso que se dice de que las mujeres jóvenes son tan ingenuas como para creer que sus torturadores las aman. Angel era la prueba viviente, andante y apaleada. Pepé dijo que la cuidaría. Le prometió que la cuidaría. Le juró que ningún hombre le pondría una mano donde ella no quisiese que se la pusiera. Le dijo que los hospitales llevan a preguntas incómodas y a la policía, que te conduce a su vez a la cárcel. Él no dejaría que eso le ocurriese. La protegería, y su protección era absoluta. Salvo que su protección consistió en quedarse con el dinero, ponerle una inyección de opio en el brazo y hacer que una panda de esbirros hispanos la inmovilizase para volver a colocarle el hombro en su sitio mientras ella babeaba sobre el cojín sucio del sofá. No lo recordaba todo, solo fognazos coloridos, caras sudorosas y risas. Uno de ellos, al que Pepé llamaba el Cirujano, le cosió la raja que aquel cabronazo de Georgia le había hecho en la cara. Aún no se había quitado la gasa para examinar el destrozo. De hecho, había evitado ver su reflejo por completo desde que sucedió. En aquel momento tenía decidido no volver a verse la cara jamás, pero sabía que algo malo iba ulcerándose ahí debajo. Pepé la tuvo drogada a saber cuánto tiempo, relegada a la habitación del fondo de aquella caravana, hasta que se dio cuenta de que nadie

iba a querer follarse a una puta delgaducha en aquellas condiciones y con la cara hecha una hamburguesa cruda. Entonces dejó de darle droga y empezó el mono. Casi dos meses se pasó abrazada a aquel cagadero. Fue consciente de que era cuestión de tiempo que Pepé la matase y mandase a sus chicos a tirar su cadáver en un contenedor. Poco tenía que ver aquello con la vida que había venido a buscar aquí. Se le había ocurrido guardarse uno de los billetes de cien en la costura del sujetador, y a la primera oportunidad que tuvo lo escondió bajo la alfombra. Cuando llegó la hora de salir por patas, se escapó por la ventana del remolque nada más que con la ropa que llevaba encima y aquel dinero. Se fue directa a la estación de autobuses donde Pepe la había descubierto muchos meses atrás y se compró un billete para el primer bus hacia casa. ¿Por qué no había ido a un puñetero hospital? ¿Por qué era tan estúpida? ¿Por qué los demás siempre tenían razón y a ella las cosas le salían tan rematadamente mal? Movié la frente contra la ventanilla para sentir la frialdad del cristal, y cerró los ojos. Sabía que volver a casa no era más que el último de una serie de errores vitales.

2

El joven junto a Angel, en el asiento de pasillo, sacó una bolsa de cacahuets de la mochila que tenía en el regazo.

—¿Quieres? —le preguntó agitando la bolsa hacia ella.

Era de un rechoncho entre infantil y viril, la cabeza poblada de rizadoísimo pelo castaño. Llevaba tejanos y una sudadera del estado de Florida con el mismo logo bordado en la mochila: una cabeza de indio. Estaba claro que era un veinteañero, pero las mejillas rubicundas y la orondez le hacían parecer más joven. Parecía bastante agradable, la había dejado quedarse con el asiento de ventana al subirse, y de momento no había hecho alusión al vendaje de la cara ni a la camisa tejana sucia o la falda manchada de sudor que llevaba. Se dio cuenta de que le costaba, pero había logrado no clavarle la mirada en las tetas, y ella lo agradecía. Lo había pillado echándole ojeadas a sus piernas huesudas durante los últimos kilómetros. Normalmente le gustaba que la mirasen, la hacía sentirse guapa. Ahora solo le revolvió el estómago.

—No, gracias, no me apetece.

Florida embutió de nuevo los cacahuets en la mochila y se tomó su tiempo en asegurar cada cierre.

«Toda precaución es poca cuando viajas con putas», pensó Angel, y se dijo que ojalá hubiese aceptado los cacahuets. Estaba muerta de hambre.

—Tú misma, pero pareces hambrienta.

—La verdad es que no —mintió—. Hoy no me entra nada.

—¿Estás intentando desintoxicarte? —le preguntó sin bajar el tono, como si charlase del tiempo o del resultado de un partido de fútbol.

Angel se inclinó hacia la ventana y flexionó lentamente los brazos para ocultar las venas ennegrecidas que la recorrían como un mapa de carreteras.

—Tranquila —dijo Florida—. No te voy a juzgar ni nada. Me parece genial que intentes mejorar las cosas. Me llamo Hattie, por cierto.

Le tendió una mano rechoncha que Angel cogió como si estuviese tallada en mierda de perro.

—Yo Angel.

—Encantado de conocerte, Angel. ¿Vas rumbo a casa o en dirección contraria?

—Rumbo a casa.

—Guay. Guay. Yo tengo un colega que se casa en Pensacola muy pronto. Voy a pasar unos días en el golfo y a broncearme un poco antes de la boda.

Angel contuvo la risa. Aquel chaval tenía tantas posibilidades de broncearse como ella de recuperar la virginidad. No le importaban lo más mínimo los planes de Hattie. Solo quería pasarse durmiendo las últimas horas de aquel trayecto y despertarse en una situación nueva aunque ligeramente menos chunga. Hattie no lo iba a permitir.

—¿Te importa si te pregunto qué te ha pasado en la cara?

—Sí —replicó ella, rápida y seca.

—Guay. Solo es por darte conversación. Ya me callo.

Angel sintió una punzada de culpabilidad por pegarle aquel corte al chico. Llevaba toda la cara vendada, ¿por qué no iba a preguntar, a fin de cuentas?

—No. Mira, lo siento. No tenía intención de ser grosera. Hace poco... me metí en problemas y ahora estoy tratando de dejarlos atrás, solucionarlos.

—Dios, suena duro.

—Lo ha sido.

—¿Qué te trajo por Jacksonville?

Angel se echó a reír. Allí estaba, vendada, apaleada, mal vestida, llena de magulladuras y de marcas de picarse, llevaba sin ducharse más de una semana, de modo que responder aquella pregunta la avergonzaba. Angel observó por primera vez a Hattie. Si no estuviese tan hecha polvo y de bajón, igual lo habría encontrado mono en plan Peter Pan. Aunque tenía que reconocer que charlar con un tío legal era agradable.

—Una chorrada de motivo.

—No puede ser una chorrada si te hizo viajar a otro estado. Cuéntamelo.

—Quería ser cantante.

—¿Cantante?

—Pues sí. Ya te he dicho que era una chorrada.

—No, qué va. Es guay. Yo tengo menos oído que una piedra. ¿Qué estilo?

—*Rock and roll*, supongo. También un poco de *country*.

—¿Como Linda Ronstadt? Me encanta.

—Un poco —respondió Angel. Se estaba animando un tanto. Nadie quería hablar con ella de su música. La mayoría ponía los ojos en blanco—. Me gusta Ronstadt, pero con algo más de garra. Más en plan Janis Joplin, ¿sabes?

—¿Como lo que hacía con Big Brother and the Holding Company?

—Eso. —Ahora estaba emocionada. Conocía poca gente que escuchase lo mismo que ella. Al sonreír le dolieron las heridas de la cara—. Pero mi idea era darle un toque más sureño: imagínate una mezcla de Janis cantando para Lynyrd Skynyrd o algo así.

—Ah, por eso viniste a Jacksonville y no te fuiste para California.

—Por eso; pensé que me inspiraría vivir en el mismo sitio de donde es esa gente. Pensé que lo mismo se me pegaba algo.

Hattie abrió los cierres de la mochila y le volvió a ofrecer los cacahuetes. Esta vez los aceptó. Se echó un buen puñado en la boca, pero se arrepintió al instante; le dolía masticar.

—Todavía puedes, ya sabes.

—¿Todavía qué? —le preguntó con cuidado por una comisura de la boca llena.

—Todavía puedes triunfar. Tienes un montón de tiempo para volver.

Angel acabó de masticar antes de contestar.

—No. No, no puedo. —De repente tuvo frío y se acurrucó, abrazándose el estómago. Miró por la ventana—. Las cosas... han cambiado.

Cerró los ojos y pensó en otra de sus estúpidas decisiones. En los tres meses que había estado tirándose puteros para Pepé por lo menos había sido capaz de hacerles ponerse condón. O eso, o había tenido el sentido común de meterse una de esas esponjas antes. Ese cabronazo (Gareth, lo llamó Pepé) se había negado. Ella estaba demasiado asustada como para discutir. No, no estaba asustada. El tío le gustó, así que se lo pasó por alto. Era una estúpida de manual, y eso no era nada nuevo.

—¿Estás bien? —preguntó Hattie.

—Estoy bien.

—Bueno, ya te digo que no veo por qué no vas a poder intentar de nuevo lo de cantar, Angel. Es decir, guapa eres, desde luego.

Al instante, Angel fue consciente de lo destapada que iba. Intentó que no se

le notase, pero se encogió un poco en el asiento por reflejo.

—Gracias —dijo educada pero fríamente. Él la había hecho hablar. Era culpa de ella. Ahí lo tienes.

—Es decir, una chica con esa planta, con ese cuerpazo, puede llegar donde le dé la gana, está claro. —Hattie le pasó un dedo suavemente por el muslo. Angel siguió encogiéndose.

—Ni siquiera sabes si canto bien. —Tenía ganas de gritar.

—Apuesto a que cantas como un ángel. Seguro que por eso te pusieron ese nombre.

Angel observó el torbellino de árboles que pasaba a toda velocidad y los hitos kilométricos.

—No me llamo Angel. Así es como alguien decidió que debía llamarme. Mi nombre auténtico es Marion.

—También es un nombre precioso, Marion. Un nombre precioso para una chica preciosa.

Otro dedo rechoncho se deslizó por su muslo. El chico basculó el peso hacia ella. Le entraron ganas de vomitar. Hacía dos meses le habría pegado un grito y le habría dado un puñetazo en los huevos, pero ahora ya no veía más que la cara de aquel hombre del hotel, Gareth Burroughs. Casi la mata. Siempre la tendría ahí delante para recordarle lo poco que importaba. Lo desamparada que estaba, en realidad. Se abrazó el vientre con fuerza.

Hattie continuó hablando, manoseándola, pero ella dejó de responder. Le propuso tomar algo. Buscar un sitio para «charlar» cuando el autobús parase. Dijo que conocía el lugar perfecto. Segurísimo. Ella cerró los ojos y se acurrucó aún más, intentando desaparecer en un capullo hecho con sus delgados y magullados brazos, estrujarse hasta dejar de existir. Tenía que creer que esta vez las cosas serían distintas. Si conseguía llegar a casa, las cosas tendrían que ser distintas. No había otra. Ya no se trataba de ella. Las cosas iban a ir mejor en Mobile. Para ella y para el bebé.

3

Marion se plantó delante del restaurante Grand Central de Dauphin Street en una cabina de teléfono con un mentol 100 en los labios. Sonó dos veces.

—¿Diga?

—¿Mamá?

—¿Marion? ¿Eres tú?

—Sí, mamá.

—Ay, Dios mío, cariño, ¿dónde estás?

—Estoy aquí, mamá.

—Ay, gracias a Dios. Dime dónde estás y mando a Roy a recogerte.

Marion se cambió el teléfono de oreja como si la otra estuviese estropeada y hubiese oído mal a su madre.

—¿Que me mandas a Roy? ¿Mamá...? ¿Todavía está...?

—¿Si todavía está qué, cariño?

—Mamá, Roy es el motivo por el que...

—Marion, cariño, por favor, no empieces otra vez con eso. Estás en casa, cariño. Eso es lo único que importa. Ya lo resolveremos. ¿Dónde estás?

Silencio.

—¿Marion, cariño? ¿Sigues ahí?

—Tengo..., tengo que irme, mamá.

—Marion, espera. Tu padre ha cambiado. Es un buen hombre. Todo fue un malentendido.

—No es mi padre.

—Marion, cariño, por favor. Dime dónde estás y lo hablamos y lo arreglamos. Ya verás. Es un hombre maravilloso y te echa mucho de menos.

—Mamá...

—No cuelgues, cariño, quiere hablar contigo...

—¡Mamá!

—No cuelgues...

—¿Eres tú, pajarín? ¿Ya has entrado en razón? ¿Quieres volver a casa de una vez?

Clic.

Marion tiró la colilla al suelo e inmediatamente rebuscó la cajetilla en el bolso para encenderse otro. Le dio al mechero repetidas veces con ansia hasta que la llama se mantuvo y aspiró tanto humo como le permitieron sus pulmones. Echó otra moneda en la ranura y marcó otro número. Sonó tres veces.

—¿Diga?

—¿Barbara?

—La hostia puta. ¿Marion?

—Sí, tía, soy yo.

—¿Dónde estás?

—Aquí. Estoy por el Grand Central. ¿Puedes pasarte a recogerme?

—Coño, pues claro que puedo. Le cojo las llaves a Tim y voy para allá.

—Gracias, Barb. ¿Barb?

—¿Sí, tía?

—También necesito algo de ropa.
—Mmm, vale. Yo te llevo. ¿Me tienes que avisar de algo, Marion? O sea, Tim es guay y tal, pero ¿me tienes que avisar de algo que tenga que contarle antes?
Marion bajó la mirada y se frotó el vientre.
—Cojones, Barb. Necesito algo de ropa y una ducha, ¿me puedes ayudar o no?
—Por supuesto. Estoy ahí en veinte minutillos, ¿vale?
—Vale.
Clic.

4

Marion sorprendió su reflejo en el cristal de la puerta del restaurante, justo encima del letrero de se necesita ayudante. Una semana de curas y las dotes mágicas para el maquillaje de Barbara no eran suficientes para tapan el destrozo que le habían hecho en Jacksonville, pero no le quedaba otra. Si Marion no se presentaba de vuelta en casa de Barbara y Tim con un empleo ese día, no tendría dónde quedarse. No pensaba volver a casa de Roy. Se buscaría la vida en la calle antes que pedirle nada a aquel hijo de puta. El bebé que llevaba en la barriga debía de rondar las diez semanas, según calculaba. Eso añadía presión a la agenda. Si empezaba a notársele antes de encontrar trabajo, nadie la contrataría. Nadie quería saber nada de una exprostituta con la cara rajada; mucho menos si estaba preñada y sin marido. Se bajó las mangas de la blusa prestada y abrió la puerta. Arrancó el cartelito rojo y blanco de la cara interior de la puerta, cogió aire por la nariz y espiró por la boca. Aplastó el cartelito contra su regazo y contuvo las ganas de encenderse un cigarrillo.

El Grand Central lo regentaba un indio bajito y amable que se llamaba Ishmael Punjab. Siempre estaba allí. Aquel día no era ninguna excepción.

—Buenos días, ¿quiere ver la carta?

Sin esperar respuesta, le dejó una carta impresa delante y, casi como un prestidigitador, sacó de debajo del mostrador un juego de cubiertos enrollados en una servilleta. Era un hombre bajo y calvo, con unos mechones de pelo negro y ralo pegados al moreno cráneo.

—Un café, solamente, y un empleo, de paso.

Marion puso el cartelito de se necesita ayudante encima de la carta y lo deslizó hacia aquel indio de corta estatura. Este lo miró y la miró a ella. Estaba

claro que le costaba no clavar la mirada en el destrozo que le habían hecho en la cara, pero se esforzaba cuanto podía.

—¿Tienes experiencia como camarera? —le preguntó, y guardó de nuevo los cubiertos en su sitio.

—Mientras estudiaba en el instituto hice de camarera en el Red Minnow de Gulf Shores cada verano, y luego casi dos años más. La señora Gentry me dijo que si usted quería llamarla le daría una buena recomendación.

—No está mal, no está mal. El ritmo de este negocio es un poco más rápido que el del Red Minnow. ¿Tienes experiencia en locales como este, de pedir y servir?

Le quitó la carta pero no se movió para preparar el café que ella había pedido.

—No, señor, pero aprendo rápido. Soy trabajadora y de confianza. Puedo amoldarme al horario y a los días que necesite. Incluso fines de semana.

Punjab se llevó un dedo a la comisura de la boca y le clavó la mirada.

—¿Puedo preguntarte por qué no has recuperado tu antiguo empleo con la señora Gentry?

La verdad era que lo había intentado, pero el Red Minnow era un sitio con algo de categoría, y los Gentry solo contrataban chicas guapas para que se paseasen por allí. Marion ya no era guapa. No volvería a serlo.

—Tienen el personal al completo y, para ser sinceros, no creo que encaje ahí ya.

Punjab no se decidía a atacar la siguiente parte de la conversación, así que Marion tomó la iniciativa.

—Sé que tengo mala pinta, pero le prometo que irá mejorando. No volveré a ser tan guapa como era, pero tampoco estaré siempre así de horrible. El problema es que las facturas no pueden esperar a que esté recuperada para pagarse. Se han de cobrar al momento, y estoy a punto de quedarme sin opciones.

—Jovencita —le dijo Punjab suavizando el semblante—, yo no te veo horrible.

Esa vez le sostuvo la mirada. Marion podría haberse echado a llorar en aquel instante.

—Gracias, señor. Es muy amable por su parte, pero no creo que la mayoría de la gente comparta su opinión. Sé que no soy la candidata perfecta para este puesto, pero si me brinda una oportunidad le prometo que lo daré todo.

Punjab sonrió. Una sonrisa franca y cordial. No desvió la mirada ni un momento. Del mismo lugar de donde había extraído poco antes los cubiertos, sacó un fajo de formularios de solicitud de empleo genéricos, arrancó la de

encima y se la pasó a Marion. Ella habría sido capaz de deshacerse en llanto sobre aquel mostrador. «Un respiro. Por fin un puñetero respiro», pensó.

—Rellénalo y le echaré un ojo, ¿vale?

—Gracias, señor Punjab.

—No te prometo nada, querida. Comprobaré tus referencias y decidiré si eres la persona más cualificada para este puesto.

—Por supuesto, señor.

—Pero igual me guardo esto en mi despacho hasta que tenga oportunidad de echar una ojeada a tu solicitud.

Punjab le quitó el cartelito de se necesita ayudante, lo dobló por la mitad y se lo metió en el dobladillo del delantal.

—Gracias —repitió Marion.

—De nada. ¿Necesitas bolígrafo?

Marion sacó un bolígrafo del bolsillo de una falda casi demasiado corta que le había cogido prestada a Barbara.

—No, señor. Ya tengo.

—Muy bien, pues.

Aún no había acabado de escribir su nombre cuando Punjab volvió con una taza y una jarrita de acero inoxidable llena de café de achicoria humeante, la marca de la casa en Mobile. Le llenó la taza y dejó la jarra en el mostrador. El café era denso, estaba caliente y olía a gloria.

—Si necesitas algo más, me lo pides. Estoy ahí detrás. —Señaló unas puertas dobles abatibles que conducían a la cocina. Se miró el reloj—. Sarah, la jefa de camareras, estará aquí en un minuto, cosa que nos viene de perlas. Ella es la que necesita ayuda.

—Suenan bien, señor.

Punjab palmoteó el mostrador con ambas manos y desapareció entre las puertas.

Marion iba por la tercera taza de café y por la parte de atrás de la solicitud cuando oyó la voz de Sarah Watson desde la puerta.

—Vaya, vaya, ¡mira qué tenemos aquí! —dijo Sarah, y su voz envenenó la atmósfera del comedor.

Marion sintió que el día y su buena fortuna acababan de torcerse. Aquel retaco pelirrojo y chaparro levantó la parte móvil del mostrador, guardó su bolso debajo de la barra y se dirigió hacia el taburete de Marion. Se conocían desde el instituto, de otra vida. Por entonces era una chica grandullona, y ahora todavía lo era más, con la cara llena de pecas, pero no de esas pecas saludables que salen con el sol. Las pecas de Sarah le daban el aspecto de una persona a la que acaba de salpicarle barro un camión que pasa a toda pastilla.

—Hola, Sarah, estás muy bien —mintió Marion.

—Mucho mejor que tú, eso seguro. ¿Cuánto hace? ¿Tres años? Supongo que el rollito estrella del *rock* no se te dio demasiado bien. —Le clavó la mirada en la cara como si contemplase un accidente de tráfico—. Dios mío, ¿qué coño te ha pasado? —le preguntó haciendo una mueca con aquella jeta rechoncha.

—Prefiero no hablar de eso, si no te importa. Solo estoy aquí por el empleo.

—¿En serio? —Sarah cogió la jarra de café y la vació en el fregadero sin preguntarle si había terminado—. Tiene gracia, ¿verdad?

—¿Qué, Sarah? ¿Qué tiene gracia?

—Las cosas de la vida, ¿no? Que las doñas perfectas de tus amigas y tú os pasaseis todo el instituto ignorándome cuando nos cruzábamos por los pasillos, como si no existiese, y ahora aquí estás, pidiéndome algo. Me parece que tiene gracia, nada más.

—Pues sí, graciosísimo.

Sarah le arrebató la solicitud. Después de un minuto haciendo visajes de desagrado, la dejó de nuevo en el mostrador.

—Estás de coña, ¿no? O sea, ya sabes que no hay posibilidad de que Punjab te contrate sabiendo tu historia.

—¿Qué historia? —preguntó Marion en voz baja, paseando involuntariamente la mirada por el comedor vacío.

Sarah se burló de ella y paseó también la mirada por el restaurante; después se apoyó en la barra y dijo también en voz baja:

—Todo el mundo sabe lo tuyo, Marion. La Costa del Golfo entera sabe lo que pasó entre tu padre y tú.

—No es mi padre.

—Lo que tú digas, bonita.

Sarah se cruzó de brazos y la miró de frente tras aquella nariz de cerda salpicada de barro.

—No es que lo diga, es que es la verdad. No pasó nada.

El enfado empezaba a insinuarse en la voz de Marion.

—Eso no es lo que yo he oído.

—Me da igual lo que hayas oído.

—Ni es eso tampoco lo que han oído los demás. ¿Lo de la cara te lo ha hecho tu padre? ¿Habéis tenido una riña de pareja?

—Que te den por culo —le espetó Marion por reflejo. Aquellas palabras cayeron sobre el mostrador como un ladrillo. La mueca burlona de Sarah se retorció en una sonrisa, una sonrisa pecosa y porcina.

—Mira, Marion, te voy a hacer un favor, porque está claro que andas algo perdida y necesitas que te orienten. ¿Sabes el Time-Out que hay en la I-65?

Marion notó el ácido que le subía por la garganta. Luchó por contenerse y no escupirle a Sarah en la cara.

—Veo que sí. Bien. He oído que ahí siempre están buscando chicas como tú. Seguro que incluso tienen un puesto para horas intempestivas en las que esa cara rajada no supondrá ningún problema. O sea, vamos a ser francos: ahí nadie va a fijarse en los ojos de una chica, ¿no? Así que, ¿por qué no coges esa cara horripilante, tus líos familiares y tu coño dado de sí y te vas a hacer lo tuyo donde te toca? Esto es un restaurante. Servimos comida; no contratamos a putas.

Marion vio mentalmente lo que sucedería a continuación. Agarra a Sarah de las greñas pelirrojas y rizadas y le revienta esa sonrisa ladina contra la barra. La nariz le estalla como un tomate maduro, pero ella no lo deja ahí. Sigue golpeándola contra el mostrador de mosaico blanco y negro. Le chilla, brama como una loca que el asqueroso de mierda de su padraastro abusó de ella y casi la viola, que ella fue la puta víctima. Continúa machacándola y machacándola hasta que la cara gorda de la chica no es más que un amasijo pulposo y su cuerpo se queda inerte. Marion deja que resbale hasta el suelo.

Pero eso no es lo que sucedió.

Se limitó a levantarse, se secó los ojos con una servilleta y salió del restaurante.

Punjab oyó sonar la campanilla de la puerta y salió de la cocina.

—¿Adónde va?

—No se estaría planteando contratarla, ¿no?

—Sí que me lo planteaba. Parecía maja. Triste pero maja.

—Bueno, pues entonces, señor Punjab, creo que me merezco un aumento, porque le acabo de hacer el favor de su vida. —Sarah le tendió la solicitud a su jefe y se cruzó de brazos—. Léala —insistió.

Punjab se puso las gafas y leyó la solicitud.

—¿Marion Holly? —dijo un poco pasmado—. ¿La hija de Roy Holly?

—La misma.

Capítulo 17

Marion Holly
Sur de Alabama
1981

1

Las luces del interior del Time-Out Gentlemen's Club peinaron el local trazando sus dibujos de rosa y verde mortalmente diluidos. Aparte de las chicas subidas al escenario, cubiertas de maquillaje color pastel con purpurina, el resto de los presentes parecían hechos de plástico sudoroso y retorcido: versiones carnavalescas de la realidad. Tampoco es que fuesen nada del otro mundo, ni siquiera a la luz del día. La mayor parte de los caballeros que frecuentaban el Time-Out eran conductores de camiones pesados en las últimas tras una maratón de anfetamidas, o maridos obesos de algún condado cercano que trata de pasar desapercibidos con sus gorras de béisbol caladas... Un hatajo de fracasados y degenerados. El lugar olía siempre como el retrete de una gasolinera que hubiesen intentado limpiar con un cubo de perfume barato de Avon, y los cuerpos desaliñados de una decena de hombres grasientos sentados tras las mesas, rascándose y manoseando fajos de billetes de un dólar no es que ayudase.

Marion dejó la bandeja con bebidas encima de un enorme altavoz en la parte trasera del escenario, cerca de los reservados, y observó la barra en busca de vasos vacíos que rellenar. Louis llegaría en breve para hacer aquella larga y deprimente noche algo menos larga y deprimente. Cuando se dio cuenta de que, por una vez, nadie la estaba mirando, metió un dedo bajo la tela del incómodo tanga verde fosforito que llevaba y se lo sacó de la raja del culo. No entendía por qué tenía que llevar aquel puñetero chisme. No servía para nada. Se rascó bien toda la zona que tocaba la costura y se encendió un cigarrillo. Casi se lo había fumado hasta el filtro cuando apareció Louis. El barman, Todd, señaló hacia donde estaba ella y Louis se dirigió hacia allí. Marion tiró la colilla en el suelo de hormigón y la aplastó con los ridículos zapatos de tacón de quince centímetros que la obligaban a llevar.

—¿Qué hay, muchacha?

Louis era uno de los pocos tíos negros a los que permitían pasearse por el Time-Out a sus anchas. El dueño, un tío llamado Bill Cutter, no era muy fan de los «morenitos», pero Louis movía un montón de droga, cristal, maría, heroína incluso, y siempre le caía algo a Cutter por permitirle hacer allí sus trapicheos, así que lo dejaban a su aire.

—Llegas tarde —le dijo Marion.

—Pero aquí estoy. He visto a tu niño en el coche ahí fuera. Eso no mola un pelo, tía. Debería estar en casa o lo que sea.

—No tengo casa. Barb y Tim nos han echado otra vez. ¿A ti qué te importa? No es asunto tuyo.

—A lo mejor no, pero a Cutter no le hará gracia. Como se entere...

—No se enterará si nadie se lo cuenta. El niño está bien ahí fuera. Tiene sus tebeos y unas sobras de *pizza* para cuando se quiera dar un homenaje. Por lo menos, teniéndolo ahí fuera puedo ir a verlo en cuanto puedo en lugar de... —Se calló y miró a aquel hombre garboso con sus pantalones caídos y su camiseta de tirantes apoyado en la pared y se dio cuenta de que aquella conversación no tocaba con aquel tipo—. Pero ¿tú qué pasa, que eres trabajador social? ¿Has venido a juzgarme o a darme lo mío?

—Pues según. ¿Me vas a pagar o quieres que te lo apunte a esa cuenta tan inflada que tienes?

—El viernes te pago.

—Siempre el viernes. ¿Es que aquí la gente no da propinas?

—Ya sabes que las camareras no ganan como las que se suben al escenario.

Señaló a la morena de aspecto triste que lo enseñaba prácticamente todo en la barra del centro del escenario, esforzándose al máximo por amortiguar el estruendo de la canción de los 38 Special bramada por el altavoz e imaginar que estaba en cualquier otra parte.

—Bueno, sabes que hay un par de maneras de solucionarlo —comentó Louis deslizándose un pulgar calloso y negro por la suave curva del hueso de la cadera de Marion. Ella se apartó de inmediato.

—Ya no me dedico a eso.

—No tiene por qué ser en ese plan, chica. Yo puedo ser muy romántico.

—Venga, Louis, ¿me echas una mano o no? Tengo que volver al tajo. O es que sí o es que no. No me marees.

—Coño, Angel, no te pongas así. —Louis se metió una mano en el bolsillo de los tejanos sucios y sacó una bolsita—. Ten —dijo, y se adelantó, le cogió la mano a Marion y le puso un bulto de color tostado en la palma—. No te creas que se me va a olvidar lo que me debes, Angel. Tengo muy buena memoria, y un día vas a tener que pagarle a este. ¿Nos entendemos? —Se agarró la entrepierna

para subrayar lo dicho y deslizó su mirada desde aquella nariz chata suya hasta ella. A Marion no la impresionaba.

—Cobrarás.

—Siempre cobro.

Marion empujó la puerta del servicio de mujeres, pero se dio la vuelta y lo miró.

—Y no me llames Angel.

2

Cerró la puerta y echó el cerrojo. Miró la bolsita que llevaba en la mano y deshizo el nudo con cuidado de no desgarrar el plástico. Pesaba menos de lo que le hubiera gustado, pero le ayudaría a soportar las ocho horas de magreo y zarpas que le quedaban por delante. Y a lo mejor, con un poco de suerte, encontraba a alguien tan desesperado como ella que quisiese un baile privado y así podría salir de aquel agujero y alquilar un cuartucho para ella y el niño durante unos cuantos días. Abrió del todo la bolsa sobre la palma de la mano, cogió un montoncito con la uña rosa postiza del meñique. Se la llevó a la nariz y lo esnifó. Cada vez que lo tomaba le quemaba como un soplete, pero le gustaba. Cada dos por tres se encontraba con cristal que no quemaba y no producía el efecto esperado. La mercancía de Louis siempre estaba en su punto. Se le humedecieron los ojos al instante y el conducto lacrimal izquierdo le chorreó más aún de lo habitual. Arrancó una toalla de papel del dispensador junto al fregadero y se lo enjugó. Siempre llevaba la melena color chocolate echada sobre la cara, por no hablar de la tonelada de maquillaje que se aplicaba para disimular el destrozo y las cicatrices, pero bajo la luz despiadada del fluorescente del cuarto de baño no veía otra cosa que aquello. Sacó otro montoncito de polvo y se lo metió. Más lágrimas. Más enjugarse el ojo. Se echó un vistazo general en el espejo. Conservaba la figura, incluso después del parto. Si acaso, dar a luz le había acentuado aún más unas curvas de vértigo. Ni rastro de estrías. Nada de pezones gigantes. Marion y punto, pero mejorada. Aunque poco importaba. En cuanto la miraban a la cara ya no veían otra cosa. Hizo de nuevo el nudo con cuidado y se guardó la bolsita en el sujetador del biquini casi inexistente que llevaba. A continuación respiró hondo, dobló la cabeza hacia atrás y dejó que el polvo se deslizase garganta abajo. Aquella era su parte favorita. Se dedicó una sonrisa falsa en el espejo y abrió el cerrojo del baño.

Tras localizar la bandeja que había dejado sobre el altavoz, echó un vistazo

al recinto a la caza de la mejor probabilidad para sacarse unos dólares. Se dirigió hacia una mesa ocupada por lo que parecían ser universitarios, veinteañeros melenudos con gorras puestas del revés y logos de equipos de fútbol en las camisetas. El polvo hacía efecto y notaba la confianza que le daba. Aquella mierda la ayudaba a olvidarse de que aquella era su vida.

3

Para cuando la muchedumbre del martes noche se vio reducida a un puñado de habituales, Marion estaba en el tirador de cerveza, masticando la bolsita de cristal que había dejado seca en tiempo récord, charlando con Todd, el barman. Todd era buen chico, atractivo y bien plantado. Le gustaba mirarlo. Aparte de un puñado de tatuajes carcelarios que le asomaban por debajo de las mangas, no parecía estar en su salsa en un lugar como aquel. En forma y bien hecho palmo a palmo, tenía los dientes tan blancos que le brillaban.

—¿Necesitas un trago? —le preguntó al tiempo que ponía un par de vasos de chupito entre ellos.

—Siempre —respondió Marion, que levantó la mirada de los pocos billetes que estaba contando.

Por lo que veía, y teniendo en cuenta lo que llevaba remetido en el tanga, debía de haber hecho unos sesenta pavos, con suerte. Ya podía ir olvidándose de cenar filete.

—Jäger, ¿no?

—Cómo me conoces, Todd.

Todd sirvió aquella bebida alemana verdosa sabor muerte en los vasitos, se los echaron al gaznate a la vez y golpearon la barra con los recipientes vacíos. Aquel ardor no era el que más le agradaba, pero era gratis, y lo gratis era bueno. Todd retiró los vasos y se volvió hacia una bandeja de poliestireno con alitas de pollo que tenía encima del congelador. Mojó una en una especie de salsa blanca y dejó el hueso limpio de un solo bocado. Marion miró la caja de comida e hizo un mohín más que intencionado.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Todd, tapándose la boca llena con una mano—. Tengo una tonelada, no me las voy a acabar ni de coña.

La metanfetamina que se había metido le quitaba cualquier clase de apetito (de hecho, con solo oler aquello ya sentía náuseas), pero no estaba pensando en ella.

—Ah, no, no. Estoy bien. Estaba pensando que mi niño igual sí que tiene

hambre y no puede decirse que hoy me esté haciendo de oro.

Todd se limpió la boca con una servilleta de papel y la tiró a la papelera.

—Ningún problema, yo me encargo. Recuérdamelo antes de marcharte y ya está.

—Eres el mejor, Todd.

—Eso es lo que dicen todas —replicó él con una sonrisa resplandeciente como un foco.

Marion puso los ojos en blanco, pero estaba bastante convencida de que todas le decían eso. Todd ya andaba otra vez ocupado con las alitas cuando el teléfono que colgaba junto a las hileras de botellas a su espalda se encendió. No era el teléfono normal, sino la línea directa con Cutter, metido en su escondrijo. El jefe raramente se dejaba ver en el local. Todd cogió el aparato y se lo aguantó entre la cabeza y el hombro; mientras escuchaba, intentaba separar las alitas de pollo en dos montones. Marion todavía se esperó, con la esperanza de sacarle otro chupito antes de volver a la selva, así que observó a Todd hasta que este se quedó quieto, la miró y dijo algo al teléfono que no acertó a oír. Marion alzó las manos en un gesto mudo de «¿qué pasa?» y Todd terminó colgando.

—Cutter quiere verte en su despacho.

—¿Para qué?

—No sé. No me lo ha contado, pero dice que ahora.

Marion le dio vueltas en la boca a la bolsita de plástico empapada y retiró el taburete de la barra como si se le hubiesen vuelto los huesos de mantequilla. Dobló sus billetes por la mitad, se los embutió en el sujetador del bikini y se abrió paso hacia la trastienda del club, al despacho de Cutter.

4

La trastienda no era más que un trastero reformado. Ni una ventana ni otro asiento que la silla plegable instalada delante del escritorio de Cutter. Aparte de una pila de archivos contra la pared del fondo, un puñado de fotos firmadas de varias *strippers* invitadas «de renombre» pegadas con celo y un cenicero que debería haberse vaciado como hacía cinco años, no había nada más en la habitación salvo el interesado. Cutter no se diferenciaba de cualquiera de los zánganos con los que trataba ella en el local. A lo mejor llevaba ropa más cara, pero tenía la piel igual de agrietada y reseca por el Marlboro que aquellos, y parecía que el pelo negro rizado se lo hubiera remojado en el lavabo de un área de servicio para camiones. Se creía que las gafas de vidrios tintados azules que

llevaba siempre le daban un toque europeo. Marion pensaba que le daban el aspecto del chulo barato que era.

—¿Querías verme, Cutter?

Ni siquiera levantó la mirada del periódico que estaba leyendo.

—Coge tus trastos y largo, Marion.

—¿Qué? ¿Por qué? —Fingió sorpresa, pero sabía a qué se refería antes de que lo dijese.

Ahora la miró.

—¿Qué te dije de traerte niños aquí?

La pose defensiva de Marion se vino abajo.

—Vamos, Cutter...

—No me vengas con esas. La última vez ya te dije que no te trajeses por aquí al niño. Ya tengo suficientes problemas con la poli y con los defensores de la moral que me quieren cerrar el chiringuito como para que se enteren de que tengo un chaval de Primaria en el aparcamiento.

—No tengo otro sitio donde llevármelo.

—No es problema mío, cariño.

—Cutter, dame un respiro... —Marion se apoyó con fuerza en el escritorio con la esperanza de solucionar aquello a base de canalillo. No se dio el caso.

Cutter se puso en pie.

—¿Que te dé un respiro? ¿Estás de coña? Ya te di un respiro al contratarte. Pensé que ese cuerpazo tuyo sería una buena inversión, pero qué va. Te comportas como si nadie tuviese derecho a mirarte siquiera. Sorpresa: esto es un club de *striptease*. Te di un respiro la última vez que pillé a ese mocoso tuyo en el lavabo de caballeros. Se acabaron los respiros. Llevas aquí casi un año y ¿qué has aportado? Nada. Ni clientes habituales, ni dinero. Coño, si me haces perder pasta. Te dedicas a juntarte con los negritos y a meterte por la nariz toda la mierda que puedes. No te creas que nadie se da cuenta de que andas el noventa por ciento del tiempo flipada, haciendo rechinar los dientes y rascándote como una puñetera yonqui. El otro diez por ciento te lo pasas en mi barra mendigando mi bebida. Bebida que pago yo. Estoy harto. No pienso seguir cargando con tu culo y quiero que te vayas. Así que coge tus trastos y lárgate de una puta vez antes de que haga venir a Moose para que te eche a patadas.

Marion no tenía réplica. El asunto estaba zanjado. Lo sabía. Cutter se sentó de nuevo y cogió el periódico como si aquella oveja descarriada, Marion, hubiese dejado de existir. A los pocos minutos, envuelta en un pareo negro y con unas chanclas a juego, Marion estaba en la puerta trasera. Empujó la barra plateada en la que se leía solo en caso de incendio en letras rojas descoloridas. La alarma no funcionaba hacía años, y la puerta metálica se abrió sin dificultad.

Se quedó plantada en la gravilla del aparcamiento detrás del club y se encendió un cigarrillo. Solo le quedaban cuatro en la cajetilla. Por lo menos llevaba calzado cómodo. Aquel pensamiento la hizo sonreír. Era consciente de que aquello era el último residuo del *speed* en su cerebro, que la hacía ver el lado bueno de las cosas, pero que no duraría mucho. Nada duraba demasiado.

Tiró la colilla, atravesó el aparcamiento y miró por la ventanilla trasera del Bonneville hecho caldo que Barb y Tim le habían dado, y vio a su hijo de siete años acurrucado y dormido bajo un montón de ropa suya. Había rasgado las bolsas de basura llenas de cachivaches del asiento trasero para acomodarse. A Marion se le ocurrió que parecía un ángel, un ángel pordiosero. ¿Qué era lo que acababa de pensar acerca de que lo bueno no dura demasiado? Simon era bueno. Él duraría. Lo contempló por unos instantes más y, de repente, aparecieron otro par de ojos en el reflejo de la ventana.

—¿Adónde vas, chavala?

Louis la agarró del hombro y le dio la vuelta con tal fuerza que casi le rompe el cuello, acto seguido la empujó contra el costado trasero del coche.

—Cojones, Louis. Tómatelo con calma.

—Me lo tomaré como me dé la gana —replicó el otro, y le apretó el hombro aún más—. Supongo que no pretenderás ponerte en marcha sin decirme adiós.

—No soy así.

—Bueno, pues entonces ya me contarás. Porque te voy a decir lo que me parece a mí. A mí me parece que ibas a tangarme los doscientos que me debes, y ya te he dicho antes que yo siempre cobro.

—Y yo te he dicho que te pagaré el viernes.

—¿Ah, sí? ¿Cómo me vas a pagar si no tienes trabajo?

—Eso es problema mío, ahora quítame las putas manos de encima.

—Mira, zorra, ¿con quién te crees que estás hablando?

Louis le soltó un puñetazo en el bajo vientre que la hizo doblarse por la mitad. Se apartó y la dejó caer de inmediato en la grava. Mientras boqueaba sin respiración, le arrebató el bolso del hombro y lo vació en el suelo a su lado. Rebuscó entre el maquillaje, trocitos de papel, llaves del coche y monedas y encontró un fajo de billetes doblado cogido con una horquilla rosa para el pelo. Todo billetes de uno y cinco.

—Con esto no te llega —dijo. Se guardó el dinero en el bolsillo y puso a Marion de pie. Ella intentó hablar, pero solo era capaz de resollar en busca de aire—. Supongo que vamos a tener que llegar a otra clase de solución. —Le dio la vuelta y la empujó contra el capó de una Dodge. Ella intentó resistirse mientras intentaba recuperar el aliento, pero Louis le retorció un brazo a la

espalda y le aplastó la cara contra la camioneta mientras trasteaba con el pareo. Detrás de ellos, Todd dejó la bolsa de alitas de pollo que le había prometido a Marion en el suelo y se volvió a meter dentro sin hacer ruido.

—Ya te dije antes que podía ser romántico —dijo Louis después de desprenderse del pareo y del tanga roto—, pero me parece que así es como te gusta a ti, ¿verdad? A ti te va que te den caña, ¿o no?

Marion solo fue capaz de gruñir tres palabras en un susurro:

—No..., eso... no...

Trató de zafarse de sus manos, pero él tiró del brazo de tal manera que creyó que se lo iba a partir.

—Eso es, nena, menéalo —dijo Louis, bajándose la cremallera.

Marion no vio la botella de cerveza al golpear al hombre en la nuca, pero sí al rebotar contra el suelo y oyó el ruido hueco y seco del impacto.

—¡Aaaaah, mierda!

Louis le soltó el brazo y ella se resbaló y cayó en la grava a plomo.

El chico estaba plantado a unos tres metros con otra botella vacía en la mano. Louis todavía estaba viendo las estrellas cuando el niño se la lanzó como un *pitcher* de la liga profesional. No apuntó del todo bien y falló, pero estampó la botella contra el lateral de la camioneta y estalló como una bomba. Una lluvia de cristales marrones saltó y tanto Louis como Marion se taparon la cara.

—¡Apártate de mi mamá! —chilló el niño, y meneó los puñitos alzados como un boxeador.

—Vaya, mira al puto mocososo —dijo Louis frotándose el chichón que empezaba a salirle en la cabeza rapada—. El enano este quiere dárselas de hombre. Ven aquí, enano. Vas a ver lo que un hombre de verdad le hace a una puta que no paga lo que debe.

El chaval no pesaría ni treinta kilos, y era bajito incluso para su edad, pero no se amilanó ni cuando Louis sacó una navaja que refulgió a la luz de la farola. Marion empezó a levantarse para tirársele encima, pero apenas estaba de rodillas cuando la puerta trasera del club se abrió de golpe y Moose, el gorila, un matón de ciento cuarenta kilos con unas mandíbulas de bullmastiff, irrumpió en el aparcamiento. Todd venía detrás y, para rematar, el mismísimo Cutter con una escopeta de repetición manual.

—¿Qué cojones está pasando aquí? —vociferó Cutter.

Louis se guardó la navaja en los pantalones de nuevo y enseñó las manos.

—Esta zorra me debe pasta, tío.

—Bueno, pues yo no. Así que largo de mi propiedad.

Louis tenía claro que no había que morder la mano que le daba de comer, así que ni siquiera se molestó en replicar.

—De mil amores, Cutter, de mil amores. —Le sonrió al chavalín, que todavía estaba con los puños en alto, y se burló de Marion—: Nuestra cita nocturna sigue en pie, nenita. Ya nos veremos.

Dicho esto, se escabulló entre una hilera de coches y desapareció. Una vez lejos la amenaza, el chico corrió hacia su madre y casi vuelve a tirarla al suelo. La rodeó con aquellas piernecillas delgaduchas y Marion se clavó trozos de grava y piedras en las piernas y el culo al aire. Cutter gritó algo más, algo sobre que no volviese a asomar aquella cara asquerosa por allí, pero lo único que oía ella era el llanto de Simon en el oído.

—Lo siento, mami.

—No lo sientas, cariño. No lo sientas jamás. Nos va a ir bien. Te lo prometo. Nos va a ir bien.

Capítulo 18

Simon Holly
2012

El agente Holly estaba delante de la máquina expendedora del hospital con el teléfono en una oreja y una hoja de libreta arrancada bajo el brazo. Llevaba más de veinticuatro horas sin dormir y necesitaba cafeína. Mientras el teléfono sonaba, se buscó un billete en los pantalones y lo sacó. Lo insertó en la máquina y pulsó el botón de la Coca-Cola *light*. Nada.

El teléfono dejó de sonar y una voz ronca respondió.

—Aquí Montgomery.

Holly se pasó el teléfono a la otra oreja.

—Ey, ¿qué hay, agente Montgomery? Soy Simon Holly, de la policía de Mobile. Nos conocimos en el caso Fisher. El de...

—Sé quién es usted, hijo. Su labor policial fue bien fina allí.

—Gracias, señor. No me habría sido posible sin la ayuda que me brindó su comisaría.

—Me alegra que fuésemos de ayuda. ¿Qué puedo hacer por usted, agente?

Holly se sacó de debajo del brazo la hoja de libreta doblada y la desplegó. También le propinó un golpe a la máquina, que se le había tragado el dinero. No pasó nada.

—Pues quería ver si podía facilitarle un nombre para que lo comprobase su personal. Estoy trabajando en algo y me está costando un poco dar con lo que busco.

—¿Por qué me llama a mí? ¿No tiene acceso a las bases de datos desde su departamento?

—Bueno, debería, pero después del caso Fisher no soy, que digamos, la persona más popular de por aquí, no sé si me entiende.

—¿A los de arriba no les hace gracia que los novatos resuelvan sus casos importantes?

—Exacto, señor.

—Bueno, pues que les den por el culo. Si está usted investigando un caso

no deberían ponerle cortapisas. ¿Quién está al cargo allí?

—A eso voy, señor. No es un caso. Es personal.

—Ya veo.

La línea quedó muda por unos instantes, y Holly volvió a golpear la máquina expendedora. Nada. Un enfermero, que más bien parecía un guardia de seguridad con bata, lo miró y ladeó la cabeza.

—Bueno, ¿qué tiene, de entrada?

—Un nombre. Pepé Ramirez.

—Deletrémelo, por favor.

El enfermero alto se acercó a Holly y lo sorprendió al ponerle una mano en el hombro.

—Disculpe, caballero.

Holly le dio la espalda, ignorándolo, y deletreó el nombre.

—Es un chulo barato, el tal Ramirez, un pandillero por ahí por Jacksonville, Florida. Solo necesito echarle un ojo a su expediente. Será viejo. Seguramente ande en la sesentena, si es que sigue vivo. Creo que así podrá hacer criba si le aparece más de uno.

El enfermero se puso delante de Holly de nuevo.

—Disculpe, caballero —repitió con más vehemencia.

Holly tapó un extremo del teléfono.

—Tío, que te den. Es una máquina de Coca-Cola, nada más.

El enfermero miró la máquina y arqueó las cejas. Holly volvió a presentarle la espalda.

—Veré qué puedo hacer, Holly —dijo Montgomery—. Deme un número donde pueda localizarlo.

El enfermero se puso delante de Holly por tercera vez.

—Señor Holly.

—¿Qué? —Holly tapaba de nuevo el teléfono.

—Ha llegado la hora.

—¿La hora de qué?

—Ha llegado la hora —repitió el enfermero, aunque con más suavidad y conmovido—. Hemos estado buscándolo. ¿No ha oído el busca?

Holly colgó.

En pocos segundos estaba de nuevo en el ala de enfermos terminales, donde su madre seguía conectada a los monitores. Antes de entrar supo que llegaba demasiado tarde. Alrededor de la cama se congregaban médicos y personal diverso, y los pitidos y zumbidos de las máquinas de monitorización que habían invadido su cabeza durante las últimas veinticuatro horas callaban dolorosamente. Al verlo en la puerta, la concurrencia le abrió paso para que

entrarse. Le pesaban los pies como si fuesen de plomo, cada paso le resultaba más pesado que el anterior. Tenía la mano de un médico en el hombro. Las miradas de solidaridad le robaban el oxígeno de los pulmones.

—Se ha ido, hijo —le informó el médico.

—Yo... estaba llamando por teléfono... —dijo Holly, incapaz de acertar con otra cosa.

El médico hizo salir a todos y Holly se sentó en el borde de la cama de su madre. Le cogió una mano y se la llevó a la cara. La frialdad de sus dedos le atravesó el pecho con la revelación de lo que acababa de suceder y se echó a llorar. Lloró entre gimoteos..., gimoteos de niño. Le pasó la mano por la cara y dejó que sus dedos explorasen la cicatriz que le cruzaba la mejilla. Nunca le permitía tocársela. Siempre se apartaba, avergonzada. A él le parecía bonita. Consideraba que todo lo que tenía que ver con ella era bonito. Aún más en aquel momento, cuando la tristeza se había extinguido, como si se hubiera evaporado con su último aliento. Apoyó la cabeza en su pecho y cerró los ojos. Se quedó así minutos u horas, a saber.

Otra mano en el hombro.

—Lo acompaño en el sentimiento —dijo una voz tras él.

Holly alzó la cabeza pero no miró al cura del hospital, que se había presentado para consolarlo. Contempló la composición en blanco y negro formada por una serie de libretas desparramadas por el suelo y amontonadas en la silla de al lado de la cama. Las había traído él del apartamento que le compró a su madre para leerlas mientras se le iba muriendo. Hasta aquel día no sabía que su madre llevaba un diario. Hasta aquel día había un montón de cosas que no sabía. No sabía que la hepatitis C provoca cáncer de hígado. Ni que te podía matar así de rápido. No sabía que su madre se lo había estado ocultando. Debía de haber empezado a escribir aquellos diarios cuando se puso enferma. Se leía como una tragedia griega. Todas y cada una de las cosas horribles por las que pasó y ni una sola palabra de arrepentimiento por haber tenido a Simon. Ni siquiera cuando habían tenido que dormir en coches abandonados, ni cuando se pasaban días sin comer. Todo comenzó en Jacksonville, con el tal Pepé y la noche que la rajaron. Por la parte superior de uno de los diarios que aún no había leído vio asomar un trozo de fotografía que hacía las veces de punto de lectura. Se incorporó en la silla y se obligó a ponerse en pie.

—Si no es buen momento, señor Holly, o si mi presencia lo incomoda, puedo marcharme. Tal vez podría volver más tarde —dijo el cura, retrocediendo para dejarle sitio a Holly.

—Agente —dijo Holly.

—¿Disculpe? —preguntó el anciano sacerdote llevándose una biblia forrada

en cuero al pecho.

—Agente Holly.

Cogió la fotografía de entre las páginas de la libreta.

—Por supuesto —dijo el cura.

Holly miró la foto en la que aparecía con su madre en la feria de Mobile County cuando era niño. Se acordaba de haber tenido que dormir en el bosque aquella noche y de cómo ella lo apretujaba contra su pecho cálido para que no temblase. No era capaz de detener las lágrimas que le chorreaban por las mejillas descarnadas. Volvió a sentarse en la cama junto a su madre.

—Si decide que necesita hablar con alguien sobre el fallecimiento de Marion, siempre estoy disponible. Mi despacho está a solo cuatro puertas a mano izquierda. Le dejo mi tarjeta aquí en la silla.

Holly no respondió ni se dio la vuelta. Cuando el cura se hubo marchado, dejó la foto en la almohada y se guardó en el bolsillo un frasco de calmantes de una mesa. Claro que quería hablar de la muerte de Marion, pero no con aquel chupacirios funcionario del hospital. Se sacó del bolsillo la hoja doblada y miró el nombre que había rodeado con un círculo. Quería hablar con una persona muy distinta.

Capítulo 19

Pepé Ramirez
Panama City, Florida
2014

La luz de los faros atravesó las cortinas de poliéster. El crujido de la grava del exterior mezclado con la música mariachi a todo volumen anunció que el dueño de la caravana regresaba a casa. El enmascarado respiró hondo varias veces y se hundió aún más en la poltrona de cuero de imitación. Acarició el cañón de la Glock 17 que tenía en el regazo y rebajó sus pulsaciones a un ritmo sereno y relajado.

El dueño de la caravana entró a trompicones por la puerta en el recinto oscuro, un ciclón de ruido y peste a marihuana, un olor dulzón y terroso que se pegaba a todo lo que tocaba como cera derretida. El rufián era un gánster de la vieja escuela. Sus tatuajes lo identificaban como *latin king*. Llevaba unos chinos color caqui caídos muy por debajo de las nalgas, que dejaban al descubierto casi tres centímetros del bóxer color azul claro, y una camiseta de tirantes tan fina que se le transparentaban todos los músculos. También llevaba una pistola negra enorme metida en la delantera del pantalón. Que el peso del arma no hiciese que se le cayeran los pantalones era todo un misterio.

El viejo pandillero se abrió paso por la cocina y tiró de la cadena de una lámpara atornillada en la pared que iluminó toda la estancia. Los ojos del enmascarado se adaptaron a la luz y vio al objetivo, que se sacaba el pistolón de los calzones y lo dejaba en la mesa de la cocina.

Una puta Magnum calibre .44.

Aquel tío se creía el Harry el Sucio mexicano. El enmascarado se permitió una sonrisa. De esas no tenía ninguna. Dejó que el gánster abriese y cerrase unas cuantas veces la nevera, a la espera de que apareciera algo nuevo, antes de decidirse por una botella medio vacía de Moctezuma. Se pimpló prácticamente tres dedos y se apoyó en la encimera para mantener el equilibrio. Cuando se volvió para hacer una tentativa de llegar al dormitorio, advirtió la presencia del hombre de la máscara sentado en la poltrona del salón. También advirtió la

Glock 17 en su regazo. El enmascarado sonrió bajo el pasamontañas y observó el semblante del viejo, que se ponía solemne mientras valoraba las posibilidades de fuga: «¿Me da tiempo a llegar a la mesa a por mi pistola antes de que este intruso coja la suya del regazo? ¿Cuántos pasos tengo hasta la puerta? ¿Me da tiempo a abalanzarme sobre él antes de que dispare? ¿Mis chicos están todavía ahí fuera fumados perdidos?». Finalmente decidió calmarse y salir del paso a base de labia.

—Si has venido a matarme, mejor que te des prisa. Pero prepárate para que te persigan por las calles como a un puto perro. Tengo contactos, casas. Me respetan por toda la costa, de una punta a otra. ¿Estás listo para tantos quebraderos de cabeza, blanquito?

El hombre de la máscara descruzó las piernas, cogió la pistola y la sostuvo apuntando más o menos a su presa.

—Pepé, discúlpame si no me impresiona el fanfarroneo de un viejo gánster sudaca que vive en una caravana de aluminio en medio de un descampado para botellones. ¿Vas a llamar a una panda de violadores de fraternidad universitaria para que me lancen sus chequeras?

Pepé oyó su nombre. No era una cuestión de azar. Ojeó el pistolón encima de la mesa. Un metro escaso, pero como si fuese el Gran Cañón, lo mismo. El de la máscara meneó su arma.

—No te conviene hacer eso, yayo. Cuando la vayas a tocar, Pepé Ramirez no será más que un amasijo de tatuajes cutres y gelatina de frambuesa. Además, ¿no quieres saber quién soy ni por qué estoy aquí con mi propio pistolón de tío chungo?

—Que te jodan, tío.

El agente Holly suspiró y se quitó la máscara.

—Ya, supongo que tienes razón. Que me jodan. Seguro que tienes una lista larguísima de tíos que quieren asesinarte. Podría ser cualquiera.

—¿Por qué no dejas de hablar y lo haces ya?

—¿Por qué no te sientas?

Holly se levantó sin dejar de encañonar a su presa y se encaminó hacia el rincón del desayuno. Pepé vaciló, pero se sentó.

—Mira, voy a sacar esto de la ecuación y así nos centramos. —Holly cogió la pistola del otro y la tiró a la poltrona. La última pizca de esperanza se diluyó en los ojos de Pepé y, mientras aquel chisme pesado y metálico rebotaba en la butaca de caoba, ya solo quedaron un par de cuencas vacías y muertas—. La verdad es que lo mismo da quién soy. No estoy aquí por mí. —Holly se sacó una pequeña fotografía del bolsillo de su cazadora negra y la colocó sobre la mesa, delante de Pepé—. Estoy aquí por ella.

Pepé no la miró. Se limitó a clavar la mirada en los ojos del hombre de la pistola.

—¿Te acuerdas de ella?

Pepé clavó aún más la mirada en Holly. Este se la sostuvo y se inclinó hacia delante.

—Mira la foto antes de que te meta una bala en las putas rodillas.

Miró la foto de una mujer sentada en la hierba con un niño pequeño. La examinó de cerca y terminó soltando un gargajo encima. Holly actuó visto y no visto. Un fogonazo blanco cegó a Pepé al recibir un golpetazo con la Glock. Pepé estaba acostumbrado al dolor, pero hacía mucho que no lo experimentaba. Desde que había abandonado el trapicheo. Lo derribó.

—Vale, tío. Joder. ¿Qué coño quieres?

Holly le levantó la cabeza agarrándolo del pelo grasiento claramente teñido de negro. El viejo chilló.

—¡Au! Cojones, tranqui. ¿Qué quieres?

Holly lo soltó y cogió la foto.

—Te he hecho una pregunta, maleducado de las pelotas.

—¿Qué? ¿Qué puta pregunta me has hecho?

Holly le puso la foto a medio centímetro de la cara.

—Te he preguntado que si te acordabas de esta chica.

Pepé volvió a mirar.

—Es como tantas otras putas que he tenido.

Holly le apretó el cañón de la pistola contra la frente con fuerza suficiente como para dejarle una marca. Colocó de nuevo la fotografía en la mesa y habló con serenidad.

—Esta es tu última oportunidad, amigo. Compórtate con un poco de respeto y responde a lo que te pregunto y a lo mejor sales de esta con vida.

Pepé tragó saliva y sangre.

—¿A quién coño quieres engañar? Lo mismo da si te respondo o no, y lo sabes. Llego aquí. Te veo sentado en mi silla, en mi casa. Ni siquiera llevas la pistola en la mano. Ahí sentado como si nada. Como si fuésemos coleguitas. Con esa máscara que se supone que tiene que esconder algo, pero que no te tapa los ojos. Tienes ojos de asesino, colega. Eres un puto asesino lo mires por donde lo mires. Igual que yo, tío.

—En eso te equivocas, viejo. Ni de coña soy como tú.

Pepé sonrió con los dientes rotos y sangrantes.

—Yo digo que somos iguales, blanquito. Así que venga. Aprieta el gatillo. No me da miedo morir. Ya charlaremos en la otra vida, blanquito de mierda. De eso puedes estar seguro.

—¿Así que podemos decir que no quieres contarme nada de Angel?

—¿De quién?

—La chica de la foto. Tú le pusiste Angel de nombre.

—Eso es, eso es. Así es como llamo a mi polla. La misma polla que tu madre se comía antes de que yo...

Holly le dio otro trompazo con la pistola. Esta vez más fuerte. El cuello se le torció y se derrumbó en la silla. Holly lo agarró del pelo y lo atrajo hacia sí. El pandillero jubilado babeaba sangre por la barbilla y se manchaba la pechera de la camiseta.

—Agggh..., mátame ya... —dijo con la boca partida.

—Todavía no, Pepé. Quiero que hables con una persona. —Le soltó y se sacó el móvil. Marcó un número y se llevó el teléfono a la oreja. Cuando respondieron, puso el manos libres y lo dejó encima de la mesa, junto a la foto. Se oyó una voz infantil hablando en un español frenético. Toda la fachada de Pepé se desmoronó y fue sustituida por el pánico. Respondió al teléfono a gritos en español. Holly tocó el móvil y colgó—. Carlos es el hijo de tu hermana, ¿verdad? Por él dejaste los chanchullos y te reubicaste en la Ciudad de las Tetas. Es un chico muy majó. ¿Cuántos años tiene...?, ¿nueve?

Pepé replicó con desprecio:

—Te voy a matar, blanquito de los huevos.

—No, Pepé, no me vas a matar. Pero, si me cuentas lo que quiero saber, impediré que un amigo mío ahogue a tu sobrino en la bañera de un motel.

Pepé intentó ponerse en pie y abalanzarse hacia Holly. Este lo tumbó con facilidad.

No le quedaba otra posibilidad que suplicar.

—Por favor, no le haga daño al chico. Mi hermana se moriría. No tiene a nadie más en el mundo.

—Entonces cuéntame. Una conversación, luego llamo a mi amigo y cada uno por su lado tan contento.

Pepé se dejó caer en la silla, derrotado. Miró la fotografía encima de la mesa.

—No la conozco, tío. He llevado a un montón de chicas. Hace mucho de eso.

—Fíjate bien. Por entonces igual tenía el pelo rubio. Le rajaron la cara a lo bestia.

Pepé se inclinó más sobre la foto de nuevo, luego miró a Holly.

—Ya, ahora sí me acuerdo. Angel. ¿Qué pasa con ella?

—¿Te acuerdas de la noche que la rajaron?

—Pues sí, fue un putero. El hijo de puta la rajó pero bien. La eché a la calle.

Ya no me servía para nada. Pero yo no le hice esa cabronada, tío; yo la ayudé. La curé después de que pasase aquello.

—¿Quién era el cliente?

—No sé; tío, no lo tengo recopilado en un archivo.

Holly se recostó contra la nevera.

—¿Por qué no te vengaste? ¿Acaso dejabas que los clientes te estropearan la mercancía así como así?

—Ni de coña, no. Lo intenté, pero el tío tenía bien cubiertas las espaldas.

Pepé apoyó la frente en las manos.

—¿Quién se las cubría?

Quedaba claro que Pepé había dejado de resistirse.

—El inglés.

—Necesito un nombre de verdad, Pepé.

Pepé estaba allí sentado, con la cabeza entre las manos. Holly dio unos golpecitos en la mesa con el cañón de la pistola.

—Piensa en el pequeño Carlos.

Pepé alzó la vista.

—Se llama Wilcombe. Oscar Wilcombe.

—¿Quién es?

—No conozco a ese hijoputa. Un blanco rico con el que hacía muchos tratos. Siempre andaba pidiéndome chicas para fiestas. Para entretener a otros blancos ricos. El tío que rajó a tu chica era un VIP para Wilcombe.

—Wilcombe. —Holly paladeó el nombre—. ¿Y el tal Wilcombe te resarcíó?

—¿A qué te refieres, tío? Ya te he contado lo que pasó. Llama a tu chico y dile que deje a mi sobrino.

—Me refiero a si te pagó por los desperfectos ocasionados.

—No me acuerdo, colega.

—Sí te acuerdas. ¿Te pagó o no?

—Mierda, tío, pues sí. Pues sí. Me pagó doscientos cincuenta pavos.

—¿Doscientos cincuenta dólares para compensarlo? ¿Dejaste que el putero se fuese de rositas por doscientos cincuenta dólares?

—Pues sí, tío. Eran negocios. Nada más. Ahora llama a tu chico. Que deje a mi sobrino. —Te lo voy a preguntar una vez más: ¿cómo se llamaba el putero?

—Te lo he dicho: no me acuerdo.

—No, qué va. Has dicho que no sabías quién era. Ahora me dices que no te acuerdas. Hay una diferencia.

—Tócate los cojones, tío. Hace mucho tiempo. Llama a tu colega ya.

—No. Todavía no. Hay algo que sigue sin cuadrarme. Si el tal Wilcombe

únicamente te pagó doscientos cincuenta para que te retirases, eso quiere decir que hay más tela que cortar. Con esa pasta solo te llegaría para compensarte por una de tus putas de tercera, igual, pero no por una como esta. —Le dio unos golpecitos con el extremo de la Glock a la foto de su madre—. Esta te debía de dar esa pasta en unas cuantas semanas. Esta era un filón, recién salida del autobús. ¿Todavía no habías empezado siquiera a moverla cuando un gilipollas va y te la raja en un motel y se larga de rositas por menos de trescientos pavos? Ni de coña. ¿Por qué dejaste que al inglesito le saliese tan barato?

—Tú y yo llamamos barato a cosas distintas, blanquito.

Holly le clavó el cañón de la pistola en un ojo y el mexicano gimió de dolor.

—No estoy para vaciles, Pepé. Vamos a ver, otra vez: ¿por qué tan barato?

Pepé se limpió la sangre que empezó a chorrearle del ojo.

—Vale —prosiguió Holly—, permíteme. Voy a lanzar hipótesis, simplemente, así que eres libre de corregirme sobre la marcha si me equivoco, pero se me ocurre que el tipo del motel era un pez demasiado gordo como para que tú te lo comieses, y el inglés de las pelotas lo sabía, así que te pagó lo que le pareció y tú aún te diste con un canto en los dientes. ¿Fue así o no?

Pepé permaneció en silencio.

—Es tu última oportunidad para contármelo todo, Pepé, o agarro el teléfono y tu pequeño Carlos...

—Burroughs —dijo Pepé.

Holly repitió lentamente.

—¿Burroughs?

—Eso es. Un cacique de por ahí por Georgia. Yo ni siquiera sabía que tuviesen caciques por ahí arriba. Un hijo de puta de las montañas. Estaba demasiado bien protegido como para mandarle a mis chicos, así que lo dejé pasar. Me lo comí con patatas.

—¿Y se llamaba Burroughs?

—Eso es.

—¿Seguro?

—Pues sí, segurísimo, y no sé nada más.

Los dos hombres se quedaron allí frente a frente, sentados a la mesa del desayuno, durante unos minutos, mientras Holly contemplaba al otro por si aún tuviese algo que añadir.

—Me parece que te creo, viejo —terminó diciendo.

Pepé cerró los ojos, bajó la cabeza y dio la impresión de que se ponía a rezar.

Holly negó lentamente con la cabeza de lado a lado y cogió el teléfono.

Pulsó rellamada y se lo llevó a la oreja.

—Devuélvele el crío a su madre —dijo, cortó y se guardó el móvil en el bolsillo.

—Hazlo ya —dijo Pepé sin abrir los ojos.

No tuvo que repetirlo. Holly levantó la Glock y le disparó dos veces en el pecho y una en el cuello.

Capítulo 20

Oscar Wilcombe
Jacksonville, Florida
2015

1

El despacho era pequeño, más pequeño de lo que el agente Holly se esperaba. Por el cuarto había diseminadas revistas y parafernalia diversa para entusiastas de las motos. El mobiliario era bonito, pero no más de la cuenta. Los cuadros de las paredes eran copias baratas litografiadas de originales mucho más caros, y el café de la máquina de la entrada no era mejor que el de cualquier chiringuito (tal vez incluso peor). Dejó el café en la mesa de la sala de espera y hojeó un número de *Cycle World* mientras fingía no mirar lo único que merecía atención en aquel sitio, la belleza de melena azabache sentada tras el escritorio de recepción. Le echaba unos treinta y tantos, más cerca de los treinta y seis que de los treinta y cuatro, pero en la cara no se advertía ni rastro del trayecto. Labios tremendos pintados del color de una manzana bañada en caramelo, turgentes bajo una nariz bien tallada y unos ojos oscuros, casi azul marino. Tenía fotos suyas en el archivo que estaba acumulando sobre Wilcombe, pero verla en persona lo había dejado mudo.

Un armario empotrado calvo y enfundado en tejano de la cabeza a los pies salió del despacho situado detrás de Bianca Wilcombe y le susurró algo al oído. Se sonrieron educadamente y el hombre se marchó, no sin dirigirle una mirada torva a Holly de camino a la puerta. Holly le guiñó un ojo y tomó nota de los detalles. Se guardó la cara del hombre en la memoria.

—¿Señor Holly? El señor Wilcombe ya puede atenderlo.

—Gracias.

Dejó la revista en la mesa, se puso en pie y pasó por delante de Bianca en dirección a la puerta del despacho. Pensó que ojalá la mujer le sonriese como a aquel gigante en tejanos. Pero no. Ni lo miró.

—Agente Holly, siento haberlo hecho esperar. De saber que venía usted habría despejado mi agenda.

Oscar Wilcombe se acercaba a la setentena y nada lo disimulaba. El cuerpo escuálido se le encorvaba al caminar y en algún momento le había desaparecido el cuello. Parecía que la cabeza le brotase más bien de entre los hombros, como si fuese un híbrido de tortuga y humano. El traje gris le sentaba como si siguiese colgado en la percha, y el pelo había quedado reducido a un puñado de grises supervivientes peinados para tapar, en vano, la calva de una manera que hasta él debía de ser consciente de que resultaba ridícula. Le tendió una mano frágil y delgada, y Holly la estrechó con cuidado de no rompérsela.

—Bueno, ya sabe cómo somos los federales. Nos gusta tener a la gente en ascuas. Si le llego a avisar de que venía, le habría dado tiempo a prepararse.

Wilcombe lo miró con los ojos entrecerrados tras las gafas de montura metálica.

—¿Acaso necesito tiempo para prepararme?

—Eso está por ver.

Wilcombe se volvió a su escritorio y se sentó. Le hizo una seña a Holly para que tomase asiento en la butaca que tenía delante.

—¿De qué va todo esto, señor Holly?

—Agente.

—¿Eh? —El viejo volvió a echarle una mirada suspicaz.

—Agente Holly, no señor. Acuérdesse, porque no quiero que se confunda sobre la importancia de la conversación que vamos a mantener.

—Mmmm, vale. —Se echó hacia atrás y posó los dedos en el regazo.

—Claro, al ser yo un agente federal, lo que estoy a punto de decirle tiene un poco más de peso, ¿me entiende?

—Supongo que sí.

—Detesto esa palabra.

—¿Qué palabra?

—Supongo. O sí o no. Es una palabra pretenciosa que la gente usa por pura pretenciosidad. ¿Está intentando usted ser pretencioso, señor Wilcombe?

Wilcombe cambió de postura en la silla y se recolocó las gafas.

—Agente Holly, me temo que voy a tener que preguntarle de nuevo de qué va todo esto.

—Eso está bien —comentó Holly, y sonrió de oreja a oreja.

Wilcombe se quedó desconcertado.

—¿El qué está bien?

—Que tema. Yo en su lugar también temería.

—¿Y en qué lugar estoy?

Holly se sacó la placa del bolsillo delantero de la cazadora y la depositó en la mesa de Wilcombe. Abrió la carterita de cuero y giró la identificación para que el viejo pudiera leerla.

—¿Lo lee bien?

Wilcombe se inclinó y examinó las credenciales, pero sin tocarlas.

—Dice ATF, Departamento de Alcohol, Tabaco, Armas de Fuego y Explosivos. De modo que es comprensible que se esté meando en los pañales por tenerme aquí sentado en su despachito. Es decir, teniendo en cuenta que se gana usted la vida vendiendo armas de fuego ilegales. —Y le dio unos golpecitos a la «F» de la inscripción.

Wilcombe se esforzó en parecer indignado.

—No tengo ni idea de lo que...

—Alto ahí, viejo. No me suelte el sermón de no tengo ni idea de lo que me habla. Lo sé todo: to-do.

—De verdad que no tengo ni idea de lo que me habla.

Holly negó con la cabeza y respiró hondo. Soltó el aire despacio.

—Vale. Este es el trato. Esa frase, precisamente la frase que le he pedido que no pronunciase, es la última mentira que me cuenta. En adelante vamos a hablar con franqueza; es más: con honestidad. De lo contrario me levanto, gracias por su tiempo, salgo fuera, y le doy a mi gente el OK para que entre en la fábrica de Jacksonville y le dé un buen repaso al ala este. Luego llamaré a los equipos que tengo en Tampa, esperando en el 1121 de Maple Springs, para que hagan una redada en esa otra fábrica de armas también. La de Pensacola no está activa ahora mismo, pero seguro que el almacén lo tienen hasta los topes de rifles de asalto esperando en cajas para salir rumbo a Atlanta.

La indignación de Wilcombe se disipó, pero Holly no le dio respiro:

—Las siete casas de putas que tiene diseminadas por buena parte de este estado y las remesas de piezas armamentísticas y de metilamina pura que recibe en su almacén del puerto de Tampa tendrán que esperar, pero apuesto a que a mis chicos, con ayuda de la gente de Aduanas y del FBI, les va a tocar el gordo con eso.

Wilcombe estaba pálido, y una leve capa de sudor empezaba a aflorar sobre la piel finísima de su frente. Holly sonrió.

—Está claro que esto es un malentendido.

—No-no-no —dijo Holly blandiendo un dedo—. ¿Qué acabo de decir sobre mentirme?

Wilcombe se recompuso y pensó antes de hablar de nuevo.

—¿Por qué ha venido?

—Pensaba que eso ya había quedado claro. Usted es un tratante de armas de mierda. Yo enchirono a tratantes de armas de mierda. Somos tal para cual.

—Permítame que reformule mi pregunta. Si ya sabe todo eso sobre mí (sobre mis negocios), y la ATF está plantada en la puerta de todos esos sitios que acaba de mencionar, entonces insisto: ¿por qué ha venido? ¿Por qué esta oficina no está hasta arriba de agentes para detenerme? ¿A qué esperan?

—Es usted astuto, ¿eh? Pero ya imagino que debe de serlo para mantener este tinglado durante tanto tiempo sin ensuciarse lo más mínimo. Aunque eso ya es cosa del pasado.

—Doy por hecho que me va a ofrecer un trato.

—Mírese. Le da usted bien al coco, ¿eh?

—¿Qué quiere, agente Holly?

La sonrisa de Holly se esfumó. Se sacó la cartera de los pantalones y la abrió. Extrajo una fotografía casi hecha trizas de una mujer tapándose un lado de la cara sentada en la hierba con un niño moreno. Miró un momento la foto, luego la dejó en el escritorio junto a la placa y la identificación.

Wilcombe observó la fotografía.

—¿Qué es esto?

—Es una foto.

El otro dio un respingo.

—Eso ya lo veo. ¿Se supone que tengo que conocer a los que salen en esta foto?

—Se supone que sí, pero seguro que no. La gente como usted jode tantísimas vidas que igual es más fácil olvidarlas que llevar la cuenta.

Wilcombe endureció el gesto como si lo acabasen de abofetear. No estaba acostumbrado a verse en desventaja. No volvió a mirar la foto.

—Me ha preguntado usted qué es lo que quiero. Esto es lo que quiero —dijo Holly dándole un golpecito a la foto—. Pero no la voy a recuperar por culpa de usted y de esos putos bestias con los que trabaja en el estado de los melocotones.

Wilcombe le dedicó otra ojeada intensa, se quitó las gafas y las colocó en la mesa. Esperó a que acabase.

—Quiero que me cuente todo lo que sepa de la familia Burroughs. Ya sé mucho, pero quiero comparar informaciones. Quiero conocer todos y cada uno de los detalles de sus negocios con ellos. Tiempos. Fechas. Dinero. Todo. Quiero saber con cuál de los hermanos tiene un trato más directo, con Grizzly Adams o con el poli ful. Quiero que se deje los huevos para explicarme hasta el trato más insignificante que haya hecho con ellos en los últimos cuarenta años, y no me

pienso marchar hasta que lo haya oído todo.

—¿Y qué tiene pensado hacer luego con esa información?

—¿En serio se supone que voy a responder yo a sus preguntas? Menudas pelotas tiene.

Wilcombe cogió la fotografía y la examinó más de cerca. Se le suavizó el semblante.

—Es una cuestión personal.

—Sí, lo es.

—El crío de la foto es usted, ¿verdad?

—Salgo mono, ¿eh?

—¿Y la mujer que está con usted es su madre?

—Era. Ahora está muerta.

—Lo acompaño en el sentimiento. Soy sensible a los lazos familiares, agente Holly.

—¿Ah, sí? ¿Como el lazo que lo une con su hija, la de ahí fuera? —Señaló hacia la recepción con el pulgar. Wilcombe pareció hasta cierto punto sorprendido—. ¿Después de todo lo que le he contado le sorprende que esté al tanto de algo tan evidente como que esa tía buena es su hija?

—Le voy a pedir que vigile cómo habla de mi hija, agente Holly.

—Le voy a pedir que se vaya a tomar por culo. No está usted en posición de exigir nada. Igual debería salir ahí a contarle a su querida Bianca que su papá es un asqueroso traficante de armas. Apuesto a que le encantaría enterarse de cómo les proporciona mujeres a los criminales de sus compinches. Me pregunto qué clase de lazos familiares mantendría entonces. —Holly se calló y se rascó la cabeza—. ¿Acaso no se encarga ella de su contabilidad? Me pregunto cómo es posible que no se haya dado cuenta de que algo huele raro, después de tanto tiempo, ¿no? Debe de estar en el ajo. Me pregunto cómo le quedará el mono naranja a ese pedazo de tía.

—Ella no tiene nada que ver con esto. Déjela al margen.

—Eso depende de usted. Haga lo que yo le diga a partir de ahora y ella no se enterará de nada. Seguirá creyendo que su papá es un anciano entrañable al que le encantan las motos, y usted puede ir a morirse de viejo donde le dé la gana mientras ella le coge la mano. Algo que, para que conste, mi madre no tuvo.

—Yo a su madre no la conozco.

—No directamente. Se la regaló a Gareth Burroughs la noche de su primera reunión. Llamó a un cabrón sudaca llamado Pepé Ramirez que, a su vez, se la entregó a ese patán, que la violó, le dio una paliza y terminó rajándole la cara.

Holly se había puesto en pie, pero Wilcombe no lo miraba a los ojos. La

indignación legítima tiene ese efecto.

—No..., no sabía nada de eso.

El descarado de aquella mentira le hizo arder la cara entera a Simon, pero no lo demostró. No era hora de jugar aquella baza. Dejó que Wilcombe creyese que lo engañaba.

—Y por eso sigue usted vivo. Aunque de Pepé no puede decirse lo mismo.

—¿Sabe que Gareth Burroughs murió hace unos cuantos años?

—Y que le den bien por el culo. Ojalá lo hubiese matado una bala mía, pero los pecados del padre tienen raíces profundas. Lazos familiares, ¿no? Los quiero a todos.

—Y, si le cuento todo lo que quiere saber, ¿qué pasa conmigo?

—Se puede ir a casa en lugar de a una prisión federal. Se jubila. Echa el cierre. Va a cortar toda relación con el clan Burroughs. Nada entra ni sale. Ni pistolas, ni droga, ni dinero. Ni *christmas* por Navidad siquiera. Luego, por mí, se puede ir a jugar al tejo si le apetece.

—¿Y ya está? —La cara pálida y sudorosa de Wilcombe empezó a recuperar un poco el color.

—Bueno, y luego otra cosa.

—¿Qué más?

—¿Cuándo es el próximo pago en mano en Georgia? Necesito todos los detalles. Voy a recogerlo yo.

Capítulo 21

Halford Burroughs 2015

1

—Jefe, Mike el Costras acaba de comprobarlo. Dos motos suben la curva de levante, están a cinco minutos.

—Bien —dijo Halford.

Estaba en el enorme salón de la casa principal de la finca, sentado a una mesa gigante de roble fabricada con un árbol que él mismo había talado. En su momento había hecho las veces de secadero cuando los ingresos de la familia provenían principalmente de la maría, pero la fabricación del cristal requería mucho menos espacio. Por entonces, Halford usaba aquella habitación como depósito de armas. El sitio estaba hasta arriba de hileras de pistolas cargadas y armaritos metálicos contra las paredes para las armas largas y de asalto. En el suelo se disponían un sinfín de cofres militares llenos de pistolas y munición. Sobre la mesa había extendida una manta amarilla y encima piezas de ametralladora. El cuarto olía bastante a lubricante para armas.

—¿Por qué no te acercas aquí un segundo? —le preguntó al desaliñado mensajero que no se decidía a atravesar la puerta.

—Ah, sí, señor. —El joven se envaró y entró con el rifle al hombro. La puerta se cerró de golpe a su espalda.

—Siéntate —dijo Halford.

El joven obedeció.

—Tú eres el Conejo, ¿verdad? El hijo de Holland.

—Sí, señor.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para mí, hijo? —Halford cogió el cañón de acero azulado de la escopeta del .12, miró a través y le dio un soplido.

—Este es mi primer año, creo.

—¿Crees o sabes?

El chico estaba nervioso. Era consciente de que le temblaban las manos, así que las escondió, pero no podía evitar que la rodilla le rebotase

espasmódicamente bajo la mesa.

—Lo sé, señor. El mes que viene hará un año.

—¿Y cuánto llevas metiéndote esta mierda?

El chico no respondió. Se le había cerrado la garganta de repente.

—¿Has oído lo que te acabo de preguntar, Conejo? —Halford cogió un trozo de alambre con forma de gancho de la mesa, le colocó un trozo de tela empapada en lubricante y lo metió por el cañón de la escopeta.

—Sí, señor.

—Entonces respóndeme.

—Yo..., yo...

—Conoces nuestras reglas, ¿no, chaval?

—Sí, señor... Yo...

—Considero que cualquiera que se meta mi cristal en horas laborables me está robando. Ya sabes lo que opino de los robos, ¿verdad, Conejo?

El joven logró articular:

—Le juro que no estoy robando, señor Burroughs. No. Me gusta correrme una juerga de vez en cuando con los coleguitas, pero siempre pagando de nuestro bolsillo. Yo jamás tocaría lo suyo, señor. Todo el mundo sabe que eso sería...

Halford levantó la mirada de las piezas. Sus ojos eran casi negros en la poca luz que se filtraba por las ventanas tapadas con lona.

—¿Qué es lo que sería?

El joven espetó el resto de la frase.

—Sería... de locos.

El rugido de un montón de Harleys en el exterior lo invadió todo. Halford miró por la ventana y el chico desaliñado aguantó la respiración. El otro montó la escopeta con destreza y se limpió el lubricante de las manos con una toallita de papel.

—Voy a tener una charla con tu padre, a ver cómo quiere que manejemos esta situación. Holland es primo segundo de Mike el Costras, ¿no?

—Sí, señor.

—Entonces sois familia. Esa es la única razón por la que sigues respirando ahora mismo. ¿Lo pillas?

—Sí, señor. Gracias, señor.

—No me des las gracias todavía. Igual tu padre te mata cuando se entere.

El Conejo bajó la mirada a la rodilla frenética.

—Pero hoy es la última vez que te presentas por aquí puesto. Como me entere de que has untado, aunque solo sea la punta del cigarrillo en esa mierda antes de venir al trabajo, tu padre no sabrá ni qué te ha pasado. ¿Me entiendes, Conejo?

—Sí, señor.

—Bueno. Extiende la buena nueva entre tus coleguitas.

—Sí, señor; así lo haré. Se lo prometo.

—Ahora largo.

El muchacho casi se cae y se parte el cuello al intentar levantarse de la silla para salir a escape. Se las arregló para llegar a la puerta sin que le diese un síncope. Cuando se hubo marchado, Halford se rio un poco para sus adentros. Se levantó de la mesa y se estiró antes de seguir a Conejo con la mirada por la puerta mosquitera con un Mossberg como los chorros del oro al hombro.

2

—Hostia, Bracken, ¿qué coño te ha pasado?

Deslizó la mano por la abolladura de la moto de Bracken.

—Nos asaltaron justo a la salida de Broadwater.

—¿Quiénes?

—Ni idea. Esperaba que me lo dijese tú.

Bracken se quitó el casco y lo colgó de un manillar de la Heritage rayada tras la batalla. Moe, que iba de paquete, se bajó de la moto y cuando el conductor hizo lo mismo quedó claro que acusaba los efectos de volcar a sesenta y cinco kilómetros por hora. Romeo y Tilmon desmontaron de la otra moto y se agruparon tras Bracken.

—¿Crees que eran paisanos de la montaña? —preguntó Halford.

—No, no creo. Yo diría que eran militares o exmilitares.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Por la manera de hablar entre ellos. La jerga. Un aire profesional. Además iban equipados en plan pro, aunque no puede compararse con lo que fabricamos nosotros. También porque lo tenían todo bien atado. Control total, como si se la pelase por completo que estuviésemos en mitad de la autopista. Sabían que íbamos a estar solos ahí.

—¿Dónde está el camión?

—Tuvimos que limpiarlo y abandonarlo. Descuida, no hemos dejado rastro.

Halford miró los tres palés de maría tapados con lona impermeable sin camión donde cargarlos. Se rascó una barba enorme.

—¿Qué se han llevado?

Bracken se bajó la cremallera del chaleco de cuero.

—Todo.

—¿Cómo que todo?

—Todo el dinero, Hal. Se lo han llevado todo. Vamos adentro y te cuento.

El cuero cabelludo que se entreveía bajo la melena de Halford enrojeció al instante.

—¿Qué coño me vas a contar? Has perdido mi dinero. Ya puedes ir a buscarlo.

Bracken lanzó una mirada a sus compañeros y de nuevo a Halford.

—Los cojones, hemos perdido. Nos han asaltado. Lo que tenemos que hacer ahora es sentarnos y averiguar de qué va todo esto. Esos tíos estaban preparados. Tenían información. La lista de gente enterada de que íbamos a estar ahí y de que podían actuar sin que apareciese la poli es muy corta.

—No es problema mío. Es tu gente; es tu problema.

Bracken ladeó la cabeza y miró a Halford como si fuese un desconocido.

—¿Cuánto hace que nos conocemos, Hal?

—No tanto como para perdonarte que me pierdas doscientos cincuenta mil dólares. Por aquí se mata a cualquiera por mucho menos, y eso que se conocen desde antes de tener pelos en los huevos. Mejor que llames a Wilcombe y me compenses.

—Ya lo he intentado.

—¿Y qué tiene que decir ese viejo capullo?

—No doy con él.

Eso hizo detenerse a Halford.

—¿No das con él?

—Lo he llamado seis veces desde el encontronazo, pero no me lo coge.

—¿No te lo coge?

—Eso he dicho. No me lo coge.

—¿Esto había pasado alguna vez antes?

Bracken miró de nuevo a Moe, Tilmon y Romeo. Ninguno de ellos tenía respuesta.

—No —dijo Bracken—. Nunca. Por eso digo que hay algo que tenemos que acabar de entender.

Halford dejó caer la escopeta del hombro a las manos. Bracken y Romeo hicieron un amago de ir a sacar sus armas, pero se detuvieron en seco al resonar varias pistolas amartillándose a su alrededor.

—Muy nerviosito te veo para ser inocente, Bracken.

—Hal. —Bracken alzó las manos enguantadas—. Tenemos que calmarnos todos y pararnos a pensar un segundo. Si quisiese robarte, ¿habría escondido el dinero y subido hasta aquí un día más tarde para meterme en la boca del lobo? ¿En serio crees que iba a presentarme directamente en la casa del tío al que

acabo de desvalijar para cagarme en su puerta? Es decir, venga, Hal, si hubiese querido robarte no tenía más que pasar de largo. Sé lo que significa enzarzarse en una guerra contigo, y te aseguro que no vendría a la puerta de tu casa a pelearla. Baja la escopeta.

Halford echó una ojeada a Bracken y al resto de motoristas. A su espalda se arracimaban como mínimo diez hombres a la espera de una palabra suya para machacarlos; coser y cantar para ellos. Bracken seguía con las manos levantadas, las palmas a la vista, el cuero desgarrado.

—Hal, yo no voy a reventar mi moto adrede.

—Con tanta pasta podrías comprar otra.

—Nos han robado, Hal.

—Sí, claro, una patrulla de G. I. Joes que se ha esfumado en el aire.

—No todos —dijo Moe.

Halford apuntó con la escopeta.

—Cuenta.

—Romeo se cargó a uno. Lo dejó tieso en medio de la calle.

—¿Eso es verdad?

Romeo asintió.

—¿Dónde está el cadáver?

—Seguramente lo tiene la policía —respondió Bracken inmiscuyéndose de nuevo en la conversación—. Lo dejamos allí mismo. No lo reconocí, y poco más podíamos hacer si queríamos llegar a algún sitio donde refugiarnos y recuperarnos para venir hasta aquí.

Halford bajó la pistola. Asintió, y sus hombres las bajaron también.

—Venga, vamos a llamar a tu jefe.

3

Halford subió los escalones de la casa, pasó junto a un tembloroso Conejo y fue directo a la cocina. Abrió de golpe un cajón y rebuscó dentro hasta encontrar un móvil blanco y plateado. Era un teléfono de prepago que servía únicamente como línea directa con Oscar Wilcombe. Apenas lo usaba. Raras veces tenía que contactar directamente con él, pero cuando así lo hacía siempre contestaba. Buscó también la batería, la encajó y mantuvo apretado el botón de encendido hasta que una serie de pitidos indicó que estaba listo. Se paseó por la cocina mientras esperaba señal, gruñendo y farfullando para sí. Bracken y el resto de Chacales de Jacksonville, así como Mike el Costras y dos hombres más de

Halford, Franklin y Ray-Ray, entraron en la enorme estancia y se repartieron por el armero. Todos eran muy conscientes de que se encontraban dentro de un castillo de naipes que podía venirse abajo al instante con un simple gesto del hombre que esperaba al teléfono.

Halford se llevó el móvil a la oreja. Solo sonó una vez.

—Hola, Halford.

—¿Qué coño está pasando, Oscar? Tengo aquí a Bracken con tres de tus hombres y les falta algo. Como doscientos mil les faltan.

Wilcombe se quedó en silencio un momento, pero terminó respondiendo en un tono distante. El tono de un mentiroso.

—Qué mala suerte.

Halford ladeó la cabeza hacia el hombro y le lanzó una mirada breve pero desconcertada a Bracken. Este alzó una ceja en respuesta y Halford volvió a centrarse en Wilcombe.

—Ya, pues sí que es mala suerte —dijo lentamente, como si acabase de unirse a un juego del que no conocía bien las reglas—. Ahora cuéntame qué tienes pensado hacer al respecto.

—Ojalá pudiese echarte una mano, Halford, pero me es imposible. Te aseguro que no tengo ni idea de qué problemas estás teniendo ahí arriba.

—No me asegures nada, Oscar. Lo único que quiero saber es cómo pretendes devolverme el dinero.

—Ah, no.

—¿Que no qué?

—Es que no pretendo hacer nada.

Halford se mordió el labio y apretó el móvil.

—Sé coherente, Oscar.

—Escúchame con atención, Halford. De verdad que lamento lo que sea que te esté ocasionando problemas ahí arriba. Creo que ambos somos conscientes de que el presidente de mi club y sus socios no son responsables de lo que sea que te falte. De hecho, tengo cumplida fe en tu profesionalidad para recuperar lo que te han hurtado en tu territorio. Es un inconveniente menor que sé que sabrás solucionar. Pero, ahora que te tengo al teléfono, me temo que he de darte más malas noticias.

Halford adoptó una serenidad inquietante y el resto de los presentes siguió en silencio.

—¿Estás ahí, Halford?

—Habla, viejo.

—Me temo que circunstancias que escapan a nuestro control me obligan a dar por terminada nuestra relación mercantil. A partir de hoy no se producirán

más intercambios entre nuestras empresas.

—Habla para que se te entienda, inglesito de los huevos.

—Me retiro, Halford. Me jubilo. Esta es la última vez que hablamos.

—¿Así, como si nada? ¿Después de más de cuarenta años de colaboración con mi familia te levantas y te largas? —La voz de Halford sonaba extrañamente sosegada. Mike el Costras y los demás sabían que aquello presagiaba cosas terribles, como el calmo silencio del trueno lejano.

—Yo no lo definiría ni como colaboración, Halford. Esto no es más que una relación mercantil que toca a su fin.

—Tú a mi padre lo considerabas familia.

—Sí, tu padre era como de la familia. Se trata de un sentimiento que nunca he hecho extensivo ni a ti ni a tus hermanos. Esto es lo mejor para todos. Y, Halford, tengo que pedirte que no actúes con irracionalidad contra los hombres que tienes ahí representando mis intereses. Lo único que conseguirás será comenzar una guerra absurda y sanguinaria con los Chacales que acabará simplemente en un tremendo sufrimiento para cada bando. Algo por lo que, estoy convencido, ni unos ni otros queremos pasar.

—¿Has concluido? —le preguntó Halford.

—Sí, señor Burroughs, he concluido.

Halford cerró el teléfono, lo miró un instante y lo lanzó al otro extremo de la habitación. Se hizo trizas contra la chimenea de piedra. Todos los hombres que lo rodeaban se mantuvieron firmes, pero todos y cada uno sintieron la punzada del terror cuando el hombre soltó un berrido que hizo temblar la casa.

—¡Ese hijo de la gran puta! —Agarró el borde de la mesa de roble, la volcó sin esfuerzo y las piezas de armas y latas de lubricante salieron despedidas—. ¡Me lo voy a cargar, por mis cojones! —Se volvió hacia un estante y cogió una recortada de dos cañones. La abrió para comprobar que estaba cargada y volvió a cerrarla—. ¡Menudo hijo de puta!

Incluso Mike el Costras llegó a plantearse si Halford no sería capaz de volverse contra ellos. Bracken fue el único que tuvo pelotas para hablar.

—¿Qué está pasando aquí, Hal? ¿Qué te ha dicho?

Halford aplacó un poco su frenesí y miró a Bracken como si acabase de percatarse de que había más gente en la habitación. Tenía una expresión más animal que humana.

—Me lo voy a cargar, por mis cojones.

—¿A Oscar? ¿Por qué? ¿Qué te ha dicho?

Halford sacudió la cabeza de lado a lado e hizo crujir los huesos del cuello.

—No, al inglesito no. Ese no es más que un anciano que está más cerca de la muerte de lo que quiere admitir. Lo han presionado y ha hecho mutis. De

todas formas, ya lo iba a sustituir por ti.

Bracken pareció desconcertado.

—Yo, si fuera tú, me guardaría las espaldas —le dijo Hal—. Lo más probable es que ese viejo cabronazo te haya pegado la puñalada. Tú mismo has dicho que la lista de gente que está en el ajo es corta. ¿Quién aparece el primero de la lista? Ahora quita de en medio: tengo asuntos que resolver.

Bracken se apartó pero, antes de que a Halford le diese tiempo a avanzar, una silueta se asomó por la puerta mosquitera.

—¿Todo bien ahí dentro, señor Burroughs? —preguntó el Conejo.

La detonación dejó a todos sordos y partió al chico por la mitad.

—¡La hostia puta, Halford! —dijo Mike el Costras—. ¿Qué coño acabas de hacer?

—Saca a este puto yonqui de mi porche. Vuelvo en unas horas.

Mike siguió a Halford a través del agujero astillado que hasta entonces había sido una puerta. El Conejo era un revoltijo carnosos envuelto en un estropicio de pedacitos de mosquitera.

—¡Halford! —le gritó confuso y furioso—. ¿Dónde cojones vas?

Se acuclilló junto al cadáver del chico y le cerró los ojos.

—¡Voy a ver a mi hermano! —le respondió a voces el otro.

—¿A Clayton? ¿Por qué? —Mike se puso en pie—. ¿Qué tiene que ver Clayton con esto?

Halford se paró y se dio la vuelta.

—Todo tiene que ver. Aparece porque sí largando acerca de que la poli lo sabe todo sobre lo que nos traemos entre manos por aquí y de que lo primero que perderé será el dinero. Incluso trae a colación el nombre de Wilcombe. Y ahora me asaltan a punta de pistola en la autopista.

—¿Tú crees que la poli es quien ha asaltado a Bracken? —preguntó Mike, todavía turbado.

—La poli no actúa así. Así actúan los criminales. Ese capullo asqueroso tiene mi dinero o sabe quién lo tiene.

—Entonces deja que vaya contigo.

—Tú lo que quieres es impedirme que haga lo que tengo que hacer.

—Es tu hermano, Hal.

—Tú eres hermano mío, Mike. Ese es hombre muerto.

Capítulo 22

Clayton Burroughs
2015

1

Cricket no necesitaba preguntarle a su jefe qué le pasaba cuando aparecía por la puerta arrastrando el paso tres horas más tarde de lo habitual y sin quitarse las gafas de sol una vez en el interior. La noticia de la borrachera que se había pillado el *sheriffs* noche anterior y de la paliza dispensada a Joe Dooley les había llegado al descolgar el teléfono antes casi de que girase la llave de la entrada. Aun así, lo trató con amabilidad.

—Buenas, *sheriff*.

Se adelantó hasta la mitad de la recepción con una taza de café para él, solo.

—Buenas, Cricket —dijo Clayton cogiendo la taza de porexpán caliente pero la colocó en la mesa—. Supongo que ya se ha enterado, ¿no?

—Sí, señor, pero permítame decirle que ese Joe Dooley también se ha pasado de la raya conmigo más de una vez, así que en mi opinión todas las solteras de Waymore tendrían que darle las gracias.

Clayton sonrió.

—Joe es un gilipollas, pero no se merecía lo que le hice. Yo sí que me pasé de la raya..., aunque gracias por sus palabras.

Cricket cogió el café y volvió a tendérselo. Esta vez ella dejó su mano en contacto con la de él unos instantes.

—¿Está bien, jefe? ¿Puedo hacer algo por usted?

Clayton observó la mano de la chica sobre la de él y se preguntó si podían ser más distintas. Percibía el cariño, la preocupación sincera. Cricket era buena persona. Por eso la había contratado.

—Estoy bien.

Cricket alzó una ceja con escepticismo.

—Estoy bien, de verdad. Solo es que he tenido unos cuantos días duros. Aquí abajo en el valle es fácil olvidar de dónde provengo. El caso en el que trabajo con el agente Holly me ha servido de recordatorio absoluto de los

desaprensivos que dejé allí en la montaña, y ese trompazo de realidad me ha dejado tocado por unos días. Pero de verdad que ya estoy bien.

Cricket apartó la mano y volvió a su escritorio. Cogió un archivador amarillo y se lo tendió a Clayton.

—El agente Holly ha venido hace como una hora y ha dejado esto. Me ha dicho que se lo pidió usted.

Clayton se metió el archivo bajo el brazo y se retiró al Sanctasanctórum de su despacho. Volvió a sonreír a la apocada recepcionista por una rendija menguante de la puerta hasta que se cerró del todo. Lanzó la carpeta sobre la mesa y bajó las persianas antes de quitarse por fin las gafas de sol. La resaca era brutal. Se sentía como un pavo de Acción de Gracias socarrado en el horno y relleno a reventar de sudor frío y ceniza de cigarrillos. Lo peor era que incluso en ese momento se moría de ganas de tomarse un *bourbon*. Cualquier momento era bueno. Un par de dedos para que se le pasase. Para aclararse las ideas. El único foco húmedo de su cuerpo era la boca, que se le hacía agua de solo pensarlo. Se sentó y le dio un sorbo al café. Tenía que trabajar: algo que le ocupase la cabeza para que los demonios no empezasen a jugar con él. Abrió el archivo de Holly.

2

Le quitó el clip a la foto de la ficha policial de hacía dos años y la dejó en la mesa. El típico soldado borrachuzo de frente y de perfil. El pelo oscuro corto, bigote militar reglamentario y una expresión de cervatillo deslumbrado por unos faros. Clayton pensó que aquel chico tenía algo que le resultaba familiar. Igual ya lo había visto antes. Hojeó el papeleo intentando encontrar fotos de la escena del crimen, pero no había nada. Allen Cleveland Bankey era el nombre completo. No le sonaba de nada en absoluto. Abrió el cajón del escritorio y buscó una aspirina. Sacó dos del frasco y las masticó sin beber. Echó un vistazo al historial de arrestos, pero tampoco es que se topara con nada que no le hubiese contado ya Holly. Bankey era un veterano del Ejército. Destinado en dos ocasiones a Afganistán. Consecutivas. El desierto era su elemento. Su expediente militar era impecable. Si acaso, el archivo lo dejaba como un héroe, salvo por la flagrante acusación de estupro que tuvo lugar después de volver de la otra punta del mundo. Según el informe, la chica tenía dieciséis años. La conoció en un bar, en el que ella no debería haber entrado por edad, y el sexo fue consensuado. Los padres de la chica accedieron a retirar la denuncia, pero el

estado de Tennessee la recuperó y Bankey cumplió dieciocho meses de cárcel. Lo soltaron por buen comportamiento. Menuda putada. Ahora el pobre diablo estaba en una mesa de autopsias por asaltar moteros con un rifle y una máscara de payaso. Menuda caída del pedestal. A veces el mundo no hay por dónde cogerlo. Clayton se preguntó si alguna vez había por dónde cogerlo. No obstante, el chico le resultaba vagamente familiar. Se rascó la barba y pulsó el botón del interfono.

—Cricket, ¿Frasier ha estado aquí esta mañana?

Estática.

—No, señor. He probado a llamarlo hace unas horas, pero no contesta.

—Bueno, inténtalo de nuevo. Si das con él, dile que necesito verlo cuanto antes.

Estática.

—Sí, señor... Mmm, *sheriff*. Permiso para hablar con usted en persona.

Clayton se arrellanó en la silla y miró la puerta cerrada del despacho.

—Ah, por supuesto, Cricket. Entra.

Cricket llamó suavemente a la puerta, la abrió y entró en el cuarto. Casi parecía abochornada, nerviosa. Se quedó plantada, retorciéndose las manos como si intentase deshacerse de algo pegajoso.

—¿Qué tienes, Cricket?

—¿Choctaw se ha pillado los dedos en el estropicio?

—¿Qué estropicio? ¿Este? —Clayton alzó el archivo.

—Sí, señor.

Clayton se quedó desconcertado.

—¿Por qué?

Ahora fue Cricket la que parecía desconcertada.

—Por su amigo. —Señaló el archivo. Clayton volvió a mirar la foto y de nuevo a Cricket.

—¿Conoce a este hombre?

—Claro, nos vimos alguna vez saliendo con... —Se ruborizó y Clayton entendió por fin por qué.

—Mire, Cricket. No me importa lo que Choctaw y usted hagan en su tiempo libre.

—Pero en el protocolo de conducta se estipula que los empleados no deben confraternizar.

Clayton la miró pasmado y dijo con un desconcierto aun mayor si cabe:

—¿Eh?

—De verdad que necesito este trabajo, *sheriff*. No creo que pueda volver a hacer de camarera...

Clayton sacudió la cabeza y levantó las manos para interrumpirla.

—Cricket, de verdad que todo eso me da lo mismo, y le prometo que nadie va a perder su empleo, pero necesito que me cuente ahora mismo cómo es que conoce a este hombre.

—Es el amigo de James... De Choctaw. Su compañero del ejército. Lo tenía por un tío bastante majo hasta el incidente aquel en que se cargó el coche patrulla.

Clayton se hundió en la silla. Volvió a coger la foto y se imaginó al hombre con barba cerrada y el pelo más largo.

—La madre que me parió... ¿Chester?

—Se llama Allen, pero James lo llama Chester por el asunto aquel del abuso sexual. Se suponía que no debía contárselo. Choctaw no quiere que usted lo mire con malos ojos.

Clayton casi se echa a reír. «Chester the Molester», se dijo para sus adentros como si acabase de resolver un acertijo.

—Ya. Allen decía que no le hacía ninguna gracia, pero si se lo contaba a sus colegas ya no dejaban de llamarlo así. Así son los tíos, siempre soltándose pullas los unos a los otros. No me puedo creer que esté muerto. Si lo vi hace dos días.

—¿Dónde lo vio por última vez?

—El domingo por la noche en casa de James. Todos los tíos de su antiguo escuadrón vinieron para pasar el fin de semana y James me pidió que lo ayudase a organizarlo.

—¿También fue la última vez que vio a Choctaw?

—Sí, señor, y desde entonces no he vuelto a verlo. No es su estilo darme plantón sin avisarme. Por eso ayer estaba tan preocupada.

—¿Había alguien más en casa de Choc el domingo?

—Dos del escuadrón acababan de llegar al pueblo.

—Entonces, Choc, Chester y esos dos tíos.

—Eso es.

—Cricket, escúcheme bien: necesito que localice a Choctaw tan rápido como sea posible y que me llame de inmediato. ¿Me entiende?

—¿Cree usted que tiene algo que ver con todo esto? —Parecía a punto de echarse a llorar.

—No lo sé. Espero que no. Encuéntrémelo, ¿entendido?

—Entendido —respondió ella, y se escabulló por la puerta.

Clayton se quedó atontado un minuto, digiriendo la información, y luego cogió el teléfono.

—Aquí Holly.

—Simon, soy Clayton.

—Vaya, ¿cómo se encuentra, *sheriff*?

—Como mierda recalentada, pero atienda: tengo información sobre ese muerto suyo.

—Cuenta...

—Al tal Allen Bankey lo conocí en su momento por el nombre de Chester. Claro, resulta que Chester era un apodo. Por eso no caí cuando me dijo usted su nombre. Es un antiguo colega de mi ayudante. Creo que estaba durmiendo en su casa.

—Se está quedando conmigo.

—Negativo.

—¿Tiene a su ayudante vigilado?

—No. Ahora mismo se encuentra desaparecido, pero estoy tratando de localizarlo.

—¿Cree que está implicado?

—No sé. Me gustaría decir que no es capaz de algo así, pero en cualquier caso es mi ayudante y mi amigo, así que quiero encontrarlo antes de que usted tome medidas mayores.

—Por supuesto, *sheriff*. De momento lo consideraremos persona relevante para el caso y esperaré a ver qué me dice usted antes de hacer venir a los sabuesos.

—Simon, es amigo mío.

—Lo comprendo. Usted manda aquí. Esperaré tanto como pueda.

—Gracias.

Holly colgó.

A Clayton le iba a estallar la cabeza. La deshidratación y la sobrecarga de información le estaban haciendo polvo. Masticó dos aspirinas más y trató de suprimir la voz interior que lo animaba a buscar en los archivadores alguna botella de *whisky* escondida. Estaba a punto de hacer caso cuando la voz frenética de Cricket irrumpió por el interfono.

—¿*Sheriff*?

—¿Sí?

—Creo que tenemos un problema.

Estática.

—¿Cricket?

Estática.

De la recepción llegaron grandes voces y estruendo, seguidos de un grito de Cricket.

5

Clayton casi vuelca la mesa al abalanzarse hacia la puerta. Rezó por que no fuese lo que pensaba que era, pero sabía lo que iba a encontrarse antes de abrir. Su hermano Halford estaba plantado delante de las puertas dobles de cristal que daban a la calle con Cricket levantada por la melena, como si fuese un pez recién pescado colgando del sedal. El ordenador, el teléfono y las fotos enmarcadas de encima de su escritorio estaban desparramados por el suelo en el punto donde Halford la había cogido y arrastrado. La chica lloraba y gritaba arañándole la mano al hombre, pero él no hacía más que retorcerle con más fuerza el pelo. Clayton quedó horrorizado al contemplar aquella escena, pero no por el cuerpecillo serpenteante de la muchacha, que se debatía tambaleándose de puntillas, sino por la escopeta de dos cañones que Halford le tenía puesta bajo la barbilla. Clayton sacó la pistola por reflejo y la empuñó con ambas manos en dirección a su hermano mayor.

6

—¡Suéltala ahora mismo, Hal! ¡Ya!

Halford alzó todavía más a Cricket sobre la punta de los pies. Ella gritó más alto.

—Dile a esta zorra que se calle para que podamos dejar zanjado este asunto, Clayton. Díselo antes de que pinte las paredes.

—Suéltala, Hal, o te juro por Dios que te disparo en este instante.

—Díselo, Clayton. Díselo ahora mismo.

—No va a pasarte nada, Cricket. Te lo prometo. —Cricket lo miró con los ojos como platos, aterrorizada—. No te va a pasar nada. No te va a disparar. — Los chillidos empezaron a transformarse en un llanto entrecortado—. Ahora

suéltala, Halford. Aquí me tienes. Dime lo que tengas que decirme, pero a ella déjala en paz.

Halford soltó una carcajada.

—¿Tú te crees que he venido a hablar? No tenemos de qué hablar. Tú sigues en este valle fingiendo que eres *sheriff* solo porque yo te dejo. Solo estás vivo porque yo te lo permito. ¿Te crees que tienes algún poder? ¿Te crees que puedes joderme? No tienes ni idea de con quién te la estás jugando, hermanito.

—No sé de qué me hablas, Halford, pero como no la sueltes me va a dar lo mismo.

—¿Te crees que no sé que has sido tú? Subes la montaña para venirme a hablar de polis que se me van a llevar el dinero, de Wilcombe como si lo conocieses, y mientras me envías a tus chicos a robarme. ¿Tú te crees que soy imbécil? Quiero que me devuelvas mi dinero.

—¿Qué dinero?

—¿De verdad te piensas que me voy a conformar y que te vas a quedar con lo que tanto me ha costado ganar?

—No sé de qué me hablas, Halford, pero te lo digo en serio. No te lo voy a repetir. Suelta a la chica y tira la escopeta al suelo o te disparo.

Esta vez Halford no se rio. La mirada se le quedó fría y oscura como jamás la había visto Clayton.

—Eres una puta decepción, Clayton, de principio a fin. Papá ya tenía claro cómo eras antes de que empezases a afeitarte.

—Papá está muerto. Y tú eres responsable de su muerte como yo voy a serlo de la tuya si no... la... sueltas.

Cricket se había quedado callada. Ya no arañaba ni se debatía. Tenía los ojos cerrados y los labios se le movían, pero no emitía sonido alguno. Clayton dio por hecho que estaba rezando.

«Buena chica. Tú quieta», pensó.

—Último aviso, Halford. Si quieres que lo arreglemos entre nosotros, te escucho. Nadie tiene por qué morir. Pero, si sigues encañonando a Cricket, alguien tendrá que morir, y no va a ser ella. —Clayton amartilló el Colt con el pulgar y apuntó con firmeza.

—Supongo que tienes razón —respondió Halford, y desvió el cañón de la escopeta hacia Clayton.

Un estallido llenó la pequeña comisaría al disparar Halford. A la izquierda del *sheriff*, el techo y las paredes quedaron salpicados de postas, pero la puntería de Clayton no era cosa de broma y le acertó tres veces en el pecho al hermano. El corpachón se tambaleó y se desmadejó al atravesar de espaldas el cristal de la ventana y caer a la calle.

Clayton se quedó inmóvil en su sitio, apuntando todavía con la pistola hacia el lugar donde un momento antes estaba su hermano. Ya no pudo contener el temblor de las manos. Dejó caer el arma al suelo como si se hubiese transformado repentinamente en una serpiente venenosa. Cricket estaba hecha un ovillo contra la pared, agarrándose las rodillas contra el pecho. El estruendo de los disparos en un recinto tan minúsculo la había dejado sorda momentáneamente, pero por lo demás estaba bien (al menos desde un punto de vista físico). El cadáver de Halford estaba tirado en la acera en medio de un charco creciente, rojo y pegajoso, rodeado de pedazos de vidrio grueso que hacía que todo brillase al sol de la tarde. Clayton cayó de rodillas. Toda la fuerza de voluntad que requería para mantenerse en pie se disipó como el humo.

—¿*Sheriff*?

La voz estaba a su lado, pero la oía a kilómetros de distancia.

El agente Holly se arrodilló junto a Clayton. El cuarto estaba lleno de gente ahora, personal de ambulancias, policía estatal; Darby de uniforme y el ayudante del forense se ocupaban del cadáver de Halford. La visión de Clayton se emborronaba por los lados, pero logró ver las botas de trabajo embarradas de su hermano sobresaliendo de debajo de una sábana blanca con que los enfermeros lo habían cubierto. Una médica fornida le pasó una linternita ante los ojos a Clayton.

—¿*Sheriff*? ¿Me oye? Le reaccionan las pupilas y no percibo ningún traumatismo externo. Creo que está bien, pero en *shock*.

—Hábleme, Clayton —dijo Holly. Ahora se le oía más claramente.

—Yo... —Clayton trató de hablar, pero era como si tuviese la boca llena de serrín.

—No se preocupe, *sheriff* Ha hecho lo que tenía que hacer. —Holly hizo retirarse a la médica y se puso frente a Clayton—. Ha venido a matarle, Clayton. Entienda que no le quedaba otra opción.

—No, ha...

—Sí, es lo que iba a hacer. Le habría matado, y de paso a esa chica que trabaja para usted. En el fondo sabe que así es. Les habría matado a los dos, los habría dejado aquí despanzurrados y se habría vuelto silbando a la montaña. Se

ha salvado y le ha salvado la vida a ella.

Holly le levantó la barbilla al *sheriff* para hacerle mirar a Cricket a través de la ventana hecha pedazos. Iba envuelta en otra sábana de los médicos, sentada en el parachoques de la ambulancia de McFalls County. Llevaba el rímel corrido por la cara y temblaba a pesar del sol candente de la tarde. Hoy ya podía irse a casa. Y mejor así.

Holly se puso en pie y le tendió una mano al otro. Clayton, sintiendo que recuperaba sus fuerzas, la aceptó y dejó que lo ayudase a ponerse en pie. Después de erguirse se agachó y cogió su sombrero y su pistola. Colocó cada cosa en su sitio.

9

Holly atravesó el metal retorcido y los vidrios rotos y salió a la calle. Clayton lo siguió. Se acuclillaron ambos ante el cuerpo tapado de Halford, tendido sin vida en la acera. Holly cogió una esquina de la sábana para retirarla, pero esperó la aprobación del *sheriff* para efectuar el movimiento. Clayton asintió. Una vez muerto, los ojos de Halford no eran distintos de como los tenía en vida. No eran más fríos. Ni más negros. No les faltaba más alma que a los de alguien capaz de echarse a descansar mientras un hombre se quemaba vivo o capaz de encañonarle la cabeza a una chica inocente con una recortada. Clayton oyó el chillido de los avispones. Luchó por contener la súbita ansiedad que salpicó su visión periférica con puntitos de luz, y cerró con fuerza los ojos hasta que la náusea empezó a remitir. Le cerró los ojos a su hermano, le puso la mano de la pistola en el pecho (un poco por encima de los tres agujeros de la camisa) y le dedicó una muda despedida. Holly no dijo nada. Lo que hizo fue ponerse en pie, ofrecerle la mano al *sheriff* y ayudarlo a levantarse por segunda vez.

Cricket pensaba que ya no le quedaban lágrimas hasta que Clayton y Holly se acercaron a la ambulancia. Los paramédicos se apartaron cuando los vieron llegar y empezaron a guardar el material sin usar en sus mochilas. El *sheriff* se sentó junto a la chica en el parachoques. Ella le agarró el brazo a través de la sábana en la que estaba envuelta y se echó a llorar suavemente contra su hombro.

—Lo siento muchísimo, *sheriff*. No sabía qué hacer. Entró tan rápido. No pensé que fuese a..., que fuese...

—No pasa nada, Cricket, no hiciste nada malo. Soy yo quien lo lamenta por arrastrarte a este drama familiar mío. Es culpa mía. Casi te matan por mi culpa.

Cricket apartó la cara del hombro y le sostuvo la mirada.

—Usted me ha salvado la vida, *sheriff*.

—Y tanto —apostilló Holly. Tenía el móvil en la oreja, levantó un dedo en el aire para indicar a Clayton que volvía enseguida y se fue al lateral de la ambulancia para concentrarse en la llamada.

—Y tanto —continuó Cricket—. Sé que tiene que haber sido duro. Tal vez sea lo más duro que haya hecho en su vida, pero lo ha hecho y por eso estoy viva. Le debo la vida.

—No me debe nada.

Cricket dijo algo más, pero Clayton no la oyó. Sí oyó una voz familiar entre la multitud de la calle y le prestó atención. Era la voz de la única persona que realmente necesitaba ver.

—Kate —dijo, y se puso en pie para saludarla con una mano.

Estaba tras la cinta amarilla de la policía, con el rostro demudado. Un par de policías estatales le impedían el paso a la escena, pero en cuanto vio a su marido se los llevó por delante como un tren de mercancías.

—Déjenla pasar, es mi...

Kate lo dejó sin palabras y sin respiración al chocar contra él en un abrazo que lo aplastó contra la ambulancia con tanta fuerza que el vehículo se balanceó. Un paramédico se dio la vuelta y abrió la boca para llamarles la atención, pero se lo pensó mejor al ver la cara de Kate. Clayton se quedó perplejo, aunque le devolvió el abrazo. Ella lo soltó y lo miró bien de la cabeza a los pies.

—Ay Dios, Clayton, ¿estás bien? ¿Qué ha pasado?

—Estoy bien. ¿Quién te ha llamado?

—No me ha llamado nadie. Estaba de camino para recogerte para la cita con el médico y he visto todo esto. ¿Qué coño ha pasado?

—Halford está muerto.

Hizo un gesto hacia el cadáver enorme de su hermano. Darby, dos paramédicos y el ayudante del forense estaban intentando entre todos meterlo en la segunda ambulancia. Ella los miró, miró de nuevo a su marido y el poco color que le quedaba en la cara se desvaneció al comprender.

—¿Tú...?

—Sí.

—Cariño, ay, cariño. Lo siento muchísimo.

—Me ha salvado la vida —dijo Cricket.

—Ha salvado la de ella y la suya —intervino Holly rodeando la ambulancia mientras se guardaba el móvil en el bolsillo. Kate pasó de la palidez y la compasión a ponerse roja y furiosa en dos segundos.

—Esto es culpa suya. —Le clavó un dedo acusador en el pecho al agente—.

Es usted quien nos ha echado esto encima.

—Sí, señora; sé que es así como usted lo ve.

—¿Ya está contento? ¿Sí?

—No, señora.

—Que le den por culo a usted y a sus «sí señora», «no señora».

—Kate, cálmate. —Clayton cogió a su mujer por el brazo y ella se zafó.

—No, no me pienso calmar. Hace tres días vivíamos en un vallecito tranquilo al margen de todo esto, y ahora mira. —Alzó los brazos y se volvió de nuevo hacia Holly—. Muertos y caos para los habitantes de esta montaña, y un billete de avión de vuelta a casa para este gilipollas. ¿O no, gilipollas?

—Sí, señora —respondió Holly.

Kate cogió impulso para atizarle, pero Clayton le agarró de nuevo el brazo y esta vez no se lo soltó.

—Simon no ha hecho que Halford se presentase en la comisaría con la escopeta en la mano, Kate, y desde luego no se la puso a Cricket en la cabeza. Eso lo ha hecho Halford él solito. Si acaso la culpa es mía por provocarle y soy yo quien habrá de vivir con lo que acaba de pasar hoy aquí.

—Eso no es del todo cierto, Clayton. Los dos tendremos que vivir con esto. Todos —dijo Kate, y le recolocó un mechón de pelo detrás de una oreja a Cricket.

Clayton la abrazó contra él.

—Eso no ayuda, mujer. Deja que vaya a hablar con los estatales y dé mi declaración. Cuanto antes me ocupe de lo que me tengo que ocupar, antes podremos irnos a casa.

Kate tenía ganas de gritar, pero redujo aquella ansia a dos sílabas:

—Vale.

Clayton se despidió de Cricket tocándose el ala del sombrero y se volvió hacia Holly.

—Supongo que esto cambia sus planes.

—Yo diría que sí.

—A pesar de lo que diga mi mujer, esto tenía que pasar. Siempre lo he sabido. No pienso culparlo de nada.

—Me alegra oírlo, *sheriff*. Si sirve de algo, lamento lo ocurrido.

—Yo también. Ya nos veremos, entonces.

—Eso espero.

Clayton le echó un brazo por encima del hombro a Kate y se dieron media vuelta.

—*Sheriff* casi se me olvida —añadió Holly.

—¿Qué?

—La llamada que estaba atendiendo hace unos minutos. Envié la información que usted me proporcionó. Sé que quería hacerlo por su cuenta, pero he pensado que le vendría bien la ayuda. Uno de mis chicos del Departamento de Georgia ha localizado a su ayudante desaparecido.

Clayton se paró y, sin mirar atrás, preguntó:

—¿Dónde?

—Estarás de coña —dijo Kate, y le dio un tirón del brazo a su marido.

El *sheriff* se giró hacia Holly:

—¿Dónde? —repitió.

—Uno de los helicópteros que sobrevuelan regularmente la montaña divisó un Camaro azul a nombre de Choctaw y otro vehículo en una cabaña en la Western Ridge. ¿La conoce?

—Pues sí, el desfiladero de Johnson. Es una cabaña de caza que pertenece a mi familia desde hace años. Choctaw sube allí a veces para pescar en el Bear Creek.

—Ya, bueno, pues hoy seguro que no está pescando.

—No lo mate, Simon.

—No es mi intención, *sheriff*, pero no puedo prometerle nada. La gente tiende a volverse avariciosa con cantidades de dinero tan tremendas y, si mis informaciones son correctas, es allí donde lo ha escondido. Un equipo va para allá ahora mismo.

—¿Cómo dice? —exclamó Clayton.

—Bueno, usted estaba un poco ocupado por aquí, *sheriff*. Tuve que llamarlos. El desenlace depende de él. Yo solo lo pongo a usted sobre aviso.

Cricket se levantó del parachoques de la ambulancia.

—*Sheriff* no deje que lo maten. Sea lo que sea que haya hecho, estoy convencida de que es un malentendido. James es buen hombre. Por favor, *sheriff*, usted lo sabe... Por favor, no deje que lo maten.

Cricket se había echado a llorar de nuevo contra el pecho de Clayton. Kate se mantenía fría como una lápida a su lado, fulminando a Holly con la mirada. Se encontraba en un estado de animación suspendida, a la espera de que su marido pronunciase las palabras que ella sabía que terminaría pronunciando. Aquello hacía de él quien era. No le quedaba otra opción. Era el orgullo de su padre. Era el motivo por el que ella lo amaba y lo único que tenía la certidumbre de que acabaría por destrozarle a ella el corazón. Lo agarró del brazo. Él se desprendió.

—Déjame ir a por él —dijo.

Ahí estaba. Kate se sintió como si le hubiesen dado un puñetazo en el vientre.

—Clayton, usted está herido —dijo Holly—, por no hablar del *shock*. Vaya a recuperarse y a cuidar de los suyos. Deje que yo me encargue.

—No. Tiene razón. En estos casos la gente actúa con desmesura. No quiero que hoy muera nadie más. Ni siquiera sabemos si Choctaw está implicado.

—Sobre eso no hay muchas dudas, *sheriff*. ¿Qué le dice su intuición?

—Me dice que si quiero volver a ver a mi ayudante vivo y coleando mejor que sea yo quien lo traiga. Dígale a sus secuaces que se retiren y déjemelo a mí.

—¿Seguro?

Holly le señaló por encima del hombro. Entonces fue cuando Clayton se dio cuenta de que Kate ya no lo retenía. Estaba cruzando la cinta amarilla. La contempló mientras se abría paso entre la multitud y a los pocos segundos había desaparecido.

Se rascó la barba y escupió en el asfalto.

—Conduzco yo.

Capítulo 23

Clayton Burroughs
2015

—¿Está usted seguro de que va a ser capaz de manejar la situación, Clayton? Puedo hacer que los míos se presenten aquí en una hora. Un escuadrón táctico al completo: profesionales. Harán lo imposible para que ese chaval imbécil salga de esta con vida. Tiene mi palabra.

Clayton respondió apretando a fondo el pedal del acelerador, y embolsó el Bronco cuesta arriba por el camino de tierra de la montaña.

—Eso no puede prometérmelo, Simon. Sé que sus intenciones son buenas, pero su gente no va a ver en Choctaw al chaval imbécil que ha acabado en un embrollo. No verán más que a un objetivo. No pienso permitir que nadie más de por aquí muera si puedo evitarlo. Hoy no. Deme su teléfono.

—¿Eh?

—Su teléfono. Llevará teléfono, ¿no?

—Sí, vale. —Holly buscó en el bolsillo del pantalón, sacó un móvil plateado y se lo tendió a Clayton—. Tenga. Pulse enviar después de marcar.

Clayton cogió el teléfono y sonrió burlón.

—Este *sheriff* palurdo sabe cómo funciona un móvil.

—Muy bien. Lo digo por si acaso.

Clayton no abrió el teléfono. Lo que abrió fue la ventanilla y lo lanzó hacia los árboles que pasaban a toda velocidad.

—Pero ¿qué cojones, Clayton?

—No quiero que llame a nadie.

—¿Y no podía confiar en mí y punto?

Clayton aminoró la marcha y se paró a un lado de la carretera.

—Bájese del coche, Simon.

Holly hizo una mueca de sorpresa.

—Está de broma, ¿no?

—Qué va. Fuera.

—No pienso bajarme, Clayton.

El *sheriff* puso punto muerto, levantó el pie del pedal y se volvió hacia el agente Holly.

—Mire, el lugar al que vamos esta a menos de tres kilómetros siguiendo por esa carretera a la izquierda. Como a quince minutos caminando. Cuando llegue, lo más seguro es que esté sentado en el porche esperándole con Choctaw a mi lado bebiéndose un té helado.

—No voy a permitirlo, *sheriff*. No pienso ni siquiera perder tiempo en explicarle la cantidad de protocolos que estaría saltándome si hiciese lo que me pide.

—Algo me dice que a un hombre como usted se la sudan los protocolos. Además, puede contarle a quien le pregunte que yo lo obligué a punta de pistola. Ahora fue Simon quien le sonrió burlón.

—¿Es que cree que alguien se lo tragaría?

—Cualquiera que sepa que me he cargado a dos tíos en los dos últimos días se lo tragará.

—¿Y si hay alguien más que su ayudante esperando ahí arriba?

—No habrá nadie a quien no conozca.

—¿Acaso conoce a todos sus colegas exmilitares reconvertidos en asaltantes? —Holly advirtió por el semblante del *sheriff* que aquello no se le había ocurrido, pero negó con la cabeza, desechando la idea.

—Si subo y veo que estoy pisando mierda, tiraré para atrás y me esperaré a que llegue usted.

Holly no tenía intención de moverse y abrir la portezuela. Seguía con los brazos cruzados como un chiquillo terco.

—Mire, Simon, es la única forma honesta que se me ocurre de procurar que este chico no acabe muerto como su colega Bankey. Podré decir que he venido solo, y no estaré mintiendo. Si sospecha que hay un federal acechando por ahí, puede asustarse y cometer cualquier estupidez. Solo son quince minutos a pie. Necesito que lo haga así. Cojones, tampoco le estoy pidiendo que me dé su pistola. Solo que se baje y nos vemos ahí arriba.

Holly se desabrochó el cinturón de seguridad y abrió la puerta del Bronco. Antes de salir del todo, se volvió hacia Clayton y le dijo:

—¿Sabe?, llevo toda la vida corriendo maratones. Soy capaz de hacerme tres kilómetros en mucho menos de quince minutos.

Clayton se tocó el sombrero a modo de despedida.

—Vaya, entonces mejor que vaya tirando.

Metió el embrague, apretó a fondo en cuanto Holly tuvo ambos pies en la carretera, y el repentino empujón del vehículo cerró la puerta de golpe. Holly se protegió la cara del polvo y de la tierra roja levantada por las ruedas. Cuando el

Bronco estuvo lo suficientemente lejos, se sacudió las salpicaduras del traje azul, se metió en la boca un par de Percocets y se sacó el móvil. No el de prepago que había dejado que Clayton lanzase por la ventanilla, sino el que le había proporcionado el Gobierno de los Estados Unidos. Masticó las pastillas hasta convertirlas en una masa, marcó un número y se llevó el manejable *smartphone* negro a la oreja. Mientras sonaba, sonrió ampliamente y empezó a correr carretera arriba hacia el desfiladero de Johnson.

Capítulo 24

Clayton Burroughs Western Ridge, desfiladero de Johnson 2015

1

Clayton aparcó el Bronco y apagó el motor justo antes de llegar al descampado donde estaba, silenciosa y serena, la cabaña que había construido su bisabuelo. Su padre lo había llevado allí unas cuantas veces de pequeño, pero algo en aquel paraje no le sentaba bien a Gareth. Clayton siempre tuvo la impresión de que su padre no acababa de estar cómodo allí. Choctaw se presentaba en aquel sitio cada dos por tres. Juraba que Bear Creek era el mejor lugar para pescar truchas en todo el norte de Georgia. Clayton no tenía por qué dudarlo.

El Camaro azul marino, en cuya restauración Choctaw se había dejado un ojo de la cara y parte del otro durante los últimos cinco años más o menos, estaba aparcado ahí delante. Ningún otro coche. Si alguien más había subido allí con él, ya se había marchado. Clayton respiró algo más tranquilo. Se abrió del todo la portezuela del conductor y vaciló suavemente en medio de la brisa. La cabaña estaba envuelta en las sombras del espeso dosel de árboles y matorros que la rodeaban. Clayton podría colarse por allí con facilidad e irrumpir en la parte trasera para coger por sorpresa a cualquiera que estuviese dentro, pero pretendía ir de frente. Aun siendo consciente de lo estúpido que iba a ser su siguiente movimiento, no pensaba arriesgarse a que nadie más muriese en aquella montaña, salvo él, quizá. Se sacó el Colt del cinturón con cuidado y lo sostuvo por encima de la cabeza, colgando de un dedo.

—Choctaw, ¿estás ahí? —gritó—. Soy yo, Clayton.

Avanzó por la grava hacia el porche de entrada y echó un vistazo por la puerta abierta del Camaro al pasar. El asiento delantero estaba manchado de sangre seca del color de los posos del café. Parecía de hacía unos días, seguramente de cuando el asalto. Ni rastro de sangre fresca. Una escopeta del calibre .20 tumbada sobre el asiento.

—¡Choctaw! —gritó de nuevo, y esta vez la cortina se agitó levemente en

la ventana que había junto a la puerta—. Soy yo, James. Solo quiero que hablemos. Estoy aquí para echarle una mano con lo que sea.

—¿Viene solo, *sheriff*? —le respondió Choctaw, gritando.

—Sí, James. ¿Y tú?

—¿Seguro? —le preguntó Choctaw, escondido aún en la cabaña.

—¿Acaso le he mentado alguna vez, ayudante?

Transcurrieron treinta segundos aproximadamente mientras el otro rumiaba.

Al final gritó:

—No, señor.

—Bueno, entonces, ¿qué te parece si entro y arreglamos esto? Dentro de un rato tendremos compañía y se me cansan los brazos.

Otros treinta segundos.

—Muy bien, jefe.

El ayudante Frasier apareció en la puerta, delgado y pálido como un espantapájaros que llevase tres días de mono. El arma de repetición que sostenía parecía pesar más que él, y la apuntaba hacia el suelo como si fuese un alivio dejarla así.

—Entre —dijo, y desapareció de nuevo por la puerta.

Clayton enfundó su pistola y siguió a Choctaw al interior de la cabaña.

2

Clayton no había vuelto a ver el interior desde niño. No había nada colgado en las paredes, y la estufa de leña era un armatoste oxidado. En toda aquella amplia sala no había nada más salvo polvo, unas cuantas cajas de latas de cerveza vacías y aplastadas, una cama plegable sin sábanas contra la pared y dos bolsas negras de basura llenas hasta los topes junto a la puerta trasera. Una de las bolsas estaba desgarrada por arriba y se entreveía el dinero de dentro. Clayton soltó todo el aire de los pulmones y dejó oír un «hostia» decepcionado.

Choctaw se sentó en la cama y depositó el rifle en el suelo. Sacó como por arte de magia un frasco de *whisky* casero de debajo del colchón y le dio un largo y sonoro trago. Se limpió la boca y se lo tendió a Clayton.

—Sé que ya no bebes, pero no quiero ser grosero.

Clayton se sentó a su lado en la cama y cogió el frasco. Lo sostuvo en alto un rato antes de enroscarle el tapón y colocarlo en el suelo.

—¿Cómo has acabado metido en este embrollo, Choc? ¿Fue idea de tu colega Chester?

El ayudante soltó una carcajada que se transformó en una tos seca y acabó convirtiéndose en un gimoteo. Clayton no se lo esperaba. En once años jamás había visto llorar a Choctaw. No lo creía capaz. Se acercó para pasarle un brazo por el hombro, pero el ayudante se puso en pie de golpe, agarró la botella y atravesó la habitación.

—Chester no me metió en nada. Era un buen amigo..., un tío legal. Me salvó la vida en aquel desierto de los cojones más de una vez. Le cayó una buena por culpa de aquella zorra de Tennessee. Ya no pudo conseguir ningún empleo de verdad. Necesitaba esto. Le dije que era mala idea, pero ¿qué otra cosa podía hacer yo? Era mi amigo, jefe. Le debía la vida. No sabe cómo eran las cosas por allí.

Clayton esperó a que continuase hablando.

—Se suponía que iba a ser dinero fácil. Nadie sale herido y el tío que vamos a pelar ni siquiera va a venir a recuperar lo que le hemos quitado. Se suponía que nadie tenía que salir herido, jefe. Chester..., Allen... se suponía que no tenía que morir. No tiene sentido.

Clayton se puso en pie.

—Pues cuéntame lo que pasó. La única forma que tengo de protegerte es que me lo expliques todo. ¿Cómo te enteraste de lo del dinero, para empezar?

Choctaw se restregó los ojos enrojecidos y cansados y le dio otro trago a la botella.

—Cojamos la pasta y larguémonos de aquí. Frankie y Lenny ya se han pillado su parte, así que quedan algo más de ciento cincuenta de los grandes. — El ayudante se agachó sobre la bolsa abierta y atrapó un fajo de billetes arrugados—. Podríamos llevarnos una bolsa cada uno y esfumarnos, jefe.

—¿Es que has perdido la cabeza? Ahora mismo los federales vienen para acá a recuperar ese dinero y meterte de cabeza en chirona. Los he convencido de que me dejasen detenerte para evitar que te acribillasen. Quiero saber cómo os enterasteis del asunto. ¿Por qué el dueño no fue a por vosotros? ¿Quién va a pasar por alto una pérdida tan cuantiosa? ¿De dónde sacaste la información?

Choctaw soltó una risotada delirante. Clayton lo agarró por los hombros y lo sacudió.

—No estoy de broma, ayudante. He tenido que poner mucho empeño para convencerlos de que me dejasen venir a sacarte por mi cuenta. Pero no puedo ayudar si no...

—¿A quién ha tenido que convencer? —Choctaw parecía repentinamente severo y furioso.

—¿Qué?

—¿A quién ha tenido que convencer exactamente?

—A los federales.

A Choctaw se le escapó otra risotada; esta vez le salió de lo más profundo y lo hizo parecer un lunático. Clayton le cogió de la pechera de la camisa roja desabotonada y se encaró con él.

—¿Qué coño está pasando aquí?

—Menudo tongo, jefe. Los federales, eso es lo que pasa.

—¿De qué hablas?

—Lo que digo es que da lo mismo que me proteja. De esta no salgo vivo.

—¿Qué es lo que no me estás contando, James? —Clayton estaba a punto de gritar.

—Chester me dijo que un federal le propuso el robo. Dijo que el tío sabía exactamente cuándo y dónde asaltar a esos moteros. Dijo que nadie vendría luego a recuperar la pasta, que cuando nos largásemos el tío al que robábamos estaría muerto.

—Una mierda. Eso es absurdo. ¿Por qué iba a hacer eso un federal corrupto sin llevarse su parte? ¿Qué ganaba dejándooslo en bandeja a vosotros? ¿Por qué no se lo quedaba para él?

—No lo sé, jefe. Yo solo le hacía un favor a Chester. Frankie y Lenny estaban en el ajo; no podía decir que no. Chester estaba convencido de que el tío era de fiar.

—¿Tienes su nombre?

—No. Chester no nos lo dijo a ninguno, pero me pareció bien raro que el día antes de que viniese a contarme todo aquello se presentase, de repente, ese figura de Holly diciendo que estaba al tanto de mil cosas sobre usted y Halford.

—¿Holly? ¿Crees que es el federal corrupto? Eso es una burrada. Es el agente asignado al caso.

—No tengo ni puta idea, jefe. Solo sé que sé demasiado y que quienquiera que sea no me va a dejar con vida. No sabía qué hacer, así que me vine aquí.

Clayton soltó de la camisa a Choctaw y lo empujó de nuevo contra las bolsas de dinero. Las ruedecillas de su cabeza iban a mil revoluciones. Aquello era absurdo.

—Empieza por el principio y cuéntame todo lo que sepas.

—Ya está, jefe. No sé más que eso.

—¿Sabías que el destinatario del dinero era mi hermano?

—¿Halford? Oh, Dios. Ahora sí que voy a morir. ¿Qué voy a hacer?

—Por eso no te preocupes.

Clayton le quitó la bebida y se la echó al gazzate. Choctaw pareció desconcertado, pero no preguntó. Y Clayton no se explicó. Lo que hizo el ayudante fue mirar las bolsas a sus pies.

—Es mucha pasta, jefe. A ver, ¿por qué no nos largamos ahora mismo? Yo me esfumo. Usted puede decir que cuando llegó yo no estaba aquí...

—Pierdes el tiempo. Nos vamos a quedar aquí sentados esperando. Si Holly está implicado de alguna manera en esta mierda, lo sabremos en unos minutos.

—¿Viene para acá?

—Llegará de un momento a otro.

El ayudante agarró el rifle de la cama y encañonó al *sheriff*.

Clayton dejó el frasco en el suelo.

—¿Qué hace, ayudante?

—Me van a matar, jefe. No me puedo quedar aquí. No puede hacer que me quede.

—Has perdido la cabeza. Baja el rifle. No voy a dejar que te pase nada.

Entonces fue cuando la cabeza de Choctaw estalló.

3

Clayton vio cómo el cuerpo sin cabeza de Choctaw se derrumbaba en el suelo y quedaba tendido en dirección a la puerta trasera. Holly recargó la escopeta y la bajó.

—¿Está bien, *sheriff*?

Clayton levantó su Colt.

—Ey, tranquilo, *sheriff*.

Clayton siguió apuntando a Holly y se limpió las salpicaduras de sangre de la barba.

—Acaba de cargarse a ese chico a sangre fría.

—Coño, pues claro. Me lo he encontrado encañonándolo con ese rifle y he pensado que estaba usted en un aprieto. No estaría mal que me diese las gracias por salvarle el culo.

Clayton amartilló la pistola.

—Los cojones. Tenía la situación bajo control. Se lo ha cargado para que no lo acusase a usted.

—¿Acusarme de qué? ¿Qué hostias dice?

—¿Seguro? Me ha contado que a Bankey le dio información para el robo un federal. Un federal al tanto de quién movía el dinero.

Holly miró las bolsas de dinero.

—¿Y usted cree que ese federal soy yo?

—Lo que sé es que acaba de matar a la única persona capaz de ayudarme a

averiguarlo.

Holly desvió de Clayton la escopeta lentamente, la sostuvo con las dos manos, se agachó y la deslizó hasta él por el suelo.

—Bueno, pues es una locura, pero si quiere tragarse ese cuento de hadas, adelante. Tenga... —Se sacó la pistola y se la pasó también. El *sheriff* la paró con una bota y la echó por la puerta trasera de una patada. Se enfundó el Colt y cogió la escopeta.

—Ahora vamos a dar un paseo.

—Estoy de su lado, Clayton. Se está equivocando.

—Si me equivoco, ya le pediré disculpas, pero por el momento nos vamos a Waymore para charlar con el departamento y ver cómo lo solucionamos. —Hizo un gesto con el cañón de la escopeta hacia la puerta de entrada. Holly echó a andar.

—¿Y todo el dinero?

—No es mío.

—Entonces, ¿va a dejarlo aquí, encima de la sangre de ese chico?

—Usted va a pagar por la muerte de este chico —le dijo Clayton.

Holly suspiró y se volvió para mirar al *sheriff*. Ahora tenía otra mirada. La sonrisa de oreja a oreja de nuevo y ninguna prisa. «Si acaso, parece decepcionado», pensó Clayton.

—¿Por qué soy yo quien tiene que pagar? Lo ha matado usted. Entró usted aquí y decidió que todo el dinero era mejor que la mitad, así que se cargó al pobre diablo con su propia escopeta. Menuda brutalidad, amigo.

—Nadie se va a creer eso.

—Pues claro que sí. Verás, venga: cuando Halford se enteró de que eras tú quien lo había desvalijado se puso tan furioso que salió pitando montaña abajo para matarte. Hacía años que no bajaba de esa montaña. Todos los habitantes de esa letrina desértica en la que vives han sido testigos. También te han visto matarlo.

—¿Y eso es lo que querías, no?

—A mí lo mismo me daba uno que otro. Que lo matas tú, bien. Que te mata él, me habría limitado a decirle a ese grandísimo hijo de puta que aquí estaba su dinero y el guarro del indio que se lo había robado. De una manera u otra, aquí estaría yo con uno de vosotros delante.

—Así que todo lo que me contaste de una operación sin derramamiento de sangre eran paparruchas.

—Nadie que no se lo haya buscado va a ver su sangre derramada. —Holly le echó una ojeada al cadáver sin cabeza del ayudante Frasier—. Excepto este, a lo mejor.

—¿Todo esto por un par de miles de pavos?

Holly se echó a reír.

—Eres más tonto de lo que aparentas, Clayton.

Clayton notó que se le disparaba un tic en el párpado y apretó la escopeta con fuerza.

—Eran todo paparruchas. No tenías pruebas contra Halford. Ningún operativo. Ningún conocimiento de sus operaciones.

—No, algunas cosas eran verdad. No tenía intención de cargar contra tu hermano, pero sí que lo sé todo sobre su imperio. —Sonrió aún más y se le oscurecieron los ojos—. ¿Quieres saber cómo lo averigüé?

Clayton apretó los dientes.

—Me lo contó tu hermano Buckley antes de que lo matase.

—Eres un puto mentiroso.

—Antes de echárselo a mi equipo para que lo acribillasen a balazos tuve una charla en privado con él y lo convencí de que me lo contase. Después de tres días sin probar la mierda que fabrica tu familia me contó de todo sobre Halford, sobre ti, sobre este sitio, esta cabaña, fechas, ubicaciones, todo. El muy idiota lo sabía todo y lo cantó todo con tal de chutarse esa mierda en las venas de nuevo. Es una putada tener a un yonqui en la familia. Nunca se sabe qué será capaz de hacer para seguir colocado. Créeme, yo lo sé. Seguro que si me llega a dar la gana, ese retrasado me la acaba mamando.

—Tendría que matarte ahí mismo.

—Bueno, pues adelante, *sheriff* Burroughs. —Arrastró las palabras burlándose del título de *sheriff*—. Deja de fingir que eres lo que no eres. Eres un puto gánster patán como tu padre muerto y todos tus hermanos muertos, pero ¿sabes qué? Tú eres el peor, porque te escondes detrás de esa estrellita y te crees que eso disimula lo que eres de verdad. Buckley también te dejó vendido. Me contó todo sobre su hermano el *sheriff* que hace la vista gorda a todo lo que ocurre por aquí. Por lo menos los otros admitían ser unos criminales. Tú no eres más que un delincuente que se piensa que por ponerse el uniforme de los buenos ya no apesta.

Clayton le clavó la mirada a Holly.

—No como tú, ¿eh?

—Tú y yo somos más parecidos de lo que piensas, Clayton. —Se llevó la mano a los riñones.

Clayton apretó el gatillo.

Clic.

—Mira que os gusta a los palurdos de por aquí una escopeta. Ya sabía que cogerías la escopeta y te guardarías el Colt.

Clayton le lanzó el arma descargada, pero Holly se lo esperaba y se apartó. Se sacó la 9 milímetros, pero Clayton ya se había abalanzado sobre él y le agarraba la mano. Disparó: los dos primeros tiros impactaron en el techo, el tercero perforó la puerta mosquitera. Clayton aplastó contra la pared al otro y le estampó la mano una y otra vez contra la madera hasta que la pistola se fue al suelo con un golpe seco. Holly alargó la mano hacia el Colt del *sheriff*, pero este le enganchó la garganta con el antebrazo y le soltó un puñetazo tremendo en el estómago. El federal boqueó para recuperar la respiración y resbaló por la pared hasta caer de rodillas. Clayton cogió el Colt y le apoyó el cañón en la frente a Holly.

—Bueno, adelante, *sheriff* Eres el hijo de Gareth Burroughs. Haz lo que mejor sabes hacer.

—Eso debería hacer. Debería matarte como tú has matado a ese chaval, y luego debería enterrar tu cadáver en el bosque como haría mi padre. — Retrocedió dos pasos—. Pero no soy mi padre. Levanta.

Holly se puso en pie con lentitud.

—Mejor que me mates, *sheriff*.

—Tiene derecho a permanecer en silencio.

Holly se rio.

—¿Estás de cachondeo?

—Todo lo que diga podrá ser usado en su contra ante un tribunal.

—Eres un mamarracho, Clayton. Una parodia de la ley.

Clayton lo obligó a darse la vuelta y lo empujó contra la puerta de entrada.

—Las manos a la cabeza.

—Esto no va a acabar así, Clayton.

Clayton volvió a empujarlo, esta vez apretándole el cañón de la pistola en los omóplatos, empujándolo hacia el porche.

—*Sheriff* Burroughs, no Clayton. Ahora pon las manos en la cabeza o empiezo a machacarte. Tú decides.

Holly obedeció y ambos hombres descendieron hasta la grava por la escalera.

—Tiene derecho a un abogado. Si no puede permitírsele, se le designará uno para representarlo. ¿Comprende los derechos que acabo de leerle?

Holly escupió sangre en la grava y continuó caminando. Clayton iba cojeando detrás, clavándole la pistola de vez en cuando en la espalda. Cuando iban por la mitad del descampado, Holly se detuvo.

—¿Puede hacerme un favor, Clayton?

—Sigue caminando.

—En serio, me gustaría saber si le mandará recuerdos a nuestro padre

cuando lo vea en el infierno.

—¿Qué?

—¡Fuego! —gritó Holly, y se tiró en plancha al suelo.

—Pero ¿qué...?

Media docena de lucecitas rojas sobre el pecho de Clayton hicieron que se le atragantase la frase.

Cerró los ojos y se imaginó a Kate.

El primer disparo de un rifle de alto calibre le dio de lleno en el pecho. Lo hizo retroceder, pero no perdió el equilibrio. Tal vez fue la confusión del momento o el *whisky* de Choctaw que le enturbiaba los sentidos, pero no soltó la pistola. La agitó hacia la izquierda antes de que el segundo disparo le acertara justo debajo del primero. Fue como un mazazo que lo hizo desplomarse. Sucedió todo en pocos segundos. No tuvo ni la más mínima posibilidad. Decenas de agentes en uniforme de asalto y cortavientos azules emergieron de la arboleda cuando el cuerpo de Clayton caía. Holly se retiró las manos de la cara, abrió los ojos y gateó hasta el otro. Todavía respiraba, pero su boca estaba llena de sangre que le chorreaba por la barba. Tenía los ojos muy abiertos.

—Asegúrate de decirle que ahora esta montaña me pertenece, hermanito mayor. Dile que ahora le pertenece al hijo de Marion.

Clayton tosió, pero lo mismo podría haber sido una carcajada, y se quedó mirando al cielo.

—Díselo, hermanito, díselo.

Holly se giró en la grava.

Clayton luchó por respirar y se desangró en el suelo a menos de cuatrocientos metros de donde estaban enterrados los restos de su tío abuelo Riley. Oía hablar a Holly, pero solo podía ver a Kate apartando la cinta amarilla y alejándose.

Holly se llevó una mano al pecho, al bolsillo donde guardaba la foto medio destrozada en la que aparecía de niño en la hierba con su madre en la pequeña feria de Mobile. Cerró los ojos y oyó los sonidos de las atracciones. La música del órgano. Olió la masa frita que se mezclaba en el ambiente con el perfume de lavanda de su madre. No recordaba mucho más de aquel día, pero los detalles de la foto se los había aprendido todos de memoria.

«Hecho, mamá. He acabado con todos y cada uno», se dijo.

—¿Estás bien, Simon? —le preguntó el agente Jessup, y lo ayudó a ponerse en pie.

—Sí, ahora sí. Esa sangre no es mía. Es de ese pobre diablo de ahí dentro. Aquí el bueno del *sheriff* le ha volado la cabeza con una escopeta que encontraréis en la cabaña.

Jessup observó a los forenses que examinaban las heridas de Clayton.

—No hay nada peor que un poli corrupto.

Holly se mostró de acuerdo.

Capítulo 25

Oscar Wilcombe
Jacksonville, Florida
2015

La negrura más absoluta empezó a dar paso a unas estrellitas minúsculas y haces de luz que Oscar Wilcombe percibía por el rabillo del ojo. Parecía que le iba a estallar la cabeza; una palpitación acompasada con sus latidos desbocados lo estaba machacando. Mala circulación y falta de agua... Era como si se despertase tras una noche de borrachera. Intentó levantar los brazos para restregarse los ojos soñolientos, pero era como si fuesen de barro. Todos sus esfuerzos no dieron otro resultado que un leve encogimiento de hombros. Oía la cháchara de gente a su alrededor, pero le llegaba en oleadas que rompían contra sus sentidos poco a poco recobrados. Estaba intentando pensar, recordar. Había estado tras su escritorio repasando la contabilidad de Bianca. Recordaba cómo se había marchado su hija y luego una punzada de dolor en el cuello (una aguja, quizá) después nada. Lo habían sedado. Eso tenía que ser. Iba recuperando el conocimiento, así que hizo otro intento de tocarse el cuello. No podía moverse. Eso no era solo lo que le hubiesen inyectado. Tenía los hombros encallados con algo... en algo. Alguien lo había sacado de su oficina, sedado, y lo había metido dentro de algo.

—Despierta.

Delante de él tenía una silueta borrosa. Una ráfaga candente le golpeó la cara y su visión se agudizó. No le quemaba. No era calor. Era agua. Agua helada. Sacudió la cabeza, cerró los ojos con fuerza y volvió a abrirlos.

—¿Bracken? ¿Bracken, eres tú? ¿Qué significa esto? ¿Dónde estoy?

—Bienvenido de nuevo, Oscar.

Bracken estaba plantado frente a su prisionero con un cigarrillo encendido en una mano y en la otra una copa, ahora vacía, de refresco. Le dio una buena calada a la colilla mientras Wilcombe observaba a su alrededor.

—Bracken, ¿qué está pasando aquí?

Balanceó la cabeza adelante y atrás, saliendo de su momentánea ceguera

para ver la gigantesca fachada metálica de la Nave 1. Conocía bien aquel sitio. Lo había hecho construir él. La nave era un lugar que el club usaba para ocuparse de los asuntos que requerían privacidad. Asuntos de los que Wilcombe jamás se ocupaba de primera mano. Por el patio aparecían diseminados cuadros de Harleys con imprimación en diversos estadios de reparación y pilas de neumáticos de todos los tamaños y formas. Todo estaba herrumbroso y comido por los matojos y las malas hierbas. Hacía mucho que aquel sitio no se utilizaba. Detrás de Bracken y del resto de miembros del círculo de cabecillas de los Chacales de Jacksonville se cernía una enorme insignia del club aerografiada en un lateral del edificio: un chacal, de dos metros y medio con bandoleras de munición entrecruzadas, empuñando una .45 milímetros en cada garra bajo un estandarte con las siglas CJ en letras góticas.

—Tenemos que hablar —dijo Bracken.

—Sea lo que sea, Bracken, exijo que me desates y me saques de donde estoy metido.

Bracken aplastó el cigarrillo en una de las mejillas de Wilcombe. El dolor lo atravesó como una cuchilla. Gritó. Ahora estaba despabilado por completo.

—Tú no exiges nada, Oscar. Ya no.

—¡Dios mío, Bracken! —gritó el anciano, debatiéndose frenéticamente de lado a lado, luchando por soltarse—. Sácame de aquí ahora mismo.

—Hace unos años mandamos aquí a unos aspirantes y los hicimos atornillar un par de pilas de neumáticos de camión para situaciones como la de hoy. De la tuya hemos tenido que quitar dos ruedas para que podamos hablar cara a cara.

Wilcombe forcejeó y sacudió levemente aquel capullo tejido con correa de acero.

—A Moe le costó casi una hora extraer los pernos oxidados para que cupiese un hombrecillo de tu estatura. —Bracken se dirigió al otro por encima del hombro—. ¿Cuánto dirías tú, Moe? ¿Cómo una hora?

Moe alzó la mirada de la mesa de pícnic de hormigón donde estaba sentado y asintió.

—Más o menos, sí.

—Como ves, nos hemos tomado muchas molestias para acomodarte, así que confío en que tengamos una conversación franca y sincera. ¿Puedo darte por hecho, Oscar?

La gravedad de la situación lo machacó con tanta fuerza como la cárcel de caucho podrido y reseco, de modo que jugó la única baza que tenía a su disposición.

—Por supuesto que sí, Bracken; somos familia. Podemos hablar de cualquier cosa. Sea lo que sea, estoy convencido de que lograremos solucionarlo.

—Familia —repitió Bracken arrastrando las sílabas.

—Por supuesto que lo somos. Nuestros padres...

—Nuestros padres están muertos —terminó Bracken—. Y te voy a decir una cosa esta noche: me alegro de que así sea. Porque, si vieses la clase de sabandija traicionera que has resultado ser, la habrían palmado de pura decepción.

—Escúchame, Bracken. —A Wilcombe le sudaba la calva y los goterones le llenaban de sal los ojos y la quemadura reciente del cigarrillo en el rostro. Se echó a llorar para apoyar su llamada a la compasión—. Lo que quiera que creas saber es una confusión. Alguien te está contando mentiras. Yo jamás te traicionaría, ni a ti ni al club. Mi padre me ayudó a montar este club.

—Me has vendido a esos palurdos de Georgia, Oscar. Cantaste ante los federales y les soplaste la ruta. Supongo que pensaste que nos matarían o nos encerrarían, pero no te salió bien la jugada y aquí estamos.

Wilcombe contempló al grupo de moteros.

—Bracken, esto es un malentendido —dijo esforzándose al máximo por fingir sorpresa—. He perdido una cantidad tremenda de dinero y un socio muy lucrativo por culpa de ese asalto.

Bracken le soltó un gancho de izquierda en la mandíbula al viejo. Le pareció oír cómo se fracturaban los huesos.

—Los federales te acorralaron y tú les entregaste a mis chicos, más doscientos mil de propina en efectivo, para salvar el culo.

—No, Bracken, eso no es lo que sucedió. Te lo juro.

Wilcombe tenía la dentadura ensangrentada y le chorreaba por el labio partido. Su socio se sacó otro cigarrillo y lo encendió con un Zippo plateado. Sostuvo el Marlboro entre dos dedos.

—Igual necesitas un recordatorio a juego en el otro lado de la cara para no mentirme.

—No. Espera. —Wilcombe se calló para conseguir un efecto dramático—. Pensé que ese hombre tuyo, el latino...

—¿Romeo? —dijo Moe desde la mesa de pícnic.

—Sí, ese. Romeo. Pensaba que había desaparecido cuando volvisteis. Pensaba que era el que estaba trabajando para la policía. Puedo ayudarte a encontrarlo. Puedo contratar a alguien para que lo localice.

—¿Harías eso por mí?

—Por supuesto que lo haría. Somos familia.

—Espera un segundo —dijo Bracken, y se rascó la cabeza—. ¿Te refieres a este tío?

La puerta del muelle de la nave se abrió y aparecieron dos miembros más

de los Chacales trayendo a rastras el cuerpo maltrecho y ensangrentado de Romeo al patio. Dejaron caer al motero medio inconsciente a los pies de Bracken y se quedaron a su lado.

Bracken colocó una bota de cuero sobre la cara hinchada de Romeo y lo señaló.

—¿Este es el piltrafa del que me hablas?

Se suponía que no debían encontrarlo, pensó Wilcombe. Después de servirse de Romeo para que echase una mano a Bracken y sus hombres durante el asalto, le proporcionó todo lo necesario para que desapareciese. Un nuevo nombre, una nueva identidad, dinero, incluso unas hectáreas de rancho ovino en el sur de Texas.

—Como ves, Oscar, ya lo hemos encontrado nosotros. —Bracken aplastó la cabeza de Romeo con la bota y la sangre le chorreó aún más por los lados de la cara machacada—. ¿Quieres saber cómo lo encontramos?

Wilcombe no dijo nada.

—Recibí una llamada de un amigo tuyo. Un agente federal llamado Holly. Resulta que el tío te odia a muerte. Me contó con pelos y señales lo que te planteó y cómo nos entregaste en menos de dos minutos. Luego me dijo dónde encontrar a este sudaca de mierda, que básicamente lo organizó todo. Así que vuelve a explicarme dónde está el malentendido. Dime por qué no deberías morir hoy.

Wilcombe habló en voz baja y sin esperanzas.

—Porque somos familia. Y la familia perdona.

—No. Esto es lo que hace mi familia. —Señaló con una mano enguantada a Moe, que se puso en pie, se acercó, sacó una pistola de bajo calibre y le pegó un tiro a Romeo en un lado de la cabeza. Acto seguido, volvió a sentarse y continuó limpiándose las uñas con una navajita.

Bracken señaló de nuevo, esta vez a uno de los cabecillas más veteranos del club. Un hombre llamado Pinkerton Sayles. El exbarman raquíptico se había reincorporado tras su jubilación solo por aquella noche especial. Se agachó ante una barbacoa de ladrillo y sacó una lata de gasolina.

—Por favor, Bracken —dijo Wilcombe—, no lo hagas. Es un malentendido. Puse a Romeo para que te protegiese. En ningún momento estuviste en peligro. ¡Por favor!

—Así es como mi familia se protege.

Pinky le roció la cara de gasolina a Wilcombe. El sabor amargo le provocó arcadas y resolló para coger aire.

—Por favor..., para... No...

—¿Te acuerdas de mí, hijo de puta? —le dijo Pinky.

Chof. Más gasolina.

Chof.

—Buen viaje, capullo.

Pinky colocó la lata junto al ataúd de caucho y se sentó al lado de Moe y Tilmon en la mesa de pícnic.

Bracken sacó otro cigarrillo.

—Eras como un padre para mí, Oscar.

—Y... lo soy...

—No, qué va.

Bracken buscó en un bolsillo y se sacó el Zippo. Por un instante pareció sorprendido, como si acabase de recordar algo, y extrajo unos billetes doblados del otro bolsillo.

—Ah, sí. Esto es un regalo de ese amiguito tuyo, el agente. Me dijo que con doscientos cincuenta pavos bastaba. Que te los podías quedar.

Bracken se los embutió en aquella especie de barril de neumáticos, se encendió el cigarrillo y echó el mechero en la pila de neumáticos empapados en gasolina. Aquello estuvo ardiendo casi nueve horas seguidas.

Capítulo 26

Simon Holly
Cobb County, Georgia
Tres meses después
2015

1

En el apartamento hacía frío. Simon seguía acurrucado bajo un revoltijo de colchas y sábanas como un niño que se resiste a empezar el día. Y es que se resistía. El día iba a ser exactamente idéntico a los anteriores. Frío, largo y vacío. Tenía mal la circulación y le dolían las articulaciones. Sabía que el frasco de oxicodona que se había dejado junto al sofá lo despabilaría, pero el camino de la cama hasta la habitación contigua le parecía una expedición insuperable. Se echó el edredón por encima de la cabeza para evitar que la grisácea luz del sol invernal le proyectase cuchilladas en la cara. No tenía ni idea de qué hora era. Desde su llegada a Atlanta no había vuelto a saber la hora. O era de noche o era de día. O hacía frío o hacía calor. Sus jornadas estaban llenas de absolutos. Los detalles no importaban. Necesitaba una ducha. Ir al gimnasio. Eso le hizo reír. Ni siquiera quería ir a la habitación de al lado por miedo a quedar extenuado. El gimnasio no era más que un recuerdo agradable de una vida enterrada hacía mucho.

Le apetecía café: un café caliente, humeante y negro de oficina. De los que la secretaria le solía llevar por las mañanas cuando se ponía con sus expedientes. Hacía meses que no sentía ansias de aquel lodo amargo. No creía posible echarlo de menos, pero aquella mañana, o lo que fuese, solo con pensarlo ya se le hacía la boca agua. Bueno, se le hacía la boca pasta. Aquel despojo de organismo deshidratado suyo carecía del agua suficiente para producir saliva. Apartó el edredón y se incorporó. El dolor de huesos resultante de la falta de hidrocodona en el torrente sanguíneo le subió por la espalda y se le instaló en el cuello rígido. No era la idea del café lo que le había despertado el antojo. Era el olor. Lo estaba oliendo. Era intenso. ¿Es que había hecho café la noche anterior? ¿Acaso tenía

siquiera cafetera en aquel pisucho? Un ruido de pasos amortiguados en la otra habitación respondió, al menos, parte de la pregunta. Simon alargó la mano para agarrar la pistola. Entonces recordó que se la había dejado al lado de las pastillas en el sofá. Estúpido. Le iba a estallar la cabeza, pero se obligó a ponerse en pie. Todavía llevaba la ropa del día anterior..., de la semana anterior. Una camisa azul de algodón sucia y unos chinos con un cinturón cuya hebilla le había estado dejando toda la noche una marca al incrustarse contra su reciente y fofa barriga cervecera. Se rascó las marcas rojas mientras se remetía como podía la camisa por dentro del pantalón y avanzó con sigilo hacia la puerta mientras se esforzaba por olvidarse de la punzada en las articulaciones. Lo que vio en la cocina le hizo creer por unos instantes que seguía dormido.

Una mujer.

Una mujer alta y bien proporcionada que le daba la espalda de pie ante el fregadero. Estaba secando los platos, platos que debía de haber lavado ella misma. La melena castaña le tapaba casi por completo la cara, pero por un momento, al espiar por la rendija de la puerta entreabierta, Simon creyó atisbar las cicatrices de la mejilla. Negó con la cabeza levemente y se restregó las legañas de los ojos. Cuando volvió a mirar, allí seguía. Se apartó del fregadero, cogió la cafetera y sirvió el hirviente brebaje negro en dos tazas recién lavadas colocadas en la encimera. Simon notó que se reducía al tamaño de un niño de nueve años que acababa de despertarse en su antigua casa de Mobile.

—¿Mamá? —dijo en un tono apenas audible.

Kate se volvió e hizo añicos la fantasía.

—Qué patético —dijo. Cogió su taza, dejó allí la otra y atravesó el salón hacia el sofá. Le dirigió una mirada de asco, pero se sentó igualmente, soplando la taza.

—¿Qué quieres, Kate? —preguntó Simon. El niño de nueve años había sido sustituido por el yonqui de cuarenta y uno.

—No estoy segura. Pensaba que lo sabía de camino aquí, pero ahora no estoy segura.

—Lo que está claro es que no has venido aquí para lavarme los platos y hacerme café.

—Eso es verdad. He venido a matarte.

Simon buscó con la mirada su pistola. Estaba justo donde la había dejado, pero no tal y como la había dejado. Kate la había desmontado y las diversas piezas estaban colocadas en un cojín sucio. También se fijó en el bulto que escondía la mujer bajo el jersey. La sangre le golpeaba en las sienes como un maremoto que se estrellase contra las rocas.

Tampoco veía la oxycodona.

—¿Has cambiado de opinión?

—¿Sobre qué?

—Sobre desearme la muerte.

—No, todavía te deseo la muerte. Nunca voy a dejar de desearte la muerte.

—Se calló y le dio un sorbo al café—. Pero antes de verte, de ver este sitio, me preguntaba si necesitaba ser yo quien te matase. Es decir, mírate. No sé muy bien qué te preocupa más, si el hecho de que yo esté aquí o que te haya cogido la droga. —Señaló la encimera junto al fregadero. El viejo y buen frasco naranja de Simon estaba al lado de la otra taza de café. La cara de alivio fue demasiado obvia como para disimularlo, y Kate negó con la cabeza, como el padre que desaprueba a su hijo.

—Adelante. Tómate un par. Serénate. Sé que te mueres de ganas.

Simon se planteó la posibilidad de esperarse para conservar la dignidad, pero no aguantó ni treinta segundos y fue directo a por el frasco. Abrió la tapa, se echó cuatro pastillas blancas oblongas en la palma, las engulló y se las tragó con el café hirviente. Es sorprendente cómo resurge la confianza de un drogadicto solo con llevar a cabo el ritual de drogarse, incluso antes de que a la droga en sí le dé tiempo a hacer efecto. Se giró de nuevo hacia Kate, renovado y de buen humor, pero se desinfló cuando vio que esta había dejado la taza en el suelo y que tenía una Ruger de 9 milímetros con un silenciador casero y la empuñadura envuelta en cinta adhesiva. La bilis se le mezcló con el café amargo en el fondo de la garganta.

—Ahora se me plantea un dilema, agente Holly.

—Ya no soy agente.

—Es verdad, ahora no eres más que Simon. El departamento te ha puesto de patitas en la calle. Demasiadas preguntas imposibles de responder, por lo que he oído.

—Más o menos.

—A mí nadie me ha hecho ninguna pregunta. Yo podría haberlas respondido todas. Le habría dictado palabra por palabra a quien quisiese oírlo qué clase de alimaña asesina eres, pero nadie quería oír nada, la verdad. Solo querían que desaparecieses antes de que los pusieras más en ridículo aún. Eso eres ahora, Simon. Un motivo de vergüenza. Podría haberles contado cómo mentiste y manipulaste a todo dios para no tener que apretar tú el gatillo contra los de tu propia sangre.

—Vaya, ¿y por qué no lo hiciste entonces?

—Por dos motivos —dijo Kate, y se puso en pie. Sostuvo la pistola sin demasiada firmeza, pero siempre apuntando a Simon—. Uno: ya te dije una vez que si Clayton acababa metido en un atolladero por tu culpa te mataría con mis

propias manos. Michael me dio esto, incluso. —Se calló al darse cuenta de que el nombre no hacía reaccionar a Simon—. Mike el Costras. Michael Cummings, se llama. Me ha asegurado que con esto te puedo meter quince balas en ese corazón negro y asqueroso que tienes y ni una sola conducirá a la policía tras mis pasos.

Simon le dedicó un gesto socarrón.

—No me puedes matar, Kate. Ahora mismo igual estoy hundido, pero sigo teniendo amigos en el cuerpo que...

—¿Amigos? —lo interrumpió Kate—. ¿Amigos como quién? ¿Como tu excompañero Jessup? ¿Como el tío al que puteaste y convertiste en cómplice de todo esto? ¿Cómo te crees que te hemos encontrado, Simon? Tu propia gente nos ha dado una lista de direcciones. ¿Tú te crees que todos esos a quienes manipulaste para que te ayudasen quieren pasar el mal trago de verse en los tribunales? Te hundes, y tus amigos no piensan dejar que los arrastres contigo.

—Chorradas.

—Mírame, Holly. ¿Tengo pinta de mentirosa? Tú eres un experto: sabrás distinguirlo.

Simon se mordió el labio y Kate remató:

—Pues sí, Simon. Todo el que se ha cruzado en tu camino está deseando que alguien te haga desaparecer.

—Y aquí estoy, sin embargo. Vivito y coleando. El único que salió vivo. ¿Cuánto hace? ¿Tres meses? Y nadie tiene huevos para matarme.

—¿Eso crees? ¿Que nadie tiene huevos? Entérate, Simon: nadie ha venido a matarte por respeto a mí. Lo que hiciste me lo hiciste a mí. Ni uno solo de los hombres de esa montaña me va a arrebatar la oportunidad de arreglarlo en persona. No eres el único que salió vivo... La única persona que saldrá viva de esto voy a ser yo.

Le apuntó a la cara.

—¿Te piensas que voy a tenerte miedo, Kate? Yo arrasé Bull Mountain. Yo. Yo hice lo que nadie fue capaz de hacer en casi siete puñeteras décadas, y lo hice por mi cuenta. Así que si vas a matarme, adelante, pero no esperes ni por un segundo que le tenga miedo a una pobre palurda con una pistola.

Kate soltó una carcajada.

—¿Qué coño te hace tanta gracia?

—Hablas igual que él. Coño, ahora que te veo aquí, así, es que eres clavado. Ojalá me hubiera dado cuenta antes.

—¿Clavado a quién, Kate? —Las pastillas empezaban a subirle, así que recuperaba su arrogancia característica. Se pasó la lengua por los dientes—. ¿A quién me parezco? ¿Al borrachuzo de tu marido? ¿Por eso no eres capaz de

matarme?

Los músculos faciales de Kate se tensaron y le apuntó entre los ojos. Esta vez Simon reculó.

—No, hijo de puta. No te pareces en nada a Clayton. Eres clavado a tu padre. Por más que te esfuerces en convertir a Clayton en lo que tú piensas que era, no se parecía en nada a aquel viejo psicópata de los cojones, pero ¿tú? Tú eres el discípulo que siempre deseó tener. Te has empleado al máximo para castigarlo a él y a todos los demás por lo que te hizo a ti y a tu pobre madre, y ahora mírate. Tú eres el que más se parece a él. Es Gareth quien habría estado orgulloso de ti, y no Marion.

Simon pareció sorprendido con la alusión al nombre de su madre. Kate se dio cuenta y sonrió.

—¿Te acuerdas de tu amigo Jessup? Me dio una caja llena de diarios de la pobre Marion. Ahora son míos. Doy por hecho que eso es lo que te motivó a iniciar esta *vendetta*, ¿verdad? —No le daba respiro; continuó—. Eres ridículo. Supongo que esa es la única diferencia entre el hombre que te engendró y tú. La gente de esa montaña respetaba a tu padre, Dios sabrá por qué, pero lo respetaba. Todavía hablan de él. ¿Pero tú? Nadie va a respetar lo que hiciste. Nadie hablará de ti. No eres mejor que Halford ni que ninguna de las personas que alegas que cometieron una injusticia contigo. Eres idéntico a ellos. Y, por lo que veo, acabarás como ellos sin necesidad de que yo intervenga.

Bajó el arma, pero Simon se mantuvo apoyado contra la encimera. Se quedaron en silencio un buen rato.

—Has dicho que no hablaste con los federales por dos razones —terminó comentando él.

Kate estaba cansada, se le notaba en la cara, pero con la mano libre se alisó la parte delantera del jersey holgado sobre el vientre levemente abultado. Estiró la tela para que Simon dedujese. No le costó mucho.

—Estás embarazada —dijo. Fue más una afirmación que una pregunta. Kate volvió a empuñar la pistola con las dos manos.

—Quería decírtelo en persona. Necesitaba verte la cara. Tantos planes y años de preparación para acabar con el linaje de los Burroughs para nada. Has fracasado. Clayton se habría enterado de esto el día que le tendiste la trampa para matarlo. Le robaste esto. Me lo robaste a mí. Pero es lo último que robas, Simon. —Levantó el arma de nuevo—. Y esto me lleva al dilema que te comentaba. ¿Te mato aquí y ahora, acabo contigo? ¿Me contagio de la misma enfermedad que trajiste a la puerta de mi casa o me contento con que te pudras en una cárcel federal o con ver cómo acabas con tu vida en un agujero como este, pastilla a pastilla?

Simon no respondió. La oxycodona estaba haciendo su efecto y notaba cómo las fuerzas le volvían a los músculos doloridos. La dejaría hablar unos minutos más.

—Necesitaba verte la cara. Necesitaba saber si serías capaz de venir a por mi hijo. Necesitaba saber si estás tan muerto por dentro y echado a perder que serías capaz de ir a por un niño inocente. O... si estarías dispuesto a dejar las cosas como están.

Simon le clavó la mirada.

—Así que, dime, Simon: ¿eres capaz de dejar las cosas como están?

Se tomó su tiempo para contestar. Miró el frasco de pastillas que tenía entre las manos y lo hizo rodar entre las palmas. Lo colocó en la encimera y miró a Kate a los ojos.

—Sí, señora.

Tal vez fue el brillo del sol en sus dientes, o el leve rictus en la comisura de la boca. Tal vez fue el tic del ojo izquierdo al hablar. O tal vez nada en concreto.

—No te creo —dijo ella, y le disparó en el pecho.

2

Kate seguía con la pistola en la mano, inclinada sobre el cadáver de Simon, cuando Val y Mike el Costras entraron por la puerta principal. Mike puso sus manos sobre las de ella y, a los pocos minutos, Kate soltó el arma y el hombre se la guardó a la altura de los riñones.

—Señora Burroughs —le dijo en tono amable—, ¿está bien?

Kate asintió.

—Estoy bien.

—Creo que es mejor que te vayas yendo, Katie —terció Val mientras desenrollaba una lona en el suelo de la cocina junto al cuerpo de Simon.

—¿Y ahora qué?

Mike la acompañó con cortesía hacia la puerta.

—Nosotros limpiamos esto y usted se marcha a casa.

—¿Qué vais a hacer con él?

—No importa, señora Burroughs. Nosotros nos ocupamos. Usted tiene que ponerse en camino.

Val le puso una mano en el hombro a Mike y lo apartó a un lado. Cosa fácil, Val era casi el doble de grande que Mike.

—Vamos a llevarlo de vuelta a la montaña, Katie. Allí es donde debe estar.

Tenía lógica. Simon era un Burroughs. Pero no se lo llevaban a las zonas verdes y frondosas de Burnt Hickory donde su padre y sus hermanos estaban enterrados, ni al jardín cercano a las tierras de los Cooper que albergaba a su abuelo y a su bisabuelo. Lo llevarían más adentro, por la Western Ridge, más allá del desfiladero de Johnson. Donde las tumbas no llevan nombre, pasan desapercibidas y son olvidadas. Seguro que hasta tenían ya cavada la fosa. Le acarició una mejilla a Val y observó las arrugas de su rostro, allí marcadas a fuerza de décadas de acontecimientos como aquel mismo, y entre ambos corrió una especie de corriente estática. Compartieron un instante de tremenda tristeza que a Kate le oprimió el pecho y, de repente, le impidió respirar con soltura. Era la clase de tristeza que te queda cuando giras una esquina que te lleva a lugares desde donde no hay manera de encontrar el camino de vuelta a casa. Ambos habían mirado en lo más profundo de sí mismos y habían encontrado una fealdad irreprimible. Había visto aquella expresión en el semblante de otras personas, pero ahora lo entendía. Ahora lo experimentaba.

Mike ya había extendido la lona sobre el linóleo y empujado el cadáver en el centro. Estaba limpiando la sangre del suelo con un rollo de papel de cocina con la misma despreocupación que si limpiase leche derramada. Le sonrió y Kate reconoció la misma tristeza en él.

—Katie —dijo Val—, tienes que irte. Ya no hace falta que sigas aquí.

Kate le hizo una seña a Mike con la cabeza; este continuó con el suelo; dio media vuelta y se marchó sin decir palabra.

Acababa de enfilear la I-85 en la Dodge Caravan que le había dejado el hospital cuando oyó los primeros ruidos del pasajero al despertarse en el asiento de atrás. Giró el volumen de la radio de bajo a apagado y ajustó el retrovisor para ver mejor.

—¿Dónde estamos? —preguntó Clayton.

Hablaba con voz atontada, ronca y seca de resultados de los calmantes, y se moría de ganas de rascarse el cuerpo entero. De un gancho especial instalado sobre la ventanilla colgaba una bolsa de suero intravenoso, así que se rascó el lugar donde un tubito pegado con adhesivo le salía de la mano izquierda.

—Volvemos a casa, cariño. Tú descansa.

—Llevo tres meses descansando.

—Llevas tres meses curándote. El descanso empieza ahora.

—No quiero descansar.

Se rascó la barba incipiente. Los médicos de urgencias lo habían afeitado. Llevaba veinte años sin afeitarse. No estaba nada contento con eso. A ella no le importaba; le gustaba su cara.

—Clayton, te dispararon. Dos veces. Deberías estar muerto. Así que, si la

gente que te ha salvado la vida me dice que tengo que llevarte a casa y dejar que descanses, eso es exactamente lo que pienso hacer. Y no quiero quejas.

Clayton le dio un sorbo a su té helado por una pajita y se arrellanó sobre una montaña de almohadones que Kate le había preparado.

—Bueno, ¿y una cancioncita? ¿Podemos escuchar una cancioncita?

Tras tres estrofas de «Up on Cripple Creek», Clayton perdió el conocimiento gracias al gotero de morfina. Kate dejó la radio con el volumen bajo para poder oír su respiración por encima del zumbido de la autopista. Al rato estaba convencida de que aquel era el sonido más dulce que había oído en su vida. Sabía que en algún momento tendrían que hablar sobre lo sucedido en la montaña. Sabía que todavía surgirían investigaciones sobre si Clayton era o no culpable de algo. Estaba segura de que se las vería con otros federales en la puerta de casa con sus cuadernos, sus gafas de sol y sus acusaciones. Y estaba segura de que afrontarían aquello. Pero hoy no. Hoy su marido respiraba. Estaba vivo. Iba a ser padre. Un padre como tiene que ser. Iban a tener una oportunidad tardía, pero iban a ser una familia. No sentía ni una pizca de remordimiento por lo que acababa de hacer. Volvería a hacerlo si fuese necesario. Más de una vez pensó en dar un volantazo y conducir hacia cualquier otra parte. Era un nuevo día. Tenía un primo en Augusta, y un tío al que no conocía en Huntsville. Los acogerían. Estaban obligados. Eran familia. Pero no cogió ninguna salida. Continuó conduciendo la furgoneta rumbo a Bull Mountain. Era su hogar. El hogar de Clayton. Sería el hogar de su hijo.

Y nadie iba a arrebatárselo jamás.

Agradecimientos

Me gustaría darle las gracias a mi mujer, Neicy, por desconcentrarme con su belleza y por mantenerme en todo momento con los pies en la tierra («Cariño, ¡nos han hecho una oferta por el libro!»). «Perfecto, necesitamos un sofá nuevo») y por familiarizarme con la vida en el norte de Georgia. Sin ella no habría existido *Bull Mountain*. Gracias a mi madre por apoyarme siempre a pesar de lo malhablado que soy. Gracias a Zelmer Pulp, mi grupo/pandilla de escritores, formado por algunos de los elementos más talentosos del planeta, entre ellos Ryan Sayles, Chuck Regan, Chris Leek, Isaac Kirkman y Joe Clifford. Ahora que de verdad igual nos está haciendo caso alguien es mejor que aproveche. En serio, googlead sus nombres y comprad sus libros. Decidles que venís de mi parte. Gracias a Brian Lindenmuth, de *Spinetingler Magazine*, por auparme para que me viesen los que mandan. Gracias a Ron Earl Phillips por publicarme el primer cuento en *shotgunhoney.net*. Gracias a Susie Henry por darme una perspectiva femenina, y gracias a Dan Adams de la Dan Adams Band (buscadlos y comprad sus discos) por proporcionarme la banda sonora de *Bull Mountain*. Vivirás en Austin, colega, pero tú eres un georgiano de pura cepa. Gracias a mis compañeros del cuerpo de bomberos por tantas historias. Que no decaiga, amigos.

Tengo que agradecerle enormemente a mi agente, Nat Sobel, que haya tenido fe en mi trabajo y la tenacidad de un pit bull a la hora de encontrarle hogar a este libro. En mi vida hay un antes y un después de Nat. Gracias a mi editora, Sara Minnich, a la gente de Putnam por arriesgarse conmigo y a los hospitalarios habitantes de McFalls County. (Nada de escenas clave, Sara, lo prometo).

Y para terminar: gracias, papá. Por esconderme el mando a distancia. Por los tebeos. Por no rendirte en nada. Por el viaje de vuelta a casa desde Nueva York. Y por Waylon. Pero sobre todo por ser el mejor puñetero padre que un hijo pueda pedir. Te echo de menos cada día, viejo. Te veo cuando llegue allí.

Notas

[1] «Gimme Three Steps», del primer disco de Lynyrd Skynyrd (1974). El narrador pedía a un cornudo que lo encañonaba en un bar de Jacksonville: «Oh, won't you gimme three steps / gimme three steps, mister / gimme three steps towards the door?». <<

[2] En castellano en el original. <<

[3] «... y entonces me entra el ansia de *whisky* y ya estoy sentenciado». <<

Table of Contents

[Bull Mountain](#)

[Árbol genealógico](#)

[Capítulo 1. Western Ridge, desfiladero de Johnson, Bull Mountain, Georgia. 1949](#)

[Capítulo 2. Clayton Burroughs. Waymore Valley, Georgia. 2015](#)

[Capítulo 3. Clayton Burroughs. 2015](#)

[Capítulo 4. Kate Burroughs. 2015](#)

[Capítulo 5. Halford y Clayton Burroughs. 1985](#)

[Capítulo 6. Simon Holly. 2015](#)

[Capítulo 7. Cooper Burroughs. 1950](#)

[Capítulo 8. Gareth Burroughs. 1958](#)

[Capítulo 9. Annette Henson Burroughs. 1961](#)

[Capítulo 10. Gareth Burroughs. 1973](#)

[Capítulo 11. Gareth Burroughs. 1973](#)

[Capítulo 12. Bracken Leek. 2015](#)

[Capítulo 13. Clayton Burroughs. 2015](#)

[Capítulo 14. Gareth Burroughs. 1973](#)

[Capítulo 15. Clayton Burroughs. 2015](#)

[Capítulo 16. Angel. 1973](#)

[Capítulo 17. Marion Holly. Sur de Alabama. 1981](#)

[Capítulo 18. Simon Holly. 2012](#)

[Capítulo 19. Pepé Ramirez. Panama City, Florida. 2014](#)

[Capítulo 20. Oscar Wilcombe. Jacksonville, Florida. 2015](#)

[Capítulo 21. Halford Burroughs. 2015](#)

[Capítulo 22. Clayton Burroughs. 2015](#)

[Capítulo 23. Clayton Burroughs. 2015](#)

[Capítulo 24. Clayton Burroughs. Western Ridge, desfiladero de Johnson. 2015](#)

[Capítulo 25. Oscar Wilcombe. Jacksonville, Florida. 2015](#)

[Capítulo 26. Simon Holly. Cobb County, Georgia. Tres meses después. 2015](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)